

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

XXXIII

OBRA PERIODÍSTICA

REPÚBLICA DOMINICANA (1929-1995)
PUERTO RICO (1938-1940)

GPEP

COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS

2012

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH
Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2012

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del Centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-50-0
ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

| | |
|---|-----|
| Esplendor y excelencia en la escritura de Juan Bosch <i>León David</i> | VII |
|---|-----|

LISTÍN DIARIO

| | |
|---|----|
| La vuelta | 3 |
| Cartas a Vigil Díaz | 9 |
| Cartas a Vigil Díaz | 13 |
| Cartas a Vigil Díaz | 17 |
| Perfiles sinfónicos. La accidentada vida de un gran artista .. | 21 |
| Perfiles sinfónicos. Un niño prodigio en treinta años, veinticinco de arte | 25 |
| Una responsabilidad que nadie resistiría | 29 |
| De La Vega de entonces. Don Federico García Godoy | 35 |
| De La Vega de entonces. Mis misas de madrugadas | 39 |
| De La Vega de entonces. Los charcos del río Camú I | 43 |
| De La Vega de entonces. Los charcos del río Camú II | 47 |
| De La Vega de entonces. Los charcos del río Camú III | 51 |
| De La Vega de entonces. Los charcos del río Camú IV | 55 |
| De La Vega de entonces. Lamentación por el enflaquecimiento del río Camú | 59 |
| De los monólogos absurdos. Este noviembre... .. | 63 |
| Jefe del Gobierno y jefe de la oposición | 65 |
| Jefes y tiranos | 67 |
| El asesino de Julio Antonio Mella | 71 |
| Bosch propone unificar doce leyes impositivas | 75 |

| | |
|--|-----|
| Bosch refuta a Bonilla Atilés | 79 |
| Discurso pronunciado por el Señor Presidente de la República Dominicana, Juan Bosch, a su llegada a México | 89 |
| Carta desde confinamiento | 91 |
| Bosch dirige mensaje | 93 |
| Bosch dirige alocución en aniversario del PRD | 95 |
| No es verdad | 99 |
| Mensaje de Juan Bosch | 101 |
| La crisis militar | 105 |
| Textos “Compromiso moral” | 107 |
| Mensaje de Juan Bosch a convención del PRSC | 111 |
| Bosch teme plan para deportarlo (Primer manuscrito) ... | 113 |
| Bosch desmiente esté vinculado desembarco de Ocoa (Segundo manuscrito) | 115 |
| Bosch pide pruebas (Tercer manuscrito) | 117 |
| Denuncia apresan miembros de PRD | 119 |
| Bosch niega versión (Cuarto manuscrito) | 121 |
| Juan Bosch dice no buscará asilo (Quinto manuscrito) .. | 125 |
| Anuncia futura actividad del PRD (Sexto manuscrito) ... | 127 |
| Denuncia alegado proceso (Séptimo manuscrito) | 131 |
| Pondera pedido de Lora (Octavo manuscrito) | 135 |
| Bosch vuelve a pedir pruebas (Noveno manuscrito) | 137 |
| Bosch dice duda versión oficial (Décimo manuscrito) | 141 |
| Bosch propone PRD cambie política (Undécimo manuscrito) | 147 |
| Bosch propone un plan político (Declaración)..... | 151 |
| Duodécimo y último manuscrito | 153 |
| Bosch dice no va a entablar polémica | 157 |
| Bosch condiciona regreso público..... | 159 |
| Bosch sujeta salida | 165 |
| Bosch refuta opinión | 167 |
| El Premio Nobel de la Paz para Luis Echeverría | 169 |

| | |
|--|-----|
| Carta a Neit Nivar S. | 173 |
| Carta a Joaquín Balaguer | 175 |
| Aclaraciones sin quejas | 179 |
| El presidente Guzmán no debe ir a Puerto Rico | 183 |
| El Acuerdo de San José: un compromiso del que debemos salir | 187 |
| Hay crisis, pero no es ni legal ni política | 191 |
| El miedo al comunismo dirige la política de Estados Unidos en El Salvador | 195 |
| Un artículo de dos sobre la unidad y la división de Centroamérica | 199 |
| El “presidente” Walker murió en la horca vencido por la Unidad Centroamericana | 203 |
| El discurso presidencial terminó siendo propaganda del PRD pagada con fondos públicos | 207 |
| Noticia y verdad en el caso del golpe militar contra el régimen político español | 211 |
| Huelga de médicos | 215 |
| De la palabra bocón y otras parecidas | 219 |
| De errores y falsedades históricas I | 223 |
| De errores y falsedades históricas II | 227 |
| De errores y falsedades históricas III | 231 |
| De errores y falsedades históricas IV | 235 |
| De errores y falsedades históricas V | 239 |
| Juan Pablo II | 243 |
| Terrorismo de Estado y otros terrorismos | 245 |
| Estados Unidos: los errores de su política exterior | 249 |
| Cuatro ministros comunistas en el gobierno socialista de Francia | 253 |
| ¿A qué se deben los cambios de Polonia? | 257 |
| Hace más de un siglo se sabe que en la República Dominicana hay petróleo | 261 |
| Hay que frenar el derroche de dinero | 265 |
| ¿Cuáles son los países del Caribe? | 267 |

| | |
|--|-----|
| La historia secreta del golpe de Estado de 1963 | 271 |
| La intervención yanqui en el golpe de 1963 | 275 |
| Cuba está fabricando interferón | 279 |
| La muerte de Sadat y sus efectos en la política norteamericana en el Medio Oriente | 283 |
| Comentario a un discurso importante | 287 |
| Un discurso alarmante del presidente Reagan | 291 |
| Resfrío en EE.UU., pulmonía doble aquí | 295 |
| Las relaciones entre Estados Unidos y Cuba | 299 |
| Mensaje a los comités de base del PLD | 303 |
| El precio del petróleo | 305 |
| Violación a la legislación monetaria | 309 |
| Carta abierta al presidente Salvador Jorge Blanco | 313 |
| Carta a Caonabo Fernández Naranjo | 315 |
| Advertencia sobre la venta de los bienes de la Gulf and Western | 319 |
| Navidad | 325 |
| En torno al editorial del <i>Listín Diario</i> | 327 |
| El acuerdo con el FMI será nefasto para RD | 329 |
| La prima del dólar | 331 |
| El amor y la amistad en época de crisis | 333 |
| El recargo cambiario | 335 |
| Declaraciones insólitas | 339 |
| Una decisión política | 341 |
| Majluta y los recursos del Estado | 343 |
| Advertencia a Majluta | 347 |
| A propósito de “borrón y cuenta nueva” | 349 |
| Nota para el <i>Listín Diario</i> . En respuesta a errores históricos y jurídicos expuestos por el Dr. Jorge Blanco ... | 351 |
| Mensaje con motivo de Año Nuevo | 353 |
| Carta a Joaquín Balaguer | 357 |
| Carta a monseñor Polanco Brito | 359 |
| Mensaje al pueblo dominicano | 361 |

| | |
|--|-----|
| El peso devaluado | 363 |
| Gobiernos del PRSC y del PRD culpables de la deuda externa | 365 |
| Los gobiernos del PRSC y del PRD no le han servido al país | 367 |
| Mensaje al Segundo Pleno Nacional de Dirigentes del Partido de la Liberación Dominicana | 373 |
| No seré candidato a la presidencia en 1996 | 377 |

EL MUNDO

| | |
|---|-----|
| El panfleto de Betancourt y Otero Silva | 381 |
| Los dos caminos de la hora | 383 |

BAHORUCO

| | |
|---|-----|
| Un periodista haitiano en Santo Domingo | 387 |
| Una carta de Juan Bosch a Manuel Cabral | 389 |
| Fin de fiesta | 395 |
| Romancero dominicano | 399 |
| El llano y la colina | 401 |

ALMA DOMINICANA

| | |
|-------------------------|-----|
| Patios coloniales | 405 |
|-------------------------|-----|

LA OPINIÓN

| | |
|--|-----|
| La primera novela de Requena | 411 |
| ¡No hay para tanto, don Fillo! | 415 |
| <i>La nueva estética</i> , un libro interesante | 419 |
| Si estallara la guerra... .. | 423 |
| Juan Bosch elogia el libro <i>Estampas</i> de Suárez Vásquez ... | 427 |
| Profesión de fe | 429 |
| El sino de Trujillo | 431 |
| Al margen de un editorial | 435 |
| Glosando | 439 |

REVISTA DE EDUCACIÓN

Una escuela rural hace veinte años 445

EL MUNDO

Hostos, héroe civil 451

En torno al vivir y al morir 455

Patria y antipatria 461

ALMA LATINA

El canibalismo en América 467

Hostos y la Revolución Cubana

La guerra de los diez años 473

PUERTO RICO ILUSTRADO

Impresión de La Habana 487

Semblanza de Juan Marinello 491

El machete de la invasión 495

Cuadros de grandes maestros en Cuba 499

Fulgencio Batista habla para *Puerto Rico Ilustrado* 503

Grau de San Martín habla para *Puerto Rico Ilustrado* 511

Trinidad, la inmigrante 519

Evocación de Puerto Rico 523

Política y amor en el siglo XIX 529

Índice onomástico 533

ESPLENDOR Y EXCELENCIA
EN LA ESCRITURA DE JUAN BOSCH

León DAVID

Preámbulo

Suele ocurrir, aunque de raro en raro, que de la anónima masa de comunes mortales sobre la que cualquier comunidad civilizada se afianza y perpetúa surja de rebato, para sorpresa grande de la populosa medianía, el varón bizarro cuyas ejecutorias marcarán la época con impronta indeleble. A menudo tan excepcional ser humano —cuya aparición y fervores nadie hubiera podido predecir— es hombre de acción que emplea su genio de dirigente nato, su lucidez de líder, en la ciclópea tarea de adecentar la sociedad y de legar a las generaciones futuras un lugar menos lóbrego donde desenvolver su existencia. Empero, tampoco es inusual que tan esforzado gerifalte grave su distintiva huella en las páginas de la historia de una nación acudiendo no ya al sable del guerrero o a la autoridad del caudillo, sino al harto más sosegado aun cuando no menos desafiante cuidado de pensar con hondura, clarividencia y rigor sobre las innumerables cuestiones —circunstanciales unas, graves y permanentes otras— que tocan a nuestra conflictiva condición, irrenunciable y única, de especie creadora de cultura. Y, tengámoslo por cosa averiguada, también se da el caso de que el sujeto emblemático al que nos hemos estado refiriendo imprima su original estampa sobre el período en

que le acaeciera vivir, no en razón de sus logros en el ámbito del conocimiento o de la transformación social, sino en virtud de su incomparable talento para engendrar belleza, concibiendo y realizando obras literarias, musicales, plásticas de las que ninguna sensibilidad refinada sabría, luego de haber con ellas intimado, prescindir.

Ahora bien, si es difícil exagerar el decisivo papel civilizador que para cualquier colectividad ha desempeñado invariablemente la superioridad cuando por un azar feliz se hace esta carne y figura en el líder político, en el agudo y sólido pensador o en el supremo artista, cuánto más digno de admiración no resulta comprobar que en una misma persona se funden, al más encumbrado nivel y a la más alta temperatura vivencial, las tres aludidas propensiones del espíritu humano. Sólo un temperamento refractario a los codiciables blasones de la grandeza osaría poner en entredicho la evidencia de que cuando topamos con el inusitado acontecimiento de un hombre que en su persona concentra en grado superlativo los atributos mencionados en los renglones que anteceden, es porque ese individuo —fruto del genio cultivado con tesonero esfuerzo— ha conseguido alzarse hasta la privilegiada cúspide de lo paradigmático, de lo ejemplar... Y, si no me pago de apariencias, pertenece Juan Bosch en pleno derecho a tan gloriosa estirpe.

Concédaseme que ponga por de pronto mi conato en fundamentar el aserto que en tono inconfundiblemente categórico acaba de escapar a los puntos de mi pluma, pues me hago cargo de que tal vez pueda asomar a la mente de algún lector reticente o escéptico la sospecha de que el sesgo apodíctico del lenguaje que vengo de emplear sea indicio de que, desvinculándome de la neutralidad exigible a todo sereno investigador, me he dejado encastillar en una idolátrica y excluyente admiración, cuando si de algo me precio a la hora de

ponderar los méritos de una persona o de una obra, es de no incurrir en el descansado cuanto expedito recurso de arrojar juicios con privanza de eternidad sobre la indefensión de la cuartilla.

Arriesgué líneas atrás la afirmación de que era la figura del patricio Juan Bosch un portentoso dechado digno de entusiasta emulación; y cimentaba parejo dictamen en la constatación de que reunía él por modo inocultable tres cualidades que, cada una de ellas por sí sola, habría bastado para ganarle un sitio de privilegio en la historia de su insular país. Tales atributos eran (en ello insistiré holgando que se me tilde de impertinente y machacón), primero y para empezar, sus notables prendas de organizador volcado hacia la acción revolucionaria, con la mirada siempre puesta en corregir discrímenes, enmendar viciosos y perjudiciales hábitos de convivencia y, en suma, ejercer un liderazgo animado por la determinación de luchar a brazo partido a favor de la desvalida mayoría de la población y en pro de la regeneración y adelantamiento de la sociedad en su conjunto. Al don de dirigente recién consiguado cabe adunar, aseguraba, una segunda cualidad —sería contra razón escatimársela—, la cual no es otra que su sobresaliente faceta de recio pensador y teórico perspicaz, costado éste de la personalidad creadora del profesor Bosch sobre el que nadie a quien asista un adarme de sensatez estaría en disposición de contradecirme, habida cuenta de que los acabados estudios que su infatigable pluma ha rubricado sobre asuntos históricos, sociales y políticos constituyen legión, siendo de lectura obligatoria para cuantos se interesan en comprender el acontecer caribeño y latinoamericano, de manera que pecaría yo de descortés inconveniencia si diera en la sandez de nombrar aquí una por una las bien conocidas obras analíticas, de continuo reeditadas, sobre las que se asienta su justa fama de acucioso indagador social, educador

y biógrafo¹; empero, como si fuera cosa de menuda cuantía el par de atributos apuntado en los renglones que preceden, resulta imperativo agregar a ellos uno más, el tercero, a buen seguro extraordinario: me refiero, naturalmente al esplendor y excelencia de su escritura que, en tanto que cuentista, novelista y prosador, lo ha colocado en la competitiva arena del quehacer literario cabe los más ilustres artistas de la palabra, no ya de su nativo terruño isleño —donde no faltan autores de la plana mayor²—, sino de todo el Continente americano. En efecto, no es dar cobre por oro señalar (quien se halle familiarizado con sus narraciones no me dejará mentir) que en punto a estilo, a pujanza y plasticidad expresiva, la péndola de Bosch no cede ante las más renombradas que se han ejercitado en los predios idiomáticos del linajudo romance castellano.

A tenor de lo dicho y resumiendo la declaración que párrafos atrás me arrastrara a trenzar los argumentos que acabo de exponer, seguiré haciendo hincapié en el hecho de que las ponderadas ejecutorias de Juan Bosch, que no por ser de conocimiento público estimé impropio traer a colación *ut supra*, brindan más que fehaciente constancia de que nos hallamos —estemos muy ciertos de que es así— ante uno de esos escasos prohombres esclarecidos que marcan una época, un pueblo, una nación. El siglo XX dominicano ostenta la impronta de Bosch por modo tal que quien se imponga la

¹ Además de sus cuentos, de capital importancia para la literatura de la América hispana, y de novelas como *La Mañosa* y *El oro y la paz*, la producción bibliográfica de Bosch en el campo de la historia, la sociología y la política es considerable, siendo algunos de sus más relevantes títulos *La Guerra de la Restauración*, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, y *Dictadura con respaldo popular*.

² En efecto, nombres como los de Pedro Henríquez Ureña, Héctor Incháustegui Cabral y Franklin Mieses Burgos —por no citar más que a tres grandes escritores dominicanos—, honrarían con su obra la historia literaria de cualquier país.

tarea de entender lo ocurrido en la tierra que es fama fue la preferida del Gran Almirante durante el prolongado y decisivo período histórico contemporáneo en que se enmarca su existencia, se verá, quiéralo o no, forzado a confrontar la presencia ineludible del insigne vegano. Y esa es la explicación, que a nadie cogerá de nuevas, de que los ensayos, monografías y disertaciones acerca de su obra escrita y su actuación pública proliferen, al extremo de que ya la bibliografía (fruto el grueso de ella de la consagración de investigadores de su país, pero cada vez más de plumas de foráneas latitudes) sea muy nutrida y siga en constante aumento, bibliografía que se propone, y casi siempre consigue, derramar luz sobre las múltiples vertientes de su fulgurante personalidad creadora. Así las cosas, me vería yo incurso en imperdonable raptó de petulancia de procurar decir en estas apuntaciones hechas a humo de pajas algo distinto, novedoso, sorprendente, algo que la diligente cohorte de los especialistas no hayan exhumado acerca del autor de los trabajos acopiados en el tomo que estamos entregando a la despierta curiosidad de los lectores. Sería a buen seguro ingenuidad de a libra imaginar que en unas breves notas introductorias, como las que a punto largo me he impuesto la obligación de pergeñar sobre el papel en orden a cumplir con la modesta función de prologuista a la que, acaso demasiado alegremente, me presté, sería candoroso suponer, repito, que en la sucinta reseña a que se contrae todo mi empeño crítico, logre el cálamo mío poner al descubierto facetas ignoradas de la mente conspicua a la que cabe atribuir la paternidad de los escritos que estas páginas atesoran. Es harto más comedida la intención del presente comentario. Ni pretenderé descubrir el Mediterráneo, ni tampoco me moverá la ambición de llevar a cabo una pesquisa exhaustiva de los textos del profesor Bosch que este libro afortunado contiene. Lo primero, porque el Mediterráneo, como todo el mundo sabe, hace ya luengos siglos

que fue descubierto; y lo segundo, en razón de que al ser tan caudalosa y surtida la literatura reunida en el tomo de las obras completas de Juan Bosch que ahora tiene en sus manos el lector, cualquier afán orientado a desplegar un escrutinio integral y a fondo de la misma implicaría abandonar el rápido y compendiado bosquejo a que el proemio —al menos como yo lo concibo— debe atenerse, para aventurarnos en el territorio amplísimo y escarpado del tratado erudito, exploración esta última que, por lo que concierne a mi compromiso de mero presentador, estaría por entero fuera de lugar.

Por si no bastara lo recién expuesto, para apurar aún más los argumentos relativos a la inoportunidad de descoger en un prefacio de la guisa de éste el examen minucioso a que —de rondón lo admito— son acreedores los autores de cuenta, sucede con el volumen que nos ocupa que la dificultad de semejante enfoque, signado por la parsimonia y el detalle, se acrecienta considerablemente en la medida en que, lejos de hallarse el lector ante un libro con unidad de propósito y desarrollo, ha de encarar no bien empieza a ojearlo una profusa excerpta que, amén de la referida diversidad de materias que en sus páginas incorpora, incluye, para ponerle la tapa al pomo, títulos que remiten a décadas enteras de labor intelectual y arrestos de escritor, período que se extiende desde un remoto 1929 hasta prácticamente los postreros años de la pasada centuria³. Y como en cajón de sastre, revueltos, toparemos en él con escritos de muy diferente índole, origen, motivación y relevancia, eso sí, todos ellos expresión de un temple humano inimitable que en el plano del estilo se perfila desde los ya lejanos albores con la ejemplaridad y señorío propios del maestro y con el marchamo generoso del apasionado rastreador del ideal.

³ Nos referimos a los artículos del *Listín Diario* incluidos en este volumen que abarcan un período que se extiende de 1929 a 1996.

Ahora bien, si es apreciable a ojo grueso la disimilitud de los textos que forman parte de este tomo, para poner las cosas en punto de verdad conviene hacerse cargo de que tan acentuada semejanza de los escritos que nuestro prefacio aspira a introducir no es al cabo y a la postre de extrañar, porque no estamos ante una antología o —pequemos de rigurosos— ante una colección de trabajos seleccionados sobre la base de su particular contenido, significación e importancia, en cuyo caso el antólogo de fijo que se habría esforzado por ofrecer con los títulos escogidos una visión del escritor de marras lo más coherente y nítida posible, sino que, para bien o para mal, vamos a tener que lidiar con una sección o segmento de las obras completas de Bosch, y la cualidad de “completas” significa en buen romance paladino que abarca todo lo que de su pluma surgiera o, cuando menos, fuera divulgado en alguna ocasión; y pues fue en extremo prolífica la péñola de tan ilustre compatriota y su vida larga y agitada⁴, no es para sorprender que en el volumen al que consagro estas consideraciones demos con artículos de muy diferente tenor y de valor y alcance por un parejo desiguales. Empero, al hallar sustento cada un ensayo de los aquí agrupados en la formidable personalidad del eximio maestro antillano, allende la disparidad de los asuntos tratados y de la extensión y monta de su tratamiento, hay, o al menos así creo advertirlo, una unidad que, cual dejara registrado poco antes, es producto del timbre peculiarísimo de su voz, de su deje moralizador, de sus patrióticos ardores, de un ademán conceptual característico, de una inequívoca voluntad de infundir vida y color hasta a los temas más áridos y abstrusos por mor de la alquimia del verbo y en

⁴ Nace Juan Bosch el 30 de junio de 1909, en la ciudad de La Vega; y fallece en Santo Domingo el 1º de noviembre del 2001.

virtud de su impresionante capacidad de expresar en un lenguaje transparente lo complejo y de transfigurar en concreto y sensorialmente perceptible lo evanescente y difuso.

No caminará lejos de la verdad, empero, quien opine que los trabajos del profesor Bosch que las páginas de nuestro tomo recogen ameritan una exégesis harto más redonda y terminada que el manojito de observaciones probablemente inconducentes a las que he insistido en circunscribir mi papel de presentador o prologuista. Imposible no convenir, aunque no se alegue otra razón que la de la principalía de su autor, que los textos cuya glosa nos incumbe ensayar se hacen acreedores a un estudio crítico mucho más detenido y cabal que el que sin lugar a dudas cabría esperar de los someros apuntes a que mi pluma, siempre amenazada de caquexia, se ha comprometido. Si algo no tiene vuelta de hoja es que sobre una personalidad intelectual y literaria del colosal tonelaje de Juan Bosch ha de ser acogida con beneplácito toda investigación seria, cuanto más amplia, sesuda y docta, mejor. Mas no por hacerme bien quisto ante los que entienden que sólo el moroso estudio de académico jaez, de rolliza estampa y copioso y menudo aparato documental hace justicia al preclaro dirigente político, al teorista lúcido y al cimeros escritor, no por ello, subrayo, renunciaré al propósito de llevar por vías descampadas —impuesto que estoy de su pertinencia— una reflexión no por sucinta y desenvuelta necesariamente baladí en torno a los escritos del presente volumen, reflexión que aun cuando ajena a toda aspiración de doctoral enjundia, conseguiré eludir, siempre que la fortuna me tome de su mano, el lugar común, la gratuita especulación y la detección de minucias a que, por desventura, es afecta en los predios universitarios de nuestra insular comarca cierta ciencia de estériles precisiones.

Y para dar remate a este asunto en el que sospecho he despilfarrado buena tinta y mejor papel que hubieran podido ser aprovechados con más seguro tino, acaso venga a punto señalar que si me he extendido en justificar el carácter, por decirlo así, esquemático o de bosquejo del proemio que me corresponde llevar a cabo, no es porque tema correr el albur de ser vilipendiado bajo la acusación de estar sirviendo gato por liebre, de estar ofreciendo una aguada sopa de convento que nada tiene que ver con el plato apetitoso que el menú promete, sino porque es resorte de toda sensata crítica conocer y dar cuenta con probidad de sus límites y términos y, luego, también, porque si de algo estoy inteligenciado es de que será siempre poco cuanto cuidado se ponga en no despertar falsas expectativas con respecto a la finalidad que persigue un escolio de la traza del que, sin que se entibie mi celo, se me ha metido entre ceja y ceja acometer.

Dilucidada —espero que a entera satisfacción de quienes por estas páginas se avvicinen— la cuestión abordada en los párrafos anteriores y sin perjuicio de volver sobre lo dicho si ya más entrado en materia la ocasión lo recomendaré, hago cuenta de que ha llegado el momento crucial de asir al toro por los cuernos o, expresado con mayor propiedad, de, haciendo a un lado enojosos rodeos, justipreciar de una vez por todas los variopintos textos refundidos en el tomo de las *Obras completas* de Juan Bosch sobre el que me he obligado a aventurar este prefacio.

Servirá en mucha parte a ese objetivo —presumo— comenzar resaltando que entre los plurales criterios a que cabe arriarse con el fin de poner un poco de orden en el baturrillo de los escritos que nos toca examinar, el que me ha parecido más adecuado y expedito es el temático; por modo tal que considerados a este viso no me fue para nada laborioso clasificarlos

como sigue: Temas literarios y culturales; históricos; internacionales; económicos; y del acontecer político dominicano.

Admitamos de rondón que el encasillamiento de los artículos del profesor Bosch que vengo de presentar, sin que quepa ser calificado de arbitrario, es, mírese por donde se mire, convencional, en la medida en que podrían ser otras, y acaso numerosas, las maneras de organizar dichos papeles, dependiendo cada taxonomía de la norma que haya fijado como válida el que la lleva a efecto; norma o principio rector que, de más está recalcarlo, responderá no necesariamente a instancias orgánicas inherentes al material clasificado, sino, antes bien, al cometido de naturaleza heurística o didáctica que persiga quien tal ordenamiento impone.

En lo atinente a la distribución por la que opté, entiendo que ofrece la ventaja de la sencillez y que condice a la perfección con la meta meramente aclaratoria que este despreocupado ensayo pretende alcanzar.

Paremos mientes, sin embargo, al hecho de que como para todo lo que nos acomoda hay un precio que pagar, en nuestro caso —en el de nuestra catalogación, quiero decir— el beneficio de clarificación didascálica que sacamos a relucir *ut supra* se ve hasta cierto punto contrariado por dos factores: el primero de ellos, que la clasificación temática a que nos hemos acogido, dada la disparidad de las fechas en que fueran publicados los textos a que este volumen se contrae, nos fuerza a reunir en cada un apartado trabajos concebidos y divulgados en etapas de la trayectoria intelectual del autor a menudo temporalmente muy distanciadas una de la otra. Así, por vía de ejemplo, junto a las tres regocijantes “Cartas a Vigil Díaz”, obra de coruscante mocedad datada en el año de 1932, figurarán en la sección de temas culturales, tal y como tuve a bien colocarlas, las enternecedoras evocaciones tituladas “De La Vega de entonces”, aparecidas primicialmente en el *Listín*

Diario en 1935, el escrito cuyo encabezamiento reza “Trinidad, la inmigrante”, de 1940, las breves apuntes “El amor y la amistad en época de crisis”, fechado en 1985. Lo mismo cabría afirmar del acápite que acopia los temas del acontecer político dominicano, en el cual fraternizando con el más añejo de los artículos incluidos en dicho rubro, redactado en la temprana data de 1929 y denominado “Los caminos de la hora”, avicindé los escritos de don Juan a favor de Trujillo (1935 a 1937) y luego un caudaloso número de textos dados a la prensa dentro y fuera de la República Dominicana entre las décadas de los sesenta a los noventa.

La segunda desconveniencia a que me referí en los renglones precedentes estriba en la ostensible falta de equilibrio por lo que hace a la cantidad de los trabajos que en virtud de los asuntos que desarrollan nos hemos visto obligados a acomodar en cada un capítulo temático, siendo el caso de que unos aparecen en exceso abultados mientras que otros parvos en demasía... veamos de mostrarlo: la sección temática dedicada a las cuestiones internacionales apenas cuenta en mi ordenación con seis artículos, todos de 1981 y dados a la luz pública en el *Listín Diario*; en tanto que en el ramo de lo literario y cultural toparemos con un número no menor de 38 escritos llevados a tipo de imprenta en diferentes gacetas nativas y foráneas durante un lapso de prolongados lustros.

Insistamos, empero, en que la división temática que acabo de proponer es tan sólo un esquema, una suerte de guión al que acudí con la mirada puesta en encontrar el hilo de Ariadna que facilitara la tarea de orientarme en la tupida maleza de contenidos disímiles que acusan las páginas de este tomo XXXIII de las *Obras completas* de Juan Bosch; esquema que por ser enteramente ajeno al orden en que han sido distribuidos los textos que en el presente libro hallará el lector, no tiene por qué influirle en bien o en mal, aunque por lo que toca al

comentario que debo llevar a cabo en el prefacio que adelanta mi pluma, es a su trazado temático que, para mi propio coleccionista, me encomendaré y no al que el índice de esta publicación remite, el cual, quizás con certería, se atiende para agrupar los ensayos de Bosch, a los órganos de prensa en que fueran cada uno de ellos por vez primera difundidos.

Aun a riesgo de que se me impute hacer demasiados potajes de un asunto si no del todo trivial probablemente sí de relieve secundario, juzgo prudente antes de echarnos al agua y empezar a nadar en el piélago de los trabajos aquí seleccionados, prevenir al lector —o si atrás lo hice recordárselo— que, amén de que ni por asomo ha cruzado por mi mente la idea de gastar protocolo de erudito al pergeñar el escolio que estoy entregando a su cuidado, tampoco me hallo en disposición de comentar o ni siquiera referirme de soslayo a la mayoría de los ensayos del profesor Bosch que fueron recopilados en el tomo que nos ocupa, empresa esta última que de ser llevada a término como Dios manda, haría incurrir al atolondrado exegeta que la acometiere en el despropósito de redactar un escrito hartamente más voluminoso que el libro que en tanto que prologuista debiera reseñar⁵. Como me atengo a la verdad substanciada en la sentencia de que “no puede ser el cuervo más negro que sus alas”, estoy ganado para la opinión de que, por lo que a mi faena de comentarista incumbe será suficiente situar y valorar dentro de cada un renglón temático anteriormente especificado, los escritos que a nuestro parecer son de

⁵ Algo muy parecido —me percató ahora de ello— expresó Juan Bosch al llevar a cabo la crítica del libro de John Bartlow Martin. *Cfr.* BOSCH, Juan, *Obras completas*, T. XXXIII, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2012, pp.227-242. En lo adelante —a pesar de que aparezca en nota al pie la referencia de la fuente original—, todas las citas a las que se hace referencia sólo por número de la página, corresponden al presente volumen.

mayor relevancia ora en razón de la virtud adamantina de su lenguaje, ora por su significación en punto a ideal de vida, ora por mor de la agudeza y originalidad de su pensamiento, ora por el interés biográfico que revisten, ora por ser curiosos y escasamente conocidos; y al proceder por modo semejante tengo por cierto que lejos de estar mi cálamo defeccionando de la misión aclaratoria a que se ha comprometido, la estará cumpliendo a macha y martillo en vista de que para conducir a puerto seguro nuestra sumaria revisión crítica o, digámoslo de manera más precisa, para brindar un *aperçu* que no haga de menos los méritos irrecusables que exornan la trayectoria intelectual y literaria de Juan Bosch consignada en los diversos títulos que este volumen incluye, bastará, me avengo a considerarlo así, realizar una atinada discriminación de los mismos y sobre los escogidos y nada más que sobre ellos concentrar nuestro esfuerzo estimativo, en el entendido de que para catar las bondades de un vino no es necesario beberse entera la barrica.

Por último, encomendándome al significado de la expresión inglesa que reza *last but not least* y que mi pésimo conocimiento de ese idioma traduce “en postrer lugar mas no por ello menos importante”, un deber de probidad profesional me conmina a hacer énfasis en el hecho de que en el campo de las humanidades, al que pertenece la colección de ensayos de Bosch sobre los que versará mi reflexión, descarto de antemano toda ilusión de objetividad científica, ya que estoy persuadido de que *sensu stricto* pareja objetividad —principio fundamental de las llamadas ciencias experimentales— no tiene cabida en el mencionado ámbito humanístico, de modo que, por lo que toca a los juicios que habré de externar aspiraré simple y llanamente a condecir con una decorosa ecuanimidad, a no contrariar los irreprochables modales del *bon sens* y a esquivar, cuando mi buena estrella me lo permita, puntos de vista trillados o a pie de tierra.

Explayados los señalamientos que anteceden, asumo que lo único que me resta por apuntar antes de dar fin a este tal vez innecesariamente extenso circunloquio, es no echar en saco roto el hecho de que en materia del viso de la que nos corresponde ponderar es poco menos que imposible no alentar ciertas predilecciones vinculadas a los intereses e inclinaciones personales del opinante, preferencias que inducirán su péñola a hacer hincapié en determinados aspectos y temas que el autor escudriñado aborda y, por contraste, ya que no a desechar sí a atender con menos prolijidad aquellos otros con los que no se siente, cualquiera que sea la razón, cómodo o identificado... Va de suyo que el que estas líneas emborriona no es una excepción, de manera que, por lo que a mí respecta, confieso mi debilidad por cuanto atañe al arte de la palabra, al pensamiento altivo gallardamente expuesto y, en general, a las cuestiones que por enfrentarnos a los hontanares de la humana condición solemos, para salir del paso, calificar de existenciales y filosóficas. Y pues dicha vertiente de la obra del Profesor que este tomo comprende abarca, según es de ver, las páginas que separé en los acápites literarios y culturales, de un lado, y los históricos, del otro, el escrutinio a que incontinenti voy a consagrarme pondrá el acento sobre parejos temas, aun cuando me hago cargo de que habrá quienes no disputen los textos que he dado en favorecer por los mejores o más característicos que la pluma de tan preclaro pensador nos obsequiara y a los que, respondiendo exclusivamente a motivos de gusto personal —lo reitero— se enderezará el presente escolio, sin mengua, claro está, de que también pasemos revista, siempre a punto largo, a algunos títulos diferentes, verbigracia los económicos, los del acontecer político dominicano o los internacionales, asuntos que no siendo los que en mayor grado me estimulan, procede no obstante que los aborde habida cuenta de su innegable importancia y de

que, sin que venga a cuento los contenidos y fines del grueso de los artículos que este volumen recopila, por lo que hace al empinado linaje del verbo y pensamiento de Bosch, damos por axiomáticamente comprobado que ninguno de ellos podría desmentir el peculio espiritual de su autor.

Para preámbulos basta y sobra con lo arriba expuesto. Entonces hora es ya de dejarnos de paliques y al caso...

Un cuento de juventud: “La vuelta”

Imposible no abordar esta fase de mi comentario aventurando dos o tres juicios en torno al cuento intitulado “La vuelta” (Cfr. pp.3-8), único escrito de dicho género narrativo, del que es consumado maestro su autor, que los responsables de publicar las *Obras completas* de Bosch incluyeran en este tomo XXXIII que me impuse glosar en mi calidad de prologuista. La explicación de la insólita presencia del cuento “La vuelta” en la presente colección de textos es tan circunstancial y simple como que el relato de marras fue hallado después de publicados los dos tomos con que principia esta compilación, perdiéndose así la posibilidad de que se lo colocara en el sitio que de fijo le competía y viéndose, por consiguiente, compelidos los editores a colarlo, con nota al pie, en la inesperada compañía de los variopintos artículos, apuntes, notas y ensayos del volumen que ahora sostiene en sus manos el lector.

Me asista o no la razón por lo que hace a la explicación ofrecida en los renglones precedentes, viene a punto recalcar que independientemente de mis predilecciones, al decidir llevar a efecto una somera valoración del cuento “La vuelta”, dificulto se me pueda imputar estar actuando a impulsos del capricho, en gracia a que tal iniciativa guarda relación con el siguiente planteo: ¿quién que tenga noticia de la excelencia universalmente celebrada de la cuentística de Bosch dejaría escapar la ocasión de acuñar algunas observaciones acerca de

una narración temprana suya a la que por habersele perdido el rastro en las páginas aquejadas de efímera actualidad de un vetusto diario criollo⁶, y por no haber sido sino ahora puesto a buen recaudo —sabrà Dios la razón— en el mucho más perdurable formato del libro, había pasado hasta el día de hoy por inexistente tanto para el especialista de la literatura como para el común de los lectores?

“La vuelta”, al ver la luz en el *Listín Diario* el 31 de marzo de 1929, precede dos años al memorable relato “La mujer”, el cual se supone fue redactado en 1932⁷, y en casi cuatro a *Camino real*⁸, la primera colección de cuentos de ese joven y ya magistral cálamo, dada a la estampa en la imprenta El Progreso en 24 de noviembre de 1933.

El argumento de esta breve historia de ficción no podía ser más elemental y parco en su despiadado dramatismo. Resumámoslo así: dos mozalbetes de una apartada aldea dominicana que “de niños vivieron hermanos” deciden emigrar, alejarse del letárgico rincón campesino que les vio nacer para “conocer cada día un cielo nuevo y gozar cada noche una emoción distinta”(p.3). Al llegar a la gran urbe frente al mar topan con la inclemencia de la vida citadina, porque como no podía dejar de suceder, cuando salieron picados por la curiosidad, ansiosos de novedades, hacia el bullicio mundano de otras poblaciones, “llevaban las alforjas llenas de optimismo y las faltriqueras pobres de dineros” (p.4). Luego de pasar durante un

⁶ “La vuelta”, *Listín Diario*, 31 de marzo de 1929, p.1 / p.6.

⁷ En su “Cronología”, que hallaremos en el primer tomo de estas obras completas, Guillermo Piña-Contreras nos informa que durante el año 1932 Juan Bosch “escribe el cuento ‘La mujer’, que será traducido a varios idiomas” (BOSCH, Juan, *Obras completas*, T. I, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2009, p.XXVII).

⁸ Información que también registra el escritor Guillermo Piña-Contreras en la referida “Cronología” (*Ibid.*).

tiempo las verdes y las maduras en esa ciudad donde les moría el hambre y a trueque de camas dormían sobre las húmedas aceras, “un día se encontraron resbalando sobre el mar, en la sucia bodega de un barco donde todos los hombres eran distintos y hablaban extraños idiomas” (*Ibid.*). Transcurrieron los años, la juventud dio paso a la barba de adultos y ellos pudieron saciar sus inquietudes y conocer los lejanos países a los que la embarcación los conducía. He aquí, sin embargo, que tras abrupto cambio de escenario —efectista corte de transición destinado a sorprender al lector— encontramos al impenitente viajero, solo esta vez, “en los mismos muelles que le vieron partir años antes” (p.5). Había regresado, pero traía el alma desecha y una viscosa pesadumbre lastraba su corazón: su compañero de aventuras, “el hermano, que no era hijo de sus padres, cerró los ojos para siempre y lo empujaron desde la cubierta, amarrado a los pies un hierro pesado y en el seno del mar tranquilamente se quedó” (p.6). De retorno a la aldea lejana el ahora solitario protagonista se preguntó: “¿Y si hubiese muerto alguien? Tal vez la vieja santa o un hermano” (p.7). Y es el caso que cuando alcanza el hogar paterno “miró dolorosamente la casa. Una cruz abría sus brazos con desolación. Sucia y arrugada la faz era la misma, arrodillada frente al jardincito, solo que ahora había una cruz” (*Ibid.*). Es entonces cuando repara —y nosotros con él— que ya no pertenece a ese lugar ni a ningún otro; tal el destino del emigrante que luego de arrancarse de sus raíces termina desamparado en medio de una nada existencial... Entonces el exhausto peregrino que había regresado a lo que ya no era su casa ni su terruño no puede menos que murmurar tristemente, “¿Para qué entrar?” (*Ibid.*) y vuelve sus pasos macilentos hacia quien sabe dónde, hacia cualquier dirección, lo mismo da, pues al que ha perdido por abandono y ausencia el familiar asiento donde antaño los afectos le ataran, sólo le queda trashumar... El viajero

“volvió por donde vino” (*Ibid.*) mientras que “en el camino se sentía, apagadamente, la agonía del Sol” (p.8). Concluye en este punto con reconcentrado patetismo la historia del relato “La vuelta”, cuyo título no podía ser, de cierto, más apropiado y revelador.

La narración de cuyo feliz entramado acabo de distraer el argumento condensado *ut supra*, en lo atinente a su garra emocional, expresivo lenguaje y diestra mano para exponer y trenzar los hechos alumbrados por la pródiga fantasía, no cede en nada —en ello va nuestro crédito— a las mejores del encomiado autor de “Dos pesos de agua”. Aunque caudalosas son las razones que cabría alegar en pro de la exactitud de semejante dictamen valorativo, en gracia a la brevedad me ceñiré a adelantar apenas dos o tres consideraciones a cuyo poder suasorio encomendaré la empresa de sacarnos verdadero por lo que concierne a la dilucidación que tenemos entre manos.

Para empezar, me luce imperativo dar fe de que la veinteañera pluma que concibió el cuento “La vuelta” demuestra una competencia lingüística asombrosa que en nada guarda relación con los titubeos e inconsistencias que esperaríamos observar en un escritor principiante. Revélase la notable destreza discursiva de Juan Bosch, de una parte, en la manera firme y clara como se las apaña para que la historia avance, haciéndola reposar de continuo sobre los hombros de sus dos protagonistas y ahorrando por un parejo al lector innecesarios pormenores anecdóticos; de la otra, en el empleo de un léxico opulento, en el que abundan los epítetos, giros e imágenes preñados de exultante fuerza emocional, amén de que la vertiente descriptiva, que en dicho relato cobra un relieve substancial y estéticamente relevante, lejos de circunscribirse a cumplir un papel meramente ornamental, pintoresco o de ambientación, desempeña, si no me equivoco, la función

de un personaje más orgánicamente integrado a la acción que allí se desarrolla; lo que explica, o más que explica justifica el uso prolijo de la prosopopeya, tropo de sentencia que consiste, si atendemos a los dictados de la preceptiva literaria, en “personificar o en atribuir cualidades propias de los seres animados y corpóreos, particularmente de los hombres, a los inanimados o abstractos”⁹.

Sea lo que fuere, los resortes estilísticos a que acude el novato y genial narrador en la ficción que estamos sometiendo a somero escrutinio prueban ser, en punto a evocadora y verosímil recreación, de una efectividad demoledora. Veamos de mostrarlo: en la historia que Bosch nos ofrece “el sol doblaba su cabeza rubia, cansado de trotar” (p.4); los viajeros emprendieron la bajada hacia “la ciudad que palpitaba, lejos todavía” (*Ibid.*); y el transcurrir del tiempo en el navío donde embarcaron los dos aventureros muchachos nos lo pinta con esta atrevida metáfora: “Pasaron los meses y los años hicieron piruetas en los mástiles” (*Ibid.*); la halagüeña claridad del amanecer le hace decir con compendiosa certidumbre, “la mañana reía en la ciudad” (p.5); y no se arredra en lo más mínimo a la hora de inventarse un verbo, como cuando afirma: “Cerca, el humo de alguna hoguera se espiralizaba” (p.7).

La escena final, que acaso a un lector distraído pudiera parecer superflua o infundada, es, si bien se mira, todo lo contrario: el broche que cierra a la perfección esta breve pieza narrativa. Me refiero, de más está señalarlo, a aquella parte en que se nos cuenta que un boyero cruzó frente al protagonista con su carreta “despaciosamente, en doliente vaivén las ruedas desniveladas, ligeros festones los bueyes en su caminar” (*Ibid.*). Cuando creyendo reconocer al carretero iba a llamarlo,

⁹ SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos, *Ensayo de un diccionario de la literatura*, tercera edición, tomo I, Madrid, Aguilar, 1972, p.1002.

era demasiado tarde, “la carreta se había hundido en la vuelta y sólo se oía ya un chirriar monótono y la voz cansada del boyero” (*Ibid.*) azuzando sus bueyes: “¡Zarzuela!, ¡Maravilla!” (*Ibid.*).

El nostálgico y pregnante patetismo del suceso referido en las líneas que preceden tiene ribetes de ser la exacta representación figurada y simbólica del sentimiento de desarraigo que a su retorno a la aldea natal atribula al viajero. El boyero y la carreta encarnan en vívida imagen un pasado que ya el emigrante es incapaz de recuperar, y por esa razón se pierden ambos en el recodo del camino dejándolo a él solo, como un extraño, como el forastero en que se ha convertido en una tierra que ya no lo reconoce como suya.

Es esta formidable capacidad para plasmar valido de un puñado de trazos de tangible plasticidad acontecimientos imaginarios, a primera vista comunes o banales, que, sin embargo, terminan imponiéndosenos a guisa de ostensible verdad emblemática, la cual, por decirlo así, cifra su credibilidad o verosimilitud en los detalles anecdóticos y concretos intensamente permeados de emoción a que la intuición del cuentista con infalible sentido de lo pertinente apela, es, decía, esa portentosa capacidad para trasvasar al lenguaje sonoro, visual y táctil la realidad alumbrada por la fantasía, la esencia y clave que la narración en su conjunto ilustra y a la que la acción, los conflictos y los personajes responden; en suma, pareja eficacia expresiva —no cejaré por lo que hace a la conveniencia de insistir en ello— es la que, en cuanto puede conjeturarse, determina por modo considerable si no excluyente, la extremada calidad literaria y el estremecedor talante vivencial de la cuentística de Bosch, excelencia que no desmiente ni por asomo el primicial relato a cuya ponderación nos hemos atrevido, pese a ser fruto de un escritor jovencísimo que estaba aventurando para esos años sus primeros y firmes pasos en los dominios del arte de la palabra.

Para dar remate a este comentario hecho en volandas en el entendido de que el prólogo a que me he comprometido y del que estas líneas apenas son el comienzo importa volcar nuestra atención sobre otros populosos textos acopiados en el presente tomo, y, por consiguiente, contrariando mi deseo de meditar sobre dicho cuento a mis anchuras, examinándolo por despacio y en mucho tiempo, he aquí que debo condescender a dejar la harina amasada a medias y abordar sin más demoras temas diferentes, cosa a la que me dispondré, mas no sin antes proceder a un último señalamiento: si al cabo estoy de lo que pasa, tengo buenos motivos para conjeturar que la narración “La vuelta” ofrece en aquellos fragmentos en que el autor nos describe el camino por donde enderezan sus pasos los dos protagonistas, una suerte de primera versión en crisálida de la celebérrima imagen de la carretera del cuento “La mujer”. En efecto, a no juzgar el lector de otra manera, soy de la opinión de que la forma como hace Bosch hincapié en infundir vida y personalidad al camino cuando afirma al abrir su relato que “serpenteaba ágil a veces y a ratos cansado. Tenía en su espalda las huellas de todos sus caminantes y a sus flancos raros tonos verdosos de yerbas precozmente lozanas.

‘De cuando en vez se escondía en una sombra o sonreía desde una colina que parecía estar a cada minuto más distante.

‘Y lo cortaba a saltos, la carcajada de un río o la nostalgia de un derrisque” (p.4); y cuando más adelante nos informa que “el camino era el mismo. Riente a veces, a ratos cansado. En su polvo grisáceo conserva las huellas de todas las pisadas” (p.6), es inevitable, dados el tono y el énfasis que le conminan a prolongar la hipotiposis, relacionar dicha pintura de un camino fatigado y gris que soporta sobre su lomo las pisadas de los caminantes, con aquella carretera que el sol había asesinado en la historia trágica de “La mujer”, al punto de que me cruza por la mente considerar la descripción del camino a que

estamos aludiendo como una especie de remoto antecedente o de bosquejo precursor de la ominosa imagen de la carretera de marras.

No sé qué aprecio podrán merecer a la futura crítica los conceptos —incorrectos tal vez— que acabo de estampar en la cuartilla. Empero, sobre lo que no creo se me podrán hacer fundados cargos, es acerca de mi aseveración de que el cuento “La vuelta”, en virtud de las innegables prendas literarias que lo exornan, puede hombrearse ventajosamente con la mayoría de los relatos que la sensitiva péñola de Bosch nos obsequiara y que fueran reunidos en los tomos I y II de estas *Obras completas*.

Temas culturales y literarios

Y pues queda mucho por heñir, es imperativo que prosigamos nuestra tarea de prologuista abocándonos a comentar a continuación dos o tres escritos más de los que agrupé en la sección de temas culturales y literarios.

A tenor de lo expuesto, acaso proceda en este preciso instante dar parte al lector —cuya paciencia estamos, harto me lo temo, poniendo a prueba— de que dentro del referido acápite de temas culturales y literarios cabe establecer un nuevo partimiento —al que no me sustraje—, en orden a clasificar dichos escritos sobre la base de la naturaleza de su contenido. A resultas de semejante arreglo, el mencionado acápite quedó, por lo que a mí respecta, subdividido como sigue: Cartas a Vigil Díaz; crítica literaria y de arte; estampas y evocaciones; semblanzas culturales; y otros textos.

Conviene a todo evento recalcar que al compilar los artículos culturales y literarios en las cinco categorías que vengo de enumerar, sólo tuve en cuenta, como renglones más arriba registrara, la índole de sus temas, por modo que en cada un conjunto de tan flamante encasillamiento fraternizarán ensayos y apuntaciones publicados en fechas a menudo distanciadas y,

por tanto, como a nadie se le ocultará, trabajos que atestiguan por lo que al estilo e ideas concierne, no obstante las obvias bondades literarias que todos atesoran, dispares grados de madurez y penetración conceptual. Pasémosles revista de prisa y corriendo, cual reclama la brevedad de un preámbulo no reñido con las civilizadas normas del comedimiento, y hagamos objeto de nuestra célere pesquisa, para comenzar, las tres cartas públicas que Juan Bosch dirigiera a Vigil Díaz en el mes de agosto de 1932, aparecidas en el *Listín Diario*, misivas en las que campea un humor suelto, coruscante, desenfadado y una acentuada voluntad de brillo literario; manifestaciones ambas perfectamente comprensibles en un escritor de apenas 23 años hasta ese momento desconocido, o poco menos, no digamos ya del grueso de los lectores, sino probablemente también entre el selecto círculo de los escritores de mayor predicamento de la República Dominicana; de manera que va de suyo que anhelase la juvenil pluma de nuestro redactor de epístolas mostrar sin remilgos de qué era capaz por lo que a la destreza discursiva y limpidez juguetona de su estilo atañe y, por un parejo, explica el para nada injustificado afán de hacerse notar en el ambiente cultural de su país, que las cartas aludidas hayan sido destinadas a Vigil Díaz¹⁰, habida cuenta de que este autor —independientemente de la intensa o escasa intimidad que con Juan Bosch pudiera haber mantenido, cosa de la que no tengo noticias—, estaba para esa época en el pináculo de su fama, aun cuando hoy por hoy, décadas después de su fallecimiento en 1961, los bonos literarios de su obra menguaran considerablemente al extremo de que, hasta

¹⁰ Vigil Díaz nació en Santo Domingo en 1880, y falleció en la misma ciudad en 1961. Aunque alcanzó gran prestigio durante las primeras décadas del pasado siglo, no pasa de ser un escritor de segunda fila. Publicó los siguientes títulos: *Góndolas* (1913), *Miserere patricio* (1915), *Galerías de Pafos* (1921), *Del Sena al Ozama* (1949), *Música de ayer* (1952) y *Lilís y Alejandrino* (1956).

donde cabe comprobar, la más ecuánime crítica contemporánea coincide en asignarle, por lo que toca a sus méritos de creador, un rincón hartamente modesto y alejado del que ocupan los más señeros cálamos de nuestra casta y solar.

Que el destinatario de tales epístolas fuese Vigil Díaz no es, pues, iniciativa que pueda provocar asombro o extrañeza, siempre que tengamos en mente que el valor de un padrinazgo intelectual como el que, en ese entonces, representaba el autor de *Góndolas* y *Galeras de Pafos* no era en modo alguno para desestimarse, a pesar de que su manera de escribir amanerada —esotérico y culterano lo llamó Horacio Blanco Fombona¹¹— se hallaba en las antípodas de la escritura boscheana, traviesa a veces, no exenta de cierta coqueta garrulería en las cartas que estamos sometiendo a consideración de los lectores, pero invariablemente clara, precisa y ajena a toda ampulosidad, esnobismo y afectación.

Por lo demás, el sesgo retozón y pícaro de las misivas que nos ocupan se justifica plenamente en la medida en que condice con un aspecto descollante del temperamento de don Vigil, a saber, su ingenio y sentido del humor, pues incurriríamos en desaguisado de lesa estimativa de negar a tan nostálgico amante de la Antigua Hélade su vena jovial y graciosos arranques y salidas.

La cordial burla que en sus tres cartas desarrolla Bosch tomando como víctima propiciatoria a su letrado correspondiente, es de buena ley, divertida como pirueta de bufón u ocurrencia de infante y en ningún momento hiere o menoscaba, de lo que es lícito inferir, aunque no poseo documentación

¹¹ Fue Horacio Blanco Fombona un reconocido periodista y poeta venezolano. Desarrolló una importante labor cultural en la República Dominicana donde durante varios años fue director-proprietario de muy leídos órganos de prensa, como *Letras* y *Baboruco*. Activo luchador democrático y libertario, en 1920 fue encarcelado y luego deportado del país por las tropas del invasor yanqui.

que así lo avale, que para esos días entre el bisoño escritor vegano y el cuarentón plumífero de Hato Mayor existía la suficiente cercanía y mutuo conocimiento como para que el primero se permitiera adoptar un tono de desembarazada informalidad en la simpática correspondencia que, a humo de pajas, me he impuesto el cuidado de comentar. Y como por la muestra podrá cada quisque hacerse una idea de la color del paño, intentemos fundamentar la certería de nuestros juicios sirviéndonos de las palabras textuales de Bosch que figuran en su carta firmada en Constanza con fecha 27 de julio de 1932, pero que fuera vertida en tinta de imprenta en la edición del *Listín Diario* del 14 de agosto de ese mismo año¹², escrito del que distraigo las consideraciones subsiguientes:

“Sigo: Jarabacoa bebe en el Yaque, antes que Santiago y antes que Monte Cristi. Bebe además en el Jimenoa. Su flora es recomendable para hipocóndricos, pre-tuberculosos, palúdicos, tullidos, alcoholizados y poetas futuristas. Un paseo diario por cualquiera callejuela o por cualquier trillo de los que la rodean, bastaría para, en término de quince días, rebajar drásticamente tu esponjada barriga de relojero suizo” (p.9).

Algo más adelante topamos con esta otra chanza:

“Debí haber comenzado, mi buen amigo y excelso señor griego, por La Vega, ciudad responsable, junto con tu querido Juan José Sánchez, de tu calvicie y de la pérdida llorada de tu belleza apolínea” (p.10). Y concluye la hilarante epístola con una *boutade* que en propiedad no disuena dentro del contexto festivo y hasta chusco en que aparece, la cual a continuación transcribo: “Tú dirás que no comprendes esta carta a saltos. Lo peor del caso es que tampoco yo la entiendo. Tal

¹² Las tres “Cartas a Vigil Díaz” aparecieron en las columnas del *Listín Diario*, la primera el 14 de agosto, el 21 del mismo mes, la segunda, y la tercera y última el 28 de agosto, todas ellas en el año de 1932.

vez en la otra pueda seguir algunos de los hilos dejados aquí ‘calimochos’. Pero ahora quiero ir a comer.

‘Así griego señor, dómine excelso, hasta otra. Los constanceros no son muy amigos de que sus visitantes trabajen’ (p.12).

En el entendimiento de que, cual reza la trillada paremia, “para muestra basta un botón”, después de haber reproducido sobre esta prodigiosamente complaciente hoja de papel las anteriores citas, dejaré para más propicia ocasión la faena, para nada enojosa, de seguir ahondando en el escudriñamiento de las virtudes literarias que las epístolas de marras atesoran, confiado como estoy en que ningún lector, por distraído o ayuno de crítica perspicacia que se encuentre, conseguirá impedir que al recorrer con la vista tan regocijantes y desenvueltos renglones una franca sonrisa se dibuje en sus labios.

Empero, antes de dar cima a esta parte de mi comentario, concédaseme venia para, en plan testimonial, manifestar que dificulto podamos tropezar en el resto de la obra profusa de Bosch —que sobrepasa treinta abultados tomos— con un escrito en clave humorística de la singularidad que acusan las tres “Cartas a Vigil Díaz” que hemos hecho objeto de estas rápidas y por rápidas insuficientes apuntaciones; pues si bien es cierto que Juan Bosch es escritor que tanto en sus creaciones de ficción como en las teóricas y polémicas se nos descubre indiscutible maestro de la ironía, no es verosímil ni probable que el inclín jocoso, suculentamente juguetón, a que nos refieren dichas misivas haya sido ejercitado posteriormente en escritos de parecido jaez por el autor de *La Mañosa* y de *Camino real*, y si así fuera, confieso que de tales escritos no tengo la menor noticia.

Ahora bien, si las cartas más arriba examinadas nos merecieron un resuelto encarecimiento en punto a su literaria catadura, consideradas a este mismo viso, las colaboraciones periodísticas

de Bosch intituladas “De La Vega de entonces”¹³, que el *Listín Diario* difundiera durante los meses de noviembre y diciembre de 1935, no pueden sino ser entusiastamente celebradas. Hemos aquí ante una serie de evocaciones de infancia para las que no resultará inconveniente la calificación de costumbristas.

Figura en el tomo I del respetable *Ensayo de un diccionario de la literatura*, de la autoría erudita de don Federico Carlos Sainz de Robles, en la entrada “costumbrismo”, la siguiente definición: “En su sentido estricto se refiere a un tipo de literatura menor, de breve extensión, que prescinde del desarrollo de la acción, o ésta muy rudimentaria, limitándose a pintar un pequeño cuadro colorista, en el que se refleja con donaire y soltura el modo de vida de una época, una costumbre popular o un tipo genérico representativo”¹⁴.

Nada se me ocurre objetar a pareja conceptualización de la literatura costumbrista, la cual, según es de ver, ajusta como anillo al dedo a las sugestivas páginas de Bosch sobre aquella afortunada Vega de sus primeros años que, cálamos currente, se propone en memorioso desafío recuperar.

Sin embargo, barrunto que lo que no tiene base sólida de sustentación es la afirmación que hace párrafos más adelante el prestigioso autor del aludido *Diccionario*, en el sentido de que “la crítica de todas las épocas se ha resistido a conceder al costumbrismo una categoría pareja a la de otros géneros literarios, como la novela, el teatro, el ensayo. Razonan su opinión aduciendo que le falta al costumbrismo el valor máximo del arte literario: la fuerza creadora, limitando sus posibilidades a la

¹³ Cuatro son las colaboraciones que el *Listín Diario* publicara con los títulos de “De La Vega de entonces: los charcos del río Camú”; la primera vio la luz el 1º de diciembre, el 8 de diciembre la segunda, del 15 y el 22 del mismo mes son la tercera y cuarta respectivamente, todas del año de 1935.

¹⁴ SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos, *Ensayo de un diccionario de la literatura*, op. cit., p.2321.

copia —cuando más *pictórica*, cuando menos *fotográfica*— de lo que entra por los ojos... Arte menor, literatura menor... Nada más es el costumbrismo, literatura y arte en los que se apoyan cuantos escritores y artistas no saben mirar dentro de sí mismos, encontrando sus únicas fuentes de inspiración en cuanto les circunda: paisajes, luces, tipos, costumbres. El costumbrismo suele ser sinónimo, en el escritor y en el artista, de *insuficiencia imaginaria*¹⁵.

En efecto, respetuosamente pero con firmeza me veo forzado a discrepar del punto de vista expresado en el razonamiento de la cita que antecede, pues si algo me avengo a conceptuar no susceptible de controversia, es que importa error de a folio confundir la categoría de “género menor”, donde indiscutiblemente suelen los teoristas de la literatura incluir las estampas costumbristas, con una presunta y al parecer inevitable carencia de imaginación creadora de cuantos escritores incursionan en modalidad de semejante especie. Una cosa es que desde cierta perspectiva histórica y descriptiva quepa arriesgar el aserto de que las obras costumbristas, tomadas en su conjunto, integren un “género menor”, lo que es aceptable si a lo que nos estamos refiriendo es a su significación cultural, popularidad y prosapia histórica parangonadas con otras formas literarias har-to más apreciadas por el público y más encontradizas, como las antes mencionadas novela, teatro, ensayo y cuento, una cosa es eso, repito, y otra muy diferente que de ello nos sintamos autorizados a colegir que el autor afecto al costumbrismo adolecerá necesariamente de penuria creadora... En materia tan delicada como el enjuiciamiento de los valores literarios, es práctica sana y aconsejable no mezclar berzas con capachos.

El ejemplo a contrario que pone en entredicho con absoluta claridad las opiniones vertidas en el *Diccionario* de Sainz de

¹⁵ *Ibid.*

Robles, es, justamente —pondremos nuestro conato en demostrarlo—, el que nos brinda el autor de los fascinantes escritos reunidos bajo el encabezamiento de “La Vega de entonces”, páginas excepcionales estas cuya arrobadora fibra lírica, ajena a cualquier sentimentalismo románticoide, y su carga de intensa y genuina nostalgia (no en balde el numen poético de mejor ley es siempre melancólico) no creo los volvamos a hallar, al menos no de manera tan espléndidamente lograda, en los demás títulos de la obra de este señor prosador.

Para poner las cosas en punto de verdad, comencemos señalando que en lo relativo al enfoque y al tono no podía darse más acusado contraste estilístico que el que cualquier lector a ojo de buen cubero advertiría entre las posturas guasona a que obedecen las “Cartas a Vigil Díaz” comentadas párrafos atrás, y las añoranzas evocadoras del más raigal costumbrismo que son ahora objeto de nuestra atención.

Hablé de lirismo y no me retractaré. Pocas veces la pluma del maestro quisqueyano había alcanzado la alta cota de depurada y poética expresión que en los textos que estamos escoliando por doquier se derrama. En gracia a la brevedad, me contraeré a distraer, por vía de ejemplo, dos o tres cláusulas del escrito subtulado “Mis misas de madrugada”, las cuales confío resultarán sobradamente ilustrativas de la notable calidad artística de las viñetas literarias cuya valoración estamos abordando. Prestemos oído a las frases con que principia dicha relación: “Con el sombrero pequeño, la sotana holgada y los botillos bailando, ha pasado cerca de nosotros el sacerdote. Como todavía está sucio el cielo de la madrugada, apenas le hemos reconocido por la curva leve del cuerpo y el silencio que ha ido desplazando” (p.39). Argüiría desesperante escasez de sensibilidad no dejarse embargar por el hechizo de las palabras recién copiadas, las cuales pintan magistralmente desde los adentros, desde la perspectiva subjetiva de la saudade y la

ternura, un suceso que cabría calificar de anodino si no fuera porque el cálamo del supremo narrador que era Juan Bosch supo, haciendo uso de expresiones de eficaz iridiscencia emocional, transfigurarlos en una de esas visiones memorables que, en su nuda transparencia, nos invita a revivir en perfecta consonancia afectiva con su autor, el infantil acaecimiento que tuvo la felicidad de abrirse paso en el recuerdo. Y es la pena dulce de la remembranza, la tristeza que emana de la cordial sonrisa de un pasado de irreparable frescura, la que, si bien se mira, da suelta a la vena poética en las páginas que estamos haciendo objeto de nuestra ponderación...

Para quienes en materia de justipreciación crítica sienten desvío por el empleo de expresiones encomiásticas (caso inverso al del que estas domingueras opiniones rubrica), no escatimaré ningún esfuerzo con el fin de persuadirles de que, por lo que atañe a los escritos que estamos reseñando, rendir parias a su autor no me vuelve reo de lesa ecuanimidad; que si hago cuenta cabal de que el enfoque no reñido con el enaltecimiento a que estas opiniones más obtemperan me lleva a adoptar un énfasis elocutivo que, al entender de muchos no condice con la imperturbabilidad y equilibrio deseables en un profesional de la exegesis, si de ello, reitero, estoy plenamente consciente, viene también a punto recordar que, por lo que toca al arte de la escritura, ningún acercamiento analítico que pretenda concitar el interés del lector cultivado podría eximirse de involucrar, a la hora de aquilatar los méritos e insuficiencias de un texto, el temperamento, sensibilidad y gusto del apreciador. De suerte que, holgando que piense como mejor le cuadre quien estas líneas recorra con su mirada, perseveraré en la creencia de que me asiste la razón cuando en las presentes apostillas condesciendo a que aflore, sin que requiera ponerme a cubierto por asumir pareja actitud, la reacción emocional que en mi fuero íntimo el aludido escrito ha provocado.

Rueda por ahí la especie de que semejante manera de encarar la literatura no es científica. Mas la pregunta que viene al caso plantear es si en cuestiones que importan el examen de la escritura artística, es razonable y útil prescindir de la respuesta afectiva del escoliasta, proceder que diera la impresión está a la orden del día en los círculos académicos de nuestro país. Mi veredicto tajante es no. No comparto la idea de que pueda emprenderse una indagación literaria “objetiva”, pródiga en resultados valiosos, si por objetiva se entiende una forma de escudriñar que haga caso omiso de cómo siente, percibe y gusta, en términos de estética aproximación al texto, quien sobre él se vuelca con el propósito de estimar su alcance, trascendencia y eficacia.

En gracia al lector, de cuya paciencia he estado abusando de manera poco compasiva, daré por clausurada la discusión del árido tema que irrumpió inopinadamente a estas cuartillas, transcribiendo el razonamiento que explayara el universalmente reconocido estudioso italiano de la estética Umberto Eco, en su libro de ensayos *La definición del arte*, razonamiento con el que me hallo en cada una de sus partes identificado, según el cual: “Esta actitud [*la del que interpreta o explica una obra de arte*, L. D.] puede ser calificada de ‘científica’ no porque sea análoga a la que se mantiene en el campo de las ciencias experimentales tal como comúnmente se concibe, sino porque ofrece el máximo de garantías objetivas en la observación de un objeto fundamentalmente diferente del de dichas ciencias. La observación de una obra de arte, en efecto, concierne a las cualidades de una cosa *en su relación con nosotros*; es decir, el examen de las estructuras objetivas y de las reacciones individuales que éstas suscitan. Nos hallamos en una dimensión totalmente distinta de la científica: aquí no debemos despojarnos de nuestros propios deseos, opiniones, gustos, para basarnos en instrumentos omniaceptables, sino convertir en

instrumento nuestros propios deseos, opiniones y gustos, para verificar cuál es su relación de necesidad con las estructuras formales que los han estimulado”¹⁶.

Pero tornemos, luego de este acaso extemporáneo excursus acerca de asuntos relacionados con la metodología de la crítica, al escrito de Bosch cuyas prendas líricas intentamos poner de resalto.

Dificulto que pueda nadie censurarme por reputar genuina obra maestra de la prosopografía el vigoroso, colorido perfil que de la vieja Adela nos sale al paso en “Mis misas de madrugadas”: “Doña Adela es mujer rezadora. Blanca, blanca como madera de naranja recién cortada; baja, bien medida de carnes todavía; con el moño en la coronilla a la manera de los retratos antiguos; arrugados los párpados; altas las cejas; muerta la nariz, la buena señora recuerda ilustraciones de fin de siglo, como las que hay en la sala de casa y en el comedor de mi tía” (p.39); descripción del aspecto exterior del personaje la que vengo de citar que, a seguidas, se enrumba hacia la etopeya o pintura de las costumbres. Veamos: “Doña Adela hace dulces. La fama de su ‘tomaró’ es vieja y veloz como los ríos. Vive en el corazón de la ciudad, en bohío enano y añoso, que se dobla bajo el grueso techo de canas. Es un sitio plácido y cargado de paz aquel. Apenas pasa por allí algún señor que va en diligencias, alguna comadre de su dueña, que entra a saludarla, un perro realengo; muy de tarde en tarde crujen las piedras de la calle bajo las ruedas de un coche. Doña Adela está siempre encogida en su mecedora, en la segunda pieza que es también comedor. Allí reza día y noche, excepto los momentos en que va a ver su horno, en el que se doran los ‘conconetes’ y las hojaldres.

¹⁶ Eco, Umberto, *La definición del arte*, Barcelona, Ediciones Martínez-Roca, 1970, p.52.

Nunca habla, a no ser para ponderar con aparente humildad sus dulces; su voz tiene un no sé qué agrio, y es débil como el canto del aire en estrecha rendija” (pp.39-40).

El hecho presentado en la rememorativa viñeta de cuyo parvo contenido reprodujimos *ad litteram* el párrafo que antecede, es el hurto de dulces de que los chiquillos hacen víctima, en las solitarias horas del amanecer, a doña Adela, encubriendo los ladronzuelos tan tempranero desaguisado con la excusa de que todos se habían juntado para ir a la iglesia a escuchar la misa de madrugada. Así que en esta sucinta evocación se entreveran dos tonos; de un lado, el risueño fruto de la osada travesura de la golosa muchachada, de cuyo retozón desenfadado no conseguiremos evitar hacernos cómplices, pues ¿cómo no gozar con la ingeniosa pillería de esos chicuelos dispuestos a sustraer las sabrosas golosinas que cuece en su horno la vieja Adela?, trastada divertida que nos es contada por el autor como sigue: “La puerta que da a la calle está junta, de modo que, haciéndolo con precauciones, el más atrevido la ha abierto sin producir ruidos, sin que la santa y buena vieja sospeche nada. Uno ha entrado y va pasando dulces a otro que espera en la acera; éste a su vez los pasa a otro; éste al que le sigue. El último se esconde en la esquina vecina y ha llenado ya el seno con hojaldres, ‘conconetes’, ‘caballitos’... Se siente a la anciana golpear tizones contra la hornilla. A nosotros nos desgarran el vientre un susto atroz. Pero reímos contentos, porque hemos realizado una hazaña” (p.40). Y junto con este sesgo festivo y jacarero del relato, el acento melancólico y adusto de un pasado definitivamente transcurrido que sólo acierta a resucitar efímeramente, fragmentario, diluido, en los entresijos grises del recuerdo: “Tiene los dulces expuestos en limpias bateas, sobre un paradorcito de triste apariencia. Ella no acecha, no cuida, no teme. Está en el comedor metida en su mecedora, y sobre su cabeza sonríe benévolamente su

hermano, o su padre, que nadie sabe a quién reproduce aquel amarillento retrato en carboncillo” (*Ibid.*).

Por lo demás, huelga decir que la argamasa que suelda los dos registros sacados a relucir (la verificación de cuya presencia encomendé por modo de ilustración a las citas que anteceden) es la virtud lírica del relato, faceta ésta que se nos revela esencial y omnipresente por mor del lenguaje de pulquíssima sencillez y extraordinariamente evocador a que el autor acude; lenguaje cuya límpida fuerza plástica es deudora de una voluntad descriptiva orientada de continuo hacia el rasgo definitorio y tipífico, hacia la nota distintiva y peculiar henchida de palpitante contenido afectivo, verbigracia la certera pincelada del “amarillento retrato en carboncillo” (*Ibid.*) que cuelga en la humilde sala en donde se mece la laboriosa viejecita, imagen de tan impresionante pujanza sugestiva que por sí sola nos informa tanto del ambiente físico como del talante espiritual de la anciana repostera, de una manera y con una intensidad que no podría dárnoslos a conocer la más prolija descripción pagada de objetividad y realista verosimilitud.

Y por si no hiciera el lector aprecio de los juicios que vengo de garrapatear sobre la cuartilla, tal vez en lo tocante al tema que nos compete elucidar, a saber, la tesitura poética del escrito escoliado, no haga este de menos las felices analogías, de eficacia expresiva innegable, con las que topamos en la estampa de marras. No tropezaremos allí, en efecto, con un vocabulario rebuscado, con frases rimbombantes, giros desacostumbrados o expresiones difíciles y encrespadas, pero sí con imágenes y símiles acerca de cuya garra y estética validez nadie poseedor de los dos codiciados dedos de frente daría su voto en contra. Es el caso de las comparaciones que figuran a continuación y que, en atención a su rutilante elocuencia, no habría dejado ni por asomo de trasuntar. Helas aquí: “Un lucero grande y alumbrado como fogón campesino”; “blanca

como madera de naranja recién cortada” (p.39); “su voz tiene un no sé qué agrio, y es débil como el canto del aire en estrecha rendija” (p.40); “un resplandor infantil trasciende del patio y dora el aire sucio de la madrugada” (*Ibid.*); “El río está frío, muerto. Se vidrió en la noche bajo las cobardes estrellas” (p.41); “a todos nos poseerá una tristeza infinita y llorona como llovizna” (*Ibid.*).

Suficiente. No será preciso ocurrir a más elaborada exégesis para hacer cuenta de que, en punto a literaria condición, el joven autor del texto que cálamamente hemos apostillado méritos de sobra tenía ya en 1935 para que se le incluyese con todos los honores en el número de los más primos en el escribir. De ello dan fe las magníficas estampas intitoladas “De La Vega de entonces”, como la que nos atarease en los párrafos precedentes y tantas otras de dicha serie que, en gracia a la brevedad y pese a mi deseo de discurrir morosamente sobre ellas, me veo forzado a desatender; es el caso infortunado de los escritos subtitulados “Los charcos del río Camú”¹⁷, donde podremos admirar imágenes de la guisa siguiente: “Río arriba, pasando por el Guabal y atravesando las tierras de don Carlos María Sánchez, está el Turey. Turey, en la lengua madura del indio, quería decir ‘cielo’. Y en ese charco se echa a nadar un cielo pálido, a veces espeso de nubes, de noche chorreoso de estrellas” (p.43); o del que lleva el encabezamiento de “Lamentación por el enflaquecimiento del río Camú”¹⁸, genuino poema en prosa en el que el sentimiento de pesadumbre y pérdida se desata irrefrenable, con viso exclamativo y enfático, desde el inicio mismo de lo que se nos narra, arranque glorioso cuya adamantina refulgencia no pude

¹⁷ Cuya excelencia literaria no me cansaré de ponderar, y aliento al lector a que no los pase por alto.

¹⁸ *Listín Diario*, Santo Domingo, 29 de diciembre de 1935, p.3.

resistirme de trasvasar a la cuartilla: “Río amigo, río bueno, río indio; espejo para la mirada de la mujer de Maguá; bendición en el hueco de la mano conquistadora; fiesta de luces en los ojos de fray Bartolomé; radiosa vera de vidrios; prófugo de la cordillera y señor del llano... Río Camú, hermano Camú, padre Camú: la palma y el algarrobo, el quiebrajacho y el amacey, el guayabo y la jabilla que pueblan el Valle de La Vega Real viven de ti, en tu lomo fugaz se alimentan; con tu agua nutres las hondas raíces cuantos árboles hay, aun aquellos cuyas copas bailan mecidas por vientos lejanos. En ti se gesta la vida; tú has sido siempre la razón incansable y oculta; tu insensata esplendidez te ha secado en holocausto anónimo y lamentable” (p.59).

Si hubieran parecido alicortas las razones algo atrás alegadas con el propósito de subrayar la índole poética del lenguaje de que Bosch hace gala en las que hemos calificado de viñetas costumbristas objeto de nuestra insuficiente ponderación, sea abonado el fragmento recién transcrito en la cuenta de cuantos aún pudieran guardar reservas acerca del lirismo que rezuman las referidas creaciones.

Daré ahora por clausurado el capítulo de las agrídulces escenas rememoradas por Bosch que, acaso a expensas de la deseable concisión de un ensayo introductorio como éste, he insistido en llevar adelante, trayendo a la tribuna de las presentes líneas un postrer testimonio que ejemplifica de manera a mi entender indiscutible la sobresaliente capacidad del notable escritor para dibujar con palabras personajes, lugares y circunstancias. El escrito a que me refiero se titula “Una escuela rural hace veinte años”¹⁹, y en sus páginas vamos a encontrar la joya descriptiva que transcribo a continuación: “A aquel bohío fue la maestra con su familia. De casa le enviaban

¹⁹ *Revista de Educación* N° 27, Santo Domingo, 1935.

la comida y unos cuantos pesos para que ‘fuera viviendo’. Era ella una muchacha arrogante y gentil; joven, blanca, bien educada; tenía los pómulos anchos como un mongol; los ojillos negros estaban separados como las piedras grandes en las sabanas peladas, y se recogían bajo rectas y escasas cejas; la boca era fina, de perfecto dibujo. En toda la cara le bailaba una alegría sana, que le daba aspecto de cosa luminosa y grata. Se llamaba Panchita. Entre otras gracias tenía la de su voz, tibia y acariciante; la de su plante, altivo, y tímido a la vez, y una acerada energía a la hora del castigo. Los cabellos rojizos y rebeldes, le caían en dos crenchas sobre las sienes y se enredaban en hermoso moño” (pp.445-446).

El escrito al que pertenece el párrafo más arriba copiado fue redactado, al parecer, en la misma época que las viñetas que comentáramos previamente, es decir, en 1935. “Impresión de La Habana”²⁰, brillante esbozo de colorida factura al que en volandas nos referiremos a continuación, es, sin embargo, posterior, publicado en un órgano periodístico puertorriqueño en 1939, cuando su autor contaba treinta años de edad.

Este agudísimo acercamiento al alma o espíritu de la orgullosa capital cubana lo tengo por una de las más penetrantes y a un tiempo mismo refinadas pinturas de lo que acaso no comporte error llamar la ciudad íntima, o, si así lo preferimos, la gran urbe vista desde la acera del corazón. La idea en verdad luminosa que da sustento al andamiaje de observaciones, inferencias y barruntos del ensayo que estamos sometiendo a escrutinio, es la de que La Habana concilia amplitud y tropicalismo, y pareja conciliación se descubre, a juicio del autor, insólita, única, pues “¿cómo se explica que haya en el trópico una gran ciudad, que la zona permita a los hombres aglomerase sin hacerles sentir su inclemencia?” (pp.487-488). A

²⁰ *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, P.R., 7 de octubre de 1939, p.14.

dicha interrogante responde Bosch: “La clave de esta victoria está en los porches habaneros” (p.488); y acomete entonces, para dar razón de “la dimensión característica de lo cubano, que es la amplitud” pp.488-489), una inspirada disquisición acerca de la función que cumplen las mencionadas galerías: “Hay en muchos pueblos españoles plazas emporchadas; en ocasiones hay en alguna gran ciudad una que otra calle franqueada de porches. Pero aquellos quizá no tengan otra explicación que la suntuosidad hispana, a menudo soberbia y a menudo consagrada más a humillar a otro que a complacer a quien la siente. Los porches de La Habana, aun los de los palacetes que adornan con gracia juvenil sus repartos, son más bien demócratas y graves. Están ahí para cumplir un propósito de higiene y de comodidad, no para deslumbrar. Si irrumpe el aguacero del trópico, el porche recibe al transeúnte y lo abriga y lo asocia a su recóndita paz. Si el sol descende impetuoso sobre los paseantes, él los acoge y les da su sombra. Algunos, sobre todo los de añejas fábricas, que muestran sus torsos descascarados por el tiempo, dan en ocasiones tal impresión de seres cansados, que el viajero siente deseos de acariciarlos, como si ellos fueran capaces de comprender que inspiran piedad y gratitud” (p.488).

El fragmento que acaba mi pluma de reproducir —pensar noble en un decir hermoso— es incontrovertible testimonio de que sobre la sagacidad de observación que acusa quien semejantes líneas estampara, nos hallamos ante un literato en plena posesión de los recursos del idioma, una de cuyas más salientes virtudes estriba en haberse enseñoreado de un estilo desprovisto de hampos retóricos; en efecto, el discurso *ut supra* transcrito, si por algo se hace admirar es por desenvolver agudos pensamientos expresados de guisa tan impoluta, digna y escasamente presuntuosa, que el costado intelectual o informativo de su ensayo no da nunca en merma de nuestra estética fruición.

Luego de deleitarnos con un escrito de la clarividencia y literaria reciedumbre de “Impresión de La Habana”, tengo copia de razones para creer que nadie osará reconvenirme de tomar la cimbra por el edificio porque afirme —como sin hesitación lo hago— que basta aproximarnos a dicho texto, y sólo a él, para constatar sin sombra de duda que la péñola que lo gestara es del número de las que las generaciones futuras no se resignarán a preterir. Empero, como no deseo incurrir en sospecha de lisonjero y estoy muy cierto de que no habrá persona con un conocimiento algo más que superficial de los valores que la escritura artística atesora que no consienta en que, por lo que concierne tanto a las ideas como a la expresión, las antes citadas palabras de Bosch se deslucirían con cualquier comentario, haciendo de tripas corazón refrenaré en este preciso lugar mi cálamo, propenso al encomio entusiasta, y me esforzaré en seguir avanzando en la faena de presentador de la que soy compromisario.

Aun cuando no sea mi intención negar el pan y la sal a otros escritos de sugerentes impresiones —cuya excelencia procede que el lector abone y reconozca—, cuales los titulados “Trinidad, la inmigrante”²¹ y “Evocación de Puerto Rico”²², ambos fechados en 1940, daré aquí remate a la glosa de las descripciones y añoranzas rememorativas.

Registradas sobre la cuartilla las acotaciones que anteceden, como conllevaría ofensa a la urbanidad y buen gusto prolongar en una presentación introductoria de la guisa de la que adelanto el examen de la totalidad de los trabajos de crítica literaria de Bosch reunidos en este tomo, a despecho de mi deseo e inclinaciones, daré por clausurado dicho tema, no sin deplorar antes, empero, verme constreñido a dejar en la

²¹ *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, P.R., 24 de agosto de 1940, p.10 / p.67.

²² *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan de P.R., 21 de septiembre de 1940, pp.6-7.

estacada, huérfanos de impenitente glosa, textos valiosos, pletóricos de observaciones penetrantes, cuales los titulados “La primera novela de Requena”, “La nueva estética, un libro interesante”²³ o, también, el más tardío y mírese por donde se mire estupendo “Cuadros de grandes maestros en Cuba”²⁴.

Es imperativo, no obstante, que antes de arrumbar en el baúl de los desaguisados las restantes páginas de Bosch del presente volumen que hacen relación con la cultura, y a riesgo de que el lector me tilde de prologuista desentendido por completo de moderación, es, reitero, procedente y necesario que, por modo previo a colgar la pluma en la panoplia o a dejarme caer a holgazanear sobre el almadraque, aventure dos o tres observaciones acerca de una nota que, en lo tocante a pujanza de estilo como a planteo de inconcusas verdades, debe ser tenida —y así lo proclamo y encarezco— por paradigmática y sin ejemplar; me refiero al clarividente escrito que ocupa apenas algo más de media hoja de papel, titulado “Profesión de fe”, el cual dio su autor a la estampa en el diario *La Opinión*, el 6 de octubre de 1937.

La enorme significación que, según es de ver, reviste el aludido apunte deriva de que sobre la deslumbradora fuerza expresiva de su lenguaje —de una portentosa eficacia en la absoluta transparencia y ausencia de retórica vanidad que lo distingue—, por sobre ello, insisto, dimana su importancia de que pone el índice acusador el maestro vegano en una de las lacras menos disculpables de la conducta intelectual de los hombres de letras de su patria: la desidia, mal que, si bien se mira, siendo inobjetable que asolaba al medio cultural para la

²³ “La primera novela de Requena”, *La Opinión*, Santo Domingo, 26 de octubre de 1936, p.1 / p.5; “La nueva estética, un libro interesante”, *La Opinión*, Santo Domingo, 27 de mayo de 1937.

²⁴ “Cuadros de grandes maestros en Cuba”, *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan de P.R., 1º de junio de 1940, p.2.

fecha que hoy nos luce remota en que Bosch externaba su queja, no es menos cierto que, al día, sigue proliferando con encarnizada crudeza entre los escritores, no pocos renombrados, de nuestra casta y solar; y también, para concluir, reputo especialmente valiosa y reveladora la anotación crítica que da razón de estas apostillas laudatorias, por implicar sus palabras, amén de un existencial y vívido testimonio autobiográfico, una promesa y un destino que su autor cabalmente cumplió.

Dejaré el estupor y el aplauso a cargo del lector, a cuya discreción encomiendo, como era de esperarse luego de la anterior ponderación, la ineludible cita: “Cuando se va penetrando en el conocimiento de nuestros hombres se empieza a notar con pena que aquí es un mal generalizado el del frustrado de vocaciones y ambiciones” (p.429); después de tan directa y apodíctica apertura, prosigue el analista en el siguiente párrafo: “Si yo fuera a referirme ahora a la clase que mejor conozco, hablaría de los poetas y escritores y diría, desde luego, muchas verdades amargas. Pero yo querría limitarme a señalar nada más el dolor que produce el espectáculo de algunos escritores que tuvieron una firme vocación y hasta un brillante estilo y que hoy, viejos, sin certería en el juicio, perseguidos por achaques, equivocan lamentablemente su camino y se dedican, con la repulsa pública, a desahogos reñidos con la pulcritud más elemental” (*Ibid.*); en parejo tenor, asevera el escoliasta a continuación: “Si esos escritores que llegaron a ser promesas para la cultura dominicana hubieran dedicado unas horas al estudio, a la meditación y hasta al trabajo (porque conviene advertir que muchos de ellos no han trabajado en toda su vida), habrían ido superándose y hoy no estarían en tan triste desnivel con la realidad ambiente” (pp.429-430). Imposible no reproducir las dos cláusulas finales del texto que nos concierne, las cuales rezan: “A mí me apena en lo hondo esa tragedia. Y frente a espectáculo tan doloroso, hago

firme profesión de fe de ocupar los días de mi vida en lo que los he ocupado hasta ahora: en trabajar para el mantenimiento de los míos, en estudiar para mí superación y en no rebajar mi pobre pluma untándola de insultos” (p.430). Las dos postreras líneas son, por todo lo que anticipan, memorables: “Y, además, en encerrarme en mi casa, cuando los años me arrebatan el vigor, la certería y el instinto de la propia dignidad” (*Ibid.*).

La “Profesión de fe” a la que vengo de distraer algunas de sus más substanciosas partes constituye, va de suyo, un documento de vida cuyo valor testimonial es difícil de exagerar, documento con el que sentí amor a primera página no sólo por las verdades que contiene y por la estremecedora belleza, impregnada de viril desconsuelo, del lenguaje con que las expresa, sino porque me incluyo en el número de los que opinan —con más razón acaso que autoridad— que en esta civilización convicta de futilidad nada puede ser más imprescindible, más urgente, que una proclamación de la conmovedora índole existencial del escrito de marras, confesión que, a riesgo de suscitar escándalo, me inclino a pensar se nos impone en propiedad como una suerte de *tour point*, de punto de inflexión por lo que toca al rumbo que pronto tomará la vida de su autor, habida cuenta de que las palabras del referido texto, si algo manifiestan con absoluta claridad, es una actitud en el corazón de la cual acampa la idea de luchar a brazo partido contra la mediocridad y la miseria material y moral, contra todo cuanto vaya en menoscabo de la honra e integridad de la humana criatura, trinchera ésta en la que sólo da la batalla con fervor quijotesco la exigua y escogida minoría de combatientes a los que incumbe el patriciado del espíritu.

En la sección de trabajos culturales y literarios de mi personal y probablemente antojadiza clasificación, figuran un par de simpáticas semblanzas, esbozadas con la artística maestría del mejor periodismo de reportaje, datadas de 1932 y 1933,

en las cuales, bajo el encabezamiento de “Perfiles sinfónicos”²⁵, nos cuenta Bosch los avatares de dos excelentes músicos dominicanos: el flautista Pepé Echevarría Lazala, y el violinista santiagués Morito Sánchez. De esos seductores perfiles biográficos mi transgresora pluma, con desenfadada desconsideración, nada dirá; como tampoco se impondrá la tarea de reseñar los párrafos admirables que dedicara el escritor vegano al sobresaliente escritor Federico García Godoy²⁶, que de niño solía llamar don Fico, ese hombre bueno al que, cuando murió, “le ofrendaron un busto; pero su mejor monumento está en la historia límpida de su vida, y en el rosario de grandes libros con que se regaló a la Patria” (p.37); ni tampoco abordaré con glosa seguramente prescindible la descripción del reconocido pensador cubano Juan Marinello²⁷, el comunista noble del que acertadamente dijera que “en ocasiones su voz y sus ojos reclaman perdón por el pecado de ser quien es” (p.494), el individuo que “se diría que desde que nació está sufriendo el dolor de ser naturalmente empinado sobre sus semejantes” (*Ibid.*), porque, después de todo, “en ciertos hombres la grandeza es don tan natural que la tienen aun a su pesar” (*Ibid.*).

Sin embargo, antes de desprenderme de manera definitiva y concluyente de los escritos culturales objeto de este caprichoso abordaje ponderativo (páginas de Bosch sobre las que, por descontado, albergo la ilusión de que apenas pose su mirada en

²⁵ “Perfiles sinfónicos. La accidentada vida de un gran artista”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 28 de diciembre de 1932, p.2 / p.7; y “Perfiles sinfónicos. Un niño prodigio en treinta años, veinticinco de arte”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 4 de enero de 1933, p.2 / p.7.

²⁶ “Don Federico García Godoy”, *Listín Diario*, 17 de noviembre de 1935, p.3. *Cfr.* pp.35-37 de este volumen.

²⁷ “Semblanza de Juan Marinello”, *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan de P.R., 14 de octubre de 1939, p.22 / p.56.

ellas no habrá lector que no se halle convencido de su fineza y relevancia), antes de dar cima, decía, a mis comentarios en torno a dichos provocadores escritos, conllevaría falta grave no mencionar en tanto que dignos de una esmerada reflexión —a la que hemos hurtado el bulto—, las colaboraciones noticiosas tituladas “Un periodista haitiano en Santo Domingo”²⁸, “Fin de fiesta”²⁹, “Patios coloniales”³⁰, todos ellos de la década de los treinta, o, también, el mucho más tardío (1986) “De la palabra bocón y otras parecidas”³¹. No será sobre tales colaboraciones, empero, que se volcará el ímpetu de mi cálamo, sino sobre dos brevísimas anotaciones que en mi taxonomía temática formaban grupo con las que anteceden, a saber, la titulada “El panfleto de Betancourt y Otero Silva” (Cfr. pp.381-382), publicada en el diario dominicano *El Mundo*, en su edición del 29 de agosto de 1929; y “El llano y la colina” (Cfr. pp.401-402), carta cuyo destinatario, el intelectual de fuste y connotado gacetillero venezolano Horacio Blanco Fombona, divulgó el 3 de agosto de 1935 en *Baboruco*, prestigiosa y muy apreciada revista de la que era director.

El sucinto apunte sobre Betancourt y Otero Silva es valioso —nadie a quien asista un adarme de sensatez lo negará— no sólo porque a los veinte años recién cumplidos muestre ser Juan Bosch un autor de aventajada escritura (¿quién a esa edad escribe hogaño por estos lares o por foráneas latitudes con el donaire y corrección que lo hacía él?), sino porque dan

²⁸ “Un periodista haitiano en Santo Domingo”, *Baboruco*, N° 159, Santo Domingo, 26 de agosto de 1933, p.9

²⁹ “Fin de fiesta”, *Baboruco*, N° 246, Santo Domingo, 11 de mayo de 1935, p.4. Cfr. pp.395-397 de este volumen.

³⁰ “Patios coloniales”, *Alma Dominicana*, N° 2, Santo Domingo, septiembre-octubre de 1934, pp.46-47.

³¹ “De la palabra bocón y otras parecidas”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de abril de 1981, p.6.

fe los conceptos allí estampados de un ideal político y social que condice con los más extremados planteos del liberalismo revolucionario, y porque con ese olfato finísimo del artista que ya para esa temprana fecha le caracterizaba, fue capaz de presagiar los magnos logros que el futuro reservaba a los firmantes del panfleto *En las huellas de la pezuña*, publicación que al caer en las manos de Bosch motivara las enardecidas palabras de encarecimiento e indignación que escaparan a los puntos de su pluma. Oigamos al bisoño Juan Emilio: “Cuando a los veinte años se ha vivido, errante, con el dolor de la patria podrida y el dolor de la novia ausente, en una cruzada magnífica sublime, como ha vivido Betancourt; y cuando se escribe como escribe este muchacho, que en las puertas de la vida sintió el alarido doliente de la humanidad herida, es porque se está señalado con la marca de los grandes destinados” (p.382).

Por lo que concierne a la carta “El llano y la colina”, es de destacarse tres cosas; una, que se haya vinculado a Juan Bosch con los afanes literarios de los postumistas, de lo que es lícito inferir que había quienes en esa época advertían elementos comunes —acaso de estilo, asuntos, enfoque o visión— entre el narrador vegano y el cónclave literario que seguía las orientaciones de Moreno Jimenes; otra, que Bosch haya estimado pertinente negar semejante especie, aunque no sin precisar que dicho movimiento le “ha interesado vivamente”, de lo que cabe derivar que el autor de *La Mañosa*, de lo que principalmente cura es de poner el acento en su independencia literaria, en el hecho de que su quehacer creador no es compromisorio de principios estéticos de escuela; y, tercero, el tono jocoso, humorístico, familiarmente irónico de pareja misiva, del que se desprende ya que no una intención de descrédito o menoscabo para la obra de los postumistas, sí, a buen seguro, una risueña censura al comportamiento ritualista, como de culto religioso, que implicaban los pontificados de la Colina Sacra de Villa Francisca.

Consientáseme que por vía de ilustración trasvase a esta cuartilla el satírico párrafo final de la reseñada carta:

“Si se me permite meter la cuchara, diría que me parece muy cruel el propósito de excomulgar que tiene su Santidad. Un Papa debe ser benévolo, dulce. Además, no hay derecho a ser tan sangriento, y se necesita más tolerancia cuando se está decidiendo el porvenir artístico de un individuo. Un poeta excomulgado no tendría otro camino que el del suicidio, pues se le cerrarían para siempre las puertas de la Colina, único lugar por donde puede llegarse, en este país, al callejón que conduce al olímpico palacio de la gloria” (p.402).

Temas históricos

Habiendo dado cierre con la cita que precede al escolio de los temas literarios y culturales acopiados en el presente volumen, rodará ahora nuestro discurso sobre las páginas que su péñola intuitiva y sagaz consagrara a materias de distinto género, como las que gestara acerca de aspectos de naturaleza histórica y biográfica, que los editores de las obras completas juzgaron pertinente insertar en este tomo XXXIII.

Como es costumbre mía andar en tratos con la franqueza, no puedo menos que notificar al lector, antes de ensayar el comentario de esta nueva sección de textos, que si bien al agruparlos en el capítulo de asuntos históricos a que acabo de aludir, pude manejarlos de guisa quizás no demasiado rigurosa, entiendo, no obstante —en ello va nuestro crédito—, que los diez artículos cuyos títulos estamparé a seguidas conforman, por lo tocante a las cuestiones que interesan a la historia de las que se hace eco esta cuidada y abarcadora excerpta, conjunto, amén de estimulante, hartamente representativo.

Los escritos coleccionados en el referido acápite fueron dados a la estampa durante el lapso ciertamente prolongado que media entre 1937 y 1986, siendo algunos de reducida extensión

y otros algo más abundosos, aunque ninguno de estos últimos lo sería tanto como para que no pudiera ser hospedado en las columnas de cualquier órgano periodístico, como, en efecto, fue el caso de la serie de artículos que nos conciernen, cuyos títulos avanzaré de inmediato en el orden cronológico en el que aparecieron en gacetas dominicanas y del extranjero. Helos aquí: “Si estallara la guerra”³² (1937), “Hostos, héroe civil” (1938), “El canibalismo en América” (1938), “Hostos y la revolución cubana. La Guerra de los Diez Años” (1939), “El machete de la invasión” (1940), “Política y amor en el siglo XIX” (1940), “Un artículo de dos sobre la unidad y la división de Centroamérica” (1981), “El ‘Presidente’ Walker murió en la horca vencido por la Unidad Centroamericana” (1981), “¿Cuáles son los países del Caribe?” (1981), “Nota para el *Listín Diario*. En respuesta a errores históricos y jurídicos expuestos por el Dr. Jorge Blanco” (1986), “Carta a monseñor Polanco Brito” (1987).

Aun cuando cada un ensayo de género histórico que vengo de nombrar puede ufanarse de poseer atributos conceptuales y de estilo más que suficientes para que se los vindique con

³² “Si estallara la guerra”, *La Opinión*, Santo Domingo, 1 de junio de 1937, p.1/7; “Hostos, héroe civil”, *El Mundo*, San Juan de Puerto Rico, 26 de junio de 1938, p.8; “El canibalismo en América”, *Alma Latina*, San Juan, P.R., 9 de julio de 1938, pp.20-21; “Hostos y la Revolución Cubana. La Guerra de los Diez Años”, *Alma Latina*, San Juan, P.R., 28 de enero de 1939, p.11/p.21 / pp.48-49; “El machete de la invasión”, *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, P.R., 13 de abril de 1940, p.5; “Política y amor en el siglo XIX”, *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, P.R., 5 de octubre de 1940, p.20; “Un artículo de dos sobre la unidad y la división de Centroamérica”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 24 de febrero de 1981, p.6; “El ‘Presidente’ Walker murió en la horca vencido por la unidad centroamericana”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 19 de septiembre de 1981, p.6; “Nota para el *Listín Diario*. En respuesta a errores históricos y jurídicos expuestos por el Dr. Jorge Blanco”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 21 de noviembre de 1986, p.13; “Carta a monseñor Polanco Brito”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 9 de junio de 1987. Todos, evidentemente, figuran en este tomo XXXIII, de manera que todas las citas textuales estarán acompañadas por el número de página.

acopio de páginas, como de costumbre, no condescenderán esto mis amagos de crítica sino a deambular por las inmediaciones de dos o tres de ellos, en la certidumbre de que pareja aproximación estimativa, por más que horra de método y rigor, amén de ajustarse a la naturaleza en modo alguno exhaustiva de esta presentación, bastará para que el invisible aunque preciso lector haga cuenta de la envidia, alcance y perspicacia del esfuerzo analítico del profesor Bosch que en dichos estudios y apuntaciones cristaliza.

En disposición de cumplir con lo prometido, paremos mientes, para empezar, en el texto “Si estallara la guerra”, el cual, si bien no arroja teorías o explicaciones acerca de la posibilidad de una futura conflagración de catastróficas consecuencias para la humanidad, está todo él transido por el temor a la hecatombe bélica, lo que da razón del tono sombrío del discurrir; meditación de sesgo pesimista que nace de una suerte de angustiosa intuición de la inevitabilidad del desastre que se aproxima y cuya amenaza vislumbra el desolado opinante al horizonte, como quien observara con ojos desorbitados oscuro, cerrado y ominoso nubarrón de tormenta. La desazón ante la inminente locura de una nueva y brutal carnicería (inquietud que se alimenta del recuerdo de lo sucedido durante la Primera Guerra Mundial, cuando el autor del escrito que estamos apostillando era apenas un niño) se refleja en el lenguaje de emotivo viso testimonial, aquejado de existencial pavora. Tomemos nota de cómo acusa su palabra desapacible que, sin embargo, jamás deserta de la buena tradición de la claridad, la marejada de disconformidad y tribulación: “La primera gran tragedia de que tuvimos noción, fue aquella. Todo se tornó escombros; el hogar tambaleaba, como a efectos de un sismo formidable, y con él la sociedad y el Estado. Quienes sufrimos en la entraña esa conmoción fuimos nosotros, ‘los que teníamos doce años’; porque ocurría

que nuestros padres se habían hecho su universo, mantenían sus relaciones anteriores, y siguieron viviendo en su ambiente, mientras nosotros despertábamos a un mundo desordenado en el que se iniciaban ismos feroces, y en el que florecían ideologías férreas y absurdas, duros remedios para un enfermo débil” (p.424); el escenario está preparado para el drama que se avecina, sólo queda esperar, y la espera no será larga antes de que suba el telón y el horrendo espectáculo comience. Con dedo acusador y frase acerada sentencia Bosch: “Todo está listo ya para el sacrificio. Los señores de la guerra, que no van a la guerra, disponen a su antojo del destino de los pueblos” (p.425); no es otra la causa de que —prosigue el autor su presagiosa confidencia— “el temor no nos deja dormir. Si estallara la temida hecatombe, todos nosotros, toda una generación universal a la que se ha perseguido con el maldito fantasma de la destrucción, perdida la esperanza, acabaríamos por buscar la forma de retornar a los días caóticos de la tribu, o más lejos aún, allí donde hubiera seguridad de que no surgirían esas grotescas figuras de salvadores que sostienen suspendida sobre el cuello de la humanidad la espada de Damocles de otra guerra” (*Ibid.*).

Un año posterior a la lúgubre anticipación que la pluma boscheana, a modo de visionario desahogo, derramase con el propósito de alertar, de remecer la quizás despreocupada conciencia ciudadana, es el clarividente escorzo “Hostos, héroe civil”, publicado en el diario puertorriqueño *El Mundo*. Una idea, sólo una, lastrada de iluminada certidumbre, alienta en las dos fulgurantes cuartillas de pareja semblanza, verbigracia, la de que la talla de Hostos es tan colosal como la de cualquiera de las magnas figuras libertarias que jalonan con sus gloriosas lides el siglo antepasado, pero que la patricia dimensión del paladín de Borinquen, a diferencia del resto de los esclarecidos campeones de nuestro continente, se asienta

en haber escogido para realizar su amoroso proyecto americanista “la única arma que jamás producirá dolor” (p.451), la de emancipar, mediante el ejercicio denodado y lúcido de la meditación, el alma secuestrada de los hombres.

La viñeta histórico-biográfica objeto *hic et nunc* de estas apostillas pecadoras, es, en nuestra modesta opinión, una obra maestra del ensayismo periodístico cultural. No es preciso, en efecto, discurrir con prolijidad para concluir que voy asistido de razón cuando pondero con expresiones entusiastas —en modo alguno exageradas, acláremoslo— el escrito que estamos sometiendo a las desconsideraciones del escolio. “Hostos, héroe civil” ha de ser incluido —es poco cuanto cuidado se ponga en destacarlo— en el número asaz escaso de las semblanzas que, luego de ser leídas, no se resignará la memoria a desatenderlas; porque nos hallamos ante una cavilación magistral, una suerte de inspirado poema reflexivo cuya cuasi intolerable lucidez mana de los hontanares del corazón, donde, al socaire de los ventarrones de la amargura y el desconcierto, germinara.

Cunde al día la creencia entre ciertos círculos académicos de que en una indagación presidida por el anhelo de verdad y exactitud, el lenguaje discursivo del que a semejante empresa se consagra debe responder, para que sea tenido por científicamente respetable, al desiderátum de una conceptualización por entero ajena, o, peor aún, de espaldas a las pulsiones del sentir, a las irradiaciones de la emoción, ya que de dar cabida en su análisis el estudioso a tal dimensión subjetiva e íntima de su persona, la exposición, en punto a idoneidad, verificabilidad y coherencia, se vería —se nos asegura y remacha— seriamente comprometida. ¡Cuán afortunados somos de que Juan Bosch, cuyo acucioso cálamo jamás abjura en pro del valor veritativo del razonamiento a la efusión de la afectividad propia del artista de la escritura, cuán afortunados somos de

que no beba él en el mismo abrevadero donde los mencionados exegetas de formación académica acuden en nutrida reunión! ¡Qué afortunados somos, consiéntaseme insistir en ello, porque al no desestimar Bosch hacer uso de esa su clarividente capacidad sensitiva y cordial para contemplar, como el que dice, desde los adentros el asunto sobre el que va trenzando noticias, ideas e interpretaciones, pudo gestar para delicia del lector ávido de substancial doctrina e ideal inmarcesible, las dos áureas páginas de “Hostos, héroe civil”; páginas en las que, emancipado del andador de las citas y, por lo que a la vitalidad del estilo concierne, en las antípodas de las construcciones frías de la razón teórica, nos ofrenda un perfil caracterológico y espiritual sin parejo del inmenso pensador antillano.

En abono de lo expuesto, me circunscribiré a distraer del ensayo que nos ocupa unas pocas frases que reputo por reveladoras en lo atinente a poner las cosas en punto de verdad; dice Bosch: “En grandeza de propósitos y en estatura abismática, el mundo no vio antes hombres que aventajaran a los constructores de América; pero tampoco vio el mundo un caso igual de capitanes sin tropas, de forjadores sin herederos y sin masas que pudieran recibir su obra. Para crear esos herederos y esas masas es para lo que aparece el último y el más abnegado de los libertadores: Eugenio María de Hostos, libertador de conciencias” (*Ibid.*). Y algo más adelante, con esa lapidaria contundencia inherente al que sabe que le acompaña la razón, afirma el preclaro escoliasta: “Si su fuerza de carácter y su inquebrantable voluntad son típicas del siglo y del ambiente, no lo son en cambio la falta de lirismo externo que tiene su labor y el desdén por el brillo de la acción. Desde luego, en lo profundo de su corazón, Hostos es un lírico; pero de los hechos, no de las expresiones. No le interesa el reconocimiento de los hombres, que agradecen las actitudes heroicas; lo que le quita el sueño es la perdurabilidad de la obra. Cuenta con

el tiempo. Es un poeta de la acción cuya voz canta resonando en la eternidad, pero sin que se oiga en las cercanías” (p.472).

Difícilmente pueda nadie leer los renglones recién transcritos sin dejarse embargar por la certidumbre de que, por lo que toca a la justeza de las razones alegadas y a la reciedumbre estilística de la formulación, no hay muchos escritos dentro del género del ensayismo periodístico cultural que consigan hombrearse con el que el maestro dominicano titulara “Hostos, héroe civil”. Haciendo gracia de pormenores anecdóticos hacia quienes la curiosidad atrajera hasta estos infractores comentarios, daré término a la presente valoración encomiástica haciendo énfasis en que hoy, cuando diera la impresión de ser un hecho consumado la pérdida de las buenas costumbres del espíritu, cuando con excepción de breve minoría sólo cura la gente, al parecer, de la mojigatería iletrada, los conceptos romos y el calvario de la vulgaridad, cuando incluso en los dominios privilegiados del intelecto arrecia como nunca la engorrosa pedantería de los teoristas, que dan substancia a la sombra con su racionalismo a ultranza, tengo por axiomático que un texto de la guisa del que acabamos de considerar servirá en mucha parte al objetivo de paliar, desenmascarándola por contraste con sus bondades de penetración y aliento expositivo, la persistente y notoria infecundidad que desde hace bastantes lustros nos abruma. Los escritores imperdonables y mínimos, siempre infalibles en el error y aquejados de infatigable vanidad literaria, no pueden perdonar a Bosch que haya concebido páginas destinadas a vivir más allá del día, a las que no podría disputársele nobleza en el decir y acuidad de pensamiento, como es el caso del artículo que he traído a colación, el cual, de resultas de su indiscutible excelencia, pone en entredicho la penuria creadora de tantas y tantas péndolas que a sí mismas se tienen, con inmodestia admirable, por las más aventajadas en el escribir... Empero,

no es para asombrarse; de sobra sabido es que en el hombre grande se castiga sobre todo el desafío insensato de una aspiración superior, y que nada iguala la acritud con que miran a los que hacen algo los que no hacen nada.

Empero, harto inteligenciado estoy de que acerca del tema que suscitara la digresión estampada *ut supra*, corresponde, por mor de la discreción y la mesura, dejar las cosas en el punto en que se hallan y seguir adelante; a tenor de lo cual, acicateado por el afán de reseñar uno o dos escritos más sobre cuestiones históricas de la autoría de don Juan, se me otorgará licencia para, en volandas, como es ya nuestra costumbre, acuñar un par de observaciones en torno al ensayo intitulado “El machete de la invasión”, feliz aproximación laudatoria al arrojó bélico del generalísimo Máximo Gómez; mas no sin antes deplorar carecer de tiempo y ocasión para apostillar otros estupendos artículos que demuestran hasta la saciedad la clarividencia, cultura y maestría literaria del insigne pensador dominicano; textos del talante de “El canibalismo en América” donde, sobre la base de incontrovertible documentación hace el autor una condensada recapitulación de hechos que atestiguan la presencia en territorio americano tan abominable práctica; o el sutil e ingenioso “Política y amor en el siglo XIX”, en el que Bosch nos lleva de las manos por las calles del París de la Revolución y del Imperio, cuando la lionesa Julie Bernard, que luego contraería matrimonio con el viejo banquero Récamier, y cuya belleza sin parangón hechizara al conquistador corso de la Europa, a quien, sin embargo, desdeñó “armada de un tacto natural que le permitía desenvolverse, con la ligereza de la brisa, por ente los escollos peligrosísimos de aquellos días, supo coquetear con todos los poderosos del momento, y mantenerlos a sus pies sin que ellos lograran tocar siquiera uno de aquellos rizos de oro que todavía llenan de admiración, en el cuadro de David, a los que contemplan en

la célebre tela la figura delicada de la excepcional mujer” (p.530); o, también, sus dos esclarecedores ensayos sobre la agitada historia centroamericana, intitulado el primero “Un artículo de dos sobre la unidad y la división de Centroamérica”, y el segundo “El ‘Presidente’ Walker murió en la horca, vendido por la unidad centroamericana”, escritos estos en los que un Bosch ya entrado en años comienza insistiendo en que, a pesar de las divisiones políticas de los países latinoamericanos, y de sus ocasionales conflictos, “los hijos de América Latina consideramos que la música folclórica argentina, boliviana, mejicana, cubana o venezolana es de todos nosotros; que los peruanos, los colombianos, los costarricenses, los puertorriqueños, son nuestros hermanos; que Darío, Vallejo, Neruda, Mir, Guillén, Cortázar, García Márquez, Rulfo, son nuestros poetas, nuestros escritores” (p.199), himno a la fraternidad de los pueblos oriundos de la que Martí llamó Nuestra América, a seguidas del cual el autor se pregunta “¿de dónde viene ese sentimiento de unidad tan fuerte?”, para, de inmediato responder: “De más de tres siglos de dominación española que forman las raíces históricas de la América Latina; de la lengua común que nos vincula como si fuéramos los hijos de unos mismos padres y también de la obra de nuestros héroes fundadores, porque las vidas de todos ellos —los guerreros, los maestros, los artistas— fueron lecciones formidables de unidad latinoamericana, y como entre ellos los hubo indios y negros, zambos, mulatos y blancos, todas las razas que pueblan las tierras de nuestros países aparecen a nuestros ojos hermanadas, aun la que explotó y aniquiló a los indígenas y la que esclavizó a los africanos. Lo que nos divide son las clases, no las razas” (p.200); después de asentar tan categórica cuanto irrefutable aserción sobre las causas de la unidad de nuestros pueblos, en el segundo artículo a que nos hemos referido termina Bosch asegurando: “William Walker pagó

con su vida el error de no comprender que detrás de la división de Centroamérica estaba viva la poderosa unidad de los pueblos centroamericanos; una unidad que conserva toda su fuerza hoy, ciento veinte años después de la muerte del osado jefe filibustero” (p.206). Podemos estar muy ciertos de que los escritos que acabo de traer al tablado de estas cuartillas, al igual que otros de los que me conformé apenas con mencionar sus títulos, ameritarían en virtud de la luminosidad de su lenguaje y la substancia de sus ideas, una ponderación amplia y minuciosa que, quedó expresado renglones atrás, no me consienten las restricciones propias de esta panorámica y presurosa presentación.

Así pues, cual fuera anunciado párrafos atrás, daremos cierre al renglón de los textos históricos y biográficos contenidos en este tomo, poniendo nuestros ojos, por vía de postrera edificación, al titulado “El machete de la invasión”, que apareciera en el reconocido órgano periodístico *Puerto Rico Ilustrado* el 13 de abril de 1940.

En el referido escorzo de carácter histórico-biográfico, rotunda miniatura de sugestivas pinceladas que pone de manifiesto cabe el conocimiento intachable del asunto tratado, la facilidad expositiva del consumado artista del lenguaje, en dicha breve recreación, reitero, se impone Bosch la tarea de rendir fervoroso homenaje al acero sencillo y letal que en tantas ocasiones lograra que las tropas enemigas se desbandaran en pánico y horror durante las sangrientas batallas libradas para que Cuba obtuviera, como al final lo hizo, la añorada Independencia... Henos ante una afortunada apología del machete, que importa, a su vez, el panegírico de la figura central de esa guerra, el general Máximo Gómez, y la celebración y ensalzamiento del coraje mambí. El machete, símbolo del arrojo, la perseverancia y la entrega a su causa del rebelde cubano, es objeto de reveladora cuanto desinhibida mirada,

cosa de hacérselo, como el que dice, familiar; y con la mira puesta en tal objetivo acude el autor de esta memorable vindicación al que portaba el bravo estratega banilejo, ése que “por los días del Manifiesto de Monte Cristy”, el “hijo del viejo guerrero”, Panchito Gómez Toro, comprara en la Casa Jimenes para Martí y que éste no pudo llevar a causa de “un forúnculo que tenía en la cadera” (p.497); entonces lo hizo suyo Máximo Gómez: “De ojillos bravos y tenaces, cuyo fulgor no amenguaban los lentes de tosca montura; con su breve nariz siempre arrugada como quien respira dando bufidos; con aquella barba que sólo le cubría el mentón, copiosa y blanca, en la cual caían los lacios bigotes de igual color, el viejo general Gómez recorrió toda la isla, desde Playitas hasta La Habana, sin soltar un día el machete con que estaba haciendo la invasión” (p.495); y en el mismo tenor consolida lo aseverado en los renglones que vengo de transcribir, empalmado a estos las imágenes imborrables y vigorosas escenas que incontinenti trasuntaré: “Mandaba y ejecutaba. En la soledad de su tienda, sentado a horcajadas en la hamaca, planeaba el combate y escribía sus órdenes; pero después cuando sonaban los disparos anunciando el asalto inminente, se olvidaba de que era jefe para ser un soldado, el primero siempre. Lanzando imprecaciones, y mandobles, pegado a la bestia como si ambos fueran una sola cosa, con la barba batida por el viento, aquel hombre enjuto pasaba por entre los cuadros como una centella y ‘Mal tiempo’” (pp.495-496).

Después de leer un escrito que ostenta las virtudes del que acabo de traer a colación, argüiría mezquindad o ignorancia no conceder a su autor la categoría que lo consagra en el número de los escritores de la plana mayor. Es de justicia reconocer que el profesor Bosch, en las apuntaciones de carácter histórico y biográfico consideradas a vuelo de pájaro en los párrafos que anteceden, no sólo nos alecciona con su saber,

sino que también nos deleita merced a la portentosa versatili-
dad expresiva de su cálamo; a resultas de ello, del maridaje de
erudita enjundia y artística intuición, surgen entre otras mu-
chas páginas de irrecusables méritos, las coloridas evocaciones
y reconstrucciones veraces que contienen los artículos a que
se ha contraído nuestra exégesis.

Antes de concluir este proemio, que se ha prolongado,
harto me lo temo, más allá de lo que recomiendan las normas
de la más tolerante urbanidad, cumple que acuñemos sobre el
papel que tiene frente a sus ojos el lector, algunas apreciaciones,
acaso festinadas, en torno al resto de los ensayos recopilados
en el tomo de estas obras completas que he cometido el desagu-
sado de prologar, los cuales discurren sobre materias en las que
—a nadie cogerá de nuevas— no estoy avezado ni me son particular-
mente afectas, verbigracia, los artículos cuyos temas son políticos
o relacionados con la política, como los económicos..., artículos
estos de los que, sin embargo, algo debo decir por mor de su notable
significación en lo concerniente a delinear con nitidez la personal-
idad moral del dirigente y educador que fue Juan Bosch como,
otrosí, por constituir, cual era de esperarse, parte caudalosa de la
excerpta que estamos comentando.

Por fortuna —la suerte acompaña a veces al desvalido—
el grueso de los escritos a que estoy aludiendo son, me avengo
a conjeturarlo así, bien conocidos no sólo de los expertos, sino
también del amplio público vernáculo interesado en parejas
cuestiones, lo que, en buena hora, me hará ahorrar tinta y
transpiración cuando, como enseguida sucederá, escoja entre
el abultado cúmulo de títulos que reclaman ahora nuestra
atención, aquellos contados trabajos a los que tributaré el
homenaje del escolio; los cuales, viene a punto el señalamien-
to, serán objeto de los riesgosos honores del escrutinio ya sea
porque a juicio —tal vez inexacto— del que estas frases

emborrón se los menciona muy poco, quizás por haber sido estampados en las columnas de la prensa en tiempos muy alejados de los nuestros; ya sea porque registran hitos reveladores de la trayectoria pública de Bosch; o bien acaso porque me resultan especialmente gratificantes en virtud de que me incitan y provocan valiéndose del flaco que tengo por el hondo pensar con donaire expresado.

Como no escatimaré ningún esfuerzo con el fin de llevar a puerto seguro el navío de estas transgresoras acotaciones, comenzaré la postrera fase de mi accidentada singladura estimativa, sometiendo a celeré comento las páginas que ensalzando la figura de Trujillo escribiera Bosch (un Bosch, recordémoslo, joven aún) entre 1935 y 1937, bosquejos esquemáticos con los que no dejará de topar el lector en este tomo XXXIII de sus *Obras completas*.

Ya doy en la cuenta de que no va a ser grano de anís colocar bajo la lente crítica los mencionados textos sin que, a consecuencia de ello, corra mi pluma el albur de ser vilipendiada por ciertos admiradores de Juan Bosch bajo cargo de desconsiderada e inamistosa. No obstante, independientemente que el abordaje de semejante asunto lejos está de serme placentero, es mi deber de escoliasta abordarlo, holgando que el lector juzgue pareja iniciativa como mejor le cuadre, pues estaría yo incurso en inexcusable omisión si me hago de la vista gorda con los aludidos escritos laudatorios de la persona y obra de Trujillo; primero y para empezar, porque están ahí; yo no los inventé; son documentos históricos que exigen ser comprendidos, explicados desde una perspectiva signada por la escrupulosidad, la probidad intelectual y el equilibrio analítico que curen de ponerlos en contexto; y en segundo lugar, porque extraño sería en verdad —y daría pábulo a fundadas sospechas— que sobre el que fuera posiblemente el más connotado y persistente luchador antitrujillista durante

largo exilio, queramos, movidos por áptero respeto o improcedente veneración apañar una suerte de conspiración de silencio que corra un velo en torno a las expresiones favorables al sanguinario amo de San Cristóbal que la péñola veinteañera de Bosch, hacia la década de los treinta, rubricara. Sería contra razón no decir esta boca es mía acerca del breve período en que un narrador vegano que apenas comenzaba a adquirir cierta notoriedad y que no tardaría en convertirse en el procer y digno adalid de las libertades de su pueblo hiciera esporádicas declaraciones elogiosas del presidente Trujillo, que para ese entonces iniciaba la oscura carrera de sátrapa ególatra y despiadado que teñiría en sangre el suelo de Quisqueya... En efecto, buenos estaríamos de guardar reserva sobre los referidos textos, proceder que, amén de objetable en virtud de la irresponsabilidad hermenéutica que implicaría, daría pie a la presunción de que estamos hurtándole el cuerpo a su discusión por temor a que pueda ésta restarle grandeza a los bien ganados laureles de combatiente democrático y recto del que los pergeñara. Si prevención de tal naturaleza asomara a la mente del lector para el que Juan Bosch es (como de fijo debe ser conceptuado por todo dominicano que se respete) epítome de las virtudes patrióticas y de la moral política, hágala incontinenti a un lado; porque si algo no tiene vuelta de hoja es que cualesquiera puedan ser las transigencias u ocasionales acomodados de un varón de las demostradas honradez, firmeza de carácter, dignidad e idealistas porfías del esclarecido dirigente y conspicuo pensador que nos ocupa, siempre, óigase bien, siempre, aquilatada en conjunto su biografía, habrá que asignarle un sitial destacadísimo entre los paladines del Continente americano, lugar que ni por semejas se verá empañado a causa de actitudes de avenencia a las que ni los más lúcidos y generosos campeones de la libertad de nuestro continente lograron sustraerse.

Estampada sobre la cuartilla la cautela que precede y que no estimo fuera de propósito, y luego de trasuntar por vía de ejemplo uno que otro párrafo distraído de los artículos que Bosch escribiera en alabanza al Jefe (seis son en total, si las cuentas no me fallan, los que este volumen reúne), pondremos nuestro empeño en explicar por qué hizo el brillante literato declaraciones de tenor trujillista.

Sin embargo, con anterioridad a traer a la palestra los textos a que vengo de referirme, importaría grave desatención saltarse a la torera un artículo que si no fuera digno de consideración merced a las opiniones en él vertidas o de la enfática retórica a que acude su autor para externarlas, lo sería, a buen seguro, por constituir cronológicamente si no la primera, con absoluta certeza una de las primeras declaraciones públicas de Bosch acerca del acontecer político vernáculo de que tengamos nuevas. “Los dos caminos de la hora”, publicado en *El Mundo* el 16 de septiembre de 1929, esto es, cuando el que lo concibiera acababa de cumplir veinte años, es una apremiante exhortación a que no permanezca la ciudadanía de brazos cruzados en lo que él entiende hora crucial de confrontación, consecuencia inevitable de que “en la Mansión presidencial se está gestando una tiranía que amenaza al pueblo dominicano” (p.383). La indignación es el sentimiento que campea en el pecho del que ese escrito redactara; indignación que a manera de leña seca alimenta la llamarada de una prosa que estalla en dramáticas fulminaciones y lapidarias sentencias, como cuando, recurriendo a un lenguaje teratológico, advierte: “Y esta tierra que tantos machos ha parido ve impasible la formación de una hidra de cabezas trágicas” (*Ibid.*), o, cuando categórico asienta: “Para un hombre sólo basta y sobra un metro cuadrado de tierra en la selva virgen” (p.384), o todavía, en la ocasión en que con gesto teatral echa al viento su queja: “¡Y pensar que hombres, para quienes ya ha tendido sus brazos la

muerte, van a manchar para eterno sus vidas limpias de máculas por no resignarse a vivir apartados del poder cinco años más que durarán!" (*Ibid.*); tan borrascoso enjuiciamiento que rezuma patriótica pasión culmina, como no podía ser de otra forma en un escrito de la fogosa traza que hemos tenido posibilidad de apreciar, con el solemne aun cuando bastante trillado dictamen: "Vale más, innegablemente, morir libres que vivir esclavo" (*Ibid.*).

Haciendo a un lado los primores de la elocuencia intimatoria del estilo de Bosch en el aludido artículo (estilo cuya eficacia discursiva da en el clavo y a resultas del cual mal podría el lector mantener una actitud de impavidez o indiferencia), me viene a las mientes la sospecha de que parejo desahogo de exclamativo viso, fruto de ardiente mocedad, es acaso significativo también en razón de que la bisoña péndola, sobre dar suelta a la vena iracunda, nos pone al corriente de su arrebatada animosidad hacia esos políticos tradicionales, ya viejos, que se empeñan, dando "la espalda a su pasado glorioso" (*Ibid.*) en perpetuarse de juro en el poder. Soy de la opinión de que tal vez haya motivos para no desestimar la conjetura de que la mentada animadversión, a la par del anhelo de una renovación de la clase política que pusiera fin a las lacras de los gastados líderes que entonces gobernaban, pudo ser ocasión (como lo fue para no pocos intelectuales jóvenes del momento) de que el veinteañero Juan Bosch creyera que Rafael Leonidas Trujillo Molina, quien toma posesión del cargo de Presidente de la República Dominicana el 16 de agosto del año siguiente, era la figura lozana y fuerte destinada a encauzar la nave de la nación hacia las costas del progreso y la paz. En todo caso, cualquiera pueda ser la parte de verdad o de fantasía de la precedente lucubración —asunto que dejo librado a criterio del lector—, lo que de fijo entiendo resorte de la crítica es poner de resalto que una declaración del talante de la que

estamos sometiendo a examen, si algo denota por modo irrecusable es que desde la más temprana data, a los desvelos literarios del entonces en ciernes maestro vegano, acompañaba la preocupación por los males sociales de toda laya que hacían estragos en su amada Quisqueya.

Arriesguemos ahora, como fuera anunciado párrafos atrás, dos o tres apostillas a los escritos recogidos en este tomo que enaltecen la persona de Trujillo, los cuales —quedó registrado también si no me engaño en las páginas que anteceden— Bosch dio a la estampa entre 1935 y 1937³³; empero, antes de proceder a ello, viene a punto transcribir ciertas líneas, a nuestro caprichoso juicio reveladoras de algunas de las causas por las que el autor de los referidos artículos quemó el orobias de su admiración ante el accionar político del autócrata cristobalense.

En efecto, en las páginas que llevan por encabezamiento “Una responsabilidad que nadie resistiría”, que viera la luz en el *Listín Diario* del 5 de abril de 1935, reflexiona el analista en torno a la noticia de que “En la Capital se ha descubierto una trama para quitar la vida al Jefe del Estado” (p.29); allí ofrece Bosch testimonio de los desgarradores sucesos que vio en su infancia, cuyo recuerdo aún le estremece; oigámosle: “Desgraciadamente yo alcancé a vivir, en los primeros años de mi vida, el horror de las revoluciones; yo vi partir los hijos que no debían volver; yo recuerdo todavía, lleno de horror, las impresiones dolorosas que recibiera cuando tropecé con el

³³ Amén del antes reseñado, los otros llevan por título: “Una responsabilidad que nadie resistiría”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 5 de abril de 1935, p.1/p.6; “Jefe de gobierno y jefe de la oposición”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 30 de enero de 1936, p.1; “Jefes y tiranos”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de enero de 1937, p.1/p.8; “El sino de Trujillo”, *La Opinión*, Santo Domingo, 11 de octubre de 1937, p.1/p.6; “Al margen de un editorial”, *Archivos del Presidente Trujillo*, Palacio Nacional, 1937; “Glosando”, *Archivos del Presidente Trujillo*, Palacio Nacional, publicado se supone que en *La Opinión* en 1937.

primer cadáver: un hombre tendido de espaldas en el barranco de un río seco, la cabeza destrozada y los ojos desorbitados aun en la muerte, repelentes de terror” (p.31). Y más adelante prosigue rememorando: “Hombres como ése cayeron en todas las encrucijadas, en todos los barrancos; entre las alambradas, en los potreros; en las calles de los pueblos y en los firmes de las lomas. Aquello era inevitable”, comenta el articulista a renglón seguido, “porque obedecía a una sugestión de educación guerrera, a la que el individuo se acostumbra rápidamente. No basta tener conceptos, instrucción, sentido moderno; no: es imposible escapar a ese vórtice criminal de la guerra porque en el hombre es más fuerte el instinto de destrucción que todos los afectos, por nobles y eternos que estos sean” (*Ibid.*); y pues al entender del que de semejante guisa argumenta Trujillo “cortó en dos o tres tajos rabiosos, el mal en sus principios” (p.30), cuidando de “organizar su estructura gubernamental de tal manera que la amenaza de la revolución no asomara otra vez en esta tierra martirizada” (*Ibid.*), sería una tragedia inenarrable la desaparición de dicho mandatario, ya que “sobre su huella estaría la República agonizando largos y oscuros años. Pasarían sobre nosotros los fantasmas lóbregos del hambre, de la devastación, de la violencia. Esta tierra menuda desaparecería bajo los cascos de las bestias apocalípticas. Con el fragor del primer tiro se reabrían en todos los hogares los pozos de sangre que Trujillo cegó” (p.33).

No hace falta ocurrir a detenida consideración de los conceptos copiados *ut supra* para tener por cosa averiguada que entre las circunstancias que impulsaron al joven escritor vegano a respaldar con su cálamo al Jefe del Estado, estaba el temor (manifestado en el escrito reseñado con vívidas imágenes) de que privados de un liderazgo fuerte, inflexible, como el de Rafael Leonidas Trujillo, el país podría retrotraerse a la época

obscura y salvaje de los levantamientos, montoneras y revoluciones. Tal es al menos la lección que creo se desprende del artículo de Bosch que fuera objeto de nuestra atención, interpretación ésta que, no pudiendo asegurar sea la más correcta ni la única posible, la tengo por verosímil, verosimilitud con la que me daré por satisfecho habida cuenta de que en los dominios de las motivaciones humanas es descabellado pretender alcanzar certezas enteramente a cubierto de dudas e incertidumbre.

Huelga continuar citando las expresiones elogiosas con las que Bosch rinde parias al presidente Trujillo en los demás textos a que he hecho referencia. Después de todo, nadie que no esté incurso en las escabrosidades de la ignorancia o de la mala fe osaría reprochárselo. ¿Quién que sobresaliese por su talento y no se resignase a ocultarlo a la mirada pública acudiendo al efugio de mantener un bajísimo perfil, podía en los predios del Benefactor rehuir la loa al arrogante y desalmado sátrapa? ¿Quién poseedor de méritos en el orden del pensamiento y el arte podía sustraerse al ritual del encomio hacia la figura del empenachado mandarín caribeño, sin que semejante conducta fuese tenida por inaceptable desafío al régimen y, por consiguiente, pasible de terribles condenas: cárcel, muerte, destierro?³⁴. Y como el joven Juan Emilio, consciente de su enorme potencial de escritor, anhelaba en esos años abrirse camino en el campo de las letras de su país —no en el descorazonador y peligroso de la vida política bajo la férula del tirano—, no tuvo más remedio que condescender de manera episódica con el ceremonial del culto a las supuestas genialidades del feroz mandatario, manifestaciones

³⁴ Los más connotados hombres de letras del país encomiaron una y otra vez a Trujillo, y muchos de ellos ocuparon altos cargos en su gobierno. No los nombraré pues la lista sería demasiado larga.

públicas que en su caso —me avengo a concebirlo así— no pasaban de ser una mera estrategia de sobrevivencia³⁵, y no, como por contraposición sucediera con la caudalosa mayoría de los acreditados intelectuales de la época, el mecanismo idóneo para medrar obteniendo altas posiciones en el tren administrativo del Estado.

Juan Bosch, acaso luego de una primera fase de embelesamiento con cierta imagen de Trujillo que la fantasía del escritor cibaño forjara a inicios de su gobierno, a medida que el tiempo transcurría y el Generalísimo iba soltando cuerda a la bestia insaciable que realmente era, se halló ante el dilema de callar, liquidando en crisálida al inmenso escritor y artista que en los hontanares del alma pugnaba por aflorar, o contemporizar con las insalubridades del clima político, moral e intelectual cada vez más asfixiante que le tocó padecer, y acogerse de cuando en vez a perpetrar alabanzas en honor del implacable César antillano. Mientras no consiguió salir de Dominicana optó por esto último, preservando para las generaciones futuras al invaluable narrador que era, decisión que seré yo el último en recriminarle... Me cuento entre los que opinan que la memoria de las grandes virtudes del hombre superior exige algún miramiento de nuestra gratitud en el modo de explicar sus concesiones y avenimientos.

Concluido el precedente comentario, con el que guardo la ilusión de haber contribuido a esclarecer los motivos que indujeran al joven Bosch a encarecer la persona de Trujillo, fijaré mi atención ahora en otros escritos, también de político cariz, espigados entre el cúmulo de artículos y anotaciones de

³⁵ Es, al parecer, la opinión de Guillermo Piña-Contreras, quien en la ya mencionada "Cronología" apunta para el año de 1938: "5 de enero: Discurso de Juan Bosch en favor de Trujillo como parte de su estrategia para obtener el pasaporte que le permitiría salir de República Dominicana pocos días después" (en BOSCH, Juan, *Obras completas*, T. I, *op. cit.*, p. XXIX).

su autoría publicados fuera de la República Dominicana a partir de la década de los cuarenta, cuando se había convertido ya el consumado narrador en una de las cenitales cabezas del exilio.

Entre otras variadas actividades, Bosch se consagra, como ya lo hiciera antes en su país, al periodismo, colaborando no sólo en tanto que articulista, sino también como reportero y entrevistador. Y en el tomo sobre cuyas páginas desliza en este preciso instante la mirada el lector, toparemos con dos interesantes entrevistas que, fechadas en junio y julio de 1940, acogiera en sus columnas la revista *Puerto Rico Ilustrado*³⁶. La primera de ellas fue realizada a Fulgencio Batista en ocasión de su candidatura a la presidencia de la hermana República de Cuba; y la segunda, al también candidato a dicha elevada magistratura, el habilidoso político Ramón Grau San Martín.

Ambos trabajos los reputo modelos en su género, no sólo por la acuidad evidenciada en las preguntas dirigidas a los aspirantes, o la llaneza jamás incurra en trivialidad del estilo, sino, otrosí, por la maestría en la articulación de las respuestas, ingeniosa construcción de lo acaecido y sabia manera de intercalar las propias impresiones del entrevistador en el cuerpo del escrito, por modo a participar al lector una pintura, grávida de cotidiana realidad, del aspecto humano, emocional, de la relación que va surgiendo entre periodista y candidato. Así interrumpe de súbito Bosch su andanada de preguntas al militar septembrista (quien con el respaldo de una coalición de fuerzas, entre ellas los comunistas, resultaría vencedor en ese torneo electoral) para decirnos: “Batista acaba de

³⁶ Dichas entrevistas son: “Fulgencio Batista habla para *Puerto Rico Ilustrado*”, *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan de P.R., 29 de junio de 1940, pp.4-5/p.7; y “Ramón Grau San Martín habla para *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan de P.R., 6 de julio de 1940, pp.4-5/p.58.

hablar y el entrevistador se siente aliviado. La mutua vigilancia ha desaparecido. Ambos se abandonan poco a poco, y la charla tiene por momentos remansos cordiales, en los que para nada asoma el erizado tema político. Hay ofertas de cigarrillos. El que enciende Batista es rubio, y su olor capitoso mareará. El periodista entiende que en Cuba, la tierra del tabaco, nadie debe fumar otro que el criollo. Acaso el exjefe del ejército piense como un notable escritor de aquí, que fuma cigarrillos rubios “porque así nos damos el gusto de quemar el imperialismo” (p.505).

Empero, la sensación de familiaridad que deriva del fragmento que vengo de reproducir, con ese fino toque de humor al final de la escena descrita, no es el único atributo que engalana la entrevista que nos incumbe glosar; está también el recurso casi cinematográfico de comenzar por el desenlace, pues no otra cosa ocurre cuando abre Bosch su entrevista exponiendo: “No es sino al finalizar la charla, con motivo de la última pregunta, cuando Batista confiesa que la primera le había parecido muy difícil de contestar” (p.503); y por si no bastara el acierto compositivo recién señalado, se impone la destreza descriptiva del artista de la palabra, que ahora emplea la pericia del narrador al servicio del periodismo de vuelo cuando con dos o tres frases coloca ante nuestros ojos en genio y figura la imagen de Fulgencio Batista: “Va siendo más calurosa la charla [*con Jaime Meriné, dueño de la casa donde transcurre el encuentro con el aspirante a la Presidencia de Cuba, L.D.*] cuando entra Fulgencio Batista, hasta hace meses jefe del Ejército de Cuba y ahora candidato a la presidencia de la república. Es un hombre joven, robusto, de mediana estatura, de tez quemada. Aunque ría —lo cual hace con frecuencia— no pierde su aspecto de preocupación constante. La costumbre de la velocidad castrense debe haberle dado una falsa idea del tiempo. La costumbre, y sin duda también

su constitución dinámica, porque es evidente que Fulgencio Batista está naturalmente hecho para la acción” (*Ibid.*).

Efectuando un salto de más de dos décadas, encontraremos en este libro un documento histórico fundamental, la llamada “Carta desde el confinamiento”³⁷, redactada en reclusión luego de haber sido depuesto de su investidura de Presidente de la República por el fatídico golpe de Estado de 1963 que cercenara en agraz la vida institucional del país, escrito conmovedor en el que el derrocado gobernante legítimo de la nación hace profesión de vigorosa e intransigente fe democrática:

“En siete meses de gobierno no hemos derramado una gota de sangre ni hemos ordenado una tortura ni hemos aceptado que un centavo del pueblo fuera a parar a manos de ladrones.

‘Hemos permitido toda clase de libertades y hemos tolerado toda clase de insultos, porque la democracia debe ser tolerante; pero no hemos tolerado persecuciones ni crímenes ni torturas ni huelgas ilegales ni robos porque la democracia respeta al ser humano y exige que se respete el orden público y demanda honestidad.

‘Los hombres pueden caer pero los principios no. Nosotros podemos caer pero el pueblo no debe permitir que caiga la dignidad democrática” (p.91).

Este valioso y valiente documento publicado el 18 de septiembre de 1963 en el *Listín Diario*, cuyos son los tres párrafos precedentes, es, y no me pago de apariencias, un testimonio humano ejemplar que si algo demuestra es la enorme estatura del intachable estadista Juan Bosch, soberbio paladín de las mejores causas, atropelladas entonces por la fuerza de siniestros intereses retrógrados locales y foráneos. Henos

³⁷ “Carta desde el confinamiento”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 28 de septiembre de 1963, p.7.

aquí ante una declaración de trascendencia histórica y viso conmovedor porque, en una de las más trágicas circunstancias del pasado reciente de la República Dominicana fue no con tinta escrita sino con las verdades palpitantes del corazón. Acaso nunca como en ese sombrío trance alzó Bosch con tanta dignidad y hombría el estandarte de la rectitud, la generosidad y el patriotismo. Y no es otra la razón de que a mi simple entender reputo por excepcional legado a su pueblo la “Carta desde el confinamiento”, texto que sobre estigmatizar la acción golpista que destruyera *in nuce* el primer ensayo democrático luego de más de treinta años de brutal tiranía, define, convalida y proclama, para gloria de la genuina dominicanidad, el extraordinario peculio espiritual del derrocado pero jamás claudicante ni sometido presidente Juan Bosch.

A este tenor, procede —dada su indudable significación política, ética y testimonial— no omitir a seguidas una rápida consideración de las palabras que recogidas nuevamente en las columnas del *Listín Diario* de la edición del 5 de julio de 1964, pronunciara Bosch con motivo del aniversario del PRD³⁸. En dicho texto el clarividente líder, por modo enfático aunque exento de pompa y ceremonia, da suelta a su ideal de vida, a aquellos desiderata que legitiman su conducta, su indolegable fidelidad a las cualidades éticas de mayor trascendencia y luminosidad, que confieren a la humana criatura su pundonor, majestad y nobleza... Sólo un temperamento renitente a las aspiraciones de superior linaje reaccionaría con displicencia o frialdad ante los conceptos —fibra de su existencia— que Bosch desenvuelve en la referida alocución. Prestemos atento oído a sus palabras: “Nosotros, los viejos fundadores de esta organización, anduvimos por el destierro durante

³⁸ “Bosch dirige alocución en el aniversario del PRD”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 5 de julio de 1964, p.7.

años con un ideal que era pesado como una cruz de piedra, y cuando llegó la hora de traer ese ideal al país, el ideal mismo les comunicó valor a los compañeros que venían; pues venir aquí no era un juego y nada garantizaba que esos compañeros saldrían vivos. Sin un ideal, sin un amor a algo grande, no hay coraje para luchar. Los hombres saben que cuando mueren por sus hermanos lo único que muere es el cuerpo; en cambio, cuando se muere buscando el beneficio propio se muere completamente y para siempre, pues no sólo muere el cuerpo sino que muere también de manera definitiva el recuerdo de lo que uno fue” (pp.95-96).

Hago cuenta de que los juicios con privanza de eternidad estampados por Bosch en la alocución de la que acabo de distraerlos, en tiempos como los de hoy, aquejados de trivialidad, confusión y sórdido materialismo, con seguridad que sonarán a oídos de las populosas mayorías extrañamente anticuados o ingenuamente románticos. Si algo no está a la orden del día en el mundo actual, cuando es obvio que se han perdido las buenas costumbres del espíritu y el grueso de la gente, como perros que ladran siempre a lo desconocido, suelen condenar lo que no comprenden, si algo —digo y recalco— ha sido preterido en esta posmoderna sociedad, ese algo es el idealismo. Recobrarlo de manera que vuelva a jugar el papel que en buena hora le corresponde (aunque pueda semejante aspiración lucir puerilidad de a libra a las mentes tullidas y a los corazones a pie de tierra que forman legión en los días que corren) es tarea ciclópea para cuya exitosa conclusión me es grato suponer que pensamientos de la guisa de los de Juan Bosch líneas atrás citados no podrían ser más oportunos. Porque como con impecable certería puntualiza la péñola boscheana en la referida alocución, “la vida tiene dos horas que todo hombre debe llenar a plenitud: la de la juventud, que debe ser la de las ilusiones y el heroísmo, y la de la vejez, que debe ser limpia y fecunda” (p.96).

En los primeros días de febrero de 1973 se produjo el desembarco guerrillero de San José de Ocoa, liderado por el coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó, quien, con unos pocos hombres bajo su mando arribó en frágil velero a las costas dominicanas, procedente de Cuba y las Antillas Menores. El presidente Balaguer, cuyo régimen de entonces, supuestamente institucional y legítimo, se asemejaba a una democracia como se parecen los elefantes a las mariposas, aprovechó ese lance crítico para intentar deshacerse de su principal contrincante en el escenario político criollo, que, va de suyo, no era otro sino el máximo dirigente y orientador de la mayor fuerza opositora del momento, Juan Bosch; éste, para no ser apresado y maltratado por la policía y el ejército desplegados en su búsqueda, se vio conminado, junto a familiares y amigos cercanos, a recluirse en la clandestinidad.

Y es desde el oculto lugar donde hallara refugio que el ahora acosado patriota niega por modo categórico y reiterado que haya tenido nada que ver con el aludido desembarco. Así, su comunicación rubricada en fecha 5 de febrero³⁹ (publicada al día siguiente en el *Listín Diario*) en tono inconfundiblemente perentorio y reprobador, nos dice: “Declaro enfáticamente que el Comunicado de las Fuerzas Armadas que está siendo difundido por radio esta noche del lunes a las 8:45 miente de manera total en todo lo que tiene que ver con el uso de mi nombre mezclado, en cualquier forma que sea, con el real o supuesto desembarco de guerrilleros en la costa Sur del país.

‘Afirmo, también de manera enfática, que ni yo ni ningún dirigente del PRD tenía la menor idea de que podía producirse ese hecho, y que habla mentira todo aquél que diga lo contrario, sea quien sea y llámese como se llame’ (p.115).

³⁹ “Bosch desmiente esté vinculado desembarco de Ocoa”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de febrero de 1973, p.4.

Esta declaración de cuya firmeza y altivez decorosa sería contra razón desentenderse, remata con airadas exclamaciones de alerta:

“¡Atrás la mentira! ¡Abajo la calumnia gubernamental!

‘¡Ojo abierto contra los planes criminales del gobierno!’”
(*Ibid.*).

Datado por igual el 5 de febrero de 1973, el comunicado que lleva el título de “Bosch teme plan para deportarlo”⁴⁰ contiene, efectivamente, con mucho más que trazas de certidumbre, la consideración que sin demora transcribo: “Pensamos que el propósito de esos atropellos es sacarnos del país valiéndose de un estado de confusión general, pues el Dr. Balaguer piensa que nuestra deportación facilitaría grandemente su plan de reelegirse, que se ha convertido para él en una verdadera obsesión” (p. 113).

No son escasas las declaraciones que hiciera Bosch, como cabeza del PRD, durante los meses que duró su ocultamiento, las cuales, para insustituible ilustración acerca de los turbios sucesos de ese dramático período de nuestra historia política contemporánea, hallará el lector en las páginas del tomo a que este proemio corresponde introducir.

Empero, como de una parte, el que estos escolios pergeña no es historiador especializado en el acontecer político dominicano de las recientes décadas, sino apenas un testigo más de lo que en aquel momento acaecía en el país, y como, de otra parte, hago cuenta de que los hechos que registran los textos que en la sombra de su forzada clandestinidad redactara Juan Bosch han sido profusamente estudiados, y seguirán siéndolo, daré cima en este punto a la glosa de tan apasionantes proclamas, aun cuando no sin previamente subrayar —para lo que

⁴⁰ “Bosch teme plan para deportarlo”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de febrero de 1963, p.1 / p.6.

mi desvalida opinión pueda servir— que, si un aspecto merece ser puesto de resalto por lo que hace a los escritos publicados con motivo de la persecución de que fuera víctima Bosch, es que reflejan ellos, como no podía ser de otra manera, el carácter decidido de un hombre honorable, digno, lúcido, generoso y batallador.

Hora va siendo ya de poner el sello a estos pecadores comentarios, pues es de temer que en materia de introductoria presentación he incumplido con el comedimiento que solicitan los atendibles preceptos de la más elemental urbanidad. Daré por sentado, pese a que pudiera hallarme incurso en error, que los trabajos del profesor Bosch a que se han ceñido las presentes acotaciones conforman una selección pasablemente representativa de los copiosos y diversos asuntos tratados por dicho autor que este tomo XXXIII de sus *Obras completas* recopila. Si para mi dicha tal fuere el caso —y aliento la esperanza de que así haya sido—, mis apostillas habrán llevado a cabo su tarea aclaratoria con buen ahecho. Sin embargo, aun afeerrado a tan optimista suposición, es de rigor reconocer que no hace falta estar inteligenciado de los escritos de Bosch para caer en la cuenta de que, primero, en lo que concierne a los títulos que este libro reúne, son harto más numerosos aquéllos de los que no he dicho ni una palabra, que los traídos a la tribuna de estas cuartillas; y, segundo, está más claro que agua de remanso que los textos a los que he concedido el controvertible honor de mis reflexiones, no son por obligado modo los que hubieran elegido, acaso dando prueba de equilibrio exegético muy superior al mío, otros críticos e investigadores, ni tampoco los que, por mor de su temática y estilo, consiguieren atraer el interés de los lectores. Si para mi desventura, esto último es lo que ha ocurrido, sólo puedo disculparme de no haber podido llenar sus expectativas, y deplorar que nuestros gustos e inclinaciones en pareja materia por completo discrepen.

Había que seleccionar y seleccioné; lo hice mal o bien, pero en todo caso había que hacerlo; pues lo que hubiera sido exigencia intratable para mi pluma lábil era que derramara opiniones sobre todos y cada uno de los artículos a que remiten las páginas de este grueso volumen.

No obstante la conveniencia de poner punto final a este descomedido proemio, incurriría mi desinhibido cálamo en descuido culpable de no estampar sobre la sufrida hoja de papel uno que otro comentario en torno a los análisis de naturaleza histórica que el autor de *Póker de espanto en el Caribe y Judas Iscariote, el calumniado*, entregara a los honores de la letra de imprenta en el año de 1981.

Aclara Juan Bosch en “De errores y falsedades históricas”⁴¹, el primero de esos artículos, que el sindicalista Miguel Soto era hombre al que “se le conoce por haber sido un luchador incansable en la defensa del pueblo y especialmente de los trabajadores” (p.224), al extremo de que “en la historia del movimiento sindical dominicano Miguel Soto tiene un sitial tan elevado que sólo lo supera el que ocupa Mauricio Báez debido a que a su figura de gran luchador obrero al último se le suma su prestigio de mártir de la tiranía trujillista” (*Ibid.*); de donde se deriva que los conceptos denigrativos del periodista cubano Luis Gómez-Wanguemert sobre la persona del mencionado luchador sindical, expuestos en el órgano de prensa cubano *Revista Política Internacional* y acopiados junto a otros trabajos en el libro *La Revolución Dominicana de Abril vista por Cuba*, que editara la Universidad Autónoma de Santo Domingo, comportan error oneroso. Y como el mencionado periodista cubano, a quien Bosch conocía bien, era “una persona tan

⁴¹ “Los errores y falsedades históricas” consta de 5 artículos de fogosa y esclarecedora refutación, todos ellos publicados en el *Listín Diario* del 23 de abril al 6 de mayo de 1981.

cabal que nunca oímos a nadie decir de él una palabra que pudiera dejar dudas sobre su honestidad profesional” (*Ibid.*), sólo cabe presumir que tan falaz como oprobioso enjuiciamiento halla su única explicación en el hecho de que Luis Gómez-Wanguemert, que “no tenía noticias de quién era Miguel Soto” (*Ibid.*), fue engañado con esa difamatoria información por algún dominicano, “probablemente uno que estaba en un campo político opuesto al del líder sindical” (p.225).

Es notable en la crítica histórica de Bosch que nos ocupa, la sencillez y claridad expositiva por lo que al lenguaje concierne (no en balde ponía siempre la pluma del maestro su mayor empeño en educar) y, otrosí, la admirable organización de las ideas a la par de la implacable y con frecuencia irónica robustez polémica de la argumentación.

Mas lo que tal vez no juzgará el avisado lector impropiciente, por lo que hace a la aludida propensión boscheana a desbistar mediante hábil aleccionamiento las mentes de cuantos le escuchan o leen, es que destaquemos cómo se las apaña el autor para extraer de lo particular y anecdótico verdades de invariable y universal validez. Por vía de ejemplo, el caso de Miguel Soto es propicia ocasión para que el profesor Bosch reflexione con perspicacia acerca de los deberes profesionales del historiador, quien no debe aceptar “lo que se le dice sin pedir pruebas, aún cuando lo que se le esté diciendo aparezca en letra impresa o en documentos, sino que analiza lo que figura en libros o en artículos de periódicos, en declaraciones y cartas o memorias, porque sabe que tendrá que separar el material podrido de las piezas que tienen algún valor” (*Ibid.*).

“Los errores y falsedades históricas”, se consagran también a denunciar las mentiras y medias verdades que sobre ciertos acontecimientos atinentes a la persona del ex presidente Juan Bosch expresara el ex embajador norteamericano John Bartlow Martin en su obeso libro *Overtaken by Events*.

En dichos escritos —cuyo exhaustivo escolio está más allá de nuestras posibilidades y pretensiones—, la fina y acerada péñola del crítico dominicano pone en evidencia las groseras mentiras del escritor yanqui, aun cuando no sin puntualizar que al hacerlo no le mueve “defendernos de lo que el señor Martin dijo de nosotros o de lo que hayan dicho, extrayéndolo del libro de Martin, algún o algunos dominicanos, porque no nos interesa en absoluto desmentir lo que hayan dicho de nosotros el embajador de los Estados Unidos y sus portavoces criollos. Los hombres públicos son propiedad pública para lo bueno y para lo malo, y entre los que son sus propietarios hay gente que se equivoca o yerra y los hay malandrines y negociantes en honras, que viven de ese oficio como ciertos animales viven de comer carne podrida” (p.228). Además, ¿cómo no estar de acuerdo con Juan Bosch cuando afirma que “para responder a las innumerables mentiras de John Bartlow Martin haría falta escribir un libro tan voluminoso como el suyo, que tiene, en su versión inglesa, 720 páginas de texto en un tipo pequeño, y nosotros no disponemos de tiempo para eso porque el nuestro está destinado a una lucha noble, que es la de la liberación del pueblo dominicano, y no podemos dedicarlo a defender nuestra imagen de los ataques del señor Martin” (p.227).

Es nuestro parecer, por lo que valer pueda la opinión de un lego, y con estos juicios daremos cierre a la serie de análisis históricos contenida en el presente tomo, que el profesor Bosch, haciendo ostentación de la solercia literaria que le caracteriza y la amplia experiencia acumulada en esa suerte de debates, en ningún momento se ve en aprietos para desmentir y hacer gigote las malintencionadas afirmaciones que Martin explana en el libro de marras. Y aunque lo que acabo de asegurar acaso posea más verdad que evidencia, dificulto que ningún lector ecuánime ose recriminarme por considerar que en punto

a precisión histórica y descalificación de ominosas falsedades, en los referidos artículos de Juan Bosch sobre el ex embajador norteamericano, sin que jamás perdiera el combativo discurso del gran dominicano la elegancia y dignidad que le distinguen, puso al mendaz cuanto improvisado cronista John Bartlow Martin como chupa de dómine.

Temas internacionales

No caminará lejos de la sensatez quien piense debió hace rato el perpetrador de estos escolios dar remate a tan indigesto prólogo. Lo haré, aunque deplorando no disponer del espacio ni el tiempo para vindicar con muchedumbre de atendibles argumentos los sagaces ensayos⁴² que Bosch dedica, también durante el año de 1981, a temas de orden internacional. Entre estos (nueve conté yo) está el que Juan Bosch redacta en ocasión del fracasado golpe militar del 23 de febrero en España, donde ni corto ni perezoso, aprovecha el tratamiento nada profesional dado por los medios de comunicación a dicho acontecimiento para discurrir con fundamento acerca de cómo los periódicos convierten la noticia en mercancía con el objetivo de acrecentar las ventas; y para aleccionarnos además acerca de cómo el dictador Francisco Franco, que ascendió al poder con el respaldo de la Falange Española —movimiento fascista—, lo que “acabó haciendo fue la revolución burguesa,

⁴² Son estas: “Noticia y verdad en el caso del golpe militar contra el régimen político español”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 5 de marzo de 1981, p.6; “Terrorismo de Estado y otros terrorismos”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 8 de junio de 1981, p.6; “Cuatro ministros comunistas en el gobierno socialista de Francia”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 26 de junio de 1981, p.6; “¿A qué se deben los cambios de Polonia?”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 19 de julio de 1981, p.6; “Comentario a un discurso importante”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 15 de octubre de 1981, p.6; “Un discurso alarmante del presidente Reagan”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 19 de octubre de 1981, p.6; “Las relaciones entre Estados Unidos y Cuba”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 1981, p.6.

que en España se llevó a cabo ciento cincuenta años después de haberse hecho la de Francia” (p.213).

Merecería, por descontado, particular atención el artículo que escribe acerca del terrorismo de Estado, expresión con la que marca con hierro candente la acción bélica llevada a cabo por Israel contra Irak cuando el gobierno de la nación judía destruyó mediante bombardeo el reactor nuclear que en ese país árabe estaba siendo construido; y aquel otro donde analiza Bosch con lapidario rigor histórico y minuciosidad documental los errores de la política internacional de los Estados Unidos. Allí toparemos con el siguiente párrafo que porque no tiene desperdicio no me resigno a excluir: “Los errores del gobierno de Eisenhower fueron profundizados por el de John F. Kennedy, quien además de su fracaso militar y político de Bahía de Cochinos fue el verdadero iniciador de la guerra de Viet Nam y de Laos, y los de Kennedy fueron a su vez multiplicados por Johnson, en América con la invasión de 1965 a la República Dominicana y en Indochina con la ampliación de la guerra de Viet Nam, y los de Johnson fueron repetidos por Nixon, cuyo gobierno, a pesar de que llegó a acuerdos con China sin romper las relaciones con la Unión Soviética, prolongó la guerra de Viet Nam y atacó a Cambodia, con lo cual extendió el conflicto armado a otro país de Indochina, error gravísimo que culminaría con la derrota militar norteamericana en Viet Nam, Laos y Cambodia. Esa derrota dejó descalabrada la imagen de país todopoderoso que los Estados Unidos venían proyectando en el mundo desde hacía más de siglo y medio” (p.250).

Pero hay que concluir esta desorbitada cuanto paradójicamente insuficiente presentación. La hora del prologuista terminó. Que dé comienzo la mucho más fecunda del lector.

LISTÍN DIARIO

LA VUELTA*

Sus cuerpos estaban cansados y se sentían hambrientos y desnudos y sus camas eran, en el más apartado rincón de la ciudad, aceras húmedas e inclementes.

Sus barbas crecían. Lúcidos los ojos, veían pasar las horas en tristísimo desfile.

Atrás, más allá del consorcio de las lomas y los cielos, quedaba la aldea, de la que emigraron, ávidas las pupilas de nueva luz, deseosos de emociones los espíritus.

De niños vivieron hermanados. En la tranquilidad verde de la aldea, recostados de cara a la tarde que paseaba en aires frescos por los pomares, soñaron con estos sufrimientos.

Se veían juntos, vagar por sobre los nervios excitados de los mares o por los caminos de las cinco tierras de la Tierra.

Emigrar. Conocer cada día un cielo nuevo y gozar cada noche una emoción distinta.

Y mientras las vacas movían con lentitud exasperante los rabos, soñaban con galopar sobre las aguas, sobre los continentes y sobre las islas, hasta que en el azul de la noche que se acercaba, comenzaba el parpadeo de las estrellas.

En un amanecer, se marcharon por fin, con su juventud y sus ensueños. El camino serpenteaba, ágil a veces y a ratos

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 31 de marzo de 1929, p.1 / p.6. Este cuento, que debió figurar en el tomo II de estas *Obras completas*, fue encontrado luego que los mismos fueran impresos en 2009 (N. del E.).

cansado. Tenía en su espalda las huellas de todos sus caminantes y a sus flancos raros tonos verdosos de yerbas precozmente lozanas.

De cuando en vez se escondía en una sombra o sonreía desde una colina que parecía estar a cada minuto más distante.

Y lo cortaba, a saltos, la carcajada de un río o la nostalgia de un derrisque.

Desde la altura se veían los techos de las casas paternas brillar al sol de la mañana y hasta se adivinaba una que otra vaca que pacía.

Rompían, alegremente, el ritmo de sus vidas. Llevaban las alforjas llenas de optimismo y las faltriqueras pobres de dineros. Fuertes eran sus piernas y sus corazones.

Y al atardecer, cuando el Sol doblaba su cabeza rubia, cansado de trotar, volvieron sonrientes las caras hacia el punto donde quedó la aldea, que era para ellos un pasado sin color y emprendieron la bajada hacia la ciudad que palpitaba, lejos todavía.

Y llegaron, cansados y hambrientos, pero llegaron.

Y a la orilla del mar, la tarde les enseñó que el verde de las aguas no era el verde de los árboles.

¿Cómo lo hicieron?

Una audacia nunca sospechada vibró en sus nervios. Tal vez la miseria la engendró; quizá el convencimiento de que cualquier vida sería mejor, les impulsó a desafiar la que era, con tanto atrevimiento.

Un día se encontraron resbalando sobre el mar, en la sucia bodega de un barco donde todos los hombres eran distintos y hablaban extraños idiomas.

Pasaron los meses y los años, hicieron piruetas en los mástiles.

Sus barbas crecieron muchas veces y se fortalecieron sus cuerpos y sus almas se aceraron.

Vieron ciudades que se miraban en el agua, y muchas tormentas rugieron en las arboladuras de su barco.

Y vieron tardes de luz adornadas de vuelos gráciles de aves marinas y tardes solitarias en las que la embarcación hería el agua y dejaba una huella fugaz de humo en el espacio.

Y tardes de tristezas, en las que algún camarada rubio y blanco cantaba sonatas de su tierra.

Y la risa del mar que estremecía ondear su piel verdosa.

Y la ira del mar, que levantaba en gesto horroroso sus mil manos espumeantes como queriendo arañar al cielo.

Aprendieron los raros idiomas que hablaban los hermanos de otros países y cantaron, como los otros, sonatas de su tierra, en tardes de alta mar.

Se encontró solo, en la niñez de un día, en los mismos muelles que le vieron partir años antes.

Tenía encarbonado el rostro, musculosos los brazos, sucios los vestidos y llorosos los ojos.

En una doliente actitud de abandono, vio como el barco que fue su hogar se alejaba alegremente, dejando una estela frívola en el agua y un adiós humeante en el aire. Y vio las banderas de sus mástiles ondear gallardas desde el fondo del horizonte de tonos verdes.

Caminó despaciosamente, buscando orientación. La mañana reía en la ciudad.

Poco a poco el ambiente se fue haciendo familiar. Aquellas que se veían altaneras, eran las lomas que cargaban en sus flancos con la aldea.

Instintivamente, se dirigió a ellas.

Volver.

Pero volvía solo. El hermano, que no era hijo de sus padres, cerró los ojos para siempre y lo empujaron desde la cubierta, amarrado a los pies un hierro pesado y en el seno del mar, tranquilamente se quedó.

Él le vio bajar vertiginosamente. La partida del amigo dejó un vacío muy grande en su interior. Ya no quería trotar más. Se sentía cansado y triste.

Ahora volvía...

Sus piernas no eran, como eran antes, ágiles. Ahora caminaba al compás de una música fúnebre que sonaba en su pecho lentamente.

El camino era el mismo. Riente a veces, a ratos cansado. En su polvo grisáceo conserva las huellas de todas las pisadas.

Árboles jóvenes mecían sus ropajes verdes, sombreándole. Las piedras de las orillas estaban como él las dejó. Eran las mismas.

Alguna que otra vivienda había surgido del bosque.

Caminando y recordando, vio salir dos veces el Sol desde más allá de la loma de la izquierda y lo vio dormirse más allá de las lomas de enfrente.

Y la tercera vez el Sol se cansaba ya cuando vio, a distancia, el techo de la casa paterna.

Una inexplicable mezcolanza de alegría y tristeza hubo en él. Apremió la marcha, entreabiertos los brazos y frías las sienes. En un segundo pasó por su cerebro en galope tendido, el recuerdo. Y los años niños y los años púberes, los primeros en la aldea, en el mar los segundos, que parecía surgir fantasmalmente del bosque.

Y ya frente a ella, no pudo más. Se sintió inmovilizado, incapaz de caminar y hablar, como si una maldición le hubiese petrificado.

Cruzado de brazos, viendo la vieja casa, sintió tristeza. Algo en su interior le prohibía entrar.

¿Y si hubiese muerto alguien? Tal vez la vieja santa, o un hermano. Evocó entonces al amigo muerto.

La brisa de la tarde jugueteó con sus cabellos y flameó su camisa burda. Cerca, el humo de alguna hoguera, se espiralizaba. Había un silencio impenetrable en la tarde.

Se oyó entonces el lento arrear de un boyero y luego el chirriar de la carreta.

El Sol hizo rojizos todos los perfiles.

La carreta se acercaba. Pasó a su frente, despaciosamente, en doliente vaivén las ruedas desniveladas, ligeros festones los bueyes en su caminar.

El boyero le miró con honda mirada y él creyó reconocerle.

Pasó la carreta.

Antes de perderse en el recodo del camino, el parecido se afianzó y una ola impalpable, pero grandiosa como las olas del mar, surgió de su pecho y llenó su garganta.

¡Pedro! —iba a gritar.

Pero la carreta se había hundido en la vuelta y solo se oía ya un chirriar monótono y la voz cansada del boyero.

¡Zarzuela! ¡Maravilla!

Dos lágrimas temblaron en sus ojos y cayeron formando dos puntos en el polvo menudo del camino.

Miró dolorosamente la casa. Una cruz abría sus brazos con desolación. Sucia y arrugada la faz era la misma, arrodillada frente al jardincito, sólo, que ahora había una cruz.

¿Por qué?

El Sol pasaba su vieja mano temblorosa, en una última caricia por las cabezas de los árboles, los techos de las casas.

¿Para qué entrar?

Con la gorra sucia, secó los ojos húmedos y volvió por donde vino, trabajosamente, preñada el alma de un dolor ignorado.

Frente a la última curva quiso ver por vez postrera, y los brazos de la cruz estaban abiertos con tristeza infinita.

En el camino se sentía, apagadamente, la agonía del Sol.

CARTAS A VIGIL DÍAZ*

Dómine Excelso:

A las diez, mientras dormitaban tus compañeros de tertulia en el Parque Duarte al tiempo de rascarte la pierna derecha, más de una noche habrás pensado: —¿Qué será de Juan? Y con razón. Yo no podría explicarte, a pesar de que no es cosa tan difícil, cómo diablos enfermé en Jarabacoa.

Por si lo ignoras debo decirte que Jarabacoa es una ciudad encaramada en lomas, propiedad *in anima* del padre Ros, el hombre de más erudición teológica en quinientas mil verstas a la redonda y el más asombrosamente parecido a Napoleón Bonaparte de todos cuantos he visto en más de 15 mil y pico de kilómetros recorridos, según constancia firmada, sellada y revisada, por todos los inspectores de inmigración que puedan encontrarse inmediatamente después del Trópico de Cáncer hasta la línea ecuatorial.

Sigo: Jarabacoa bebe en el Yaque, antes que Santiago y antes que Monte Cristi. Bebe además en el Jimenoa. Su flora es recomendable para hipocóndricos, pre-tuberculosos, palúdicos, tullidos, alcoholizados y poetas futuristas. Un paseo diario por cualquiera callejuela o por cualquier trillo de los que la rodean, bastaría para, en término de quince días, rebajar drásticamente tu esponjada barriga de relojero suizo.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 14 de agosto de 1932, p.1 / p.8.

Sintetizo: Jarabacoa es, Constanza a un lado, la más saludable de todas las villas, ciudades y poblaciones de la isla. Sin embargo, yo enfermé en Jarabacoa. Claro que habría necesidad de investigar si el cerdo que fue personaje central del sancocho con que me obsequiaran mis buenos amigos Homero y Dulce sufría o no de triquina, o si la cerveza fría con que me recibieron Guarionex Gómez, Querito Rodríguez y Guarín Soñé, estaba cargada con más del 41% de alcohol exigido por la ética médica alemana. Pero aún suponiendo que la cerveza estuviera pasada y el cerdo hubiera sufrido de triquina, no se explica, en justicia, que nadie enferme en Jarabacoa. Que lo digan, si no, los carrillos más rosados de la República, como lo son los de todas las agradables muchachas que adornan el pueblo.

*

Debí haber comenzado, mi buen amigo y excelso señor griego, por La Vega, ciudad responsable, junto con tu querido Juan José Sánchez, de tu calvicie y de la pérdida llorada de tu belleza apolínea. Pero La Vega es mi pueblo, y a nadie, excepto tú con la manía de Hato Mayor del Rey como tierra encantada, le agrada hablar de lo suyo. Sin embargo, en la ciudad de La Concepción vi, gusté y admiré algo nuevo: la exposición de dibujo presentada por los alumnos de don Enrique Godoy, hijo de aquel gran don Fico, único escritor en el país que mereció el aprecio de sus conciudadanos. (No ignoras por propia experiencia, lo ingrato que resulta entre nosotros hacer obra de patria).

Pues bien: don Enrique, como Jesús, tiene doce discípulos y como Jesús enseña a pleno sol. Sus modelos son: una calle, un pedazo de camino, trozos de parques. Él no ha comenzado todavía a enseñar en dominicano, porque la exposición de que te

hablo es la del primer año; pero cuando sus muchachos sepan pintar, lápiz desechado ya, un cuadro típico, como la gallera, el baile de merengue, el alcalde pedáneo, habrá coronado su ideal de darle al país derroteros artísticos propios y, probablemente, habrá disecado su alma entre sufrimientos sin que ningún dominicano se acuerde de ayudarle, como lo merece y como lo necesita.

Lomar del Puerto arriba, mi caballito resoplaba con fatiga, Jarabacoa se esconde después de haber permitido al viajero recrearse en el panorama del Valle de La Vega Real, puesto a tus pies como supone la esterilla que ha de calentarte los pies de mañanita (si te levantas temprano, que lo dudo). El animalejo es voluntarioso, pero no bastan voluntad y cuatro patas para ser buen caballo. Recuerdo la mula del padre Ros y me veo ridículo, jinete en animal tan pobre junto al del cura. El camino es azul y gris. Hay sol, mucho sol, pero no molesta. En el paso de Jimenoa me esperan Homero Espaillat; Querito Rodríguez, Juez Civil de Jarabacoa; Guarionex Gómez, vegano jarabacoizado; doña Dulce de Espaillat y Mercedes Batista Piña. Pensaron traer más gente, cartelones y fuegos artificiales, pero la hora no era propicia, arguyen.

En el mismo paso, atronados por el ruido del agua que hace chorreras de fuerzas increíbles, nos bañamos para destropearlos. Después, entre hileras de chiquillos que nos miraban asombrados, hicieron nuestra entrada en la simpática villa que espera recibirte un día, como lo mereces. Lo demás es harto conocido por ti: Guarín Soñé Genao y de la Rosa, Comisario Municipal, me espetó un discurso y un vaso de cerveza; don Virgilio Batista, el más joven de todos los viejos, un abrazo y tres golpes de mano en la espalda. Recordé a don Quijote y vi mi caballejo. Decididamente, Rocinante no tenía suficientes razones para ser más célebre que el mío.

Tú dirás que no comprendes esta carta a saltos. Lo peor del caso es que tampoco yo la entiendo. Tal vez en la otra pueda seguir algunos de los hilos dejados aquí “calimochos”. Pero ahora quiero ir a comer.

Así, griego señor, domine excelso, hasta otra. Los constanceros no son muy amigos de que sus visitantes trabajen.

Tuyo,

Bosch

En Constanza,

A julio 27, 1932.

CARTAS A VIGIL DÍAZ*

Dómine Excelso:

Yo no hubiera querido que estas cartas mías se desarrollieran a modo de crónicas, pero cinco años de lejanías me obligan ver esto con nuevos ojos y se me van las ideas, cállamo corriente, en empeño de hacerte morder el meñique derecho de envidia y arrastrarte a un viaje por aquí, que mucho bien habría de hacerte.

Y voy: el viernes pensé descansar. Tengo visto, por propia experiencia, que los músculos, sobre todo los dorsales, se relajan a fuerza de colchonetas dobles y camas de bastidores recios. (No eches en saco roto esta observación. Antes de venir, si te decides, disponte a dormir en catre pelado o en el suelo. Así no tendrás, como yo, esa insufrible sensación de que te están retorciendo las espaldas con alicates, después de un viaje a caballo). Pues, como decía, el viernes pensé descansar, pero don Luis Gómez, Director *ad-vitam* de Escuela, me toma por su cuenta, inventa cocteles ruso-japoneses (por lo endiablados) y paseos de alpinistas. Vamos al Yaque, nadamos, zambullimos, nos esponjamos con agua de 16 grados sobre cero. ¡Y estamos en pleno julio! Ese mismo día llega de La Vega Pipí Álvarez, notario-poeta-inspector de Instrucción Pública, padre de familia-malabarista-cómico y ventrílocuo. Pipí

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 21 de agosto de 1932, p.1 / p.7.

posee, además de todas las profesiones enumeradas, la más descomunal cabeza de todos estos predios, el más simpático chiquillo y la mejor grafonola. Él y Luis Gómez te mencionan, hablan de Pimpín y traen a colación historias tuyas, amén de una bebida con que nos obsequia Pipí, según él, whisky, según yo, Brugal del más bravo.

Juan María Rodríguez es hijo de aquel célebre Demetrio Rodríguez, que poseyó en conjunto, según consta a Luis Valdez, Peguero hijo, tú y yo, únicos seres que se ocupan de recoger esas bellas leyendas de coraje de un pueblo bravo que existió hasta principio del siglo actual, el valor, la cultura, la riqueza y la hombría de bien. Juan María Rodríguez, hoy teniente del Ejército, sigue los pasos del gran general que fue su padre. A Jarabacoa llegó el sábado, ya entrada la noche, se desmontó de su mula joca, dio un palmetazo en la mesa, otro en el mostrador, y pidió servicio para todos los presentes. Después, con la voz del que sabe lo que le viene encima, nos dijo:

—Vengo a casarme.

Y efectivamente, el domingo casó con Rosa Batista Piña, una muchacha que, a mi entender, fue transplantada desde el Rhin. Rubia, rosada hasta parecer ensangrentada, gentil y bella, al aparecer vestida de blanco, del brazo del militar erigido, enfocados por la mirada turbia de Querito Rodríguez quien libro en manos los esperaba, me pareció (vaya Ud. a saber por qué) una pareja escogida por Guillermo de Alemania, antes del 14. Firmaron ambos con pulso firme, pero yo no, porque don Luis había cargado algunos de los ingredientes de aquel célebre cocktail ruso-japonés.

Mientras duró el matrimonio, apadrinado por Homero Espaillat, doña Dulce de Espaillat, Guarionex Gómez, doña Sira de Gómez, don Amable Jiménez, doña Nelia de Jiménez, y algunos otros que no recuerdo, llovía a cántaros. Después de terminada la ceremonia dirigí hábilmente un interrogatorio

digno de Sherlock Holmes, y por declaraciones de doña Julia Piña, madre de la contrayente, y del propio Juan María, logré sacar en claro que los nuevos desposados habían comido en paila. Me expliqué entonces lo de la lluvia y me fui, satisfecho como prestamista en el año 1928, a terminar dignamente la fiesta que siguió a la firma del libraco.

*

Arturo Piña, la gentileza personificada, me buscó caballo, lo atendió en la noche, consiguió silla, espuelas y freno y él en persona lo ensilló al amanecer de un sábado rojeado. Minutos después, enfilaba proa hacia Constanza, el Edén Nacional, la tierra que más honda raigambre tiene en mi espíritu.

Yo no voy a cansarte ahora con descripciones como la de la subida del Barrero, desde donde ves brillar al sol de la mañana en los techos de zinc de Moca, La Vega, Salcedo y otros pueblos. Tampoco te hablaré de la impresión que nos dejan estas lomas cargadas de pinos gigantescos, casi cansadas de tenerlos en su lomo eternidad tras eternidad. Estas cartas mías han sido hechas a la carrera, apenas si leídas, después de escritas, y no quiero adornarlas ahora con detalles de belleza que, por su majestad, no necesitan que las canten. Pero yo tengo la esperanza de traerte un día, otro Sancho Panza, y asombrarte, pobre diablo ciudadano con lo que yo creo mi propiedad espiritual. Después de hacer un viaje como este, no tendrás fuerza para desenredar los chismes que Sócrates creó y que enredó más Platón.

Hasta otra, excelso dómine,

Ex corde

Juan Bosch

CARTAS A VIGIL DÍAZ*

Excelso señor:

Don Antonio Abud, zar de todas las Constanzas, es un señor que pesa, justamente, doscientas cuarenta libras. Posee entre otras cosas, el mejor mulo que se encuentra desde la frontera hasta los límites de la Provincia, la “culebra e cásula”, más completa, fuera de las instituciones armadas, el mejor revólver “pavón morao”, doce hijos varones, todos blancos, cinco hembras, caucásicas puras, cuatro casas de zinc (las únicas en el poblado), y una tienda, también única. Con semejante inventario por delante, demás está decirte quién es don Antonio Abud. Me olvidaba una explicación: el zar de todas las Constanzas no es viejo, ni siquiera peina canas; contará ahora alrededor de treintaisiete años que no es poco decir. Pero heredó, innegablemente, de algún califa árabe su inquebrantable fe en sí mismo y su innato don de mando.

A cualquier hora del día o de la noche, llueva o haga sol, ventee o no, la casa hospitalaria de Antonio Abud está abierta a todos los caminantes. Un buen catre, mejor frazada, carne abundante, algún que otro trago de ron para calentarse: don Antonio siempre está a disposición de quien llegue, sea o no su amigo. Por eso, mi primer cuidado al llegar, fue preguntar por mi viejo amigo. Y tuve un sincero placer al abrazar sus doscientas cuarenta libras de amistad...

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 21 de agosto de 1932, p.1 / p.7.

*

Cuando llegué a Constanza ardía en fiebre. La noche era tan oscura que no veía mis manos. El caballo hacía esfuerzos “sobrecaballares”, hundía en lodo las patas, hasta las rodillas, resoplaba y casi se negaba a caminar. Yo había perdido el deseo de llegar. Tenía sólo la obsesión de tirarme bajo cualquier pino y dormir. Podría decir que estaba tan sin voluntad, como pudiera haberlo estado una carga de frijoles.

Pero al fin (algún día había de ser), Rocinante y yo entramos en Constanza. Una que otra lucecita se colaba por las hendidias de uno que otro “bujío”. Algún ladrido se metió por las orejas de mi caballo y retumbó en mis oídos. Al apearme del animal tuve la impresión de que jamás tocaría tierra con los pies. Después, tres días de cama: tres días de dieta y tres días de fiebre.

Pero Constanza, mi querido Vigil, no es población que admite enfermos. Hace cinco o seis años, Antonio Espaillat, subidos tres o cuatro en el “Gajo”, me dijo que Constanza era la Suiza de las Antillas. Andando más tarde de isla en isla pude comprobarlo. Hacia el Norte está la mole imponente de la Cordillera Central: “El Montazo”, “Nalga de Maco”, “Aguas Blancas”, y el exótico “Valle Nuevo”. Por el Oeste la tierra se estira en pequeñas ondulaciones, alfombradas de grama y sombreadas de pinos. Hacia el Sur se ha escalonado hasta culminar en el Mogote, frente a Jarabacoa. Por el Este hay, entre dos alturas, el valle liso, como un cristal, parido de pinos centenarios. Y en el centro, Constanza, ceñida por tres ríos cuyas aguas tienen, en agosto y a medio día, una temperatura que nunca excede de trece grados sobre cero. ¡Oh la estulticia de nuestros “elegantes”! ¡Constanza tiene los brazos abiertos para todos los enfermos y para todos los que tengan dos pesos que gastar en un veraneo!

Me duele cerrar ésta cuando más entusiasmado estoy. Pero debemos entendernos, un grupo de amigos, para emprender viaje hacia Valle Nuevo, la región más fría del país.

He de sentir mucho, mi querido Vigil, encontrarte a mi retorno con cinturones terapéuticos pretendiendo curar tu rebeldía hepática con recetas y fórmulas parisienses. Sólo Constanza podría arrastrar con tus males y limpiar, tanto tu alma como tu cuerpo, de esa carga insoportable ya de ácido úrico solidificado.

Hasta una próxima. El interés de un viaje a Valle Nuevo hace que corte aquí mi buen deseo de prolongar mi carta.

Ex corde.

En Constanza, a 4 de agosto, 1932.

PERFILES SINFÓNICOS.
LA ACCIDENTADA VIDA DE UN GRAN ARTISTA*

El día 5 de diciembre de 1894, en su casa del cerro de Chirí, don Pedro Echavarría enseñaba orgulloso su retoño.

—Pero si casi es un hombre; Dios lo guarde —comentaban las vecinas.

Diez años después, esas mismas vecinas recomendaban a sus hijos:

—No te juntes con Pepé.

Y con razón: el muchacho se había hecho, además de un hombrecillo, la pesadilla de Chirí, y casi de todo Santiago. Sus recuerdos son escasos: una oreja rota, un brazo zafado y, como presagio de lo que debía sucederle doce años más tarde, una pierna quebrada.

Sin embargo... Había algo en el pequeño Pepé, algo más que el afán de no ir a la escuela y de robar cajuiles en las fincas vecinas. Por ejemplo, Pepé compraba pitos en El Bazar Parisiën y, al amparo del farol de carburo, en la esquina, se bebía las horas tocando. Lo quietaba todo y hasta las vecinas se asomaban a las puertas para decirse, de acera a acera:

—Tan tremendo el muchacho y lo bien que toca.

Una noche de aquellas pasó un señor; se detuvo cerca de Pepé y parecía cavilar algo serio. De pronto el hombre rompió marcha sobre el músico callejero. Los muchachos

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 28 de diciembre de 1932, p.2 / p.7.

pensaron en algún agente policial y empezaron a escurrir el bulto; Pepé mismo temblaba.

—Vengo a ofrecerte clases de música, muchacho —dijo el hombre.

Era don Marcos Antonio Luna, gran flautista y hombre de corazón amplio. A través del tiempo, El Ruiseñor Dominicano lo recuerda con veneración. Dos años más tarde, nuestra primera gloria musical debutaba y se adentraba en la fama, desde el local de “Amantes de la Luz”. Contaba entonces catorce años. Pero a poco más, una mujer empujó su nombre mar afuera: el lío amoroso le obligó a abandonar el país.

¡Otra vida! Pepé Echavarría se abrazó a ella con la misma sencillez que se abrazaba a los cajuileros, en la otra banda del Yaque.

¡Santiago de Cuba! La bahía se abre en herradura y Pepé deja, en el “Julia”, sus nostalgias de Patria para romper lanza contra la necesidad; pero cinco días después le contratan en el teatro “Vista Alegre” por diez dólares diarios. Era lo bastante para enloquecer. Aquí sacaba, de cada concierto o de cada función, unos “clavaos” miserables y, de pronto se encuentra con los bolsillos llenos de dineros. ¡Y con la seguridad de llenarlos cada día, como si fuera una mina inagotable! En esos cumplió sus dieciocho años.

Pero Pepé se cansó de Santiago y levantó tienda. A poco la montaba en Guantánamo. Por allí pasó cierta vez el Comendador Bracale, empresario de Ópera, con Amelita Gallicurci. Quince dólares diarios y gastos pagados para una *tournee* por Cuba, México, Colombia y Costa Rica, ofreció al joven flautista. Y sobre ello dejó una fianza de diez mil dólares al empresario con quien trabajaba Pepé. ¡Buena época de la Gran Guerra, Danza de los Millones y azúcar cara, como polvo de oro!

—Había veces —cuenta El Ruiseñor— en que no sabía si mi flauta sonaba o cantaba Amelia. Eran dos voces confundidas magistralmente en una.

Pero dejó a la Gallicurci. La dejó a pesar del viaje para Boston listo, porque estaba enamorado. Y apareció entonces en la vida de Echavarría Lazala otro acontecimiento: la Barrientos, Flauta Humana. Catorce mese estuvo Pepé a su lado, ganando veintiséis dólares diarios. Los veintidós años del muchacho santiaguero estaban bien colmados.

Un buen día Pepé tuvo disgustos con su segunda esposa (El Ruiseñor habla apenas de su matrimonio, como si su amor verdadero y hondo fuera la flauta) y se fue a Cárdenas. ¡Adiós las Óperas y adiós las grandes figuras del canto! Había cansancio de tantos aplausos en su vida. Había sobre todo, nostalgia de la tierra.

—Hubiera vuelto —nos cuenta— pero era necesario que sucediera aquello.

“Aquello” fue, sencillamente, la pérdida de una pierna. Un amor infortunado; citas con una dama de la alta sociedad; acechos del hermano ofendido; y, en el mejor rato, una lluvia de balas tronchando la pierna del hombre que había electrizado todos los públicos y que había gustado las caricias de mil mujeres enamoradas. A partir de aquí, la vida de Echavarría Lazala entra en una vorágine que enloquece sus veinticuatro años: todos los vientos recios le azotan, unas veces cargados de oro, otras de dolor, otras de oscuridades.

Camino de Europa, en los albores del 1918, llegó a New York un hombre cojo. Iba a Alemania para comprar una pierna que le hacía falta. La guerra submarina, sorda, silenciosa, agazapada, hacía estragos. Y el hombre cojo compró en New York la misma pierna que usa hoy; y se presentó, inesperadamente, en Manhattan Theatre para dar un concierto. El Rialto lo contrató entonces y se adornó el gran frente del teatro con

un anuncio: “El Ruiseñor Dominicano”. La Babel del Norte abrió sus brazos a una gloria antillana y la proclamaba con letras luminosas. El día de su debut en el Rialto llegaba a New York el general Pershing, primer yanqui vencedor en Europa.

—Fue un río de oro —dice mientras llena un vaso de cerveza.

Le vemos sonreír feliz. También a nosotros nos asalta el recuerdo de esos tiempos de vértigo, de clarines, de banderas, de oro.

Y de ahí, un salto. En la Philadelphia Symphony Orchestra, bajo la batuta del primer director del mundo, Leopoldo Stokowsky, recorrió gran parte de los Estados Unidos. ¡Gloria, mucha gloria y mucho dinero! El nombre enflaquecido de la patria tuvo sitio en una congregación de grandes músicos. ¿Y para qué? ¿Para que Pepé Echavarría Lazala, como Gabriel del Orbe, como cualquiera que lo haga, vea venir los años, lentos, horribles, duros, sin que columbre una ayuda; mejor aún: lo merecido!

¡A Londres! La sinfónica de Filadelfia iba a Londres. Pero otra vez la mujer... Ésta fue una rubia alta, de ojos verdes y andar sereno. El cansancio de sus brazos llegó, como llega todo, como llegó también la irresistible nostalgia de la tierra. De la tierra que había de consumir su arte, su optimismo, sus energías. Y volvió... Volvió.

¿Para qué, Ruiseñor? Tengo que agradecerle las horas henchidas de recuerdos tuyos y de música buena que me diste en La Vega, las que me das ahora y las que das a todos desde tu asiento de la Sinfónica; pero sufro contigo la oscuridad que te traga y te consume en un pueblo de frontera. De frontera, tú, que atravesaste tantas en triunfos...

PERFILES SINFÓNICOS. UN NIÑO PRODIGIO
EN TREINTA AÑOS, VEINTICINCO DE ARTE*

El Cerro de Chirí, en Santiago, es un vientre preñado de glorias; Pepé Echavarría Lazala no había de ser el único gran músico que diera el Cerro. En la madrugada de este siglo (28 de marzo de 1902), se aunó al gran concierto del universo el grito de una vida más. Acababa de nacer Morito Sánchez, quien seis años más tarde iba a asombrar a la República con su increíble y auténtica precocidad.

Última nota de un pentagrama (siete hermanos músicos), no podía ser Morito menos que los otros. Sus seis hermanas son todas profesoras de piano y violín, y su padre, don Chenko Sánchez, usaba el clarinete a manera de batuta para dirigir el concierto infernal que supone siete hijos frente a siete papeles distintos.

A los seis años, del brazo de su padre y con otro que le llevara el violín, Morito Sánchez tocaba en la Iglesia Mayor de Santiago. Don Chenko quiso forjar a su antojo esa precocidad.

—Me hicieron estudiar demasiado —dice Morito, como si le doliera, a los treinta años, no haber sido niño cuando debió serlo.

Tenía diez cuando se presentó por primera vez, solo, al gran público, en los salones del Club Santiago. Puerto Plata, la novia del Atlántico, respondió a un concierto dado por

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 4 de enero de 1933, p.2 / p.7.

Morito ese mismo año regalando al pequeño gran violinista un instrumento que debió parecerle al niño culminación de su ambición. Poco tiempo después el violín se retorció, como persona maltratada por horribles dolores, y abandonaba su vida de gustador silencioso y ensombrecido de la música grande. Fue tal vez el primer gran dolor de Morito.

A la capital se venía entonces de dos modos: a lomo de mulo, por el serpenteante camino real, o a bordo de vaporcitos inseguros, como el *Estrella* y el *Jacagua*, más tarde transporte militar. Pues bien, Morito vino a la Capital. Tenía doce años y sus ojos negros miraban llenos de gran serenidad el público selecto que se apretaba en el teatro “La Republicana”, hoy Ministerio de Hacienda. Dos conciertos regaló Morito a la Ciudad Primada. Días después “el niño prodigio” repetía el acto mar afuera, en la limpia y grata capital de Puerto Rico.

Don Darío Mañón siguió paso a paso la evolución del maravilloso muchacho que se atrevía, a la edad vacía de doce años, a llevar en sus manos la bandera nacional más allá de las fronteras, sin temores y sin asombros; y presentó al Congreso una moción en la que pedía una beca en París para Morito. Se le concedió. Gobernaba entonces el país aquel bondadoso y recto hombre que se llamó don Juan Isidro Jimenes. En la vieja Europa se amontonaban nubes de la gran hecatombe.

1916. Verdún. Día a día el Príncipe Heredero de Alemania revisaba pianos y consultaba su Estado Mayor. En todos los mares del globo había unos peces grandes y silenciosos que destrozaban buques. Era arriesgado cruzar el mar. Pero... ¡París! ¿Quién no pone su vida en una ruleta, a los quince años, cuando se sabe que el triunfo es París?

Morito se fue. En el vapor *Algonquin*, hoy costanero en Estados Unidos, embarcaron varios dominicanos. Iba entre ellos el malogrado Dr. Príamo Franco. ¡New York! Pero faltaba lo más largo y lo más arriesgado del camino. En el *Antonio López*,

español, partieron un día hacia Barcelona. En el mismo barco viajaba el primer chelista del mundo, don Pablo Casals, y Morito tocó con él en un concierto organizado a bordo a beneficio de los huérfanos Granados, hijos del compositor glorioso, muerto en el hundimiento de un vapor que se tragó la mar después de haber encontrado uno de aquellos grandes peces silenciosos y lentos. Varias veces vieron ellos asomar el cuerpo de algún submarino, pero la bandera española era garantía de los viajeros; y varias veces también fueron escoltados por *destroyers* ingleses, cuidadosos de que su señor no tuviera la desagradable noticia de haber sido hundido un vapor de su augusto primo. (¡Humanidad!)

Cádiz, Barcelona. Morito tenía borrachera de ciudades grandes. Santiago estaba prendido en su espíritu y le dolía como mujer querida. Después, después... trenes militares, fárragos guerreros.

—No viajábamos como personas, sino como caballeros —dice. ¡Y tantos! ¡Sí, eran millones de hombres, Morito, arrancados de lo suyo, de la tierra propia, para ser llevados como caballos, no ya a París, sino a las trincheras, a que se hicieran sordos al estallido de las granadas contra sus cuerpos y se abonara mejor el odio entre hermanos!

Noches interminables aquellas, sin afeitarse, sin lavarse, detenidos a cada paso por vigilantes militares; revisados, vistos de reojo.

Pero allá, al final, estaba París, gran rueda luminosa que marea, marea...

A la capital del Mundo llegó Morito Sánchez en plenas vacaciones. Su primer cuidado fue ponerse pantalones, es decir, no usar más calzones. Después, el segundo, fue tomar un profesor particular, y el tercero, conocer la gran ciudad. Al abrirse las clases entró en la Schola Cantorum donde estuvo cuatro años bajo la dirección de Vincent d'Andy, demasiado

conocido entre nuestros “amateurs”, y del profesor Armando Parente, célebre violinista que formaba parte del Conservatorio de París. El gobierno nacional cumplía religiosamente su compromiso con Morito, pero éste ganaba más de lo que recibía. La vida se le hacía cómoda y grata. Ya no tenía que mortificarse estudiando bachillerato ni aprendiendo idiomas, como en Santiago. Y en esa... ¡Armisticio! ¡Paz! ¡Oro! Francia se conmovió y con Francia el mundo. Una locura, la locura de haber sobrevivido al desastre se apoderó de la humanidad. Quisqueya, mientras tanto, había sido engarzada a la lista de conquistas norteñas. Y el invasor suspendió las becas concedidas por los únicos que podían suprimirlas: los dominicanos.

El regreso. Así, charlando, hemos tratado con Morito otros temas. No le gusta hablar de mujeres. Ni quiere que mencionen la sonrisa, la única sonrisa que Giusti, el maestro italiano, se llevó del país cuando Morito interpretó dos o tres pasajes difíciles de “Las Golondrinas”. Y de lo otro...

No hablemos de lo otro, Morito. Vamos a levantar tú y yo, solos y silenciosos, una copa por “el niño prodigio”, por ese “niño prodigio” que te pesa tanto, que tira tanto de tu alma, aunque tú quieras esconderla.

Tú sabes que yo lo sé, Morito...

UNA RESPONSABILIDAD QUE NADIE RESISTIRÍA*

En la Capital se ha descubierto una trama para quitar la vida al Jefe del Estado. Esas palabras, dichas así, sin pensar lo que de ellas se desprende, tienen la importancia de una noticia poco común. Tendrían menos, todavía, si la época dominicana de hoy y el hombre que ocupa el cargo más alto de la nación no fueran, como lo son, excepcionales. Las circunstancias que concurren a sellar con ese distintivo la época y el hombre, importan poco: son el producto de intereses, opiniones y sentimientos que venían a encontrarse, lenta pero irremediabilmente, desde la tragedia de Moca, en 1899.

Es el caso que hoy, tras la desmoralización inoculada por la Invasión, empezamos a pensar de manera distinta a lo que lo hizo la generación que sazonó entre el 1916 y el 1930. En la República Dominicana, dejando de lado todas las manifestaciones de progreso palpable que se han operado en cinco años, se está formando un pueblo con una conciencia más precisa de su deber ante sí y ante los vecinos. No tenemos una meta definida, pero crecemos en el horizonte hacia una grandeza más o menos cercana. La distancia que hay de hoy al 19 de noviembre, es mucho mayor que la que medió entre la tragedia del año doce y el veintiséis de julio en Moca.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 5 de abril de 1935, p.1 / p.6.

Muerto Cáceres, por la Presidencia de la República pasaron hombres honestos, hombres ambiciosos, hombres puros, caudillos y caciques. Lo que no había pasado por ella, hasta hace cinco años, era un Jefe. La República se dolía de ello. Con escasos recursos, con pocos habitantes; con vida de civilización precaria, el país no estaba preparado para resistir una organización de corte europeo moderno, como no lo ha estado ningún país en formación. A todo lo largo de la historia, en los pueblos se han operado los mismos cambios que en la familia: han vivido su propia vida, dejados de la jefatura paterna, cuando han aprendido, al amparo del padre, todo cuanto la vida puede enseñar.

Y a nosotros nos hacía falta un Jefe. Debía tener, sobre todas las cualidades, dos esencialísimas: energía desbordante y conocimiento de nuestras necesidades. El movimiento del 23 de febrero, mar de fondo sin trágicas consecuencias, pero de gran valor histórico, demostró algo innegable: Trujillo era ese Jefe.

Todo el resto del año que transcurrió después de la caída de Vásquez, fue amenazante para la República. Una vez puestos en marcha los instintos revolucionarios del dominicano, instintos no desterrados todavía, era difícil, sino obra de titanes detener ese impulso y encauzar por el camino del trabajo, del engrandecimiento y del orden, la energía que en él se gastaba. Además, el pueblo no conocía a Trujillo y se refugiaba en una sorda expectativa. Pero el nuevo Jefe cortó, en dos o tres tajos rabiosos, el mal en sus principios; quemó los viejos papeles de la Hacienda y empezó a ir tomando cuerpo en el país la idea de que Trujillo sabía mandar. Su primer cuidado, una vez asegurada la paz, fue organizar su estructura gubernamental de tal manera que la amenaza de la revolución no asomara otra vez en esta tierra martirizada. Desde entonces hasta hoy, fue levantando tan sólidamente un nuevo

sistema de seguridades, uniendo así tal cantidad de personas por vínculos irrompibles, que si Trujillo desapareciera hoy mismo, sería menester el esfuerzo de tres generaciones para hacerle un boquete a ese edificio gubernamental que él ha creado.

A Lilís se le pudo matar y salir glorificado del asesinato: Lilís gobernaba por el sólo placer de gobernar; a Cáceres no se le debió matar nunca. Todavía se resiente el país de aquella tragedia. Duele en el corazón dominicano pensar dónde estaríamos hoy si el vigoroso capitán mocano hubiere llenado su ambición de progreso. Pero más aun duelen los años trágicos que se desencadenaron sobre el cadáver de aquel hombre. El bienio de los Victoria costó al país más sangre, más lágrimas y más dolor, que cualquiera epopeya libertadora de los pueblos vecinos.

Desgraciadamente yo alcancé a vivir, en los primeros años de mi vida, el horror de las revoluciones; yo vi partir los hijos que no debían volver; yo recuerdo todavía, lleno de horror, las impresiones dolorosas que recibiera cuando tropecé con el primer cadáver: un hombre tendido de espaldas en el barranco de un río seco, la cabeza destrozada y los ojos desorbitados aun en la muerte, repelentes de terror.

Hombres como ese cayeron en todas las encrucijadas, en todos los barrancos; entre las alambradas, en los potreros; en las calles de los pueblos y en los firmes de las lomas.

Aquello era inevitable porque obedecía a una sugestión de educación guerrera, a la que el individuo se acostumbra rápidamente. No basta tener conceptos, instrucción, sentido moderno; no: es imposible escapar a ese vórtice criminal de la guerra porque en el hombre es más fuerte el instinto de destrucción que todos los afectos, por nobles y eternos que estos sean. Se abandona el hijo, la esposa, la madre: lo que hay de puro y tierno en la vida, lo que nos distingue del animal y nos hace reyes de la Creación; todo eso que cubre nuestras bajas pasiones

y logra, con la imposición de costumbres durante algunas generaciones, soterrar los peores instintos de la humanidad.

Ahora bien: Cáceres no había tenido tiempo de organizar su gobierno. Apenas le conocía el país. Sin embargo, Cáceres desató, desde la inanimidad de su cadáver, un impulso guerrero tan estruendoso, tan cruel y tan largo, que sólo había de ser detenido por la imposición de una fuerza mayor: la ocupación americana.

Estaría de más apuntar las diferencias que hay entre Cáceres y Trujillo. Éste cuenta con mayor apoyo en la opinión pública. Los miles de campesinos a quien él ha ido dando la mano, aliviando con palabras y con bien efectivo, no son indiferentes a la suerte de su Gobierno. Dentro de treinta años, los hijos de esos campesinos recordarán con orgullo que en su pobre bohío estuvo cierta vez, después de haber allanado la loma con los cascos de su montura el Primer Magistrado de la República. Para arrastrar tras de sí una cuerda infinita de bien agradecidos, le bastaría a Trujillo con esos campesinos; podría tirar, como cosa perdida, el bien que ha hecho a los otros. Además, él tiene una escuela de energía más fuerte que la que el mocano impuso; está respaldado por una maquinaria gubernamental tan perfectamente organizada, que asusta hasta a quien la conoce; tiene mayor velocidad en todos sus pensamientos, en todos sus actos, en todas sus obras; cuenta con una legión disciplinada de modo sorprendente. Habría que comprender, sobre todo lo dicho, que el material de guerra con que los suyos cuentan, es infinitamente más destructor que el usado en el año doce; que sus obras de progreso sobrepasan, hasta cubririrlas y empequeñecerlas, a todas las que consagraron a Cáceres como gran gobernante. Sobra, pues, decir, que si Trujillo desapareciera ahora, sobre el país se desencadenaría una época roja tan larga, tan cruenta, tan terrible, que nadie podría suponer sus consecuencias.

Consideramos lógico que haya oposición. El mismo presidente Trujillo así lo reconoce, cuando en un manifiesto invita a sus enemigos políticos a formar un partido de oposición. Es claro que cuando él mismo se preocupa por la organización de sus contrarios, es porque está absolutamente seguro de que cuenta con una mayoría disciplinada, que no se le irá de entre las manos para engrosar las fila de los otros. Él comprende que no todos los dominicanos pensamos de igual manera, y pide a sus enemigos que le combatan dignamente; que se coloquen a la altura de la época; que reconozcan implícitamente el grado de evolución alcanzado por el Pueblo.

No hay ya justificación para el atentado ni para la revolución. Después que el Jefe del Estado, jefe a la vez de un partido, se expresa en esa forma, cualquiera manifestación de hostilidad política que no sea la normal en un país civilizado, es una actitud inexplicable, ilógica, imperdonable.

Estamos en marcha veloz hacia una nueva conciencia nacional, y hasta los enemigos deben propender a crearla, con su crítica sana y honrada. Lo que nadie tiene derecho es a destruirla en su nacimiento. Lo que nadie puede hacer, así, impunemente, como si los pueblos no estuvieran pendientes de cualquier acto, por nimio que parezca, es derrumbar sobre la nueva República la crueldad de una convulsión sangrienta y larga.

Porque si alguien lo ignora, es tiempo ya de reconocer que, desaparecido Trujillo, sobre su huella estaría la República agonizando largos y oscuros años. Pasarían sobre nosotros los fantasmas lóbregos del hambre, de la devastación, de la violencia. Esta tierra menuda desaparecería bajo los cascos de las bestias apocalípticas. Con el fragor del primer tiro se reabrirían en todos los hogares los pozos de sangre que Trujillo cegó.

No creemos que haya en el país alguien capaz de cargar en sano juicio con la tremenda responsabilidad que la historia echaría sobre los hombros de quien desatara tal tragedia.

Juan Bosch

DE LA VEGA DE ENTONCES.
DON FEDERICO GARCÍA GODOY*

He aquí lo más remoto en mi recuerdo: aquel hombre alto, flaco y descolorido como los árboles secos, asomado a una ventana, con la diestra extendida bajo el Sol, los ojos chorreando dolor, la voz cascada y escasa, todo él en vilo sobre la multitud silenciosa.

Mi padre me apretó contra sí, me elevó hasta su pecho y con la mayor suavidad me dijo:

—Ese es don Fico, el gran escritor.

Se había levantado de la cama, donde le consumía la fiebre y se le desgarraba la garganta, enfermo más que nada de rabia. Era don Federico García Godoy, el escritor señero, el novelista insigne, el ciudadano inmaculado, el padre magnífico. Estaba enfermo y la multitud que discurría enloquecida por las calles, tratando de aliviar el dolor de la Ocupación, había llegado, vociferante y loca, hasta su casa para pedirle que hablara. Férvido, casi ahogado por las lágrimas, don Federico García Godoy abandonó la cama y salió a dar el pan de su verbo a la multitud.

Allí estaba él, medio encorvado, el cuello cubierto por un grueso pañuelo. Su frente alta y pelada resplandecía llena de sublime indignación. La carne escasa se le pegaba a los pómulos y a la mano, aquella mano que mecía en movimientos

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 17 de noviembre de 1935, p.3.

relampagueantes. Yo le miraba con unción soliviantado por un inexpresable sentimiento de admiración y afecto. Aquel hombre era lo que yo quería ser: un gran escritor.

Sucedían cosas amargas, porque a don Fico le afluían los sollozos a los labios. Hablaba de la Patria, de la bandera, y aunque yo no lo comprendía, aunque nada entendía, sabía que un dolor pesado, angustioso y cruel le comía la vida al gran escritor. La multitud batía palmas, metida en un silencio impresionante. Yo sentía las lágrimas quemándome y rompí a llorar sin una queja, sin poder estallar en gritos, ahogándome. Esa fue la primera vez que me dolió la patria, y no me dolía sino porque su desgracia hacía llorar a don Fico, el hombre que era lo que yo ambicionaba ser.

A partir de aquel día le vi a menudo. Mi padre se honraba con su amistad, y como sabía que me producía inmenso placer, me llevaba a su casa o a su tertulia en el parque. Recuerdo la primera vez que me tuvo entre las piernas, abrumado bajo su sonrisa paternal e inteligente. Me peinaba con las largas manos y aseguraba que yo heredaría su pluma. “Te la voy a entregar antes de morir para que la rejuvenezcas y conserves —me decía—. Padre le leía con justificado orgullo las tonterías que yo escribía niño aún. Él escuchaba con discreta actitud. Yo admiraba su frente alta, tan blanca, tan pulida, tan llena de luz. Me sugestionaba oírle discutir con papá. Generalmente vestía con extremada sencillez, a veces sin corbata, siempre tocado con gorra. Así iba al parque, de americana blanca y pantalón gris, admirado y respetado y querido. Tenía escasos contertulios; discutía con infantil entusiasmo, aunque con caballerosa circunspección. Corrían los tiempos locos de la guerra. Padre sentía en la carne la tragedia rusa y la gritaba como si fuera suya; don Fico detestaba de aquel sentimiento y acusaba a mi padre de anarquista. Se enredaban en largas discusiones y a veces les sorprendía la soledad de la plaza, tarde

ya. Yo cabeceaba sueños en la esquina de un banco. Don Fico me acariciaba para despertarme y me recomendaba:

—No le hagas caso a tu padre, que está loco.

Un día me sorprendió la noticia de que don Fico había muerto. Le había visto la tarde anterior, en su cotidiano paseo por la acera de su casa, en pantuflas, las manos a la espalda, medio encorvado, con su inseparable gorra, de la que le salían mechones de gris cabello. Había muerto don Fico. De esquina en esquina, de casa en casa, la gente lamentaba la noticia. Todo vegano acudió a dar fe de su amor al gran escritor. En el último instante tenía un gesto poco acostumbrado en él, siempre optimista aunque silencioso: parecía amargado. Debió morir sin embargo feliz, que si le cercó la envidia, en cambio nunca fue calumniado y la calumnia es la única maldición que envenena a los hombres grandes.

Tras su cadáver se fue todo el dolor de un pueblo a cuya cultura dedicó lo mejor de su vida. Después le levantaron un busto de mármol. Lo irguieron en el parque, cerca del sitio donde él tertuliaba y desde donde veía a las altas estrellas manchando el cielo empinado.

Le ofrendaron un busto; pero su mejor monumento está en la historia límpida de su vida, y en el rosario de grandes libros con que se regaló a la Patria.

DE LA VEGA DE ENTONCES.
MIS MISAS DE MADRUGADAS*

Con el sombrero pequeño, la sotana holgada y los botillos bailando, ha pasado cerca de nosotros el sacerdote. Como todavía está sucio el cielo de la madrugada, apenas le hemos reconocido por la curva leve del cuerpo y el silencio que ha ido desplazando. Nos sentimos encogidos y hacemos silenciar los pitos de plumas que hemos estado tocando desde que abandonamos la cama.

Un lucero se revuelca sobre nosotros, un lucero grande y alumbrado como fogón campesino. Alguien dice:

—Vamos ya donde la vieja Adela.

Diluidos en la tinta de la oscuridad, los muchachos del barrio de Villa Carolina vamos buscando el camino de la vieja Adela, todos dispuestos a robarle dulces; pero todos con una vaga esperanza de que no esté abierta su casa.

Doña Adela es mujer rezadora. Blanca, blanca como madera de naranja recién cortada; baja, bien medida de carnes todavía; con el moño en la coronilla a la manera de los retratos antiguos; arrugados los párpados; altas las cejas; muerta la nariz, la buena señora recuerda ilustraciones de fin de siglo, como las que hay en la sala de casa y en el comedor de mi tía.

Doña Adela hace dulces. La fama de su “tomaró” es vieja y veloz como los ríos. Vive en el corazón de la ciudad, en bohío

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 24 de noviembre de 1935. p.3.

enano y añoso, que se dobla bajo el grueso techo de canas. Es un sitio plácido y cargado de paz aquel. Apenas pasa por allí algún señor que va en diligencias, alguna comadre de su dueña, que entra a saludarla, un perro realengo; muy de tarde en tarde crujen las piedras de la calle bajo las ruedas de un coche. Doña Adela está siempre encogida en su mecedora, en la segunda pieza que es también comedor. Allí reza día y noche, excepto los momentos en que va a ver su horno, en el que se doran los “conconetes” y las hojaldres. Nunca habla, a no ser para ponderar con aparente humildad sus dulces; su voz tiene un no sé qué agrio, y es débil como el canto del aire en estrecha rendija.

Tiene los dulces expuestos en limpias bateas, sobre un paradorcito de triste apariencia. Ella no acecha, no cuida, no teme. Está en el comedor, metida en su mecedora, y sobre su cabeza sonrío benévola su hermano, o su padre, que nadie sabe a quién reproduce aquel amarillento retrato en carboncillo.

La muchacha de Villa Carolina está llegando ya. Alguien dice:

—Se ha levantado; hay luz.

Y efectivamente, un resplandor infantil trasciende del patio y dora el aire sucio de la madrugada. La puerta que da a la calle está junta, de modo que, haciéndolo con precauciones, el más atrevido la ha abierto sin producir ruidos, sin que la santa y buena vieja sospeche nada. Uno ha entrado y va pasando dulces a otro que espera en la acera; éste a su vez los pasa a otro; éste al que le sigue. El último se esconde en la esquina vecina y ha llenado ya el seno con hojaldres, “coconetes”, “caballitos”... Se siente a la anciana golpear tizonas contra la hornilla. A nosotros nos desgarran el vientre un susto atroz. Pero reímos contentos, porque hemos realizado una hazaña.

En voz leve, que es sacrílega en esta madrugada, hacemos inventario del robo. Todos juntos en la esquina oscura determinamos salir hacia el río. Ya en las afueras de la ciudad oímos las campanas roncadas que llaman a misa. Nosotros atolondramos el barrio con nuestros pitos de plumas. Unas mujeres pasan con alborotada prisa. ¡Es misa de madrugada! ¡Misa de madrugada, que no debe perderse!

El río está frío, muerto. Se vidrió en la noche, bajo las cobardes estrellas. Nadie se baña. Con los primeros desperezos del amanecer tomamos el camino de la vuelta, pensando en el jengibre que nos estarán haciendo, ya en casa, ya en la de algún amigo. Y frente al fogón, cuando nos lo estemos bebiendo, diremos:

—¡Qué buena ha estado la misa de madrugada!

A alguno le pasará por la mente la sombra de doña Adela; a otro le quedarán trozos de dulce en los bolsillos; a todos nos poseerá una tristeza infinita y llorona como llovizna.

¡Oh doña Adela, doña Adela! ¡Inconsciente sacerdotisa de aquellas inolvidables misas de madrugadas veganas!

DE LA VEGA DE ENTONCES.
LOS CHARCOS DEL RÍO CAMÚ

I*

Río arriba, pasando por el Guabal y atravesando las tierras de don Carlos María Sánchez, está el Turey. Turey, en la lengua madura del indio, quería decir “cielo”. Y en ese charco se echa a nadar un cielo pálido, a veces espeso de nubes, de noche chorreoso de estrellas.

No es un charco para muchachos, porque se ahoga en una soledad despiadada y el muchacho solicita compañía. Ahí mismo, sobre él, se alza la loma dorada, con Buena Vista encima.

Siguiendo el hilo del agua está, a poca distancia, el Pomo, cerca de donde los aguateros llenan sus bidones. Las piedras del Pomo se visten con prendas llegadas de todos los hogares veganos. Un trozo largo de la playa echa humo; son las fogatas donde las lavanderas hierven ropa. Los niños pululan desnudos, buscando camarones y tirando piedras.

En una vuelta, siempre hacia abajo, se recoge la Bomba, charco silencioso y sucio, con una peña descolorida, alta y triste. Después el río se va de espaldas, volteándose, encojiéndose o haciéndose ancho para descansar. Pasa por detrás de la cárcel, donde se bañan los presos, y dando tumbos arrastra la imagen del centinela que anda por la orilla, con una inútil carabina en el hombro.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 1º de diciembre de 1935, p.3.

Ahora el Camú está desviado, porque se comía la tierra del pueblo y se iba acercando al parquecito como becerro sediento. Pero entonces, en el tiempo amarillo de mi niñez, antes de enlodarse en el paso del Timbeque, se enredaba en unas cañas de castilla, altas de pendones grises. Eso sucedía tras la máquina de don Joaquín, y allí el río se arrugaba en chorreras ruidosas. Íbamos de tarde a bañarnos ahí, pegado al Tripero. Yo no sé que honda sensación de paisaje extranjero me producía el Tripero, con su callecita quemada, sus bohíos torcidos, sus hombres sucios. Me olía y me sabía a cuentos de pescadores.

Poco más adelante retornaban las piedras alumbradas de ropa blanca, ahumadas de fuego, pobladas de niños desnudos. Ya desde el paso de Las Cruces se veían las peñas pulidas del San Julián. ¡San Julián, San Julián reposado y profundo! Ahora debe ser un hilo de agua, y tal vez se muera de sed, porque el Camú se seca como las ubres de las vacas viejas; pero entonces era un regazo bullicioso que nos acogía a todos, a todos... ¡Y éramos muchos!

Íbamos de madrugada por los días de diciembre, mientras las devotas rezaban en las misas de madrugadas; íbamos de noche en enero, hinchándonos bajo la mansa luna; íbamos de tarde en los días de clases, y durante las vacaciones gastábamos allí las mañanas. En los matorrales de enfrente se escondían los “malos” de todo grupo, y nos hacían “galletas” en la ropa; es decir, nudos prietos, con piedras dentro, y a veces con otras cosas menos agradables que piedras. Enfrente, sobre la enhiesta peña, se paseaban al sol diez o doce muchachos; los demás zambullían o nadaban. Allá arriba pretendíamos subir todos; pero los de encima luchaban, forcejeaban, echaban zancadillas, y a veces caíamos tres o cuatro enredados como culebras, rompiendo el cristal del agua con el golpe; a veces caía uno solo, haciendo esfuerzos por evitar la ruda caricia del río en la espalda o en el pecho.

La peña daba a la estancia de don Luis Despradel, hijo de San Julián, de quien tomó nombre el charco. De tarde en tarde una vaca se paseaba sobre el filo, y nosotros la veíamos con gracioso respeto. Por lo regular, yo me sentaba en la candente playa para ver a los compañeros, desnudos, retozones y alegres como animalitos de Dios. De mañana, cuando todavía el Sol no doraba la piel, era un espectáculo único el de aquellos muchachos sanos, finos, ágiles y fuertes paseándose sobre la tierra encumbrada, sacerdotes de un rito fresco y humano. De repente se movía uno, alzaba los brazos con gallarda apostura, levantaba los pies y caía con asombrosa lentitud, juntas las piernas, juntas las manos, describiendo una parábola al revés, llena de fácil belleza. Caía como un ave de singular nobleza; desgarraba el río y se perdía en el agua para reaparecer abajo, junto a las piedras de la chorrera. Le seguía uno, y después otro, y otro. El agua rota saltaba en chispas cargadas de sol.

Un amigo teníamos, alto él, indio, delgado, reidor. Se llamaba Carlitos y nadie zambullía como él. Se tiraba al río y aparecía cuando ya todos estábamos con la garganta seca del susto, pensando en buscarle por entre las piedras, ahogado o descalabrado. Pero Carlitos aparecía arriba o en la orilla, donde nadie le esperaba, con las manos llenas de arena, roto en risas, chorreando agua por la cabeza y con los hombros brillantes de límpidas gotas.

Carlitos se nos apartó pronto en la vida. Muchachón todavía, se fue a las lomas de Burende a perseguir un criminal. Le topó una bala, y zambulló para siempre en la muerte. Ya no saldrá más, nunca más, ni arriba, ni abajo, ni junto a la enhiesta peña ni cerca de la ruidosa chorrera.

DE LA VEGA DE ENTONCES.
LOS CHARCOS DEL RÍO CAMÚ

II*

Cuando todavía viene asustada de los ruidos del San Julián, el agua humilde se pega a los pilares del puente. Me parece que recuerdo, de manera muy vaga, la fiesta con que celebraron su inauguración. Es un tranco de hierro, pequeño y feo. Grita como muchacho golpeado cuando lo atraviesa un automóvil, un caballo o una carreta. El pobre río quiebra sus orillas para que se alce el cemento de las bases, y mira cómo sus piedras se han quedado amenazadas por aquel montón de tierra que alzaron para llegar al puente. Unas mujeres cantadoras lavan allí siempre, bajo el crujir de los hierros; fogones de tres piedras echan chispas en las negras latas y nunca falta, en la sombra de una jabilla, un niño recién nacido que gime entre trapos viejos.

A partir del puente, el agua se hace tan mansa que parece muerta. Unas masas oscuras de árboles y arbustos duermen en cada orilla; se entrelazan las hojas del pomo con las de tiernas jabillas. Todo eso a partir del mismo río; que allí empieza el verde con el bejuco de las covachas, donde se esconden los camarones y las jaibas. El río Camú es bello, tiene una sobriedad imponente, o la tenía entonces; pero ningún paraje presenta la majestad indolente de aquel; ninguno tiene ese

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 8 de diciembre de 1935. p.3.

desdén elegante por la luz, por el movimiento, por todo lo que parece o es frágil. Doblado como si padeciera agudo dolor, el río se tira entre unas piedras grises y se echa a dormir. La orilla está cubierta por la “finca de don Ubaldo”, donde unos nudos de yerba de guinea nos guarecían con amable alcahuetería cuando nos escondíamos para ver bañarse a las muchachas.

A unos pasos más allá está “el baño de la Estación”. El agua no abunda mucho, mas es limpia y fresca. Brega el Sol allá arriba, sobre los árboles; pero no llega al río. Aquel es un charquito infantil, y a mí me gustaba ir por lo alegre del paisaje y lo variado del camino que a él lleva.

Dando unos pasos largos, agitado y retozón, el río se va de vuelta en vuelta hasta caer en la “Curtiembre”, donde tiene la tierra un color pardo, reseco, que lastima. Las orillas peladas muestran las calvas de las piedras; y el Camú se come, año tras año, pedazos del camino que se pega al río. El lugar hiede de manera recia y chilla eternamente la piedra redonda que, un poco arriba, bajo humilde enramada, machaca tirada por un buey el campeche con que teñirán las pieles. Medio metidos en el río, unos hombres desnudos de cintura arriba rascan con hierros afilados los húmedos cueros, sobre troncos inclinados. El Sol se abre como risa en cara ancha. Hacia el pueblo sube el camino de San Antonio, que entra en la ciudad como muchacho vagabundo, encaramándose cerca del colegio San Sebastián para morir en una callecita rastrera, desde la que se topa la vista con la estatua de “Don Goyo”.

Otro lavadero en la “Curtiembre”, sólo que en él, como es tan bravo el Sol, las mujeres son negras, o lo parecen. Al doblar, una chorrera; a una voz de niño, la Islita, el charco discreto, a donde llegábamos cansados cuando nos huíamos del Colegio.

Del lado Sur, la Islita tiene una peña de imitación, ridícula y sucia; del lado Oeste, una chorrerita limpia, con las piedras llenas de camarones; del lado Este, bastante abajo, un lodazal.

La única playa, hacia el Norte, no lo es, sino que se amplía en cenagal, y casi en la orilla es donde aparecen cuatro o cinco piedras en las que poníamos la ropa. El agua es turbia; pero grata por lo tibia. Apenas podíamos hacer fondo, temerosos de removerlo y de que se nos ensuciara más el charco; pero panqueábamos de lo lindo, alborotando con nuestra sana desnudez el pudor de las campesinas que pasaban camino del pueblo. A veces veíamos venir una joven, cuya edad nos autorizaba a propasarnos, y entonces, medio escondidos en el agua, enhebrábamos nuestros más encarnados piropos, que si para la infantil imaginación eran encendidos, para el oído de hoy son ingenuos.

Desde la impunidad que nos regalaba el charco veíamos las caderas femeninas pasar en graciosos balanceos. Ahora, como quien dice, comprendo que nada significaban para nosotros las mujeres, sino el contraste violento que hacían sus faldas de colores con aquel paisaje desteñido y triste que nos hacía horizonte, y el cual llenaba el potrero de don Zoilo que, carcomido por la seca, tenía color de tierra y subía poco a poco hacia la Línea Férrea, cansado y haragán, dormitando en las pocas sombras que le deparaban los cocos o algunos cajuileros raquíuticos y blancos.

DE LA VEGA DE ENTONCES.
LOS CHARCOS DEL RÍO CAMÚ

III*

Ya está dicho: discreto charco era la islita. Los reglamentos de policía, caprichosamente resucitados, según la esposa, la hija o la querida del comisario se sintiera ofendida por el espectáculo de tanta piel al aire, nos daban grandes sustos en el San Julián, precisamente porque los aplicaban cuando menos los esperábamos. Por eso era discreto el charco de la Islita. Situado en una orilla del pueblo, casi rural, los celosos guardianes de la moral no consideraban aquello entre sus dominios. Muy de tarde en tarde se dejaba ver por nosotros algún policía que iba a una gallera cercana o a servir de vigilante y por tanto privilegiada autoridad en un baile. Además, el cerco de lodo que tenía el charco nos bastaba para desafiar los dichosos reglamentos.

Jugábamos a la “piedra blanca”, mientras el Sol nos doraba poco a poco la carne. Iba con nosotros Cacata Mercedes, largo, negrucho, feo, dentado, torpe. A menudo llevaba a Rubí, un perrazo bruto y mal educado; cierto día trató el animal de morderme y en la tarde volví yo con Chutis, el más crecido y el más peleador de cuantos perros tuvo La Vega. Chutis pertenecía a los Dalmasís, me parece; pero como era vividor y malagradecido, en dándole comida se me iba atrás, aunque después desapareciera rastreando mejores platos.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 15 de diciembre de 1935. p.3.

El pobre Cacata Mercedes, que había de morir poco después con la cabeza reventada en una volcadura, fue quien nos enseñó el juego de la “piedra blanca”. Cogíamos un pedazo de pedernal y lo lanzábamos al agua. Cuanto muchacho se encontraba allí se tiraba al río tras la piedra; buscábamos en la dirección en que había caído, luchábamos en el fondo, removiendo el cieno, y a veces se juntaban ocho y diez manos tendidas hacia el guijarro. Una lucha sorda, ignorada, pero leal y recia se entablaba bajo el agua; alguno subía a buscar aire, otro porque recibiera un golpe. Nos hinchábamos de entusiasmo, soñando con los buscadores de perlas y los cazadores de tiburones de los mares del Sur, aquellos de que hablaban Salgari y el capitán Luigi Mota. En el fondo del agua turbia, con las líneas del cuerpo desdibujadas, teníamos unos movimientos lentos a la vez que graciosos, llenos de impresionante belleza.

De pronto una mano removía el fondo, se oscurecía el agua, se pataleaba, y mientras el más vivo ascendía hacia la superficie mostrando la piedra en la mano alta, los demás salíamos en busca de luz y de aire.

Allá arriba corría el viejo Sol arrastrando horas. Siempre nos sorprendía el silbido de la máquina de don Zoilo, gritando las doce; y siempre llegábamos a la mesa con los ojos enrojecidos. En todas las casas se preguntaba a esa hora:

—¿Dónde estabas, que vienes con los ojos encandilados?

Y todos contestábamos, contritos:

—Fulano que me echó tierra.

La respuesta era invariable:

—Pues no te juntes más con él.

Mentíamos. Pero no había más remedio, si queríamos seguir yendo al río. Los padres temían a esas vagabunderías nuestras, con sus razones, porque el Camú se traga muchas vidas. Los padres no entendían que no podíamos hacer otra cosa en

La Vega, nosotros, muchachos repletos de vitalidad; que no podíamos hacer otra cosa allí donde nada había que hacer.

En casa descubrieron que rascándonos las piernas se sabía si habíamos estado allá, porque la uña dejaba una raya cenizosa, como en piel de negro; o nos quitaban la ropa para ver si estábamos más limpios de lo que hacía falta.

Cuando papá se dio cuenta de que no decíamos verdad, nos dijo:

—No vayan más solos. Yo los llevaré junto con los compañeros los domingos.

Los amigos no tardaron en ponerse recelosos, “porque con el viejo nada más se podrá estar en la orillita”; pero poco a poco fuimos convenciendo a papá de que en todo el río no se encontraba “peje” que nadara como nosotros. Dándole vueltas a la cabeza, le sacamos la suya a la vigilancia y decidimos no ir tan sólo a nadar, sino también a pescar. Así se entretenía el viejo mientras nosotros “nos cogíamos el río”.

—¿Por dónde hay más pesca? —preguntaba papá a cada uno.

—En la Jabillita —contestábamos todos.

Era que la Jabillita quedaba a tres zancadas de la Islita, y tenía además, para no hacernos quedar mal, una chorrera honda, donde abundaban las “viejacas” y los “dajaos”.

Arrimándose al agua, pasa una vereda destrozada por los derrumbes, regularmente enlodada, que unas veces se mete en los potreros de don Zoilo, otras se agacha y cruza bajo el mohoso alambre de púas, otras derriba la palizada. Es el camino de los Pomos, que salta y se enrosca entre raíces. En la sombra húmeda de la Jabillita, un árbol gordo que se inclina sobre el río, el camino se riega como mano abierta. Enfrente hay una playa pequeña, erizada de pedregones; tras la playa, el matorral; junto al matorral, pegándose al agua, nace una peña roja, que se tuerce hacia el Este y forma un regazo en el cual se recoge amoroso el río. La chorrera escarba el cauce, y se

va honda, de prisa, para perderse entre unos matojos de pomos que guarecen el lugar. Hacia el Oeste, a la vista casi, está la Islita.

La Jabillita echa sobre la tierra su carga de frutos en media luna, y echa también unas raíces gruesas en el charquito que ella cobija. Entre las rabizas de esas raíces pululan las “viejacas”, pececito gracioso, pequeño, negro el lomo, roja la boca, amarilla la aleta. La “viejaca” nada con velocidad de bala; pero a veces se detiene y se inmoviliza en el agua. Viéndola así, no sé por qué da la impresión de que está oliendo.

El charco es claro y simple; en el fondo está la arena azul, confundiéndose con el cielo que, a trechos, por entre las hojas, se tira en el río.

Arriba, hacia el Sur, se desgajan las pencas de las palmeras bajo carga de ciguas. Y se desgajan también bajo carga de sol, mientras en el recodo de la chorrera canta el río, con una canción fresca y honda, socavando poco a poco la peña rojiza.

DE LA VEGA DE ENTONCES.
LOS CHARCOS DEL RÍO CAMÚ
IV*

Buenos días aquellos que se nos fueron río abajo, chapuceando en la Jabillita o esperando a que los pececillos picaran. Hubo tardes de cocinar cuarenta viejacas, tan tiernas, de tan naciente carne, que se nos confundían en la boca las espinas con la masa.

Hacíamos primero la carga de camarones, antes de que el Sol ardiera. Remontando el agua llegábamos a la Islita, y la dejábamos cuando ya las voces de papá llenaban la mañana.

Pero la fiesta nos quedaba pequeña. Algo iba creciendo en nosotros, de manera inconsciente. Necesitábamos más amplitud para el movimiento, más horizonte para el ojo que sazónaba; otra cosa donde fuera necesario emplear aquello que nos nacía en lo hondo. Así fue como cierto día llevamos un rifle de aire al río, una saquetita de municiones y un nuevo propósito. De tronco en tronco fuimos acortando el tiempo, la mirada en la mira, el dedo en el gatillo, cazadores, en fin. Perseguimos el carpintero grave y persistente, la cigua frívola, la rolita ingenua.

Cierta tarde, rodando por los potreros, descubrimos un recodo remoto del río, guarecido en un barranco amarillo.

—¡Ese es el charco del Plátano! —gritó alguien.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 22 de diciembre de 1935. p.3.

Nos miramos unos a otros, asaltados por un silencio solemne. Por entre las zarzas del camino venía papá, alegre como mañana de domingo.

—¡Ese es el charco del Plátano! —nos dijimos.

Desde años atrás, el Plátano tenía para nosotros una aureola de leyendas. Sólo hablaban de él los pescadores de tarrayas, que de tarde en tarde remontaban el Camú con la red sobre la espalda tostada y desnuda; sólo ellos lo conocían; nada más a los hombres curtidos en achaques de río les estaba permitido acercarse a tal sitio. Nos llevamos el índice a la boca, indicando discreción; ojeamos a papá y tornamos a mirarnos los unos a los otros, recelosos, aturdidos. Ya padre estaba pisando la arena de la playa.

Apenas habíamos visto en cromos y en películas un paisaje tan sereno y tan majestuoso. Lo primero, a la vista de la vereda, es una playa de arena quemada, que en el centro se va doblando como media naranja inmensa, y que se va haciendo leve, hundiéndose paso a paso, hasta meterse miedosa en el agua, como los pies blancos y tímidos de una muchacha casta. El río corre rauda de poniente a occidente: por la entrada aparece de golpe, brillante, pulido y musical, esquivando las ramas y las piedras, igual que pájaro de extrema agilidad; por la salida se va de prisa y en silencio, metiéndose en la curva cerrada del barranco. Más allá está el monte verde y oscuro.

Mirando hacia el sitio donde alumbran las Osas hay una peña corrida, alta, que empieza siendo roja, adornada con piedras largas y grises, y que termina, por el Este, en el barranco amarillo, impresionante por lo seco y por lo grande. Arriba, como un paño tendido sobre las térreas paredes del anfiteatro, luce el cielo vegano, limpio, claro, liviano, infantil.

En el centro de la playa hay un solo arbusto. Es espinoso y áspero, pequeño y regado. Cambronal, llamábamos a aquella planta. Está como puerto de escala para los negros judíos que

cruzan graznando bajo el cielo bendito. En su tronco se acurruca una sombra mendicante, que de tarde se alarga y zambulle en el agua.

—¡El charco del Plátano! —nos repetíamos en voz baja, asombrados, asustados.

Aquella posa remota tenía mala fama, y su desconocimiento nos imponía. Se decía que se había bebido no sé cuantas vidas. Emilio Rodríguez Demorizi, que era entonces estudiante del Colegio San Sebastián y tenía aires de hombrecito, tal vez porque usaba medias gruesas, de las buscadas para hacer pelotas y gorra ancha, y correteaba siempre jinete en buenos caballos; ese mismo Rodríguez Demorizi que es hoy el benjamín de los Académicos, estuvo al ahogarse un día en el Plátano. La historia de ese accidente felizmente frustrado, y las mentidas historias de otros no sucedidos, junto con la de que un indio vivía en el fondo del charco, nos hicieron cobrarle un respeto barbudo; nos alejaban de él.

Desde que el Camú baja las lomas, hundiéndose a ratos, a ratos ampliándose y haciéndose inofensivo, viene probando carne de muchachos. Nosotros nos habíamos bañado en todos los sitios; nos habíamos desprendido de la barranca alta del Turey; de la que crece sobre la Bomba; ensayábamos vuelos encima del San Julián; algunos conocíamos la fuerza del agua en las célebres chorreras de Bayacanes, camino de Jarabacoa. Pero aquella tarde, abatidos por un silencio que crecía con la duda; hostigados por el deseo de aventurar y mordidos por el miedo, dejamos llegar a papá, que se acercaba haciendo hoyos pequeños en la arena de la playa, sin que uno solo tratara siquiera de acercarse a la orilla.

Una nube medio sucia volaba allá arriba, asomándose por el filo de las peñas.

—Va a llover. Vámonos —dijo padre, mientras señalaba hacia el cielo.

Alguien lanzó una piedra al Plátano. La oímos golpear el río, con ese ruido grueso y lento que denuncia aguas profundas.

Nos miramos de nuevo, haciendo comentarios en voz baja. Poco a poco fuimos enfilando, la cara derecha al pueblo, al Oeste, a la cama, a la escuela.

Unas ciguas cortaban la tarde a aletazos. Desde la vereda volví el rostro.

—¡El Plátano! ¡El charco del Plátano! —me repetí.

El río Camú corría y corría, arrastrando un cielo claro, que empezaba a ensuciarse con las nubes.

DE LA VEGA DE ENTONCES.
LAMENTACIÓN POR EL ENFLAQUECIMIENTO
DEL RÍO CAMÚ*

Río amigo, río bueno, río indio; espejo para la mirada de la mujer de Maguá; bendición en el hueco de la mano conquistadora; fiesta de luces en los ojos de fray Bartolomé; radiosa vera de vidrios; prófugo de la cordillera y señor del llano... Río Camú, hermano Camú, padre Camú: la palma y el algarrobo, el quiebrajacho y el amacey, el guayabo y la jabilla que pueblan el Valle de La Vega Real viven de ti, en tu lomo fugaz se alimentan; con tu agua nutres las hondas raíces cuantos árboles hay, aun aquellos cuyas copas bailan mecidas por vientos lejanos. En ti se gesta la vida; tú has sido siempre la razón incansable y oculta; tu insensata esplendidez te ha secado en holocausto anónimo y lamentable.

Ahora estás flaco, padre Camú. Peladas y ardidadas, tus orillas florecen piedras y en ellas crece el Sol. El mismo que hunde en tu cauce la cabeza sedienta, el mismo que te bebe la vida en las alturas, que en la llanura te deja exhausto como seno envejecido; el mismo Sol que tú quiebras en Bayacanes, el mismo que te aplasta en el Timbeque.

Estás flaco y viejo; y nosotros, los que vivimos el regocijo de tu fuerza, te hemos abandonado como a la flor marchita: Julito y Goyo, Cellé y Mario, Guido y Tobita, Rodríguez y

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 29 de diciembre de 1935. p.3.

Cacata Mercedes... Todos; todos. Unos para que nos quem la vida; los otros para dejar dormir los huesos cansados a tu vera.

También tú habías de tener tu ocaso, río amigo. Desde que empezaste a declinar quedaste huérfano del júbilo humano. Rebosó la tierra el San Julián; te ahoga el puente feúcho que te domina; los bejucos embotaron tus playas. Sólo las lavanderas persisten en visitarte, pero te deshonran y ensucian. Acaso llevan las bestias a beber tu agua, a bañarlas en tus charcos raquíuticos y a defecar en tu lomo. Acaso...

Antes eras, por el Turey, paisaje familiar para garzas reales; cinco veces bendecías al viajero, camino de las lomas; tú sólo asustabas al pueblo, cuando amenazabas la Zafarraya.

Ahora nadie te teme, río Camú. Tendieron un camino pelado y duro, que sube a Jarabacoa desdeñándote, trozaron la tierra del Timbeque, te abrieron vereda nueva, y te fuiste por ella, dócil como perro abobado, manso como muchacho tonto.

¿Qué se hizo tu fuerza de toro joven? A veces ruges y a mí se me antoja que esos son resabios de viejo. Ya no retornarán las hazañas de la Niega, cuando creciste tanto que sólo el cielo limitó tu ardimiento, y aun el mismo cielo rodaba en tus ondas. En aquella época remota, tu voluntad desencadenada postró a cada familia vegana frente a su santo de devoción, se clamó al cielo para que te calmara, y tu osadía mantuvo a todo un pueblo con el grito del terror cruzado en la garganta. Pero ya están lejanos esos días de la Niega, Padre Camú, y ahora, cuando enfureces, los muchachos y las viejas se asoman al puente para verte pasar y llenarte de insolentes salivazos. ¡Cómo te compadezco y cómo sufro la mirada cobarde e irónica con que te saludan!

Pero alguna vez amanecerá para ti un sol distinto. Una aurora radiante nos unirá de nuevo y caminaremos por los campos que bañas, cada brazo en hombro fraternal, cada mirada en

el horizonte, cada oído en la palabra amiga. Subiremos las lomas repoblando de pomos tus orillas, para que el Sol no te haga mal de ojo; después retornaremos paso a paso, curándote toda herida. Seremos todos; todos: Goyo Sicard y Cellé Hernando, que te diagnosticarán; Guido Despradel y Cristóbal Núñez, para extraerte el tumor gigantesco que cegó el San Julián; Julito Espaillat, para cloroformar el Sol, y Mario Sánchez para medir toda la llanura que tú has de cubrir. Irán Alejandrito de León y Thevenin, y Andrés Rodríguez. Todos padre Camú, todos. Si no podemos hacerte crecer porque estás demasiado viejo, vaciaremos en tu cauce nuestro entusiasmo, y si él no basta, nuestra juventud; y si ellos no son suficientes, echaremos nuestro dolor en las piedras del fondo.

¡Cómo te hincharás, pobrecito Camú! Nada será comparable con la amplitud que te daremos. El pino enhiesto de Guaigüí se doblará para verte; los caminos descenderán de los cerros para echarse a nadar en tus aguas; el puentecillo pretenioso vivirá temblando. Tus orillas estarán limitadas por la Aurora en el Este y el Crepúsculo en el Oeste. Ahora no cabe en ti la Luna llena; entonces la Vía Láctea será apenas una mancha en tu lomo, y la Cruz del Sur bajará a reflejarse en ti, y la Osa Mayor tendrá cama grande en un recodo tuyo.

Padre Camú: días mejores vendrán. Como carta de novia bien querida, viajarás con nosotros y tú serás siempre el equipaje más caro al corazón.

DE LOS MONÓLOGOS ABSURDOS.
ESTE NOVIEMBRE...*

Ahora otra vez como en aquel abril remoto, está el cielo azul y lejano. Nada de día el cielo sobre todas las cosas, y aun parece que la luz entera emerge de él y no del Sol. Es noviembre, y el otoño gasta fragancia de primavera; es noviembre, y parece que fuera abril.

Una congoja que no tiene orillas revolotea en mi alma, igual que cuervo hambriento. Te recuerdo. Así, como ayer, con la misma fuerza de lo que permanece eternamente vivo, estás hoy aquí, conmigo; estás en el distante cielo sin confines, estás en el lucero que se crece como luz aventada por la brisa; estás en el perfume que se insinúa, en el clavel que brota, en el matiz delicioso de esta rosa; estás en mí, en mí, como si te tuviera en cada partícula sensible de mi ser. No veo el paisaje, sino tus ojos; ni el pedazo de luna que rueda allá arriba, sino tu sonrisa; ni el suave tinte del atardecer, sino tus manos. No oigo la voz del viento, sino la tuya; no acecho el silencio de la noche para otra cosa que para recibir más limpio, más puro, más diáfano el eco de tu canto. No recojo el brazo por cansancio, que lo hago porque te siento apoyada en él. Y si mantengo ahora esta liviandad, esta dulzura dispersa, que vuela en la brisa, es porque te siento en mí y tú toda estás en la vasta, en la eterna belleza de este noviembre que tiene tanto de aquel abril remoto.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 8 de noviembre de 1936, p.3.

Una congoja grande me hiere, pero la acaricio para que no se me vaya... Ella es también efluvio tuyo, y por eso me place, que de ti, junto con la felicidad del recuerdo, he de gustar siempre el dolor sin nombre, aunque sin quejas, de la ausencia.

Ahora está el día como en perenne amanecida. Temo al ruido, que te puede alejar; temo moverme, para que no te asustes; temo vivir, por no ver otra vez los cielos sucios. Temo a todo lo que pueda arrebatarme la inefable dicha de creer que te tengo, que te tengo en el lucero que crece, en el atardecer sin confines, en el perfume y en la flor, en la Luna alta, en el canto del viento y en el cobarde silencio de la noche.

Temo a todo lo que pueda deshacerme la ilusión de que este noviembre es aquel abril. Temo hasta a perder mi congoja, que me viene de ti.

JEFE DEL GOBIERNO Y JEFE DE LA OPOSICIÓN*

Estábamos en Esperanza y bastante cerca del presidente Trujillo cuando él pronunciaba su discurso. La manera reposada y seria que tiene al leer nos permitió ir pensando cada palabra dicha e ir redondeando cada pensamiento cerrado.

En realidad, nunca se había presentado el honorable presidente con tal sentido sobrio de popularidad. En sus ademanes se notaba la confianza sincera que tiene en los hombres de pico y pala, en la lealtad de los trabajadores.

Era aquella una reunión numerosa y discreta a un tiempo, sin refulgencias ni aparatos de política barata; solemne, podríamos decir. El campesino de la Línea, seco de carne pero empapado en alientos sanos y mejores sentimientos, sintió la verdad en la boca del Generalísimo. Y la verdad absoluta es que el presidente Trujillo se presentó allí con la misma vehemencia sorda y con la misma virtud indignada con que han procedido todos los conductores que echan mercaderes del templo.

En esperanza, Trujillo fue el Jefe de la Oposición. Lo fue por la fuerza con que combatió la molicie, la riqueza habida contra el Estado, la inmoralidad de algunos elementos públicos. Lo fue por aquella afirmación rotunda de que sólo estima a los hombres de armas y de pensamiento, cuando además de esas virtudes contengan y garanticen la honra del trabajo.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 30 de enero de 1936, p.1.

Tal vez y sin tal vez, la mejor condición de Trujillo es esa de ser a un tiempo jefe del Gobierno y jefe de la Oposición. Antes de que el Pueblo murmure, él se adelanta a denunciar: él ve la lacra y la muestra a la nación. En ese momento opera su personalidad de crítico, su sentido popular y opositor. Acusa ante el Pueblo a fin de que éste sepa por qué separará después el miembro enfermo que sólo causa perjuicios y descoyunta la necesaria armonía del funcionamiento gubernamental.

Sin violencias y sin vacilaciones oscila entre estas dos jefaturas: la del Gobierno y la de la Oposición. Y esto lo hace sin dejar de ser en todo instante el hombre que sostiene todo el peso del Estado y el hombre que sostiene todo el peso de la Oposición. El enemigo de Trujillo vive desconcertado; ignora hoy si le aplaudirá mañana y, casi por asaltos, el Presidente le desaloja de su puesto para señalar los males que el enemigo no acierta a ver.

El presidente Trujillo sabe que para gobernar es necesario sembrar en las masas un prestigio definitivo y sólido; que las masas cambian día a día y hay que cambiar con ellas, adelantándose y superándolas. Él está plenamente convencido de que muchos a quienes ha levantado con su favor han permanecido estáticos, convertidos en lastre, en peso muerto y fatal para la marcha veloz que él exige. Y antes de que el pueblo se vea obligado a actuar, actúa él; los señala, los marca con su dedo; los acusa, los juzga y los condena.

El presidente Trujillo es a un mismo tiempo jefe del Gobierno y jefe de la Oposición. En ambos casos procede con la responsabilidad absoluta y total que le ha distinguido siempre.

Por eso, en cada nuevo suceso se le verá entrar al Palacio a la cabeza de su pueblo.

JEFES Y TIRANOS*

Cuando un gobernante apoya su autoridad en el hierro de las armas y apoya su poder en el miedo del pueblo, es un usurpador y un falsario que recoge aplausos mientras mantiene su posición; pero que no puede encararse a la historia porque la historia la escribirán las generaciones que no han nacido y que por tanto no estarán sujetas a su látigo de bandolero del poder.

El jefe auténtico, el jefe grande, el jefe medular, es jefe por la sola autoridad de su presencia, por la gravitación de su personalidad; actúa sin necesidad de previa meditación, llevado de su instinto infalible, arrastrado por esa huracánica energía que le impulsa al triunfo y le hace ganarlo superando todo obstáculo y arrollando toda fuerza.

Un capitán de esta naturaleza no necesita doblegar a nadie: a su sola aparición deben oscurecer, forzosamente, todos los demás. Cuelga el general de fila pequeña y de asalto raquíutico su sable de cabo para irse al conuco o le sigue como soldado sin más presillas que las que le acuerda el jefe; se apaga como jumiadora que ha consumido el gas el renombre del político regional y se refugia tras el mostrador de una pulpería, o se conforma con ser un número sin títulos, servidor sin ambiciones a las órdenes del jefe. Se anulan todos, con o sin su voluntad. Una fuerza nueva y poderosa ha surgido; es locura

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de enero de 1937, p.1/p.8.

tratar de detenerla y es empeño fatal querer salvarla. Como río mayor, fertiliza las tierras que cruza al tiempo que ahoga la bestia loca que pretende atravesarlo.

Este es el caso de Trujillo: se le sigue incondicionalmente, o se desaparece.

Tirano, aquel que en Maracay entretiene sus ocios jugando gallos mientras en las cárceles gimen a millares los presos políticos; aquel que se ufana de haber hecho carreteras de cemento con la muchachada digna que apresa en las universidades y muere trabajando en los llanos, cuando con el oro del petróleo puede pavimentar de brillantes los caminos venezolanos.

Jefe, este Trujillo que edifica con las uñas puertos y ciudades, puentes y avenidas, escuelas y cuarteles y libera los presos para que se vayan a curar de sus dolencias.

Tirano, aquel que en su finca "La Nenita" se embriaga con orgías mientras sus porristas asesinan a Julio Antonio Mella, nieto de nuestro Ramón Mella, a Ernesto Alpízar o a los hermanos Freire; aquel que alimenta su crueldad en un charco de sangre y huye después despavorido rogando a los hombres que lo olviden, a él, que no podrá vivir en paz ni en la soledad de Little América; jefe, este Trujillo que entra solo al campamento revolucionario, por los aledaños de aquella tierra que presencié la "encerrona de Guayubín" y que exclama, cuando tres jóvenes, en la sierra de las Matas caen en lucha de balazos cerrados con la fuerza pública: "¡Hombres tan bravos no se matan, se hieren!"; este Trujillo que no huirá nunca y que prefiere, según sus propias palabras, "a toda otra muerte la de un cañonazo en el corazón".

Tirano, aquel cabito que grita: "No me servís de nada", a los ministros que no logran conquistarle una mujer difícil; jefe, este Trujillo que dice al gabinete: "No estáis aquí para holgar, sino para trabajar, y no tolero que se consuma en ocios el tiempo que paga la nación".

Tiranos, los Somoza que asaltan el poder a tiro limpio; jefe éste que lo gana con toda autoridad y sabiduría, que lo atrae, lo alcanza porque es el único autorizado por determinación de su personalidad, y ya en él, lo honra y lo exalta, hasta lograr que en un país donde todo hombre se encontraba apto para ser Presidente de la República, nadie cree hoy que haya sustituto de Trujillo, y el que lo crea, que no se lance a cruzar el río, porque se ahoga.

EL ASESINO DE JULIO ANTONIO MELLA*

“FLORENCIO MENÉNDEZ MATÓ, CRIMINAL DESPRECIABLE ENTRE TODOS, PARA CONSEGUIR EL PERDÓN DE UN ROBO, AMONTONANDO SOBRE UN CRIMEN OTRO CRIMEN, LOCO YA, Y PUESTO A ANDAR EN EL CAMINO DE LOS FASCINEROS”.

El día que rodó en México, cubriendo con su espalda un continente que le quedaba corto, aquel hijo de dominicanos y nieto de libertadores que se llamó Julio Antonio Mella, yo, y conmigo cuantos seguíamos con ojos idólatras el surco que trazaba el muchacho heroico que tenía la virilidad de un Maceo y el vuelo de un Martí, lloré en su muerte la muerte de toda una generación americana.

Cualquier crimen repugna; pero hay categorías descendentes en estos actos monstruosos; crímenes que se apagan y crímenes cuya magnitud crece con los días y se agigantan y oscurecen la historia de un pueblo, como en los casos de Sucre y de Mella.

La sombra atormentada del Mariscal de Ayacucho remueve aún en América, con espasmos telúricos, las vértebras andinas. Sus victimarios se mantienen, a través de la muerte, en la picota escarmentadora en que les situara su ceguera. Pero ya están fuera del alcance de la justicia humana, y sus huesas deshechas no pueden responder a la llamada vengadora.

El asesino de Julio Antonio Mella está, sin embargo, entero, sin que nadie le pida cuentas de su hecho, sin que nadie turbe

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 25 de enero de 1937, p.1 / p.5.

su paz inmerecida. Pasea por tierras cercanas su sonrisa cobarde de batracio, y su audacia es tal que cometió el atrevimiento sin nombre de venir a ensuciar con su presencia inmunda la cuna de los progenitores de quien cayó tronzado por sus balazos; y aun fue capaz, haciendo gala de un cinismo sin paralelos, de querer comprar con sus zalamerías el aprecio de la honesta sociedad dominicana que lo desdeñó en toda hora y le mostró su desprecio sin atenuantes, porque aunque nadie tuviera noticias del pasado ominoso de tal aventurero, bien iban diciendo su mirada turbia y su aspecto de prófugo, que no era un hidalgo el que llegaba, traído por golpe adverso de fortuna, en petición de justa hospitalidad. Tan franca fue la expresión de asco que recibió de cada rostro que, sospechoso de que la verdad hubiera llegado hasta su inmerecido refugio, el asesino desapareció un día, tal como había llegado, zorruno y desconfiado, perseguido por el recuerdo macabro de aquel líder de la dignidad abatido bajo la negra noche mejicana, ahogándose en su sangre cálida y viril.

Yo mismo le oí quejarse cierta vez de que la familia dominicana no le brindara confianza; yo mismo le oí, y le tuve cerca, sin sospechar lo que ahora sé con absoluta certeza, lo que quiero gritar a la conciencia americana: que Florencio Menéndez fue el asesino de Julio Antonio Mella, y que actuó por propio impulso, por propia cuenta; que él solo fue el autor material de una villanía incomparable en América y que la realizó sin la autorización de Machado, cuya culpa en este horrendo párrafo de su grotesca historia está en haber encubierto al criminal, llevado por un absurdo sentimiento de responsabilidad.

Florencio Menéndez mató a Julio Antonio Mella. Y no lo hizo cegado por el amor a su jefe: ni lo llevó a cabo guiado por odios personales, ni tuvo al realizar tal vandalismo otro propósito que el de congraciarse con Machado, a quien

suponía había de resultarle beneficiosa la desaparición del enemigo implacable. Mató a Julio Antonio Mella para ganarse la indulgencia del tirano, al que había robado descaradamente, tal como tratara de hacerlo aquí.

¡Mató, criminal despreciable entre todos, para conseguir el perdón de un robo, amontonando sobre un crimen otro crimen, loco ya y puesto a andar en el camino de los facinerosos!

Para la juventud de América escribo, para la que puebla de dignidades las Antillas irascibles, la que se agita desde el inquieto Anáhuac hasta la Argentina y Chile encrestados de Andes; para toda la juventud herida de muerte con el asesinato de quien honraba a su raza, para todos los hombres limpios de América escribo, y lo hago denunciando a Florencio Menéndez, monstruo lombrosiano, carne asquerosa de presidio; y los exhorto a cumplir la venganza que exige la memoria del luchador caído; para que persigan sin tregua a su matador, y le hagan imposible el sueño y oscuro el día, irrespirable el aire y venenosa el agua, para que se realice en fin, una vez, una sola siquiera, el anhelo ferviente de purificación que perseguimos todos; y para que viva, si se le deja vivir, como el Caín de la leyenda bíblica, perseguido por el ojo austero de la conciencia y por el odio de todo americano.

BOSCH PROPONE UNIFICAR DOCE LEYES IMPOSITIVAS*

Ciudadano Presidente:

Tengo verdadera satisfacción en enviarle con el presente mensaje un proyecto de ley en el cual se unifican doce leyes de impuestos que actualmente gravan todas las importaciones de mercancías; y me adelanto a informarle que en este proyecto han estado trabajando durante tres meses funcionarios del Ministerio de Finanzas, Oficiales de Aduana y distinguidos economistas cubanos y puertorriqueños con experiencia en trabajos parecidos.

El mencionado proyecto de ley está llamado a beneficiar inmediatamente a los importadores, a los funcionarios que trabajan en los cálculos impositivos, al Gobierno, y en suma al país. Los comerciantes importadores que actualmente deben calcular los aforos de las mercancías importadas hasta doce veces, lo harán ahora sobre dos leyes exclusivamente, el Arancel de Aduanas y el proyecto que tengo el gusto de someterle; debido a la mayor rapidez en los despachos de su documentación, los importadores podrán retirar las mercancías de los depósitos de la Aduana en menor tiempo. En cuanto a los funcionarios, los que tienen a su cargo la Sección de Consumo Interno, en el Departamento de Rentas Internas, podrán distribuirse ahora en otras oficinas que carecen de buenos servidores

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 20 de agosto de 1963, p.1 / p.2.

públicos; la Sección de Revisión de las Colecturías de Aduana y de la Dirección General de Aduanas y Puertos, harán el mismo trabajo en dos tercios menos del tiempo que usan hoy. En general todos los que se dedican a labores de cálculos en las aduanas, en las agencias aduaneras y en las casas importadoras, así como los liquidadores, oficiales y privados, podrán trabajar con más eficiencia y más comodidad.

En el programa del actual Gobierno está prevista la mecanización para contabilizar los ingresos y los egresos del Estado; y la simplificación en el cobro de los impuestos, que es de hecho lo que se busca con el proyecto de ley que tengo a bien enviarle, resulta un paso previo indispensable para esa mecanización; y como mecanizar significa una más alta recaudación de los impuestos sin crear nuevos gravámenes, la consecuencia final del mencionado proyecto de ley será beneficiosa para el Estado y por tanto para el país no sólo en el orden estricto de la recaudación sino en el orden trascendente de la moral pública, pues la contabilidad moderna llevada a cabo con máquinas especiales garantiza una recaudación más honesta y por tanto una limpieza de procedimientos que todo gobierno democrático debe perseguir con afán.

He tratado de resumir, ciudadano Presidente, algunas de las ventajas de orden particular y general llamadas a obtenerse con el proyecto de ley que le envío y deseo llamar la atención de los legisladores de esa Alta Cámara hacia el hecho de que en el mencionado proyecto de ley quedan reducidos a un 5% los impuestos para tractores y repuestos de los mismos y queda exonerada de todo tributo la importación de equipos destinados al reguío.

Espero que dada la índole beneficiosa de este proyecto de ley, la Alta Cámara que usted preside pasará a debatirlo en el tiempo más breve posible. El último artículo del proyecto establece que la ley entrará en vigor 30 días después de su

publicación, y estoy seguro de que los empleados gubernamentales y el comercio importador, llamados a obtener beneficios inmediatos con la ley, agradecerán que esa publicación se haga lo más rápidamente posible.

Dios, Patria y Libertad.

Juan Bosch

BOSCH REFUTA A BONILLA ATILES*

San Juan de Puerto Rico,
18 de noviembre, 1963.

Dr. Gonzalo Facio,
Presidente de la Organización de Estados Americanos,
Washington, D.C., Estados Unidos.

Señor Presidente:

Acabo de leer en el diario *Los Angeles Times*, edición de la mañana del lunes 14 de octubre de este año, el resumen de un informe que presentó a la OEA el Lic. José A. Bonilla Atilés, delegado dominicano ante ese organismo. El resumen está hecho por los periodistas Robert S. Allen y Paul Scott.

Según el mencionado informe, en mi gobierno había los siguientes altos funcionarios comunistas: el ministro de lo Interior, Dr. Miguel Ángel Domínguez Guerra; el Dr. Diego Bordas, que había sido ministro de Industria y Comercio; el Ing. Luis del Rosario Ceballos, ministro de Obras Públicas; Miguel Ángel Velázquez Mainardi, a quien el informe llama, falseando la verdad, secretario del Senado; Julio César Martínez, director de Radio Santo Domingo TV, estación de radio y TV del Gobierno; Ramón Alberto Ferreras Manuel, empleado de esa misma estación, y, sin mencionarlo como funcionario del

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 24 de noviembre de 1963, p.6.

Gobierno, un señor Sánchez Fernández de quien dice que “está ahora en Rusia”.

De acuerdo con el resumen publicado en *Los Angeles Times*, el Dr. Domínguez Guerra recibió a “agitadores comunistas de Cuba con armas, era miembro del Partido Socialista Popular (Partido Comunista) y también cuñado del bien conocido comunista Dr. Tulio Hostilio Arvelo Delgado, a quien escondió en su residencia cuando el último era buscado por el Consejo de Estado para ser deportado por sus actividades comunistas”.

El Lic. Bonilla Atilas era miembro importante del Gobierno del Consejo de Estado y lo fue hasta el último día de aquel régimen. Si él sabía que el Dr. Arvelo se hallaba escondido en la casa del Dr. Domínguez Guerra, ¿por qué no lo denunció entonces y lo hace ahora? En ese tiempo —año de 1962— el Dr. Domínguez Guerra —que nunca fue miembro del Partido Socialista Popular sino del Partido Revolucionario Dominicano— era presidente del PRD en San José de Ocoa. Haber hallado en la casa del presidente de un Comité Municipal del PRD a un líder comunista escondido hubiera sido una gran hazaña para el Gobierno a que pertenecía el Lic. Bonilla Atilas como alto funcionario; ese hallazgo podía determinar la derrota electoral del PRD y la victoria de Unión Cívica, partido al cual estaba afiliado el Lic. Bonilla Atilas. El Lic. Bonilla Atilas, que denuncia ahora, cuando se encuentra desterrado y perseguido, al Dr. Domínguez Guerra, no puede alegar que no le tocaba a él delatar a Domínguez Guerra ni al Dr. Arvelo, pues si el Lic. Bonilla Atilas es un demócrata tan celoso ahora debió serlo también cuando regenteaba la cartera de Relaciones Exteriores en el gobierno del Consejo de Estado, es decir, por los meses en que el Dr. Arvelo se hallaba escondido.

Se agrega en el informe que “durante la administración de Bosch dos agitadores comunistas, Dr. Pedro Mir y uno de los

hermanos Ducoudray, que habían vuelto de Cuba a Santo Domingo, fueron no sólo recibidos por el Dr. Domínguez Guerra, sino que además durante un tiempo fueron huéspedes de su casa”.

En los días en que retornaron a la República Dominicana esos exiliados, el Dr. Domínguez Guerra vivía en el Hotel Jaragua, a la vista de los dominicanos y extranjeros que se hospedaban allí. Por otra parte, Ud. es ciudadano de un país en el cual hay muchos comunistas y a ninguno de ellos se le puede aplicar la pena de expulsión ni se le puede negar entrada en el territorio nacional. El artículo 66 de la Constitución que regía todos los actos de mi gobierno afirma que “ningún dominicano podrá ser expulsado del país”, y le explico esto porque es probable que el Lic. Bonilla Atilas presente las palabras con que inicio este párrafo (“En los días en que retornaron a la República Dominicana esos exiliados...”) como una prueba de la debilidad de mi Gobierno con los comunistas.

El Lic. Bonilla Atilas dice que “muchas de las armas que tienen hoy los comunistas en la República Dominicana fueron llevadas al país de contrabando por el Dr. Domínguez Guerra durante el tiempo que estuvo en el Gabinete”. Dejo este párrafo infortunado de la literatura policial sin comentarios en espera de que aparezcan esas “armas que tienen hoy los comunistas de la República Dominicana”. Hasta el momento nadie las ha visto en mi país; pero el Lic. Bonilla Atilas seguramente sabe dónde están, pues si no, ¿cómo se explica que sea tan categórico al hablar de las armas que tienen hoy los comunistas en su patria?

Del Dr. Diego Bordas, que había dejado de ser Ministro de Industria y Comercio desde el mes de abril, dice el Lic. Bonilla Atilas que “es uno de los más activos financiadores del MPD (Partido Marxista-leninista)”. Inmediatamente después afirma que el “Dr. Bordas, en el momento del golpe

militar, estaba planeando su propia revolución, en estrecha sociedad con los comunistas y líderes del MPD”. Me imagino que esa revolución del Dr. Bordas era contra mi gobierno, y estoy seguro de que eso pensará todo el que lea el párrafo que he copiado. Si era contra mi gobierno, resulta que los golpistas derrocaron ese gobierno para salvarlo del golpe comunista encabezado por el Dr. Bordas en vez de usar la fuerza en evitar ese golpe comunista. El enredo es difícil de explicar. Supongo que el propio Lic. Bonilla Atilés, persona tan inteligente que pudo pasar en una hora de funcionario de la OEA para supervisar elecciones en Honduras a representante en la misma OEA de los que derrocaron el gobierno de la República Dominicana elegido bajo la supervisión de la OEA, tendrá dificultades para explicar ese enredo.

En el informe se dice que “antes de ser arrestado y deportado, el Dr. Bordas comenzó a colocar sus amigos comunistas en posiciones claves en las empresas del Gobierno, incluyendo una gran fábrica de cemento”. Permítame asegurarle, señor Presidente, que eso no es verdad. Cuando los señores Manuel Imbert y el Ing. Iglesias renunciaron como administradores de la fábrica de cemento del Gobierno —cargos en que fueron puestos por el Gobierno anterior al mío—, la Corporación de Fomento Industrial nombró administrador, a petición mía, al Ing. Manuel Mena Blonda, persona honorable y demócrata a carta cabal. Tengo entendido que Mena Blonda es todavía administrador de esa planta.

Según el informe, el Ing. Luis del Rosario Ceballos, Ministro de Obras Públicas, es “un activo miembro del Movimiento 14 de Junio” y tenía su departamento lleno de funcionarios marxistas-leninistas y de castristas. El ingeniero del Rosario nunca fue miembro del “14 de Junio” si no del Partido Revolucionario Dominicano, y precisamente del Comité Ejecutivo Nacional del PRD. En cuanto a los marxistas-leninistas que

trabajaban en Obras Públicas, había uno, si no recuerdo mal de apellido Johnson Mejía, que fue nombrado por el Gobierno del Consejo de Estado en abril de 1962 y sacado del puesto por el Ing. del Rosario.

En cuanto a Julio César Martínez, los periodistas Allen y Scott, sin citar entre comillas al Lic. Bonilla Atilas como hicieron en todos los casos anteriores pero seguramente interpretando lo que dijo el Licenciado en el informe presentado a la OEA, afirman que “fue uno de los fundadores del diario comunista *Revolución*”, lo cual es verdad, pero sólo una parte de la verdad; la parte necesaria para decir una mentira.

Julio César Martínez fundó clandestinamente en La Habana un semanario llamado *Revolución* cuyo objetivo central era combatir a Batista. Años después, al triunfar Fidel Castro, *Revolución* pasó a ser diario castrista, y Julio César Martínez fue nombrado sub-director de ese diario y además director general de Comunicaciones de Cuba. En el mes de febrero de 1959, cuando Fidel Castro no tenía aún dos meses en el poder, Martínez renunció a las dos posiciones mencionadas y salió de Cuba hacia Venezuela, donde se dedicó desde los periódicos *La Esfera* y *Últimas Noticias*, y desde la revista *Élite* a denunciar el régimen fidelista como comunista. Nadie en América se anticipó a Martínez en esa tarea, y gracias al fervor que puso en una gigantesca campaña de prensa destinada a salvar la vida de Robert Matos, este antiguo comandante de la Sierra está hoy vivo.

El informe asegura que Julio César Martínez, “junto con Ramón Manuel, dirigió los ataques de radio y TV contra todos los oponentes de Bosch, incluyendo insultos a los Estados Unidos”.

No sé quién es Ramón Manuel. Presumo que debe tratarse del mismo Ramón Alberto Ferreras Manuel mencionado al comenzar el resumen del informe hecho por los periodistas Allen y Scott. Lo que sí sé, y puedo asegurar, es que en las

estaciones de radio del Gobierno jamás se insultó a los Estados Unidos; y sé también que en la estación que dirigía Julio César Martínez (Radio Santo Domingo TV) había cinco (5) programas anticomunistas, uno de ellos en ruso y dos dirigidos a Cuba, que estuvieron en el aire hasta el día mismo del derrocamiento de mi gobierno.

Hasta aquí, el informe, o el resumen del informe para ser más imparcial, habla de funcionarios del Poder Ejecutivo. Mientras fui Presidente de la República Dominicana, nadie dijo que esos funcionarios eran comunistas, procomunistas o castristas; nadie dijo nada parecido a lo que aparece en el informe del Lic. Bonilla Atilés. Y resulta bastante difícil de explicar que esas acusaciones aparezcan ahora, porque mientras yo goberné, en la República Dominicana hubo libertades públicas completas, no sólo las necesarias para acusar a los funcionarios públicos de cuanto fueran o hicieran cuando las acusaciones podían tener algún viso de verdad, sino además la impunidad para insultar y calumniar cuando las acusaciones carecían de la más pequeña base de verdad.

¿Por qué lo que se dice ahora en el informe del Lic. Bonilla Atilés no se dijo antes, bajo mi gobierno? ¿Por qué se dice en un informe a la OEA y se publica, resumido, en un diario de Los Ángeles, que se edita en inglés en un lugar tan lejano de la República Dominicana como lo es la costa del Pacífico? ¿Por qué no se le dice al pueblo dominicano en un diario dominicano que se edite en español dentro de la República Dominicana?

Yo no era miembro del Poder Legislativo y mantenía con ese poder sólo las relaciones normales entre presidente y legisladores que son de uso en los sistemas democráticos. Por esa razón no debería entrar en otros puntos del informe del Lic. Bonilla Atilés. Pero resulta que el licenciado aparentando una ignorancia que me recuerda el viejo refrán de “que no

hay peor sordo que el que no quiere oír”, dice que también era comunista el secretario del Senado y asegura además que ese secretario fue “nombrado por Bosch”.

En este punto hay cinco mentiras juntas, lo cual digo como tributo a la inteligencia del autor del informe. Pues si no es fácil inventar una mentira, se necesita ser un genio del falseamiento para meter cinco en una.

La primera mentira es esa de que yo nombré al secretario del Senado. Ud., señor presidente, que es ciudadano de un país democrático, ¿se imagina a un presidente constitucional nombrando al secretario del Senado? Los periodistas Allen y Scott, que tradujeron y resumieron el informe del Lic. Bonilla Atilés y lo publicaron en *Los Angeles Times*, deben tener muy escaso conocimiento de las instituciones democráticas para admitir eso y para hacérselo creer a sus lectores. En cualquier país democrático, aunque sea la desdichada República Dominicana, el secretario del Senado es nombrado por los senadores, no por el Presidente de la República.

La segunda mentira es afirmar que el Sr. Miguel Ángel Velázquez Mainardi, a quien el informe llama “comunista activo en Venezuela”, era el secretario del Senado. Hasta donde sepan todos los dominicanos, el Sr. Velázquez Mainardi no era senador ni cosa parecida. El secretario del Senado sí lo era, y su nombre es Dr. Tatem Mejía, que tiene de comunista lo que yo tengo de paraguayo. El Dr. Tatem Mejía es un espíritu religioso tan coherente, que en cualquier momento lo hallará usted con un Evangelio encima. Así pues, en este caso hay dos mentiras juntas, pues ni el Sr. Velázquez Mainardi era secretario del Senado ni el secretario del Senado tenía —ni tiene— nada de comunista.

Van tres mentiras, y como faltan dos, aquí están: según el informe, el Sr. Velázquez Mainardi “estaba asociado con el Dr. Molina Ureña, presidente de la Cámara de Diputados de la República Dominicana, que es abiertamente castrista”.

Jamás ha sido el Sr. Velázquez Mainardi asociado del Dr. Molina Ureña ni jamás ha sido el Dr. Molina Ureña abierta o encubiertamente castrista. Al contrario, el Dr. Molina Ureña se destaca entre los líderes del Partido Revolucionario Dominicano por su sostenida moderación dentro de la rígida línea democrática que siguen todos.

El Lic. Bonilla Atilés tiene una fuerte inclinación a hacer calificaciones erradas. Una vez aseguró que el Dr. Viriato A. Fiallo era tan grande como Juan Pablo Duarte, el Padre de la República Dominicana, y ahora afirma que el Dr. Molina Ureña es “abiertamente castrista”.

En mi país, a las personas que acusan a otra —o a otras— de algo que lanza contra los acusados a la policía política, algo que justifique la persecución, el apresamiento, la tortura o el destierro, se les llama “caliés”. En Venezuela se les llamaba “esbirros”; en la Cuba anterior a Castro, “apapipios” y “chivatos”. ¿Ha acuñado la OEA algún calificativo para los que alimentan los archivos de la policía política interamericana? Si la OEA ha producido la palabra justa para esa gente, me gustaría conocerla; y si no lo ha hecho, debe hacerlo como una contribución al mejor conocimiento de la sociedad hemisférica.

Como me tocó ser gobernante, puedo presumir que el Lic. Bonilla Atilés no fue el autor del informe entregado a la OEA; puedo creer que ese informe le fue enviado por el Gobierno de facto que él representa. En este caso, me disgustaría atribuírselo al Canciller, Dr. Donald Reid Cabral, que es el superior inmediato del Lic. Bonilla Atilés. El Dr. Reid Cabral y el informe no encajan. Pero pudo haber sucedido que el informe llegara a la Cancillería desde la jefatura de la Aviación Militar, cuyo jefe es el general Atila Luna; del Centro de Enseñanza, cuyo jefe es el general Elías Wessin y Wessin, o desde la Secretaría de Estado de lo Interior y Policía, cuyo titular es el Dr. Severo Cabral.

Los periodistas Allen y Scott dicen que el Lic. Bonilla Atilés entregó copia de esas “asombrosas pruebas” (así llaman el informe) a la OEA y al Subcomité de las Fuerzas Armadas del Senado norteamericano, y por ello pido a Ud. autorización para enviar al citado Subcomité una copia de esta carta. Además, como el Lic. Bonilla Atilés entregó su informe a la prensa, me permito anticiparle que daré copias de esta carta a periodistas democráticos de América. Espero que no me lo tome a mal, pero creo que es mi deber contribuir a que se haga la verdad en torno a respetables ciudadanos de mi país y evitar persecuciones internacionales contra dominicanos de quienes me consta que no han sido nunca comunistas, como le consta a Ud. que no lo he sido yo jamás.

Le saluda con la más alta consideración, su amigo.

Juan Bosch

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR PRESIDENTE
DE LA REPÚBLICA DOMINICANA, JUAN BOSCH,
A SU LLEGADA A MÉXICO*

Señor Presidente:

Para los que han procurado afirmar en América un estado de libertades públicas sustanciado por la justicia social, entrar en México es entrar en el hogar de sus mayores. Los padres de la revolución democrática latinoamericana son Madero y Zapata y los cientos de millares de hombres del Pueblo cuyas vidas ardieron en el incendio de 1910; y mi patria, señor, está iluminada todavía por el resplandor de ese incendio.

Eso explica que tenga por un honor altísimo hallarme hoy aquí invitado por el régimen constitucional mexicano como representante del régimen constitucional dominicano. Pero debo decir que además de ese alto honor, y en manera menos oficial y más personal, me siento halagado por el hecho de que quien me recibe a nombre del gobierno mexicano es usted, Lic. Adolfo López Mateos; pues si me es permitido decirle sin que se busque en mis palabras un sentido oculto que nunca podrían tener, a usted le ha tocado llevar el resplandor de la revolución mexicana al límite más lejano en la conciencia del mundo; y estoy seguro de que su tarea no ha sido fácil, porque el mundo oye con más fascinación el estampido de las armas que las palabras del estadista.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 16 de septiembre de 1963, p.1.

Entro hoy en el hogar de mis mayores conducido por la mano segura de quien ha conservado en ese hogar las viejas piedras y las ha embellecido con flores nuevas. Al hacerlo traigo para México el afecto de los dominicanos, y para usted estas palabras:

Mi pueblo declara en las puertas de esta vieja capital de la libertad su voluntad resuelta de permanecer libre en una América Latina capaz de hallar por sí misma el camino de servir sin tacha a la dignidad de los hombres y a la justicia entre las naciones.

Permítame, señor Presidente, saludar en mi nombre, en el de la señora Bosch y en el de los altos funcionarios dominicanos que viajan conmigo y sus esposas, a la dignísima señora de López Mateos y a los distinguidos miembros de su gobierno aquí presentes.

CARTA DESDE CONFINAMIENTO*

Al pueblo dominicano:

Ni vivos ni muertos, ni en el poder ni en la calle se logrará de nosotros que cambiemos nuestra conducta.

Nos hemos opuesto y nos opondremos siempre a los privilegios, al robo, a la persecución, a la tortura.

Creemos en la libertad, en la dignidad y en el derecho del pueblo dominicano a vivir y a desarrollar su democracia con libertades humanas pero también con justicia social.

En siete meses de gobierno no hemos derramado una gota de sangre ni hemos ordenado una tortura ni hemos aceptado que un centavo del Pueblo fuera a parar a manos de ladrones.

Hemos permitido toda clase de libertades y hemos tolerado toda clase de insultos, porque la democracia debe ser tolerante; pero no hemos tolerado persecuciones ni crímenes ni torturas ni huelgas ilegales ni robos porque la democracia respeta al ser humano y exige que se respete el orden público y demanda honestidad.

Los hombres pueden caer, pero los principios no. Nosotros podemos caer, pero el Pueblo no debe permitir que caiga la dignidad democrática.

La democracia es un bien del Pueblo y a él le toca defenderla.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 28 de septiembre de 1963, p.7.

Mientras tanto, aquí estamos dispuestos a seguir la voluntad del Pueblo.

Juan Bosch

Palacio Nacional
26 de septiembre, 1963.

BOSCH DIRIGE MENSAJE*

Dominicanos:

En el Día de las Madres hay una madre de todos nosotros a la cual debemos dedicar un minuto siquiera, un minuto de recogimiento, de amor, de veneración. Es la República, ésa que ha venido sufriendo sin cesar, año por año, explotada, deshonrada, perseguida y maltratada en sus hijos; desacreditada ante el mundo, llena de vergüenza y de pena por los dominicanos que sufren, y también por los dominicanos que persiguen, que destierran, que torturan a otros dominicanos.

En el Día de las Madres, que cada uno de nosotros honre a la suya. Los que por dicha la tienen viva, que le lleven su flor roja y su beso de amor; los que la tienen muerta, que dejen sobre su tumba una plegaria y un recuerdo.

Pero los que tienen la madre viva y los que la tienen muerta, que se unan en un minuto de recogimiento para pensar en la Patria, que es la madre de todos.

En esta hora llena de sombras, que cada uno jure hacer lo necesario para que esa Madre sea también algún día una

* “El ex presidente de la República, profesor Juan Bosch, dirigió una alocución al pueblo dominicano con motivo del Día de las Madres. ‘La alocución, grabada en cinta magnetofónica, fue traída anoche [31 de mayo] al *Listín Diario* por directivos del Partido Revolucionario Dominicano”. *Listín Diario*, Santo Domingo, 1º de junio de 1964, p.1.

Madre feliz: la República de todos, digna de sus fundadores, sin hijos malvados, sin hijos que la deshonren, sin hijos que persigan a sus hermanos; que sea la madre libre, confiada y sin temores.

Hasta pronto, si Dios quiere, dominicanos.

BOSCH DIRIGE ALOCUCIÓN EN ANIVERSARIO DEL PRD*

Los tiempos han cambiado y no han cambiado, porque si no han cambiado en términos de opresión, persecución, muerte de la esperanza, han cambiado y están cambiando y cambiarán porque en aquellos días el Pueblo tenía miedo —y con razón— y ahora son los tutumpotes golpistas los que tienen miedo al Pueblo. El 5 de julio de 1961 la juventud empezaba a abrir los ojos y ahora es la juventud la que les abre los ojos a los demás.

A esa juventud quiero dirigirme hoy, a la del Partido Revolucionario Dominicano y a la de todos los partidos democráticos.

Nosotros, los viejos fundadores de esta organización, anduvimos por el destierro durante años con un ideal que era pesado como una cruz de piedra, y cuando llegó la hora de traer ese ideal al país, el ideal mismo les comunicó valor a los compañeros que venían; pues venir aquí no era un juego y nada garantizaba que esos compañeros saldrían vivos. Sin un ideal, sin un amor a algo grande, no hay coraje para luchar. Los hombres saben que cuando mueren por sus hermanos lo único que muere es el cuerpo; en cambio, cuando se muere

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 5 de julio de 1964, p.7.

Esta alocución fue encontrada luego de la publicación de los volúmenes XIX al XXVI consagrados a discursos y charlas radiales (N. del E.)

buscando el beneficio propio se muere completamente y para siempre, pues no sólo muere el cuerpo sino que muere también de manera definitiva el recuerdo de lo que uno fue.

Esta República que es la madre de todos nosotros, está en la peor hora de su vida, y es a los jóvenes dominicanos a quienes les toca decidir si la República se perderá en medio de la opresión, del hambre y de la ignorancia, o si ella se salvará para la libertad, el bienestar y la cultura.

Son los jóvenes los que tienen en sus manos el destino del país. Nosotros, los viejos, sólo podemos señalar caminos y dar ejemplos. Los viejos hemos dado, y estamos dando, el ejemplo de la moral pública, de la obediencia a los principios. Pero a los viejos nos es relativamente fácil hacerlo, porque ya vemos por entre las brumas del porvenir la fosa que nos espera y eso nos da el valor necesario para resistir. Los viejos que se doblan ante la adversidad de las luchas públicas no merecen ni siquiera el desprecio de sus pueblos. La vida tiene dos horas que todo hombre debe llenar a plenitud: la de la juventud, que debe ser la de las ilusiones y el heroísmo, y la de la vejez, que debe ser limpia y fecunda.

Este es, en la República Dominicana, el tiempo de los jóvenes; el tiempo de crear, el de luchar y el de ganar la amistad de los que viven en el panteón de los héroes.

El 5 de julio de 1961, el Partido Revolucionario Dominicano abrió una puerta para que los jóvenes de todos los partidos entraran en la tierra de los que hacen patria, para que el hogar de los dominicanos se convirtiera en un taller del porvenir. Sobre los bancos de trabajo están las herramientas. Que cada joven coja la suya y salga a la luz del Sol y se aplique a hacer su parte.

Los tiempos han cambiado y no han cambiado. Pues si es verdad que en todo tiempo hubo aspirantes a tiranos, en todo tiempo ha habido aspirantes a libertadores.

El 30 de mayo de 1961, unos bravos libertaron físicamente a este país; el 5 de julio del mismo año, los delegados del PRD iniciaron una libertad política que algún día, con la voluntad de los jóvenes, disfrutarán todos los dominicanos; la disfrutarán hasta los hijos de los que hoy apalean y destierran y matan a los dominicanos.

NO ES VERDAD*

No es verdad que el stand-by de veinticinco millones de dólares que ha concedido el Fondo Monetario Internacional al Banco Central de la República Dominicana sea una consecuencia de los despilfarros de la tiranía trujillista. El Gobierno Constitucional que me tocó presidir halló que el Banco Central tenía una deuda de nueve millones de dólares con el Fondo Monetario Internacional a causa de un *stand-by* concedido por el FMI a la tiranía, y fueron pagados totalmente. Pero además, el Gobierno Constitucional pagó cuatro millones de dólares de ocho que había tomado el Consejo de Estado a dos bancos internacionales en el mes de diciembre de 1962.

No es verdad que la falta de divisas se deba a los despilfarros de la tiranía de Trujillo. El gobierno constitucional halló que bajo el Consejo de Estado se debían varios meses de libranzas comerciales, y todas esas deudas fueron pagadas en pocos meses.

No es verdad que las reservas del país en dólares alcancen a cincuenta y cuatro millones, como parece indicar el último balance del Banco Central. En dos deudas nada más —veinticinco millones al FMI y cuarenticinco millones de la CAD—, el país debe setenta millones de dólares; de manera que sin meternos a contar las deudas de libranzas comerciales, nuestro

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 13 de agosto de 1964, p.6.

déficit en divisas alcanza a dieciséis millones de dólares; y si agregamos las libranzas comerciales, pasa de los setenticinco millones de dólares. No es verdad, pues, que tengamos una reserva de cincuenta y cuatro millones de dólares; la verdad es que tenemos un déficit superior a los setenticinco millones.

No es verdad que esa situación se debe a la falta de una política económica, pues el triunvirato sí tiene una política económica. Lo que sucede que esa es la única política económica que puede aplicar el Gobierno golpista, porque es la del reparto entre los que realizaron “la hazaña” del 25 de septiembre.

No es verdad que se están aumentando los impuestos para frenar las importaciones. Los impuestos están siendo aumentados porque el Gobierno golpista necesita recaudar más dinero; si no recauda más, se verá obligado a variar su política económica, y si la cambia caerá derrocado por los que lo pusieron ahí para que repartiera el país entre ellos.

No es verdad que un Gobierno pueda cambiar de política económica como un hombre cambia de sombrero. La política económica es la expresión, en lo económico, de una política que abarca todos los aspectos de la vida nacional. Los sectores minoritarios que tumban gobiernos elegidos por el pueblo no pueden poner en ejecución medidas económicas que favorezcan al Pueblo.

No es verdad que con yaguas viejas puedan techarse bohíos nuevos. No es verdad. No es verdad, ni puede ser verdad que los hombres que el 25 de septiembre amanecieron en el Palacio Nacional esperando su partecita en el reparto pueden amanecer otro día convertidos en todo lo contrario de lo que fueron siempre. No es verdad ni puede serla.

Lo único que es verdad es que en la actual situación dominicana, solo se engaña al que tiene deseo de ser engañado. Sólo eso es verdad, y todo lo demás, no es verdad.

MENSAJE DE JUAN BOSCH*

Por segunda vez en menos de cuarenticinco días, el Partido Revolucionario Dominicano ha ofrecido un agasajo a los profesionales del país; y por segunda vez los profesionales han acudido a la llamada del PRD, en forma nutrida.

¿Qué significación tiene esto?

La del despertar de la conciencia dominicana frente a las preguntas que están envueltas en el destino del país. En el futuro nacional hay interrogaciones: ¿a dónde vamos, qué rumbo lleva la República, qué nos espera a nosotros y qué les espera a nuestros hijos; qué responsabilidad tenemos todos los dominicanos y qué responsabilidades tienen los profesionales de esta tierra, en los males que nos han caído encima, en los que nos están cayendo y en los que se avecinan?

Aún los que han venido a este agasajo sin hacerse esas preguntas intuyen que el PRD, por el simple hecho de ser una organización política, tiene respuesta para cada una de ellas, y debido a que eso es así, los profesionales del país hacen acto de presencia en este acto. Unos de manera consciente y otros en forma intuitiva, todos creen que el PRD puede hablar por

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 13 de enero de 1965, p.7.

El siguiente es el texto del mensaje que dirigió el profesor Juan Bosch a los asistentes de la comida ofrecida por el Partido Revolucionario Dominicano a profesionales del país, el domingo en el hotel Matum de Santiago (Nota de *Vanguardia del Pueblo*).

ellos y puede decir adónde vamos y adónde debemos ir, qué rumbo lleva la República y qué rumbo debería llevar. Esa es la razón de que en este acto estén presentes tantos profesionales.

Vamos hacia la degradación y debemos ir hacia la dignificación; estamos marcando el rumbo del desastre y deberíamos estar marcando el rumbo de la seguridad nacional. A nosotros nos espera la peor de las dictaduras, porque ni siquiera se basa en el carácter duro de un hombre sino en el poder de corrupción de dos o tres ambiciosos sin condiciones, y a nuestros hijos les espera vivir en una tierra sin esperanzas de redención; y todos nosotros somos responsables no sólo de lo que está sucediendo sino de lo que sucederá sin remedio si no enderezamos a tiempo el rumbo y sacamos este país de las manos de los que hoy lo explotan y lo deshonoran.

En el caso concreto de los profesionales, es el momento de decir que en la mediana clase media nacional, ningún sector tiene más responsabilidad que ellos, porque a ellos les fue dado adquirir cultura y una profesión para asegurar su vida; están, por tanto, más capacitados que los demás sectores de la clase media, en el nivel mediano, para darse cuenta de adónde va la república y para saber cómo debemos evitar que llegue al punto último de la degradación; y están preparados —y tienen además el deber— para encabezar al Pueblo en una lucha que nos salve de ese destino sombrío.

La clase media dominicana está dividida fundamentalmente en tres grupos: la alta, la mediana y la pequeña clase media. La alta clase media, en conjunto —salvo alguna que otra excepción— fue autora intelectual o material del golpe de Estado de 1963, y con ello demostró que no sólo no le interesaba que este país desarrollara su vida según normas civilizadas y de ley, sino que quería todo lo contrario, el gobierno de la fuerza y el imperio de la corrupción; en la mediana clase media, una parte importante participó políticamente en el golpe

o se dedicó a sacar provecho de sus consecuencias; y otra parte, la menor, luchó contra el golpe haciendo manifiesta y pública su oposición a ese acto de locura; pero una parte, quizás la mayor, vio con indiferencia lo que estaba sucediendo en el país porque no atinó a darse cuenta de que las medidas de un gobierno afectan a la larga a la totalidad de todos los ciudadanos, y que si el régimen democrático fue invención de los hombres, lo inventaron precisamente para dar a todos los que viven bajo él el amparo del derecho a fin de que las consecuencias de los actos de un gobierno afecten al pueblo sólo en la medida en que pueda beneficiar a todo el mundo, y no en la que asegure el beneficio de unos pocos y afirme el daño de los más.

El hecho de que el sector profesional de la mediana clase media dominicana no esté en el grupo de los indiferentes es alentador, y nos complace que el PRD haya provocado con estos agasajos un movimiento que lo demuestra así. Roto el hechizo de la indiferencia, debemos esperar ahora que los más activos comprendan que tienen el deber de encabezar al pueblo en la lucha por su libertad. Detrás de los agasajos, pues, debe llegar la hora del trabajo serio, del afán consciente; la hora de que cada uno de ustedes encare su propia alma con hombría y le pregunte si está dispuesta a dedicarse al pueblo con la fe que el pueblo reclama.

Esperamos que la respuesta sea una sola: sí, y a la lucha.

Río Piedras,
10 de enero 1965.

LA CRISIS MILITAR *

La crisis de las Fuerzas Armadas ha cogido de sorpresa a la opinión pública dominicana y sin embargo no debió ser así.

Las Fuerzas Armadas dominicanas fueron llevadas por políticos, comerciantes y otros sectores, dominicanos y no dominicanos a derrocar el Gobierno constitucional; pero tan pronto se dio el golpe del 25 de septiembre, los políticos, comerciantes, y en general casi todos los que empujaron a las Fuerzas Armadas a actuar contra la voluntad del pueblo, empezaron a decir que ellos no habían sido conspiradores, que ellos no habían tenido responsabilidad en el golpe, que ellos sólo se hicieron cargo del gobierno golpista para evitar males mayores. En pocas palabras, a las Fuerzas Armadas, que habían sido el instrumento de esos grupos civiles, las dejaron solas y les echaron la responsabilidad de todo lo malo que comenzó a suceder en el país a partir del 25 de septiembre de 1963.

Eso es lo que explica que un año después del golpe, las Fuerzas Armadas dominicanas estaban solas, sin respaldo de ningún sector civil; sin el respaldo de los que las llevaron a dar el golpe y sin el respaldo de los que sufrieron las consecuencias del golpe. Las Fuerzas Armadas quedaron aisladas del pueblo, y se aislaron más todavía porque muchos de sus

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 31 de enero de 1965, p.6.

jefes abusaron del poder que tenían. El abuso fue no sólo de carácter físico y directo, sino también en otros aspectos, por ejemplo el del contrabando.

Debido a que ahora las Fuerzas Armadas están aisladas, sin ningún respaldo ni de los golpistas civiles ni del pueblo golpeado, Donald Reid Cabral ha podido cancelar jefes, trasladar a otros, autodesignarse secretario de las Fuerzas Armadas, y el Pueblo ha visto esos movimientos sin darle importancia y hasta con cierta simpatía; y si Donald Reid sigue desmantelando los comandos militares y policiales podrá hacerlo en la seguridad de que no encontrará el menor obstáculo ni de parte de los militares ni de parte de la opinión pública. El complejo de culpa de los militares no les permitirá reaccionar; y en cuanto a los políticos que respaldan a Donald Reid, esos no se moverán para defender a los que usaron como cómplices para dar el golpe del 25 de septiembre.

Otras crisis vendrán y pronto. Los políticos cívicos aprendieron las lecciones que les dio Trujillo. Trujillo mantuvo durante treintidós años el poder político, el militar y el económico, concentrados en sus manos; y los políticos cívicos van a toda marcha a hacer lo mismo. Ellos necesitan concentrar en sus manos todos los poderes para asegurarse el poder por treinta años.

Uno por uno, los militares golpistas han ido cayendo, echados sin consideración ninguna de las filas de las Fuerzas Armadas por sus cómplices civiles, porque estos no quieren repartir con nadie el botín conquistado el 25 de septiembre de 1963. Queda en pie Elías Wessin y Wessin, y éste no será nunca el tirano, por mucho que se lo hayan hecho creer los líderes cívicos que lo vienen usando desde 1962.

Río Piedras,
29 de enero 1965.

TEXTOS “COMPROMISO MORAL”*

I

Ante la grave situación del país, que se ha creado por la incomprensión, el odio, la violencia, el terrorismo y los atentados que amenazan la misma esencia de nuestra Patria como sociedad organizada, por iniciativa del Nuncio Apostólico, prescindiendo en este momento de toda diferencia, aun fundamental, y de toda oposición política o ideológica, y sin que esto signifique en ninguna manera un pacto político, hemos decidido firmar este documento, y dar todo nuestro apoyo a cada uno de los puntos de este compromiso moral:

1) Rechazamos absolutamente todo acto de violencia que sembrando muerte, dolor y angustia, amenaza con crear un clima de interminables represalias y atentados.

2) Apelamos a la conciencia y al patriotismo de todos los dominicanos para crear efectivamente un clima de seguridad y respeto, en que las diferencias sean dirimidas únicamente ante la imparcialidad de ecuánimes tribunales, con todas las garantías del Derecho.

3) Damos nuestro respaldo moral a todo acto —tanto del Gobierno como de los particulares— que esté dirigido a la imparcialidad, a la serenidad de los ánimos y a la fraternidad de los dominicanos —cualquiera que sean sus ideas o tendencias—

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 13 de noviembre de 1965, p.6.

para que viviendo dentro del respeto a la ley, podamos llegar a unas elecciones libres y limpias, en que el país elija su próximo gobierno democrático.

4) Pensando en el bien superior de la Patria, que es el bien de todos, por encima de cualquier otra consideración, aún justa, pedimos la suspensión por cuatro meses de todos aquellos tipos de manifestaciones que puedan afectar la tranquilidad pública, de manera que pronto no permanezca en el país ninguna fuerza extranjera, y la República Dominicana, en plena libertad, impulse vigorosamente su desarrollo económico-social con la fraternal ayuda de pueblos amigos. Consecuentemente exhortamos a que se hagan todos los esfuerzos posibles para que las diferencias obrero-patronales y de cualquier otro género sean solucionadas pacíficamente conforme a las normas de justicia y equidad.

Horacio Ornes Coiscou, Luis Amiama Tió, Joaquín Balaguer, Ángel Miolán, Mario Read Vittini.

II

El Partido Revolucionario Dominicano y el Partido Revolucionario Social Cristiano, ante la situación creada por el terrorismo y los actos de violencia que se han desatado en el país en las últimas semanas:

Condenan con toda energía las amenazas a la vida y a las propiedades, los actos que produzcan muerte o destrucción y todo intento de adquirir o derrocar el Gobierno Provisional o de subvertir el orden público;

Apelan a la conciencia y al patriotismo de todos los dominicanos para que se elimine de la vida nacional la voluntad de represalia personal o de grupo y se cree un clima de mutuo respeto en que las diferencias sean dirimidas únicamente ante Tribunales imparciales que actúen con todas las garantías del Derecho;

Solicitan de todas las organizaciones, políticas, sindicales, patronales o de otra índole que suspendan por cuatro meses —a fin de llevar el país en paz hasta el inicio del período electoral— todas las manifestaciones públicas de calle y en general todo acto que pueda justificar el uso de la violencia por parte de sectores interesados en usarla para fines políticos, o que sirva para prolongar la permanencia de fuerzas militares extranjeras en nuestro país;

Declaran que este compromiso moral que firmamos a solicitud de S. E. Monseñor Emmanuele Clarizio, Nuncio Apostólico, está dentro de las actividades legítimas del Pacto de Río Piedras, que une a los dos partidos firmantes en el propósito común de crear y mantener en la República Dominicana un régimen de gobierno democrático elegido por el pueblo.

Santo Domingo, República Dominicana, 12 de noviembre de 1965.

Por el Partido Revolucionario Dominicano:

Prof. Juan Bosch

Presidente,

Por el Partido Revolucionario Social Cristiano:

Dr. Antonio Rosario

Presidente.

MENSAJE DE JUAN BOSCH A CONVENCIÓN DEL PRSC*

17 de abril de 1966.

Señor Presidente y señores delegados
de la Convención Nacional del
Partido Revolucionario Social Cristiano,
Presente.

Estimados amigos:

El 30 de enero del pasado año, el partido que ustedes legítimamente representan y el Partido Revolucionario Dominicano suscribimos el Pacto de Río Piedras para “actuar unidos en un frente común, para procurar el restablecimiento del orden constitucional en la República Dominicana, y, así mismo, ante cualquier acontecimiento que pueda ofrecer una solución democrática a los males que padece el pueblo dominicano”, según reza textualmente el punto fundamental de aquel acuerdo.

Nos encontramos en este momento en el caso de luchar por “el restablecimiento del orden constitucional en la República Dominicana”, y en nombre del PRD y del Pueblo que espera de ustedes y de nosotros una acción conjunta para asegurar las libertades democráticas, los derechos del hombre del Pueblo y el desarrollo de este país que busca ansiosamente

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 18 de abril de 1966, p.15.

el bienestar con libertad, les pedimos estudiar cuidadosamente el Programa de Gobierno del PRD, que le enviamos con la presente, a fin de que ustedes decidan si la ejecución de este Programa requiere o no una acción conjunta de nuestros dos partidos en el debate electoral del primero de junio de este año.

Nos permitimos informarles que a juicio nuestro la situación de la República Dominicana es sumamente grave. Nuestros males tradicionales han aumentado en extensión y en profundidad y a ellos se agrega la presencia de tropas extranjeras y la abierta intervención norteamericana en todas o en casi todas las actividades públicas. Una situación así requiere que el Pacto de Río Piedras funcione en todas sus posibilidades, porque sólo la unión de dos fuerzas democráticas como el PRSC y el PRD puede garantizarle al pueblo dominicano la defensa de sus libertades humanas y su independencia nacional.

El Partido Revolucionario Dominicano ha escogido para llevar este mensaje a uno de sus líderes más distinguidos, el Dr. José R. Molina Ureña. Él les lleva un saludo fraterno y nuestros votos por la prosperidad del Partido Revolucionario Social Cristiano.

Les saluda con la mayor consideración,

Juan Bosch

Presidente del Partido Revolucionario Dominicano.

BOSCH TEME PLAN PARA DEPORTARLO* (Primer manuscrito)

El pueblo dominicano ha sido sorprendido con la noticia de que se ha producido un desembarco de hombres armados, en número de ocho, por aguas de la Bahía de Ocoa.

Tan sorprendido como el Pueblo ha sido el Partido Revolucionario Dominicano, ninguno de cuyos dirigentes tenía la más remota idea de que se preparaba un hecho semejante o siquiera que alguien estuviera pensando prepararlo.

Sin embargo, la primera medida del Gobierno ante la noticia fue ordenar la ocupación policial de mi casa y mi apresamiento, así como el de otros altos dirigentes del PRD, especialmente el del Dr. José Francisco Peña Gómez. Tratando de conseguir nuestra detención se han hecho numerosos registros de hogares en la Capital.

Pensamos que el propósito de esos atropellos es sacarnos del país valiéndose de un estado de confusión general, pues el Dr. Balaguer piensa que nuestra deportación facilitaría grandemente su plan de reelegirse, que se ha convertido para él en una verdadera obsesión. Balaguer se aprovecha de la primera oportunidad que se le ofrece para afirmar su decisión de seguir gobernando el país de manera arbitraria e ilegal

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de febrero de 1973, p.1 / p.6. Igualmente en FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, pp.74-75 (N. del E.).

ahogando las voces que el Pueblo oye y respeta porque ni se venden ni se dejan atemorizar. La prueba de lo que se acaba de decir es el silenciamiento de varias estaciones de radio, medida que debe ser condenada por todo el Pueblo.

Mientras tanto, todo perredeísta permanecerá ligado al organismo al cual pertenece. Hay que mantener el Partido organizado y unido contra viento y marea, sin dejarse agitar por nadie que no sean sus líderes naturales.

¡Organización y unión para luchar contra los enemigos de la Patria!

Juan Bosch

Santo Domingo,
5 de febrero, 1973.

BOSCH DESMIENTE ESTÉ VINCULADO
DESEMBARCO DE OCOA*
(Segundo manuscrito)

Declaro enfáticamente que el Comunicado de las Fuerzas Armadas que está siendo difundido por radio esta noche del lunes a las 8:45 miente de manera total en todo lo que tiene que ver con el uso de mi nombre mezclado, en cualquier forma que sea, con el real o supuesto desembarco de guerrilleros en la costa Sur del país.

Afirmo, también de manera enfática, que ni yo ni ningún dirigente del PRD tenía la menor idea de que podía producirse ese hecho, y que habla mentira todo aquel que diga lo contrario, sea quien sea y llámese como se llame.

Detrás de ese comunicado de las Fuerzas Armadas hay un plan macabro, un plan criminal, que denuncio ante el pueblo dominicano y los pueblos y partidos hermanos del pueblo dominicano y del PRD.

¡Atrás la mentira! ¡Abajo la calumnia gubernamental!
¡Ojo abierto contra los planes criminales del Gobierno!

Juan Bosch

Santo Domingo,
5 de febrero de 1973.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de febrero de 1973, p.4. Igualmente en FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, p.80 (N. del E.).

BOSCH PIDE PRUEBAS* (Tercer manuscrito)

A nombre de la gran masa del PRD, a la cual represento legítimamente, en uso de mis prerrogativas ciudadanas y apoyándome en el hecho, conocido de todo el mundo, de que fui Presidente Constitucional de la República y no auctorice en ningún caso el atropello de los derechos de ninguna persona, exijo que se hagan públicos inmediatamente los documentos en que según el Comunicado de las Fuerzas Armadas “aparecen seriamente comprometidos como inspiradores de esta trama contra la paz pública [*el supuesto desembarco de Caracoles*, nota de JB], el profesor Juan Bosch y otros líderes políticos”.

Exijo esa publicación inmediata porque sé con seguridad absoluta que esos documentos no existen ni han existido jamás; que son producto de la imaginación del Dr. Balaguer, quien dos semanas atrás estaba solicitando que se hiciesen contra el Dr. Peña Gómez y contra mí, acusaciones de conspiradores que le sirvieran para sacarnos del país.

Que no se dé tiempo a la fabricación de documentos falsos. Si hay documentos legítimos, que se hagan públicos ahora mismo para que el Pueblo los conozca.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 7 de febrero de 1973, p.1 / p.15. Igualmente en FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, pp.86-87 (N. del E.).

¡Con la mentira no! ¡Con la verdad hasta la muerte!
¡Abajo la calumnia gubernamental!

Juan Bosch

Santo Domingo,
6 de febrero de 1973.

DENUNCIA APRESAN MIEMBROS DE PRD*

Una ola de prisiones de miembros del PRD y de allanamientos de casas de perredeístas ha sido la respuesta del Gobierno a nuestra petición de que se publiquen inmediatamente las pruebas de que nosotros instigamos la infiltración guerrillera de la playa de Caracoles.

Periódicos, partidos políticos de todas las tendencias y comentaristas de prensa y radio exigen también que se hagan públicas las pruebas que dice el gobierno tener; pero ahora además empiezan a pedirlo los numerosos partidos que en el mundo entero mantienen relaciones fraternales con el PRD.

El Gobierno no puede presentar esas pruebas y responde tratando de aterrorizar al país, publicando declaraciones de respaldo de organizaciones fantasmas como la COSTO y la CONATRAL y un comunicado insultante y amenazante del llamado Partido Reformista, que es en realidad el comedero de los traga cheques del país.

El gobierno podrá o no podrá presentarle batalla militar a los guerrilleros, pero ya ha perdido ante el país y ante el mundo la batalla política, porque ha demostrado hasta la saciedad su falta de organización, su capacidad para mentir y para abusar del poder y lo que es peor, la falta de respaldo de parte del Pueblo.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 8 de febrero de 1973, p.1 / p.15.

La batalla política la han ganado las fuerzas populares, con el PRD a la cabeza.

Mientras los partidos amigos y aliados del PRD denuncian la arbitrariedad del balaguerato en todo el mundo, aquí, en nuestro país, todos debemos reclamar enérgicamente que cese la persecución.

¡Alto a las prisiones, alto a los allanamientos; alto a los abusos de poder!

Juan Bosch

BOSCH NIEGA VERSIÓN* (Cuarto manuscrito)

Una vez más me veo en el caso de señalar contradicciones y falsedades del Dr. Balaguer, en esta ocasión al referirme a su discurso del miércoles en la noche.

El Dr. Balaguer dice que el grupo de guerrilleros “desembarcó presumiblemente la madrugada del sábado último en la playa de Caracoles”, y más adelante afirma con tanta seguridad como si hubiera sido testigo presencial del hecho, que el domingo, “el mismo día en que la opinión pública se enteró del desembarco de la playa de Caracoles, abandonó casi subrepticamente su residencia uno de los jefes más calificados de la oposición, el mismo precisamente que durante varios meses ha estado pregonando que en 1973 ocurriría en el país una catástrofe de proporciones insospechadas”.

La persona a que alude el Dr. Balaguer con esas palabras soy yo; pero resulta que en ese párrafo que acabo de copiar hay varias falsedades. Yo no me moví de mi casa el domingo. El sábado estuvo a verme el Dr. José A. Joubert, especialista en vías respiratorias, pues me hallaba en cama desde el mediodía del jueves, razón por la cual tuve que suspender la serie de charlas que estaba dando a través de Radio Comercial. Me

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 9 de febrero de 1973, p.1 / p.14. También en FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, pp.109-112 (N. del E.).

levanté el lunes por la mañana para tomar parte en la reunión de la Comisión Permanente del PRD convocada con carácter de urgencia debido precisamente a la noticia, conocida ya de todo el país, de que en la costa Sur había habido un desembarco de guerrilleros. A pesar de hallarme enfermo estuve recibiendo visitas en mi habitación todo el jueves en la tarde y parte de la noche, el viernes, el sábado y el domingo de día y de noche. El último visitante del domingo se despidió pasadas las 9 y el primero del lunes se presentó antes de las 8 de la mañana.

Tal como ha declarado a *El Caribe* doña Carmen Bosch, entre los que me visitaron el lunes por la mañana estuvieron doña Gracita Díaz viuda de Henríquez y doña Zaida Ginebra de Lovatón y especialmente el Dr. José Francisco Peña Gómez, quien llegó a eso de las 9 y media a pedir que la Comisión Permanente no se reuniera en casa porque acababa de recibir una información confidencial en la que se le advertía que se planeaba hacernos presos (a él y a mí) ese día. Esa noticia me fue informada exactamente a las 10 y 25 mediante un mensaje de fuente oficial transmitido con estas palabras: “Dentro de media hora irán a detenerlos a su casa”. Al salir de mi casa vi el reloj. Eran las 10 y 30, ni medio minuto más ni medio minuto menos. En el portal y en la acera había docenas de muchachas y muchachos del Colegio Santa Teresita, que me saludaron como siempre, con afecto, y en la esquina estaban los inmancables calieses que vigilan mi casa.

Esos calieses me vieron salir y yo los vi anotar el número del automóvil en que yo iba, como hacen siempre.

¿Por qué, pues, si el servicio de caliesaje me vio salir de casa a las 10 y media, la Policía fue a buscarme media hora después a mi casa, donde debía saber que yo no estaba?

Seguramente porque el calié de la esquina tardó más de media hora en transmitir a la Policía la noticia de mi salida.

Así, pues, no es verdad que salí de mi casa el domingo y mucho menos, como dice el Dr. Balaguer, “casi subrepticamente”, palabras que significan de manera oculta.

Salí el lunes a la luz del sol y a la vista de todo el mundo. Y como lo que dijo el Dr. Balaguer no fue verdad, sino lo contrario de la verdad, me veo en el caso de tener que desmentirlo. Tampoco es verdad que yo haya estado diciendo “durante varios meses” “que en 1973 ocurriría en el país una catástrofe de proporciones insospechadas” y demandando del Dr. Balaguer o de cualquier balaguerista que presente las pruebas de que yo he dicho eso o algo parecido; y como sé con toda seguridad que nadie podrá presentarlas, me adelanto a decirle al Dr. Balaguer que en un sólo párrafo dijo dos falsedades, hecho impropio de un jefe de Estado.

Pero eso no es todo; inmediatamente después de haber dicho dos falsedades en doce líneas, el Dr. Balaguer escribió esta corta novela, que copio palabra por palabra:

“Otra coincidencia: el mismo domingo en la noche, fecha en que se divulga el desembarco de Caracoles, el personaje que este líder opositor utiliza ordinariamente para sus contactos con su militancia y con los elementos de la extrema izquierda radicalizada, viajó a Santiago y tuvo allí contactos con algunos de sus correligionarios más destacados y con elementos muy conocidos por haber participado en la revolución del 24 de abril de 1965”.

Si el líder opositor soy yo, ¿cuál es el personaje que utilizo “ordinariamente” para mis contactos con mi militancia y con los elementos de la extrema izquierda radicalizada?

Si el Dr. Balaguer lo sabe, que lo diga; que diga su nombre y se deje de estar inventando fantasmas.

Yo le aseguro al país, bajo palabra de honor, que ese personaje no existe y por lo mismo su viaje a Santiago es otra

falsedad y sus contactos allí con correligionarios míos destacados (es decir, con perredeístas conocidos) es una mentira.

Lo que tenía que hacer el Dr. Balaguer en su discurso del miércoles en la noche era presentar las pruebas de mi participación en el desembarco de Caracoles, acusación que me hizo la Secretaría de las Fuerzas Armadas cumpliendo órdenes superiores. ¿Por qué en vez de presentar esas pruebas lo que hizo fue sumar más acumulos, más falsedades, a aquella acusación?

Lo hizo porque el Dr. Balaguer cree que este pueblo está sordo y ciego, viviendo en los tiempos en que se amarraban los perros con longaniza y no se las comían. Hay políticos que creen que la mejor manera de hacer olvidar una mentira es diciendo tres nuevas. Pero el pueblo dominicano sabe bien que viejas o nuevas, las mentiras se dicen para engañarlo, confundirlo y seguir explotándolo.

¡Con la mentira no! ¡Con la verdad hasta la muerte!

Juan Bosch

Santo Domingo,
8 de febrero de 1973.

JUAN BOSCH DICE NO BUSCARÁ ASILO*
(Quinto manuscrito)

A base de rumores, y de especulaciones periodísticas basadas en esos rumores, está siendo difundida la idea de que los líderes del PRD que nos hallamos perseguidos por los cuerpos policiales estamos protegidos por representantes diplomáticos de algunos países latinoamericanos o vamos a solicitar asilo en alguna embajada.

Si esa es una esperanza del gobierno y de algunos de sus personajes, que empiecen a abandonarla ahora mismo. Nosotros somos dominicanos, con los mismos méritos y los mismos derechos que todos los demás dominicanos a vivir y a morir en nuestra tierra, pero además somos líderes políticos con la obligación sagrada de dirigir a las masas de nuestro Partido, muy especialmente cuando son perseguidas por un gobierno que se caracteriza por la facilidad con que inventa mentiras para justificar el atropello y las actuaciones ilegales. Si se nos impide dirigir nuestro Partido a la luz del día, como lo manda la ley, lo dirigimos desde la clandestinidad, como estamos haciéndolo y seguiremos haciéndolo duélale a quien le duela y pésele a quien le pese.

El perredeísmo no va a quedarse sin sus líderes. Mientras tengamos vida estaremos cumpliendo los deberes del liderazgo día tras día, hora tras hora y minuto a minuto.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 10 de febrero de 1973, p.1 / p.4. También en FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, pp.126-127 (N. del E.).

¡Asilo diplomático no! ¡Lucha al frente del Pueblo y en el seno del Pueblo sí! Confiamos en la lealtad y la decisión del Pueblo y le pedimos que confíe en nuestra lealtad y nuestra decisión.

Juan Bosch

Santo Domingo,
9 de febrero de 1973.

ANUNCIA FUTURA ACTIVIDAD DEL PRD* (Sexto manuscrito)

Ha pasado una semana desde que el Gobierno inició la persecución de los líderes del PRD a todos los niveles y en todo el país, y esa persecución prosigue en todas partes.

A pesar de que periódicos, noticieros de radio, partidos políticos, sindicatos, organizaciones estudiantiles y personalidades destacadas del país y del extranjero han reclamado que se presenten las pruebas que puedan justificar esa persecución, el Gobierno no las ha presentado y con toda seguridad no las presentará nunca por la simple razón de que no existen ni han existido jamás.

Todos los dominicanos saben que el PRD es un partido que tiene en sus filas cientos de miles de hombres y mujeres, entre los cuales los jóvenes forman mayoría, y normalmente, en todas partes, los jóvenes son partidarios de la acción armada.

Todos los dominicanos saben que entre los perredeístas hay muchos que han tenido instrucción militar y que tienen experiencia de guerra porque tomaron parte en la Revolución de Abril.

¿Qué necesidad podía tener el PRD de nueve guerrilleros venidos de allí para empezar un movimiento revolucionario cuando podía disponer fácilmente de cien veces ese número de hombres de armas?

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 12 de febrero de 1973, p.1 / p.14. Igualmente en FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, pp.134-137 (N. del E.).

El desembarco de la playa de Caracoles ocurrido este mes de febrero, según dijo el Dr. Balaguer, tuvo lugar en la madrugada del sábado día 3. Pero resulta que en el mes de enero el periódico *El Nacional* había publicado en su primera página una información en la que se decía que el Dr. Balaguer les había pedido a dos conocidos políticos que hicieran declaraciones acusando a dos líderes de la oposición de estar conspirando para derrocar el Gobierno. De acuerdo con lo que dijo *El Nacional*, lo que quería el Dr. Balaguer era tener una justificación para expulsar a esos líderes opositores.

¿Y quiénes eran esos líderes a los que el Dr. Balaguer quería sacar del país?

Eran el secretario general y el presidente del Partido Revolucionario Dominicano.

La noticia del plan que tenía el Dr. Balaguer para deportarnos no se la dio a *El Nacional* ningún perredeísta. Es más, la dirección del PRD vino a conocerla cuando fue publicada en *El Nacional*. Después de su publicación nos fue confirmada con lujo de detalles.

Por lo menos desde diez días antes del desembarco de la playa de Caracoles nosotros, los altos dirigentes del PRD, conocíamos el plan del Dr. Balaguer, y a eso se debe que al comenzar a ser perseguidos decidiéramos pasar a la clandestinidad.

Sabemos, como lo sabe todo el mundo aquí y fuera de aquí, que no hemos tenido ni arte ni parte en el desembarco de Caracoles; pero nadie conoce mejor que nosotros, que llevamos tiempo denunciándola, la manera ilegal de proceder de este gobierno; y nadie conoce mejor que nosotros, que lo hemos dicho y repetido mil veces, que el Dr. Balaguer usará todos los medios, por monstruosos que sean, para mantenerse en el poder el resto de su vida.

Sabemos que la acusación que nos hizo la Secretaría de las Fuerzas Armadas fue ordenada para que jugara el papel que

no pudo jugar la que no quisieron hacernos los dirigentes políticos a quienes el Dr. Balaguer les pidió que nos acusaran de estar dirigiendo un complot para derrocarlo.

Sabemos que las falsedades sobre nosotros que dijo el Dr. Balaguer en su discurso del miércoles día 7 de este mes tenían la finalidad de reforzar la acusación de la Secretaría de las Fuerzas Armadas para darle validez siguiendo el viejo e inmoral principio de que una mentira se convierte en verdad cuando se le agregan más mentiras.

Sabemos, y el Pueblo lo sabe tanto como nosotros, que se nos ha acusado para justificar nuestra deportación; y sabemos que a pesar del descrédito en que han caído las acusaciones no sólo en la República sino también en el extranjero, el Dr. Balaguer persiste en llevar adelante sus planes, y a eso se deben los allanamientos que se hacen día tras día en todo el país.

Nuestro deber de líderes es permanecer aquí; no darle al Dr. Balaguer la menor facilidad para que se salga con la suya.

Por eso hemos pasado a la clandestinidad y nos mantendremos en ella todo el tiempo que sea necesario. No somos los primeros líderes que han tenido que pasar a la clandestinidad para mantener la lucha en defensa del Pueblo. Cuando Duarte tuvo que abandonar el país para no caer preso, Sánchez y otros trinitarios pasaron a la clandestinidad y desde ella siguieron dirigiendo los trabajos para fundar la República Dominicana. De eso hace ahora 129 años, de manera que pasar a la clandestinidad no es nada nuevo en la historia nacional. Tampoco es nada nuevo en nuestra historia pasar de la clandestinidad a la victoria, como lo prueba la fundación de la República.

En defensa de esa República, y de los derechos de todos sus hijos, seguiremos la lucha en cualquier terreno, y donde y como lo exijan las circunstancias.

¡Adelante, dominicanos!
¡Que nadie dé un paso atrás ni para coger impulso!

Juan Bosch

Santo Domingo,
11 de febrero de 1973.

DENUNCIA ALEGADO PROCESO* (Séptimo manuscrito)

No es verdad que mi casa fue allanada por la Policía el día 5 de este mes. Mi casa fue asaltada por una patrulla policial y entre allanamiento y asalto hay mucha diferencia; hay una diferencia tan grande como del día a la noche.

Un allanamiento es un acto legal, que se ejecuta por orden de un juez, y en el cual participa un representante del Fiscal. Ningún juez ordenó la invasión de mi casa por agentes de la Policía y durante esa invasión no actuó ningún representante del Fiscal o de cualquier otro funcionario civil.

Para allanar una casa se toca a la puerta y se presentan a los que viven en esa casa los documentos legales que ordenan el allanamiento, y luego se hace un registro de la casa en presencia del dueño o de su representante y de quien esté representando al Fiscal.

En mi casa no se hizo nada de eso. En mi casa se volaron por medio de la fuerza las cerraduras del exterior y del interior, incluyendo la de la puerta de mi aposento. Tras el ejercicio de la violencia se ejecutó el robo, pues los agentes policiales se llevaron de mi aposento objetos valiosos, y hasta una botella de agua acusada de ser el peligroso explosivo llamado C4.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 13 de febrero de 1973, p.1 / p.4. Igualmente en FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, pp.144-148 (N. del E.).

Tampoco tiene la menor relación con un allanamiento el cerco armado que se le puso a mi casa y la prohibición de que salieran de ella las personas que se encontraban adentro cuando llegó la Policía. Eso fue convertir mi casa en prisión, delito gravísimo que se considera en todas partes como acto de bandidaje.

Ni en este país ni en ningún otro del mundo se conoce una ley que autorice a oficiales o a rasos de la Policía a convertir en prisión una casa de familia; y mucho menos aún en prisión de personas que ni están detenidas ni han sido condenadas por un juez. Y eso, convertir mi casa en prisión, fue lo que se hizo el día 5, como se hizo también el mismo día con el hogar de don Luis Amiama Tió.

En lo que se refiere a lo que sucedió en mi casa el día 5 de este mes, este gobierno rompió su propio récord de actuación ilegal, pues llevó a cabo en media hora dos actos ilegales: asaltó la casa y la convirtió en prisión.

Yo fui Presidente de la República y sé por experiencia personal que ningún policía, sea raso, capitán o jefe del cuerpo, se atreve a ordenar desmanes como los que se ejecutaron en mi casa cuando se trata de una figura pública que además es líder de un partido de grandes masas como el PRD. La Policía sólo actúa como lo hizo en mi hogar el día 5 de este mes cuando se lo ordena su jefe más alto; y en este país todo el mundo sabe que el jefe del jefe de la Policía no es el secretario de lo Interior; es el Presidente de la República.

Estoy absolutamente convencido de que el asalto a mi casa y el cerco que le siguió fueron ordenados por el Dr. Balaguer. ¿Con qué fin lo hizo? Con el de prenderme y sacarme del país. En *El Caribe* de hoy el director de Información y Prensa del Palacio Nacional dice: “El propio presidente Joaquín Balaguer ordenó el retiro de las fuerzas policiales que se encontraban en la residencia de Bosch”. Y yo agrego: ordenó el retiro porque fue él mismo quien ordenó el asalto y el cerco; y

ordenó el retiro cuando se le informó que yo no estaba en la casa y además que la Policía había fracasado en su intento de apresarnos al Dr. José Francisco Peña Gómez y a mí.

El director de Información y Prensa del Palacio Nacional dice ahora, refiriéndose a mí: “No sabemos las razones por las cuales se ha ocultado”.

Él no las sabrá, pero las sabe el Dr. Balaguer, las saben los centenares de perredeístas que han sido detenidos y aquellos cuyos hogares han sido allanados en varias partes del país en busca mía y del Dr. Peña Gómez; y sobre todo, las sabe el Pueblo, que despertó hace ya tiempo y no cierra los ojos ni siquiera para dormir.

El mismo funcionario dijo hoy que “ningún organismo oficial persigue al ex presidente Juan Bosch ni hay orden de arresto en su contra”.

¿Ah no? ¿No se me persigue ni hay orden de arresto en contra mía? ¿Y por qué ahora esa buscadera en todo el país detrás de mí? ¿Por qué se hizo el asalto y el cerco a mi casa y por qué me acusó la Secretaría de las Fuerzas Armadas de ser inspirador del desembarco de la playa Caracoles y por qué el Dr. Balaguer me hizo acusaciones falsas en su discurso del miércoles día 7?

Lo que pasa es que el Gobierno ha hecho el ridículo buscándonos, sin hallarnos, al Dr. Peña Gómez y a mí, y la única manera que tiene de salir bien del fracaso en que ha caído es diciendo que no nos persigue, que no nos busca, con lo cual quiere dar a entender que nosotros estamos en la clandestinidad sin ningún motivo.

¿Y por qué no dijo eso antes, cuando tenía esperanzas de cogernos en uno de los muchísimos allanamientos que ha estado haciendo en busca nuestra?

Por último dice *El Caribe* que cuando se le preguntó al director de Información y Prensa del Palacio Nacional que si su

declaración de que no hay orden de arresto contra mí significa que lo que dijo de mí la Secretaría de las Fuerzas Armadas ha quedado sin efecto, el mencionado funcionario respondió:

“Eso es otra cosa, ése es un proceso que se desenvuelve. Cualquier acción que se desprenda de ahí será cosa que sólo en el futuro podrá determinarse”.

Esas palabras quieren decir que a mí se me está formando un proceso judicial en forma secreta, violando todo el régimen de procedimiento legal de la República. Eso no es nada extraño, desde luego, en un gobierno que actúa ilegalmente, movido por las pasiones personales del Dr. Balaguer, que viola las leyes escritas y morales para enriquecer a uno de sus favoritos y las viola también para perseguir a aquellos que ni le temen ni se le venden.

Ni el mentiroso ni el cojo pueden ir muy lejos. Por su propensión a no decir nunca la verdad, el Pueblo no cree en nada que diga el Gobierno, tanto si lo dice el Dr. Balaguer como si lo dice uno de sus funcionarios. Ahora resulta que a mí no se me está persiguiendo, pero se me sigue un proceso secreto sin que nadie sepa de qué se me acusa.

Una vez más reclamo con la mayor energía que se le den al Pueblo las pruebas que dice tener el Gobierno de que yo he sido el inspirador del desembarco de la playa Caracoles.

Lo reclamo y pido a todos los organismos del PRD, a los partidos políticos, a organizaciones sindicales, juveniles, estudiantiles, profesionales y a personalidades públicas, que exijan la publicación de esas pruebas.

¡Procesos secretos no! Como dijo José Martí: “¡En las sombras de la noche sólo trabaja el crimen!”.

Juan Bosch

Santo Domingo,
12 de febrero de 1973.

PONDERA PEDIDO DE LORA*
(Octavo manuscrito)

El Lic. Augusto Lora, presidente del MIDA, nos ha invitado al Dr. José Francisco Peña Gómez y a mí, a “que con carácter de urgencia reintegren el PRD al bloque de partidos de oposición”, y al final de las declaraciones en que hizo esa invitación, dice: “...espero que si el profesor Juan Bosch y el Dr. José Francisco Peña Gómez son obligados por el Gobierno a mantenerse ocultos, designen de inmediato delegados calificados que los representen, para que los cuatro partidos de la oposición, solidarizados en un propósito común nos dediquemos a trabajar en defensa de los derechos del Pueblo”.

A fin de que los que no conocen las estructuras orgánicas del PRD sepan por qué en nuestro Partido se actúa en tal o cual forma, debemos explicar que ni el Dr. Peña Gómez ni yo, lo mismo juntos que separados, podemos nombrar esos delegados a que se refiere el Lic. Augusto Lora. Ni yo como presidente ni el Dr. Peña Gómez como secretario general del PRD tenemos facultades para hacer eso.

Tanto el Dr. Peña Gómez como yo somos miembros de un organismo que se llama Comisión Permanente del Comité Ejecutivo Nacional del PRD, y es esa Comisión Permanente, y

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 13 de febrero de 1973, p.1 / p.4. Igualmente en FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, pp.168-169 (N. del E.).

nada más que ella, la que tiene autoridad para nombrar delegados del Partido encargados de misiones políticas. En el caso a que se refiere el Lic. Lora, la Comisión Permanente podría nombrar delegados ante el bloque opositor después que conociera y aprobara el programa y los métodos de trabajo de ese bloque, punto en el cual no estamos todavía edificados los miembros de la Comisión Permanente del PRD.

De todos modos, tanto el Dr. Peña Gómez como yo hemos pasado a la Comisión Permanente la invitación que nos hace el Lic. Augusto Lora, y estamos absolutamente seguros de que ese alto organismo de nuestro Partido le dedicará su mejor atención.

Ahora bien, queremos llamar la atención general hacia el hecho de que aunque la invitación del Lic. Lora da la impresión de que el Pueblo está dividido, y por eso los partidos opositores deben formar un bloque, lo cierto y verdadero es que la gran masa popular está unida en el propósito de luchar sin tregua contra un gobierno que miente, que abusa del poder, que actúa ilegalmente y que fomenta la corrupción en proporciones nunca vistas en la historia nacional.

Juan Bosch

Santo Domingo,
12 de febrero de 1973.

BOSCH VUELVE A PEDIR PRUEBAS*
(Noveno manuscrito)

Preguntado por algunos periodistas si el gobierno dominicano iba a acusar al de Cuba por haber contribuido al desembarco de playa Caracoles, el Dr. Balaguer dijo anteayer, jueves día 15, que él no podía asegurar eso, y agregó: “No quiero aventurarme a dar opiniones sobre (cosas de) las cuales yo no tengo seguridad absoluta”.

Ocho días antes, el miércoles 7, el Dr. Balaguer no tenía aún la buena costumbre de no hablar de lo que no supiera a fondo, con “seguridad absoluta”; pues en la noche de ese día, hablando para el país por radio y televisión, dio una información detallada de hechos sobre los cuales no tenía “seguridad absoluta” ni podría tenerla no absoluta por la simple razón de que esos hechos no se produjeron ni siquiera en sueños. Como todos ustedes recordarán, esa información era la de que yo había abandonado mi casa de manera misteriosa, oculta, en la noche de “el mismo día en que la opinión pública se enteró del desembarco de la playa de Caracoles”, como dijo el Dr. Balaguer.

Copio ahora al pie de la letra otras palabras que dijo en esa ocasión el Dr. Balaguer; que fueron éstas:

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 13 de febrero de 1973, p.1 / p.15. Igualmente en FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, pp.175-178 (N. del E.).

“Otra coincidencia: el mismo domingo en la noche, fecha en que se divulga el desembarco de Caracoles, el personaje que este líder opositorista (es decir, yo) utiliza ordinariamente para sus contactos con su militancia y con los elementos de la extrema izquierda radicalizada viajó a Santiago y tuvo allí contactos con algunos de sus correligionarios más destacados y con elementos muy conocidos por haber participado en la revolución del 24 de abril de 1965”.

Dos días antes de esas gravísimas acusaciones que me hizo el Dr. Balaguer (pues lo que él dijo no fue un relato sin valor alguno, sino acusaciones hechas por el Presidente de la República en una oportunidad nacional verdaderamente crítica) una patrulla policial había asaltado y cercado mi casa, la Secretaría de las Fuerzas Armadas había declarado que tenía pruebas de que yo había sido el inspirador del desembarco de la playa Caracoles y la Policía fue a detenernos al Dr. Peña Gómez y a mí.

Si recuerdo ahora lo que dijo de mí el Dr. Balaguer el día 7 en la noche y lo comparo con lo que dijo del gobierno de Cuba el jueves día 15 en la mañana, es con el interés de que el Pueblo se dé cuenta de que en todo lo que han dicho el Dr. Balaguer y sectores del Gobierno y del reformismo (que en fin de cuentas vienen a ser la misma cosa) y en la persecución que se ha desatado en todo el país, la víctima es el PRD, con muy contadas excepciones. Es más, horas después de haber hablado el jueves el Dr. Balaguer, fue detenido el Dr. Euclides Gutiérrez, y mientras el Dr. Balaguer hablaba muchos perredeístas conocidos, como los doctores Diómedes Mercedes y Jesús Antonio Pichardo, para mencionar sólo dos, tenían ocho y más días detenidos, en violación abierta del orden legal del país.

La única acusación concreta que ha producido el Gobierno con motivo del desembarco de playa Caracoles fue la que me hizo la Secretaría de las Fuerzas Armadas cuando dijo que

tenía en su poder pruebas de que yo, y conmigo “otros políticos”, había sido el inspirador de ese hecho. A los perredeístas que han sido detenidos se les ha tratado de sacar declaraciones que confirmen lo que dijo la Secretaría de las Fuerzas Armadas.

A pesar de todo eso, cuando el jueves día 15 algunos periodistas le hicieron al Dr. Balaguer preguntas acerca del estado de clandestinidad en que me encuentro, el Dr. Balaguer dijo cosas increíbles. Dijo:

“Yo no sé. No tengo ninguna información sobre eso, ni él [*es decir, yo*] le ha comunicado nada al Gobierno. Que yo sepa, el Gobierno no ha recibido nada en ese sentido”. Y agregó: “Eso es asunto de él, no del Gobierno”. Poco después, respondiendo a lapregunta de si yo estaba o no estaba perseguido, dijo así: “Yo no confirmo nada. Yo no tengo ningún conocimiento de ese problema y no puedo expresar mi opinión. Yo no sé por qué motivo él [*es decir, yo*] ha adoptado esa actitud, cuáles son las razones. Yo las ignoro”.

Al preguntársele sobre la acusación que me hizo la Secretaría de las Fuerzas Armadas y si él la compartía, dijo:

“Yo no sé nada sobre eso. No tengo ningún conocimiento sobre eso. Las que pueden informar son las Fuerzas Armadas que emitieron un comunicado sobre eso”. “Yo no comparto ni no comparto. Ya he expresado que no tengo nada que declarar sobre eso”.

Como todo el mundo puede ver, comparando las palabras del Dr. Balaguer del día 7 con las del día 15, y unas y otras con los hechos, la República Dominicana no tiene gobierno. Tiene funcionarios, entre ellos más de 60 secretarios de Estado y probablemente más de 100 subsecretarios de Estado y tal vez más de 200 embajadores.

Pero aquí no hay gobierno porque no hay una autoridad central responsable; y eso es un mal gravísimo, el peor de los males que pueden caerle a un país. En vista de que el propio

Presidente de la República hace abandono de su autoridad al abandonar su responsabilidad, me dirijo al secretario de las Fuerzas Armadas para pedirle que haga públicas las pruebas que su Secretaría dijo tener de que yo fui el inspirador del desembarco de la playa Caracoles, o que declare que retira la acusación. Espero que el señor secretario de las Fuerzas Armadas no haga lo mismo que su jefe, el Dr. Joaquín Balaguer, porque a ningún militar le luce rehuir responsabilidades.

¡Que se le den al país y al mundo pruebas, o que cese la persecución del Pueblo!

Juan Bosch

16 de febrero, 1973.

BOSCH DICE DUDA VERSIÓN OFICIAL*
(DÉCIMO MANUSCRITO)

Por varias razones de las que hablaré oportunamente no he enviado a la prensa una palabra desde el 16 de febrero. Ese día, a las 5:30 de la tarde (esto es, tres horas antes de que en el Palacio Nacional se diera la noticia de que el coronel Francisco Alberto Caamaño y sus compañeros Lalane José y Pérez Vargas habían caído combatiendo en Nizaíto, y no después de haberse dado esa noticia, como dijo *El Nacional* del día 19) envié a los periódicos que debían salir el 17 una última demanda de que se le presentaran al Pueblo las pruebas de mi participación en el desembarco de Playa Caracoles.

Hasta ahora, día 28 de febrero a las 7:20 de la mañana, esas pruebas siguen sin aparecer, pero no me propongo hablar de ellas. Lo que haré hoy es pedirle al Gobierno que aclare ante el Pueblo la confusión en que éste se halla desde que empezó a correr la especie de un desembarco de guerrilleros por algún lugar de la costa del Sur.

El Dr. Balaguer habló el martes 27 de febrero y no aclaró nada, a pesar de que dos periódicos norteamericanos de importancia, que se publican en la capital de los Estados Unidos (el *Washington Evening Star* y el *Daily News*) le dieron pie

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 1 de marzo de 1973, p.1 / p.14. Igualmente en FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, pp.211-217 (N. del E.).

para despejar esa confusión, cuando dijo dos días antes (esto es, el 25 de febrero), las siguientes palabras:

“No se puede decir si la invasión por la provincia de Azua fue genuina o si el Gobierno la montó y tampoco eso tiene importancia”. (La palabra genuina quiere decir en este caso de verdad o verdadera).

De acuerdo con *El Caribe*, que publicó el día 26, en su página 20, lo que dijo ese periódico norteamericano, éste “señala a continuación que no tiene sentido que los invasores dejen en la pequeña embarcación en que llegaron fotografías del coronel Francisco Caamaño Deñó y documentos que involucran a un ex presidente...”.

Ese periódico yanqui, con el cual el PRD no tiene ninguna clase de relación, dijo en el mismo editorial en que aparecieron las palabras que he copiado que el Dr. Balaguer estaba usando la invasión para mantenerse en el poder por cualquier medio en las elecciones de 1974.

El Dr. Balaguer debió haber aprovechado su discurso del día 27 de febrero pronunciado ante el Congreso para responder a las muy serias acusaciones que se leen en los editoriales del *Washington Evening Star* y del *Daily News*, las cuales habían aparecido en forma menos clara en otros periódicos importantes de los Estados Unidos, de América Latina y de Europa.

Yo estoy entre los que dudaron y siguen dudando; pero en mi caso la duda puede explicarse porque desde el día 5 la Secretaría de las Fuerzas Armadas me acusó de ser instigador de la invasión y dijo que tenía pruebas de lo que decía, y nadie en el mundo podía saber mejor que yo que eso no era verdad; y si esa acusación era falsa, como fueron falsas las que me hizo, sin mencionar mi nombre, el Dr. Balaguer en su discurso del día 7, muy bien podía ser falsa también toda la historia de la invasión.

Vamos a ver algunos hechos que arrojan sombras en el penoso episodio de la invasión de Caracoles:

1.- A los ocho días de la supuesta muerte del coronel Caamaño y dieciocho del supuesto desembarco de Caracoles, el Secretario de las Fuerzas Armadas mostró a los periodistas la embarcación en que se dice que llegaron los invasores y los documentos que se dice aparecieron en ella. Uno de los documentos, aquel en que se lee la firma del coronel Caamaño, no tiene fecha y por tanto no tiene validez; puede ser legítimo y haber sido escrito hace tiempo para ser usado en una ocasión completamente ajena a un desembarco en tierra dominicana, puede haber llegado a manos del gobierno dominicano por la vía de la persona que huyó del lado del coronel Caamaño para ir a denunciarlo ante las autoridades venezolanas. Esto último había sido un rumor hasta que quedó confirmado con las declaraciones hechas a un periodista de *El Nacional* por el representante del gobierno dominicano en Venezuela, que aparecieron en el periódico mencionado el 25 de febrero bajo el título de “Inicio del fin”, página 1.

Tampoco tiene la menor validez el documento de compra del barco en que supuestamente vinieron los guerrilleros. En él no hay indicación del sitio donde se hizo la operación de la compra ni dónde estaba el barco abanderado y matriculado; no hay manera de saber si la firma del vendedor es legítima y en cambio es fácil darse cuenta de que la persona que firma como comprador, Julio Torres (si es que se llama así), es la misma que firma como testigo de la operación con el nombre de Raymal o Raymond Hervy o Henry. (Véase *El Nacional* del 23 de febrero “Muestran barco...” p.1 y p.11.)

2.- El Dr. Balaguer no ha dicho en ningún momento que el coronel Caamaño encabezaba el grupo invasor. Antes bien, al hablar el 7 de febrero en la noche dio a entender todo lo contrario, cuando dijo las siguientes palabras, que copio del

Listín Diario del jueves 8 de febrero (“Discurso de Balaguer”, p.12): “Obviamente, pues, se ha querido divulgar la presencia del grupo sedicioso y hacer aparecer como cabecilla principal de ese grupo a la persona que encabezó el desastre de abril de 1965”.

3.- Ninguna de las personas que vio a los supuestos guerrilleros dijo que entre ellos estaba el coronel Caamaño. El día 10 de febrero un campesino de Ocoa dijo al corresponsal de *El Nacional* que había visto a los guerrilleros y que “el comandante es bastante alto”. Dice el periodista: “Se le preguntó si se parecía al coronel Francisco Caamaño y contestó negativamente, al tiempo que aseguró distinguir bien al jefe de la revolución de abril porque ‘he visto mucho su foto en la prensa’. Y puntualizó: ‘Caamaño es calvo... el que yo vi tenía mucho cabello’” (“Dicen encuentran caja”, *El Nacional*, 10 de febrero pp.1-2).

Pero hay algo más: los militares que perseguían a los supuestos guerrilleros ignoraban que el jefe de estos era Caamaño. Una fuente militar le dijo al corresponsal de *El Nacional* en Ocoa el 20 de febrero que “no se sabía que se estuviese combatiendo contra el líder de la revolución de abril” (“Campesino relata...”, *El Nacional*, 20 de febrero, p.1).

4.- La alta dirección del PRD ha mantenido en estos días contactos con todos los grupos y partidos de izquierda, menos dos, en interés de averiguar si el coronel Caamaño se había comunicado con alguna organización del país para anunciarle su llegada y concertar acciones conjuntas y los resultados han sido totalmente negativos. De las investigaciones hechas por el PRD se desprende que el coronel Caamaño no envió mensajes ni por radio, ni escritos ni personales a ninguna organización política nacional, no envió cinta con palabras suyas grabadas para que se pasara por alguna estación de radio, no envió proclama impresa o escrita a

maquinilla o a mano en la cual se anunciara al país su llegada y se explicara cuál era el programa político de la guerrilla.

¿Cómo puede explicarse ese silencio y esa falta absoluta de contactos con organizaciones del país? ¿Qué bandera política traían los guerrilleros?

Todavía hoy, doce días después de haberse dado la noticia de la muerte de Caamaño, Lalane José y Pérez Vargas, hay cinco supuestos guerrilleros en las lomas de la Cordillera Central y en ningún momento ni por ningún medio le han hecho saber a nadie cuál era el plan político de la guerrilla, y ni siquiera han dado a conocer sus nombres. Sólo se sabe, por informes de algunos campesinos, que a uno de ellos le dicen Baby.

5.- En su discurso del 7 de febrero, el Dr. Balaguer dijo que dos de los invasores, vestidos con ropa civil “viajaron tranquilamente a la Capital de la República”.

¿Cómo supo eso el Gobierno y cómo podría explicar que ninguna de esas dos personas haya sido detenida?

Pero el PRD, que tiene siempre mejor información que el Dr. Balaguer, ha sabido que un hombre (no dos) vestido de guardia y con fusil (no trajeado de civil) viajó la noche del sábado día 3 al domingo día 4 en dirección a la Capital partiendo de un lugar situado más acá de Caracoles.

Si ese hombre era un soldado dominicano, es fácil saber quién era y qué hacía esa noche en las vecindades de Caracoles, y si no era soldado, ¿por qué el Gobierno no le ofreció públicamente todas las garantías necesarias para que se presentara y fuera interrogado no solamente por las autoridades militares sino también por los periodistas que en episodios como estos son los representantes del interés popular?

El Dr. Balaguer habló de los dos hombres vestidos de civil, pero no se acordó más de ellos, y “si te he visto no me acuerdo”, porque esos dos hombres de ropa civil formaban el eslabón indispensable, la pieza clave de la misteriosa Operación Águila

Feliz, que según el Dr. Balaguer y el PCD estaba destinada a darle muerte al Dr. Balaguer y que de acuerdo con lo que dijo éste en su discurso del 7 de febrero debían iniciarse antes del sábado día 10 de ese mes.

El Dr. Balaguer no creía que el coronel Caamaño se hallaba al frente de la guerrilla de Ocoa. Para él, lo de la guerrilla era “una operación de diversión”, tal como lo dijo en el mencionado discurso del día 7, y el líder militar de un movimiento no puede dirigir acciones secundarias, destinadas a confundir al enemigo; dirige la acción principal, la verdaderamente importante, la que va a decidir la suerte de la lucha; y para el Dr. Balaguer esa acción principal y decisiva era la que le vendieron con el nombre peculiar de “Águila Feliz”.

Y de pronto, a las 8 y media de la noche del 16 de febrero, se da en el Palacio Nacional la noticia de que el Héroe de Abril y sus compañeros Lalane José y Pérez Vargas habían caído en un combate que había tenido lugar en Nizaíto ese día a las 2 y media de la tarde.

¿Cómo se explica una demora de cinco horas para darle al país una noticia tan importante como esa?

Juan Bosch

28 de febrero, 1973.

NOTA: A los que pretenden decir que esta opinión es personal y no es compartida por la alta dirección del PRD, porque el Dr. José Francisco Peña Gómez admitió en carta al Dr. Balaguer publicada en *El Nacional* el 16 de febrero que el coronel Caamaño encabezaba la guerrilla, les digo desde ahora que el Dr. Peña Gómez aclaró en esa carta que “aunque soy secretario general del PRD... es a título personal que me estoy dirigiendo a usted”. Y efectivamente, así era. El querido compañero secretario general de nuestro Partido no compartía las dudas que acerca de la invasión de Caracoles teníamos y seguiremos teniendo los demás miembros de la Comisión Permanente del PRD.

BOSCH PROPONE PRD CAMBIE POLÍTICA* (UNDÉCIMO MANUSCRITO)

Me dirijo a la Comisión Permanente del Partido Revolucionario Dominicano de manera pública para solicitarle que proponga al Comité Ejecutivo Nacional de nuestra organización el abandono de la línea política que ha estado manteniendo el Partido desde hace cerca de dos años, es decir, de la política de forzar al Gobierno a respetar sus propias leyes, comenzando por la Constitución que él mismo elaboró en agosto de 1966.

Esa política del PRD logró sin duda grandes aciertos, como cuando mediante el uso de la presión internacional obligó al Dr. Balaguer a tomar medidas para destruir la Banda, conjunto de malhechores que el Gobierno utilizaba para sembrar el terror en todo el país. Pero los recientes acontecimientos han dado lugar a brotes violentos de actuaciones ilegales, algunas de ellas propuestas y mantenidas por el Dr. Balaguer en persona (como sucede en el caso del periódico *La Razón* o *La Noticia*), y todas, en conjunto, respaldadas por el jefe del Gobierno lo que tiene necesariamente que llevarnos a pensar que si el Dr. Balaguer cedió algo en su carrera de violaciones de la legalidad, lo hizo para ganar tiempo y terreno, no porque estuviera dispuesto a someter su gobierno al cumplimiento de sus propias leyes.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 7 de marzo de 1973, p.1 / p.4. Igualmente en FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, pp.231-233 (N. del E.).

He aquí algunos ejemplos que respaldan lo dicho:

1.- Aunque la Constitución de la República ordena que todo detenido sea puesto a disposición de la justicia dentro de las 48 horas después de su detención, en las cárceles de Azua, Santiago, San Francisco de Macorís y la Capital hay numerosas personas que tienen más de tres semanas presas sin haber sido sometidas a la justicia; y lo que es peor, todos los mandamientos de hábeas-corpus que se han presentado han sido burlados por los jefes policiales, los jueces y los procuradores fiscales que han tenido que ver con ellos.

2.- Altos funcionarios del Gobierno, como el Procurador General de la República, el jefe de la Policía Nacional y los procuradores fiscales de la Capital y Santiago han proclamado por su cuenta la existencia de un Estado de Emergencia en el país, violando así el mandato de la Constitución que establece muy claramente qué es un Estado de Emergencia y cómo se declara.

3.- El Dr. Balaguer se ha atribuido poderes que ninguna ley le da y dispone de manera arbitraria que no se publique un periódico, y el director de Telecomunicaciones, por su lado, y el jefe de la Policía por el suyo, deciden cerrar Radio Comercial porque les da la gana al primero alegando una cosa y el segundo alegando otra; y Radio Comercial lleva tres días sin salir al aire, lo que indica que en cualquier momento el país puede quedar privado de uno o dos y de todos los medios de información por decisión arbitraria del Gobierno.

4.- El jefe de la Policía hace publicar en los periódicos un comunicado en el que afirma que Toribio Peña Jáquez, que se califica a sí mismo de guerrillero, es un agente de su cuerpo infiltrado entre los guerrilleros, pero no le da a la opinión pública una sola prueba de lo que dice, con lo cual se hace culpable del delito de calumnia grave, caso inconcebible ya que se supone que un jefe de la Policía es un guardián de las buenas

costumbres de su país y no puede, por tanto, ni siquiera caer bajo sospecha de que usa la calumnia como método de trabajo.

5.- El colmo, sin embargo, de la conducta ilegal del Gobierno se halla en el discurso pronunciado por el Dr. Balaguer el 27 de febrero próximo pasado ante las Cámaras reunidas en Asamblea Nacional. En ese discurso, pronunciado dizque por mandato constitucional, el Dr. Balaguer se burló a su gusto de la Constitución de la República (que establece como derecho de los dominicanos vivir en su país y salir de él y entrar con toda libertad) cuando hizo el elogio de la deportación y llegó a presentarla como una medida humanitaria.

Un partido político debe ser siempre leal a los principios que defiende, y resulta que para mantener esa lealtad a los principios tiene que hallarse en todo momento en capacidad de adoptar la línea política más apropiada a las circunstancias. La línea de llevar al Gobierno a respetar su propia legalidad rindió beneficios al PRD y al país hasta la hora en que se conoció la invasión de Caracoles. De no haber sido por esa línea, que mantuvo paralizada por bastante tiempo la actividad de los sectores que el propio Dr. Balaguer llamó “incontrolables” en la noche del 7 de febrero los líderes y dirigentes de partidos de oposición y de grupos de izquierda hubieran sido cazados como alimañas en sus propias camas ya que ninguno fue advertido con anticipación de la llegada de los guerrilleros”.

La línea política del PRD dio, pues, sus frutos, y muy buenos por cierto, para el Pueblo. Pero la insistencia del Gobierno en actuar ilegalmente nos obliga a darla por superada y a sustituirla por otra más apropiada para el porvenir inmediato que le espera al pueblo dominicano.

Juan Bosch

Santo Domingo,
6 de marzo de 1973.

BOSCH PROPONE UN PLAN POLÍTICO* (Declaración)

He resuelto hacer acto de presencia en la Casa Nacional de los perredeístas para poner en manos de la Comisión Permanente del Partido una proposición llamada a completar la que hice a través de la prensa y de la radio el día 7 de este mes, y solicito de la Comisión Permanente que la ponga, con todos mis respetos y saludos fraternales, en las manos de cada uno de los miembros del Comité Ejecutivo Nacional de nuestro querido Partido.

Esa proposición es la siguiente:

Que en el caso de que se acepte mi proposición del día 7 (esto es, la de abandonar la línea política de forzar al Gobierno a respetar su propia legalidad), se adopte como línea política fundamental del PRD la lucha sin tregua para establecer en el país un gobierno que en vez de servir los caprichos de un hombre sirva al mandato de la ley; que en vez del abuso de poder, las arbitrariedades, las deportaciones y la corrupción desenfrenada, imponga y haga respetar la voluntad de un pueblo que desea con toda su alma vivir civilizadamente; que en vez de un gobierno que siembra odio y división en cada acto de su vida, y que avergüenza y

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 13 de marzo de 1973, p.1 / p.4. También en FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, pp.239-240 (N. del E.).

llena de infamia al país, se establezca un gobierno honorable, que actúe con dignidad y hable con respeto a nuestro pueblo y al mundo.

Propongo, además, que nuestro Partido invite a trabajar con él, en el desarrollo de esa línea política, si es aceptada, a todos los partidos y grupos dominicanos que la adopten, y que de acuerdo con las disposiciones estatutarias del PRD, sea la Comisión Permanente la encargada de poner en vigor esos acuerdos.

¡Todo el Pueblo a luchar contra el Gobierno de la ilegalidad y por el establecimiento de un gobierno que respete la ley!

Juan Bosch

Santo Domingo,
12 de marzo de 1973.

DUODÉCIMO Y ÚLTIMO MANUSCRITO*

Estoy dispuesto a dejar la clandestinidad cuando lo disponga la Comisión Permanente del PRD y espero que eso sucederá pronto porque la Comisión Permanente entiende (y yo comparto su opinión) que la presión internacional le impide al Dr. Balaguer actuar contra mí como pensaba hacerlo hace todavía poco tiempo.

Pero antes de salir, quiero declarar lo siguiente:

Un oficial de la Policía fue cancelado, como se hizo público, porque no me detuvo cuando hice una visita a la Casa Nacional del PRD el 12 del pasado mes de marzo, y sin embargo si ese oficial hubiera tratado de detenerme habría tenido que matarme, porque si salí de la clandestinidad momentáneamente ese día, lo hice para cumplir una tarea política, no para dejarme prender ni humillar por nadie, y desde ahora quiero hacerle saber al país que cuando abandone la clandestinidad próximamente, lo haré con la misma disposición de ánimo; así, pues, la autoridad civil, policial o militar que pretenda detenerme que lo haga únicamente si está dispuesta a matarme en el acto, porque como no he cometido ninguna clase de violación de la ley, no voy a tolerar de ninguna manera que se atropellen mis derechos ciudadanos.

* En FRANJUL, Miguel, *Bosch: noventa días de clandestinidad*, Santo Domingo, Franjul, Analistas y Asesores, S.A., 1998, pp.249-251 (N. del E.).

Reitero que en ningún momento pudimos tener tratos con nadie para organizar una guerrilla sin que nos diéramos cuenta de lo que estábamos haciendo. Eso puede advertirlo cualquier persona medianamente versada en el arte de escribir que lea el comunicado oficial que dio a los periodistas, el 5 de febrero, la Oficina de Relaciones Públicas de la Secretaría de Estado de las Fuerzas Armadas; en ese comunicado se aprecia fácilmente que el párrafo tercero en el que se dice que yo aparezco “seriamente comprometido como inspirador de esa trama contra la paz pública [*es decir, del desembarco de Caracoles*]”, fue un párrafo metido ahí a martillazos después que el total del comunicado había sido escrito sin mencionarme y sin aludir a “otros líderes políticos”.

En ese párrafo se decía, además, que contra esos otros líderes y contra mí se iniciará una vez formalizado el expediente de lugar, la acción judicial correspondiente.

Pero el día 17 de ese mes, el secretario de las Fuerzas Armadas ni aludió a esos “otros líderes” ni se acordó de mencionar “la acción judicial correspondiente”. Sólo dijo que “en el momento oportuno” se darán a conocer todas las pruebas que “comprometen al profesor Juan Bosch en el desembarco guerrillero de Caracoles”; y ese silencio sobre los “otros líderes” y sobre “la acción judicial correspondiente” tiene una importancia grande porque equivale a una retirada táctica, para decirlo en el lenguaje militar que debe serle grato al contralmirante Jiménez; una retirada que es una manera de decir que no habrá “acción judicial correspondiente” y que no ha habido “otros líderes” por la simple y sencilla razón de que nunca hubo la “gran cantidad de papeles y documentos” en que aparecemos comprometidos esos “otros líderes” y yo.

Ahora bien, en esta oportunidad en que se ha hecho evidente a los ojos de todo el mundo la verdad sobre las acusaciones que me hicieron, según dijo el Dr. Balaguer, las Fuerzas

Armadas y no él (como si él no hubiera dicho lo que dijo por radio y televisión el día 7 de febrero), es oportuno que yo les diga al secretario de las Fuerzas Armadas y al país esto que sigue:

Repito que nadie sabe mejor que yo que ni el PRD ni ninguno de sus dirigentes tuvieron que ver con la guerrilla de Caracoles, pero cientos de perredeístas estuvieron presos largo tiempo y todavía a la hora en que escribo estas palabras (Jueves Santo a las 6 de la tarde) se hallan encarcelados en La Romana los dirigentes del PRD en aquella ciudad, compañeros Julio César Sepúlveda, Ramón López Rivera y Gregorio Antonio Líder, ¡acusados nada más y nada menos que de conexiones con la guerrilla!

Una puerta de mi casa fue arrancada con todo y marco, en pleno día, como si aquel fuera el hogar de un asesino en el cual se hubiera cometido un crimen espantoso y se hubiera dejado encerrado el cadáver; se allanaron casas de amigos y familiares míos algunas varias veces, y una de ellas fue la humilde morada de mis suegros, dos ancianos nonagenarios.

Juan Bosch

23 de abril de 1973.

BOSCH DICE NO VA A ENTABLAR POLÉMICA*

He aquí el texto de la declaración:

El Dr. Héctor Pereyra Ariza sabe que cuando voy a hablar de un problema técnico busco los mejores asesores en la materia. En eso soy completamente diferente de su jefe, el Dr. Balaguer. Por ejemplo, poco antes de que el Dr. Pereyra Ariza decidiera hacerse balaguerista yo tenía necesidad de tratar públicamente el caso de un paranoico, y como la paranoia es una enfermedad mental y el Dr. Pereyra Ariza es siquiatra, no epidemiólogo, le pedí al Dr. Pereyra Ariza que me aconsejara sobre la paranoia. El Dr. Pereyra Ariza me llevó un largo trabajo sobre ese mal, que él mismo escribió, y que no pude usar porque lo consulté con otros tres siquiатras, sin decirles quién era el autor del trabajo, y los tres me dijeron que era un trabajo incompleto y muy superficial.

Por otra parte debo aclarar que el papel de un médico es salvar vidas, y que un médico que ocupa posiciones políticas (no técnicas) en su gobierno que mata dos jóvenes estudiantes en 8 días, es un profesional que respeta muy poco su profesión. Y debido a esa falta de respeto a sus funciones de salvador de vidas humanas no voy a polemizar con el Dr. Héctor Pereyra Ariza.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 2 de junio de 1973, p.1a.

BOSCH CONDICIONA REGRESO PÚBLICO*

De buenas a primeras cuando las personas conscientes de este país menos lo esperaban, apareció en el diario *El Sol* de Santiago (y solamente en *El Sol*, como si obedeciera a un plan destinado a restarle amplitud nacional) una declaración del contralmirante Ramón Emilio Jiménez hijo que el citado periódico publicó con las siguientes palabras:

“El secretario de las Fuerzas Armadas reiteró ayer que ‘en el momento oportuno’ se darán a conocer todas las pruebas que ‘comprometen’ al profesor Juan Bosch en el desembarco guerrillero de Playa Caracoles”.

Esas brevísimas declaraciones tuvieron mala suerte, porque aparecieron en *El Sol* el día 17 de este mes y al día siguiente, el 18 apareció en el mismo diario la noticia de que Claudio Caamaño Grullón había pedido asilo en la Embajada de México, poniendo así punto final no sólo a una odisea personal que debería ser contada por un gran escritor, sino además colocando sobre el infortunado desembarco de Caracoles el sello de lo que pasa a ser acontecimiento histórico. Con el asilo de Claudio Caamaño Grullón terminó de manera definitiva la acción guerrillera que comenzó a principios de febrero, y ahora entra la historia a trabajar con los hechos que ella desató.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 23 de abril de 1973, p.14.

Pero sucedió que Claudio Caamaño habló; habló antes de asilarse y las cosas que dijo fueron publicadas por *El Sol* el día 18, lo que quiere decir que al mismo tiempo que el secretario de las Fuerzas Armadas aseguraba que éstas publicarían “en el momento oportuno” no simplemente las pruebas que me comprometen en el desembarco de Caracoles sino “todas las pruebas” (como si dispusieran de un saco de ellas); a ese mismo tiempo, repito, Claudio Caamaño Grullón decía en *El Sol* (y no en el *Listín Diario* y *El Caribe*, como si alguien hubiera conseguido que los demás diarios de la mañana del país perdieran interés en asunto tan importante) que “el Partido Revolucionario Dominicano y sus líderes no tuvieron vinculación alguna con el desembarco por Playa Caracoles”; luego afirmó “que el profesor Juan Bosch, el Dr. José Francisco Peña Gómez, ni el PRD tuvieron participación en las gestiones que culminaron con el desembarco por la playa azuana”; y como si quisiera hacer bueno aquel refrán de que al que no quiere caldo que se le den tres platos, repitió por tercera vez la negativa cuando “descartó la vinculación del profesor Bosch, del Dr. Peña Gómez y del partido blanco con el movimiento que gestó la expedición, y con el desembarco”. Y así ha venido a suceder que de los tres sobrevivientes de la trágica pero heroica aventura de Caracoles, dos (Peña Jáquez y Caamaño Grullón) han declarado, libres de presiones (ni siquiera de carácter moral, porque ninguno de los dos es o ha sido nunca perredeísta) que ni el PRD ni sus líderes tuvieron nada que ver con la organización, la entrada en el país o la actuación de la guerrilla que comandó el Héroe de Abril.

Eso, desde luego, lo sabíamos y lo sabemos mejor que Toribio Peña Jáquez y que Claudio Caamaño Grullón y que el contralmirante Jiménez hijo todos los dirigentes del PRD, que no somos sonámbulos y por tanto no pudimos tener en ningún momento tratos con nadie para organizar una guerrilla

sin que nos diéramos cuenta de lo que estábamos haciendo; y eso puede advertirlo cualquier persona medianamente versada en el arte de escribir que lea el comunicado oficial que dio a los periodistas, el día 5 de febrero, la Oficina de Relaciones Públicas de la Secretaría de Estado de las Fuerzas Armadas; en ese comunicado se aprecia fácilmente que el párrafo tercero, en el que se dice que yo aparezco “seriamente comprometido como inspirador de esa trama contra la paz pública” (es decir, del desembarco de Caracoles), fue un párrafo metido ahí a martillazos, después que el total del comunicado había sido escrito sin mencionarme y sin aludir a “otros líderes políticos”.

En ese párrafo se decía además que contra esos “otros líderes” y contra mí “se iniciará una vez formalizado el expediente de lugar, la acción judicial correspondiente”. Pero el día 17 de este mes el secretario de las Fuerzas Armadas ni aludió a esos “otros líderes” ni se acordó de mencionar “la acción judicial correspondiente”. Sólo dijo que “en el momento oportuno” se darán a conocer todas las pruebas que “comprometen” al profesor Juan Bosch en el desembarco guerrillero de Caracoles”; y ese silencio sobre los “otros líderes” y sobre “la acción judicial correspondiente” tiene una importancia grande porque equivale a una retirada táctica, para decirlo en el lenguaje militar que debe serle grato al contralmirante Jiménez; una retirada que es una manera de decir que no habrá “acción judicial correspondiente” y que no ha habido “otros líderes” por la simple y sencilla razón de que nunca hubo la “gran cantidad de papeles y documentos” en que aparecemos comprometidos esos “otros líderes” y yo.

Ahora bien, en esta oportunidad en que se ha hecho evidente a los ojos de todo el mundo la verdad sobre las acusaciones que me hicieron, según dijo el Dr. Balaguer, las Fuerzas Armadas y no él (como si él no hubiera dicho lo que dijo

por radio y televisión el día 7 de febrero), es oportuno que yo les diga al secretario de las Fuerzas Armadas y al país esto que sigue:

Repito que nadie sabe mejor que yo que ni el PRD ni ninguno de sus dirigentes tuvieron que ver con la guerrilla de Caracoles, pero cientos de perredeístas estuvieron presos largo tiempo y todavía a la hora en que escribo estas palabras (Jueves Santo a las 6 de la tarde) se hallan encarcelados en La Romana los dirigentes del PRD en aquella ciudad, compañeros Julio César Sepúlveda, Ramón López Rivera y Gregorio Antonio Líder, ¡acusados nada menos que de conexiones con la guerrilla! Una puerta de mi casa fue arrancada con todo y marco, en pleno día, como si aquel fuera el hogar de un asesino en el cual se hubiera cometido un crimen espantoso y se hubiera dejado encerrado el cadáver; se allanaron casas de amigos y familiares míos, algunas varias veces, y una de ellas fue la humilde morada de mis suegros, dos ancianos nonagenarios. El Dr. Balaguer llegó a la infamia de decirle al padre del coronel Caamaño en una carta pública, que después de habernos comprometido con su hijo nosotros lo habíamos abandonado por cobardía o por irresponsabilidad (y si es cierto que no nos mencionó por nuestros nombres, él sabía que aludía a nosotros y todo el país lo sabía tan bien como él).

Ahora bien, yo voy a dejar la clandestinidad cuando lo disponga la Comisión Permanente del PRD, y espero que eso sucederá pronto porque la Comisión Permanente entiende (y yo comparto su opinión) que la presión internacional le impide al Dr. Balaguer actuar contra mí como pensaba hacerlo hace todavía poco tiempo. Pero antes de salir quiero declarar lo que sigue:

Un oficial de la Policía fue cancelado, como se hizo público, porque no me detuvo cuando hice una visita a la Casa Nacional del PRD el 12 del pasado mes de marzo, y sin embargo si

ese oficial hubiera tratado de detenerme habría tenido que matarme, porque si salí de la clandestinidad momentáneamente ese día, lo hice para cumplir una tarea política, no para dejarme prender ni humillar por nadie, y desde ahora quiero hacerle saber al país que cuando abandone la clandestinidad próximamente, lo haré con la misma disposición de ánimo; así, pues, la autoridad civil, policial o militar que pretenda detenerme que lo haga únicamente si está dispuesta a matarme en el acto, porque como no he cometido ninguna clase de violación de la ley no voy a tolerar de ninguna manera que se atropellen mis derechos ciudadanos.

Yo fui presidente de este país; un presidente que llegó al poder por la voluntad del Pueblo, no traído por invasores extranjeros ni puesto en el Palacio Nacional mediante fraude, un presidente que no derramó una gota de sangre dominicana, que no maltrató ni siquiera con el pensamiento ni a civiles ni a militares; un presidente que no le proporcionó a nadie la manera de quedarse con un centavo del Pueblo. En pocas palabras, fui un presidente digno y vivo con la dignidad con que goberné y quiero morir y moriré con esa dignidad intacta.

Cuando digo que vivo con la dignidad con que goberné no quiero referirme a que vivo en un palacio rodeado de guarda-espaldas y con numerosos automóviles, puesto que no tengo ni casa ni automóvil; me refiero a que no calumnio, no tengo queridas, no me embriago, no persigo ni deshonro a nadie. Y cuando digo que quiero morir y moriré con esa dignidad intacta no me refiero a que tendré honras fúnebres con ríos de coronas ni con música sacra en las estaciones de radio; quiero decir que en el lugar en donde se pretenda humillarme ahí mismo habrá que matarme, y los matadores y quienes le ordenen el crimen, que se enfrenten después al juicio de la historia.

Tal vez ellos no sabrán qué dirá la historia de sus actos. Yo sé qué dirá de los míos, y lo saben también todos los dominicanos que aman a su patria.

BOSCH SUJETA SALIDA*

Leo en los periódicos de hoy, sábado 28 de abril, un comunicado de las Fuerzas Armadas y de la jefatura de la Policía Nacional en el cual se dice que por instrucciones del Dr. Balaguer se me ofrecen “todas las garantías y toda la protección personal que se estimen necesarias para facilitarle (a mí) el lícito ejercicio de todos sus (mis) derechos civiles y políticos”.

Con estas líneas me dirijo a la Comisión Permanente del PRD para informarle públicamente que estoy en disposición de aceptar lo que ella ordene en relación con los términos del mencionado comunicado; pero debo decir que en mi opinión mi salida de la situación de clandestinidad en que me encuentro hace ya casi tres meses debe ser por lo menos simultánea con la orden de libertad de los compañeros dirigentes perredeístas de La Romana, Sepúlveda, González y Líder, presos bajo la falsa acusación de haber mantenido conexiones con la guerrilla; y además que quede sin efecto la persecución de que ha venido siendo objeto, al mismo tiempo que yo, el secretario general de nuestro Partido, Dr. José Francisco Peña Gómez.

El comunicado de las Fuerzas Armadas y de la jefatura de la Policía Nacional ha sido el producto del tesón con que el PRD y sus líderes hemos sido defendidos por la opinión pública nacional e internacional, y especialmente del tesón con

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 30 de abril de 1973, p.4.

que todos los organismos del Partido, comenzando por los comités de base, se han mantenido reclamando que se respetaran nuestros derechos.

A ellos, a los partidos nacionales y extranjeros, a las personalidades del país y otros países, a la prensa escrita y a la hablada que nos han defendido, ¡muchas gracias!

28 de abril, Día de la Infamia.

BOSCH REFUTA OPINIÓN*

El hábito de la mentira, que practican con tanto entusiasmo los altos funcionarios del gobierno dominicano, llevó al señor César Herrera, uno de los sesenta y tantos secretarios de Estado que tiene el país, a decir por televisión que “Bosch ofreció un ‘show’ al ocultarse” y repitió que el Gobierno nunca me ha perseguido.

Desearía que el señor Herrera le explicara al país, entonces, por qué dos mayores, uno de la Policía y otro de la Marina, arrancaron de cuajo, con todo y marcos una puerta de mi casa y por qué los cascos negros rompieron una por una todas las cerraduras de las puertas que estaban cerradas; por qué se hicieron buscándome cientos de allanamientos en todo el país, la mayor parte de los cuales no se dieron a conocer por deseo de los dueños de las casas allanadas, todos amigos míos y familiares o miembros conocidos e importantes del PRD; y por qué, en última instancia, su jefe el Dr. Balaguer ordenó al secretario de las Fuerzas Armadas y al Jefe de la Policía que me ofrecieran garantías para que yo abandonara la clandestinidad. Si se me ofrecieron garantías, era desde luego porque no las tenía; ¿o es que el señor Herrera tiene alguna otra explicación para esa oferta?

Debo darle al público un detalle interesante:

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 1º de mayo de 1973, p.4.

En la mayoría de los allanamientos hechos en busca mía participó el teniente Toribio Arias Sánchez, el mismo que se halla ahora detenido acusado de haber participado en el asesinato de Gregorio García Castro.

Voy a terminar esta nota con una propuesta al Dr. Balaguer: que emita un decreto cambiando el nombre del cargo que desempeña el señor César Herrera; que en lo sucesivo, y mientras él lo desempeñe, ese cargo se llame jefe de Desinformación del Palacio Nacional.

EL PREMIO NOBEL DE LA PAZ
PARA LUIS ECHEVERRÍA*

Muy distinguido señor Greve:

Apoyándome en mi condición de ex Jefe de Estado de un país de la América Latina (la República Dominicana), presento a la consideración del Instituto Nobel, que Ud. dirige, al Lic. don Luis Echeverría Álvarez, presidente de los Estados Unidos Mexicanos, como el mejor candidato para recibir el Premio Nobel de la Paz en este año de 1975.

El Lic. Echeverría Álvarez merece ese honroso galardón por haber logrado llevar al seno de la Asamblea de las Naciones Unidas celebrada en el mes de diciembre de 1974 su propuesta de que se elaborara una Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, documento que era indispensable para completar la estructura jurídica de las Naciones Unidas. Esa Carta fue aprobada por 120 votos a favor, 6 en contra y 30 abstenciones, y esas cifras por sí solas dan una idea clara del entusiasmo que despertó en los países más pobres y débiles del mundo, que son los más numerosos, la propuesta del gobierno mexicano y la necesidad que tenía la organización mundial de un instrumento jurídico de su naturaleza y de sus proyecciones. La Carta de los Derechos y los Deberes Económicos de los Estados, señor director, es un documento

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 3 de marzo de 1975, p.1 / p.4.

tan importante para la mayor parte de la humanidad, que vive en países pobres y débiles, que su simple acatamiento de parte de los países económicos y militarmente poderosos sería de gran ayuda para mantener la paz del mundo.

Recientemente se ha usado con significación alarmante la palabra “guerra” por parte de estadistas de nombradía mundial precisamente porque algunos de los países que votaron a favor de la Carta de los Derechos y los Deberes Económicos de los Estados han llegado a acuerdos para fijarles precios justos a sus productos de exportación y otros que se hallan en la misma lista han dado a conocer su intención de actuar como lo hicieron, por ejemplo, los exportadores de petróleo. Para la República Dominicana, mi país, que es exportadora de azúcar, café, bauxita y níquel, sería altamente provechoso asociarse a países que exporten esos mismos productos a fin de conseguir precios que beneficien a su pueblo, y eso podría hacerlo la República Dominicana y podrían hacerlo otros países dentro de los lineamientos generales de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados si esa Carta fuera adoptada y respetada por los países que disponen de poderío económico y militar suficiente para usarlo como una amenaza contra los más pobres y débiles; y es bien sabido que una nación de gran poder ha modificado sus leyes de comercio internacional para responder con amenazas de tipo económico a los países que se han puesto de acuerdo para subir a límites justos o que se acercan a lo justo, el precio de las materias primas que producen, las cuales representan, en muchos casos, más del 80 por ciento de sus exportaciones. Esas amenazas tienen como objetivo no tanto forzar la baja, por ejemplo, del precio del petróleo, como impedir que otros países se asocien con la finalidad de fijar precios más altos para otras materias primas; digamos, para el azúcar, el café, la bauxita y el níquel.

Por debajo de la aparente paz del mundo (que de todos modos no es una paz realmente mundial puesto que se combate con las armas más modernas en países como Viet Nam y Cambodia, hierva la amenaza de agresiones desatadas a causa de la necesidad que tienen los pueblos más pobres y más desvalidos de recibir mejores precios por sus productos de exportación; y en el orden jurídico internacional, lo único que puede evitar que esa amenaza se convierta en hechos es que se ponga en vigor, como tratado mundial, la Carta de los Derechos y Deberes de los Estados, obra del Lic. Luis Echeverría Álvarez, y nada contribuiría más a hacer patente eso a los ojos del mundo que destacar la figura del autor de esa Carta otorgándole el Premio Nobel de la Paz del año 1975.

Permítame agregar, honorable señor director, que al dar el Premio Nobel de la Paz al Lic. Luis Echeverría Álvarez se les haría justicia no sólo a él sino al pueblo de México, que aunque ha sido invadido por fuerzas extranjeras varias veces y ha perdido a causa de algunas de esas invasiones tanto territorio, sino más, como el que actualmente posee, nunca ha agredido a país alguno. México, distinguido señor director, ha tomado las armas sólo para defenderse de enemigos que lo han atacado o para derrocar a sus opresores. Cuando no ha podido impedir que otros países tomaran decisiones injustas o perjudiciales para un pueblo de América, México se ha negado a acatar esas decisiones, como hizo cuando rechazó el acuerdo de la Organización de Estados Americanos (OEA), por el cual se aisló diplomática y comercialmente a Cuba de los demás países del Nuevo Mundo. En esa ocasión el respeto de México a los pueblos hermanos se hizo patente porque la gran nación de Benito Juárez siguió manteniendo relaciones de todo tipo con Cuba, y en ese momento, honorable señor Director, hacer eso era una manera de luchar por la paz en América y en el mundo.

Por último, conceder el Premio Nobel de la Paz al Lic. Luis Echeverría Álvarez sería también una manera de honrar la América Latina, pues desde el Río Bravo, que forma una parte de la frontera de México con los Estados Unidos, hasta el extremo Sur de América, hay varios países, hay varias naciones, pero hay un solo pueblo que admira a sus grandes hombres, hayan nacido en Argentina o en Brasil, en Chile o en Venezuela, en Guatemala o en el Perú, y ese solo pueblo de la América Latina ama la paz, lucha por la paz y la desea y la reclama para todos los hombres de la Tierra.

Le saluda, honorable señor Director, con la más alta consideración,

Juan Bosch.

CARTA A NEIT NIVAR S.*

Muy estimado Mayor General:

Es un placer escribirle en ocasión de felicitarlo por las medidas disciplinarias que ha tomado con los oficiales y clases de la Policía Nacional que aparecieron responsables de la agresión ejercida contra miembros y simpatizantes del Partido de la Liberación Dominicana el domingo 25 del pasado mes de septiembre cuando concurrían a una actividad partidista en el Barrio de Villa Consuelo. Esas medidas tienen el mérito de que sin ser innecesariamente rigurosas, provocan en la ciudadanía un sentimiento de confianza en la actuación de los agentes del orden público.

Me permito recomendarle que transmita mis parabienes a los miembros de la comisión investigadora, el coronel Dr. Manuel Antonio de los Santos Amarante y los tenientes coroneles Ramón Matías Abreu y Agustín Rivera Aquino.

Juan Bosch

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 4 de octubre de 1977, p.1 / p.12.

CARTA A JOAQUÍN BALAGUER*

Dr. Joaquín Balaguer
Presidente de la República
Palacio Nacional.

Distinguido amigo:

En el periódico *Última Hora* de esta ciudad de ayer jueves 21 de octubre, página 4, se informa que el coronel Luis Ramón Pimentel Soto, de la Policía Nacional, que está a cargo del Departamento Sudeste, con asiento en San Pedro de Macorís, “habló con los periodistas en la Oficina de Relaciones Públicas de la Policía, en Santo Domingo, con autorización del General Nivar Seijas”, y dijo que de los cinco peledéistas detenidos en San Pedro de Macorís, tres lo fueron “el viernes por un agente policial que casualmente los ubicó distribuyendo material subversivo de la Línea Roja del 14 de Junio, una organización comunista pro-China que opera en el territorio nacional”, y que al día siguiente, es decir el sábado, “una patrulla del Ejército detuvo a los otros dos por dedicarse a la misma actividad”.

Dijo también el coronel Pimentel Soto que “en ningún momento se presentó nadie al Destacamento a interesarse por la suerte de los cinco hombres”, y el periódico *Última Hora*

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 23 de octubre de 1976, p.1 / p.4.

copia sus palabras que fueron las siguientes: "...lo que pasó es que nadie fue al Destacamento, ni familiar ni abogado ni nadie". Todo esto indica que así como el jefe de la Policía Nacional fue engañado por sus subalternos de San Pedro de Macorís el coronel Pimentel Soto lo fue también por los suyos, pues no es verdad que esos peledeístas fueron arrestados tres el viernes y dos el sábado, ni es verdad que nadie se interesara por ellos y lo es mucho menos que estuvieron distribuyendo material subversivo de la Línea roja del 14 de Junio.

La verdad es la que paso a comunicarle inmediatamente:

Ramón Hernández Colomé y Cristino del Castillo fueron detenidos el domingo a las 9 y media de la mañana por dos soldados cuando se hallaban en el Callejón de Ortiz visitando a los vividores de ese sitio, a los cuales les explicaban qué es el Partido de la Liberación Dominicana y les mostraban el periódico *Vanguardia del Pueblo*. Hernández Colomé y del Castillo fueron amarrados con alambre eléctrico con las manos a la espalda, llevados a la Fortaleza México donde otros soldados con grande algarabía procedieron a golpearlos gritando que eran dos comunistas peligrosos y luego los llevaron a una celda con varios presos y allí estuvieron hasta el lunes cuando los condujeron al cuartel de la Policía donde fueron interrogados y de donde los mandaron al juzgado y de ahí otra vez a la Fortaleza México.

Por su parte Fermín Mateo Valdez, Ramón Matías y Ulises Mazara fueron detenidos el mismo domingo, a las 9 y media de la mañana por un policía de apellido Berroa, en la calle K esquina O del barrio Restauración, cuando estaban realizando las mismas actividades que Hernández Colomé y del Castillo; conducidos a la Policía donde fueron entregados a un teniente que los llevó al Servicio Secreto, estuvieron allí hasta el martes, cuando los llevaron al juzgado y del juzgado fueron enviados a la Fortaleza México.

Estando los cinco juntos en la Fortaleza México les exigieron que limpiaran el bache o dieran 3 pesos cada uno.

El domingo en la mañana, minutos después de haber sido llevados a la Policía, Mateo Valdez, Ramón Matías y Ulises Mazara, dos dirigentes del PLD en San Pedro de Macorís, fueron a reclamar a la Policía y se les amenazó con golpearlos si no se retiraban inmediatamente de frente al Destacamento. El coronel Pimentel Soto no se encontraba allí en ese momento y por tanto lo que él dice procede de informaciones interesadas. Ahora bien, el coronel Pimentel Soto dijo en la rueda de prensa que los “volantes que repartían los peledéistas llamaban a la ciudadanía a desobedecer a las autoridades legítimas de la Nación”, y esa es una acusación muy grave, que no solamente calumnia a nuestro Partido sino que compromete para el resto de sus vidas la tranquilidad de esos cinco jóvenes acusados por él de una manera arbitraria.

Desgraciadamente el Partido de la Liberación Dominicana no tiene ninguna autoridad de este país a quien dirigirse en demanda de justicia, porque no hay en ninguno de los departamentos del Gobierno autoridades lo suficientemente serias, responsables o capaces para darse cuenta de cuándo perjudican a una institución o a un ciudadano con acusaciones ligeras impropias de funcionarios públicos.

Sin embargo, el Partido de la Liberación Dominicana quiere dejar expresado públicamente su mentís categórico a lo que ha dicho el coronel Pimentel Soto y su protesta por las acusaciones que se nos han hecho, que son falsas de toda falsedad. Nuestra conducta está avalada por nuestros hechos en el gobierno y en la oposición y ni el coronel Pimentel Soto ni nadie en este país tiene autoridad para desmentirnos.

Terminamos esta carta pidiéndole que ordene una investigación hecha por personas de reconocida imparcialidad y que

no pertenezcan a cuerpos que hayan demostrado su animadversión contra nosotros y su inclinación a inventar pruebas de delitos que no se han cometido.

Atentamente le saluda.

Juan Bosch
Presidente

ACLARACIONES SIN QUEJAS*

En el *Listín Diario* del sábado (página 11) aparece un titular que dice “Bosch alerta Pueblo contra el fascismo”, y en el primer párrafo de la crónica encabezada por ese titular se afirma que “el ex presidente Juan Bosch alertó anteanoche al pueblo dominicano sobre la posibilidad de que en el país se cierna una dictadura fascista semejante a la que subyuga a la República de Chile”, y sucede que yo no dije tal cosa ni podía decirla a menos que renegara de las palabras siguientes, escritas en abril de 1975.

“El que habla en nuestro país de peligro fascista debe ser enviado a una escuelita preprimaria de política...” (véase en el número 18 de *Vanguardia* el trabajo titulado “Fascismo, democracia reformista y otros errores políticos graves”).

Lo que dije en el Club San Lázaro el 11 de este mes en el acto que organizó el Comité Dominicano de Solidaridad con la Democracia Chilena fue que lo que sucede en cualquier país de la América Latina está llamado a suceder en todos los demás. Ahora bien, en la misma ocasión en que hablé del fascismo tal como acabo de decirlo expliqué que “la pequeña burguesía (chilena) de camioneros y pulperos y empleados que se lanzó a la lucha para derrocar al gobierno de Allende por miedo al comunismo (es decir, por miedo a verse rebajada

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 15 de septiembre de 1980, p.6.

al nivel del proletariado), no se organizó en un partido fascista sino que actuó bajo la dirección de Patria y Libertad que era un grupo de francas inclinaciones fascistas. Pero hay que tomar en consideración que los acontecimientos de Chile no les dieron a esos pequeños burgueses civiles y militares que mataron a Allende el tiempo necesario para formar un partido fascista”.

Yo no creo que en Chile hay un régimen fascista. El fascismo fue ejercido dondequiera que alcanzó el poder por un partido político que se apoyaba en los órganos de seguridad del Estado y en organizaciones paramilitares propias, y en Chile, como en la Argentina, como en Uruguay y ahora en Bolivia, lo que hay son dictaduras formadas por los órganos de seguridad del Estado que a su vez organizan fuerzas paramilitares suyas, que no se apoyan en partidos políticos ni toleran la existencia de partidos.

De todos modos, el *Listín Diario* no es el periódico que más deformó las palabras que dije el día 11 de este mes en el Club San Lázaro; hubo uno que puso en mi boca la aseveración de que en los países latinoamericanos no existe el capitalismo porque como aquí no hubo feudalismo “no puede existir el primero y por tanto no puede haber desarrollo de la burguesía”.

Lo que dije fue que el capitalismo brotó del feudalismo, cosa que no pudo suceder en América Latina porque aquí no se conoció ese régimen social; que nuestro capitalismo fue formado tardíamente para servir a los intereses de Europa y los Estados Unidos, razones que explican su condición de dependiente. En los Estados Unidos tampoco hubo feudalismo, pero ese país fue fundado en su época colonial por gentes que salieron de Europa con ideas capitalistas para formar una sociedad capitalista y acabaron estableciendo el primer Estado capitalista, en sus estructuras y sus apariencias, que conoció la historia.

Hago aclaraciones, no expongo quejas. Si el director del *Listín Diario* se quejara de lo que aparece diciendo sin haberlo dicho sus quejidos se oirían en Marte. Los que escribimos para periódicos, revistas y libros deberíamos tener por brevario, para leerlo por lo menos una vez cada quincena, un delicioso artículo de Pablo Neruda en que cuenta episodios de las transformaciones que sufrieron muchos de sus versos al ser publicados o reproducidos.

Pero Neruda era poeta, y la poesía es un arte en que los interesados son menos que los que se creen políticos y viven al acecho de que alguien aparezca diciendo algo incorrecto para caerle encima con intenciones demolidoras, y por esa razón un político debe hacer de vez en cuando aclaraciones sin quejarse de que lo pongan a decir lo que no dijo.

EL PRESIDENTE GUZMÁN NO DEBE IR A PUERTO RICO*

Se asegura que el presidente Guzmán va a aceptar la invitación que le ha extendido Carlos Romero Barceló para que se haga presente en el acto en que el último se juramentará para ejercer durante cuatro años más el cargo de gobernador de Puerto Rico, y como pensamos que don Antonio no debe hacer ese viaje queremos explicar los motivos que nos llevan a pedirle que no acepte la invitación de Romero Barceló.

El primero de ellos es que su presencia en tal acto equivaldría a un reconocimiento de que el ganador legítimo de las elecciones celebradas en Puerto Rico el 4 de noviembre fue Romero Barceló, y ese reconocimiento no sería el de una persona llamada Antonio Guzmán sino el del jefe del Estado de la República Dominicana, lo que equivale a decir que para un alto número de puertorriqueños la visita del presidente Guzmán sería en los hechos la declaración oficial de que nuestro país considera buena y válida la victoria electoral de Romero Barceló sobre el candidato a gobernador del Partido Popular.

Las elecciones llevadas a cabo en Puerto Rico hace menos de dos meses han sido tan embrolladas que a esta fecha no se da por terminado el conteo de los votos que corresponden a candidatos a senadores y diputados de varios distritos, y son

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 29 de diciembre de 1980, p.6.

muchos los puertorriqueños que se niegan a aceptar que Romero Barceló tenga títulos legales para seguir siendo el gobernador de la isla. De ir a su toma de posesión el presidente Guzmán se ganaría la animadversión de los puertorriqueños que no le reconocen a Romero Barceló el derecho a titularse gobernador, lo cual no es nada conveniente para la República Dominicana como país ni para los varios millares de dominicanos que viven en Puerto Rico.

Pero hay otra razón que aconseja que don Antonio Guzmán no acepte la invitación de Romero Barceló, y es la de que no debe repetir el error en que ha caído dos veces; el de reconocerle al gobernador de Puerto Rico una categoría que no le reconoce el gobierno de los Estados Unidos ni ningún otro del mundo.

En un viaje hecho a Puerto Rico poco después de hacerse cargo de la presidencia de la República, el presidente Guzmán firmó con Romero Barceló una declaración conjunta en la que el último figuraba como jefe de Estado, cosa que no es ni puede ser porque Puerto Rico no es Estado sino territorio de un Estado que se llama Estados Unidos; y en un viaje que hizo a nuestro país en este año de 1980 Romero Barceló fue recibido por el presidente Guzmán con honores de jefe de Estado, incluyendo en el recibimiento la participación de un batallón del ejército dominicano y del cuerpo diplomático acreditado ante el gobierno nacional, y por si todo eso fuera poco, incluyendo también los clásicos 21 cañonazos que se disparan en todas partes para recibir a los jefes de Estado.

Parece que nadie ha querido decirle al presidente Guzmán que hay cosas que un jefe de Estado no puede hacer; o quizá no se lo han dicho debido a que en su gobierno no hay quien sepa cómo debe conducirse un jefe de Estado. Esto último es posible porque como hemos dicho un montón de veces, en la sociedad dominicana hay una clase dominante pero no hay

una clase gobernante, y como falta la clase gobernante no hay ni puede haber representantes suyos ni al nivel social ni al del gobierno. En cuanto a la gente común y corriente, esa no tiene la menor idea de que en el mundo hay reglas para todo, lo mismo para los juegos como el ajedrez, el boxeo o la pelota que para lo que hacen los jefes de Estado.

Hay reglas para el gobernante y también para los que lo rodean. Por ejemplo, ¿por qué se le dice a Antonio Guzmán Su Excelencia? ¿Desde cuándo se autorizó que el título de presidente significara que el que lo lleva es más excelente que los otros dominicanos? Lo que distingue al Presidente de la República es su cargo, no ninguna condición de excelencia.

Entre las cosas que no puede hacer un jefe de Estado una es aceptar invitaciones de extranjeros que no sean jefes de Estado, y Romero Barceló no lo es. Más aún, no podría serlo aunque lo quisieran él y todos los puertorriqueños porque el gobernador de Puerto Rico no es ciudadano puertorriqueño, y sin ser ciudadano puertorriqueño no podría ser jefe del Estado de Puerto Rico así como uno que no sea ciudadano dominicano no puede ser jefe del Estado dominicano. Para que Romero Barceló pudiera ser jefe de Estado, Puerto Rico tendría que declararse Estado libre y soberano, esto es, República de Puerto Rico; y en el caso de que quedara convertido en un Estado de los Estados Unidos, tampoco podría su gobernador ser jefe de Estado porque la palabra estado, usada como porción de los Estados Unidos, sólo tiene categoría de provincia.

Todos los puertorriqueños son ciudadanos de los Estados Unidos, no de Puerto Rico, lo mismo el más humilde de los campesinos que el gobernador Romero Barceló, y como ciudadano de los Estados Unidos Romero Barceló no puede ser tratado como jefe de Estado porque el jefe de Estado de los Estados Unidos no es él; es Jimmy Carter.

Ir a la toma de posesión de la gobernación de Puerto Rico que hará Carlos Romero Barceló sería para Antonio Guzmán una manera de rebajar su categoría de presidente de la República Dominicana, y como ya la había rebajado dos veces a causa de aceptar una invitación anterior de Romero Barceló y de firmar con él un comunicado conjunto en el cual se le llamaba a Romero Barceló jefe de Estado, y además por haberle hecho aquí honores que no le correspondían, no ir ahora a Puerto Rico sería la mejor manera de reconocer que antes se comportó en perjuicio de su jerarquía y que ahora rectifica y decide actuar de acuerdo con las reglas del juego que se les aplican a los jefes de Estado.

EL ACUERDO DE SAN JOSÉ:
UN COMPROMISO DEL QUE DEBEMOS SALIR*

En un periódico de la tarde se dijo ayer que si la República Dominicana dejara de participar en el llamado Acuerdo de San José perdería 100 millones de dólares al año, y nosotros creemos que si no consigue librarse, aunque sea de manera temporal, de las obligaciones que contrajo al firmarse el Acuerdo de San José, el país va a pagar muy cara la locura que hizo cuando pasó a formar parte del Acuerdo.

Atraídos por el espejismo de que el gobierno iba a economizar millones de dólares, los funcionarios que dirigen la economía y la política internacional del gobierno dominicano se tiraron de cabeza, sin saber nadar, en un charco cuya profundidad no conocían ni sospechaban siquiera, y para nuestro mal, no tenían —ni tienen todavía— la menor idea de que administrar un Estado no es lo mismo que administrar una empresa privada. El ejecutivo de una firma comercial o industrial puede hacer un pedido de muchos miles de pesos y anularlo con una simple llamada telefónica, pero un compromiso entre Estados obliga al más débil, y siempre al más débil, a cumplirlo hasta las últimas consecuencias; y al integrarse en el Acuerdo de San José la República Dominicana resulta ser más débil que Venezuela y que México, lo mismo en tamaño que en el orden económico.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 9 de enero de 1981, p.6.

Cuando metieron al país en el Acuerdo de San José, los funcionarios del gobierno perredeísta que encabeza don Antonio Guzmán sólo atinaron a ver que al pasar a ser parte de la combinación de poderes petroleros bautizada con el nombre de la capital de Costa Rica que formaron México y Venezuela, el gobierno dominicano iba a beneficiarse porque percibiría por lo menos 53 millones de dólares en este año de 1981, pero ninguno de esos funcionarios tuvo el buen tino de consultar a los dominicanos que saben algo de petróleo, de su composición, refinamiento y mercadeo; y era lo menos que podían hacer porque cuando se habla de ese mineral líquido que se conoce con el nombre de oro negro debe tenerse en cuenta, antes que nada, que quien lo domina en nuestro país es una compañía poderosa, capaz de meterse al gobierno en un bolsillo y, como se decía en tiempos lejanos, capaz también de venderlo y hacerle cargar el dinero de la venta.

Por de pronto, nosotros tenemos años, no uno ni dos sino varios años diciendo que la llamada Refinería Dominicana de Petróleo es un alambique, no una refinería, y que por tanto no refina petróleo crudo sino que separa los derivados que vienen mezclados en el llamado reconstituido, y nadie negó lo que decíamos; no podía negarlo nadie porque lo que decíamos era la verdad. Sin embargo, ninguno de los funcionarios gubernamentales que tomaron parte en la negociación para meter al país en el Acuerdo de San José tomó en cuenta lo que habíamos dicho acerca de la incapacidad de la tal Refinería Dominicana para refinar el petróleo crudo. ¿Cómo, pues, se llegó a creer que nosotros podíamos refinar el petróleo mexicano? Y si no podíamos refinarlo, ¿qué íbamos a hacer con 14 mil barriles diarios de ese petróleo? ¿Enjuagarnos la boca con él?

Pero si supusiéramos que podíamos refinarlo, no hubo uno solo entre los negociadores dominicanos que supiera, y si no lo

sabía que tratara de saberlo, si era fácil traer el petróleo mexicano a Haina, y en caso de serlo cuánto nos costaría traerlo.

México es un país petrolero en el que no funciona ninguna de las compañías que mercadean el petróleo en todo el mundo, y esas compañías son las dueñas de los llamados buques cisternas o buques tanques, un tipo de barco que sólo sirve para ese fin. Lo que acabamos de decir indica que México no dispone, ni directa ni indirectamente, de buques tanques que le permitan transportar su petróleo a la República Dominicana, y como nosotros tampoco tenemos de esos buques, ¿quién iba a traer a Haina el petróleo que nos vendería México? ¿Sería Venezuela? ¿Y desde cuándo tiene Venezuela barcos cisternas? ¿Quién es el dueño de los que traen a nuestro país el petróleo venezolano? ¿No es la Shell?

Después que los representantes del gobierno de don Antonio Guzmán firmaron el Acuerdo de San José y comprometieron con sus firmas al Estado dominicano descubrieron que nosotros no podíamos refinar aquí el petróleo de México y les propusieron a Venezuela y a México que el último enviara a Venezuela el petróleo que debía enviar a nuestro país para que Venezuela se quedara con él y nos enviara la misma cantidad, pero de petróleo venezolano reconstituido, porque la mal llamada Refinería Dominicana puede separar únicamente ese petróleo de Venezuela, y como no se tomaron el trabajo de consultar a técnicos petroleros, fueran dominicanos o extranjeros, no se enteraron de que Venezuela no podía recibir petróleo mexicano porque no le sirve para nada.

Por el momento, Venezuela, que quiso hacer respetar el compromiso hecho por el gobierno de don Antonio Guzmán cuando firmó el Acuerdo de San José —el de reducir a 14 mil barriles diarios los 28 mil barriles diarios que compraba en ese país—, aceptó mantener la situación tal como ésta era antes de que la República Dominicana entrara a formar parte

del Acuerdo; y la mantendrá durante noventa días. Pero noventa días son apenas tres meses y en tres meses será imposible hacer algo que pueda transformar la incapacidad en que nos hallamos para refinar o transportar hasta nuestro país el petróleo mexicano.

La única salida que tenemos es la de volver a la posición anterior, como se dice en lenguaje militar, lo que equivale a negociar con México y con Venezuela que nos permitan salir del Acuerdo de San José sin que tengamos que pagar esa salida con dinero o con obligaciones de tipo político, y que se nos conceda el derecho de entrar de nuevo en él cuando estemos en condiciones de beneficiarnos de esa entrada, y no, como estamos ahora, metidos hasta el pescuezo en un compromiso en el que nos hemos metido sin saber ni cuándo ni cómo ni por qué.

HAY CRISIS, PERO NO ES NI LEGAL NI POLÍTICA *

¿Por qué se dice que el veto del presidente Guzmán a la Ley de Gastos Públicos de 1981 ha provocado una crisis que pone en peligro la institucionalidad?

¿Qué quiere decir la palabra institucionalidad?

Si viene de institución se relaciona, sin duda, con el tipo de organización que tiene el Estado dominicano, y de ser así ni el presidente de la República violó la ley fundamental de ese Estado al devolverles a las cámaras legisladoras la Ley de Gastos Públicos ni las cámaras la violaron al votar esa ley como a sus miembros les pareció que debían votarla.

Lo que rige la vida de un Estado es su constitución política, y la Constitución dominicana establece en su artículo 37, párrafo 12, que es atribución del Congreso “Votar el Presupuesto de Ingresos y Ley de Gastos Públicos y aprobar o no los gastos extraordinarios para los cuales solicite un crédito el Poder Ejecutivo”.

El Poder Ejecutivo hace el proyecto de ley que se llama Presupuesto de Ingresos y Ley de Gastos Públicos, y el párrafo 23 del artículo 55 de la Constitución dice que una de las atribuciones de ese poder es “Someter al Congreso, durante la segunda legislatura ordinaria, el proyecto de Presupuesto de Ingresos y Ley de Gastos Públicos correspondientes al año

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 13 de enero de 1981, p.6.

siguiente”. Pero léase bien, lo que él somete es un proyecto que sólo pasa a ser ley después que las dos cámaras legislativas votan sobre ese proyecto para aprobarlo como llegó a sus manos o para modificarlo como lo tengan a bien.

Toda ley de la República tiene que ser obra de los legisladores, y estos son nada más los senadores y los diputados, de manera que el sólo hecho de que una disposición legal se llame ley indica que ha sido hecha por los senadores y los diputados. Si el presupuesto o Ley de Gastos Públicos fuera obra del Poder Ejecutivo se llamaría decreto presidencial, porque quien lo firma es el presidente de la República.

En el caso del presupuesto nacional para 1981 se han cumplido todos los requisitos que manda la Constitución nacional, y esos requisitos se han cumplido también en lo que se refiere al veto presidencial puesto que el veto, que en el lenguaje constitucional se llama observación, está autorizado por el artículo 41 de la propia Constitución con estas palabras: “Toda ley aprobada en ambas Cámaras será enviada al Poder Ejecutivo. Si éste no la observare, la promulgará dentro de los ocho días de recibida y la hará publicar dentro de los quince días de la promulgación; si la observare, la devolverá a la Cámara de donde procedió en el término de ocho días a contar de la fecha en que le fue enviada...”.

No hay, pues, base para ningún género de crisis, ni política ni legal, en el hecho de que las cámaras hayan modificado el proyecto de Ley de Gastos Públicos que les envió el presidente Guzmán ni en el hecho de que el presidente Guzmán haya observado o vetado o devuelto a las cámaras esa ley. Pero en el país hay una crisis, agravada momentáneamente por la falta de coordinación entre lo que se quiere hacer y lo que se hace, y sobre todo porque la conducta de las cámaras legislativas, totalmente correcta, les ha parecido a las personas del pequeño grupo que dirige la política del gobierno un atentado

imperdonable a la majestad del Poder Ejecutivo, y porque éste, sin ninguna necesidad de hacerlo, vetó una ley que él podía, y puede todavía modificar cuantas veces le convenga por la vía de la solicitud de transferencia de fondos. De hecho, el Gobierno no respetó la Ley de Gastos Públicos de 1979 ni la de 1980 y no tuvo que vetarlas.

La crisis nacional es el resultado de la falta de una clase gobernante, falta que se refleja a través del PRD. El enorme atraso de la sociedad dominicana es lo que explica la existencia de un partido que al llegar al poder se convirtió en cuatro partidos entre los cuales hay enemistades profundas; esa falta explica también que el ejercicio de deberes constitucionales por parte de los legisladores y del presidente de la República haya sido presentado ante el país como una crisis fatal, casi mortal.

¿O será que los legisladores y el Poder Ejecutivo soplaron la flauta por casualidad, sin saber lo que hacían?

EL MIEDO AL COMUNISMO DIRIGE LA POLÍTICA DE ESTADOS UNIDOS EN EL SALVADOR*

En América hay países independientes diminutos, como Barbados, que tiene 450 kilómetros cuadrados; Granada, que tiene 344; Santa Lucía, que tiene 616; San Vicente-Granadinas, que tiene 345. Pero en el territorio continental ninguno es tan pequeño como El Salvador, con una superficie menor que la de Haití, éste con 27 mil 750 kilómetros cuadrados y El Salvador con 21 mil 156. Sin embargo ese país cuya pequeñez le ha valido el sobrenombre de Pulgarcito de América, con una población que no llega a 5 millones, tiene tan preocupado al gobierno de los Estados Unidos como si fuera una gran potencia que pone en peligro la existencia de los 222 millones de personas que viven en los más de 9 millones de kilómetros cuadrados de la patria de Abraham Lincoln y Ronald Reagan.

Acabamos de mencionar el nombre de Reagan y debemos aclarar que no lo hacemos porque estemos creyendo que él ha sido el iniciador de la política salvadoreña de su gobierno; de ninguna manera. Sabemos, como debe saberlo todo el que esté siguiendo a través de las noticias los sucesos de El Salvador y la posición norteamericana en relación con ellos, que antes de que Reagan pasara a ser presidente de los Estados Unidos, Jimmy Carter envió a la junta que encabeza Napoleón Duarte armas, dinero y consejeros militares porque Carter y

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 20 de febrero de 1981, p.6.

su gobierno consideraban, como lo consideran Reagan y sus secretarios de Estado y de Defensa, que las guerrillas salvadoreñas son una amenaza mortal para el enorme y poderoso país que Carter gobernó y Reagan gobierna.

¿Hay razones que justifiquen esos miedos carterianos y reaganistas?

Parece que abundan los norteamericanos que no comparten esos miedos, y entre ellos está el caricaturista Dennis Renault. Renault trabaja en un periódico llamado *La Abeja* de Sacramento, y para dar de manera gráfica su opinión hizo una caricatura en la que aparecen Reagan y su secretario de Estado el general Haig, el primero sentado y el segundo de pie, los dos ante un escritorio sobre el cual se ve un mapa de América Central. La escena tiene lugar en la Oficina Oval de la Casa Blanca a juzgar por la presencia de la bandera norteamericana a la izquierda de Reagan y por el trazo de la cornisa del cielo raso, que es curvo.

Además de los dos personajes mencionados, en la caricatura aparecen dos generales con uniformes recargados de medallas y estrellas y cordones colgantes, los ojos ocultos tras espejuelos oscuros. El que se halla en primer plano señala hacia Honduras con su mano izquierda, en la que arde un enorme cigarro, y cubre con el índice y el dedo del corazón el lugar donde se supone que se encuentra El Salvador, y como todo en esa caricatura induce a creer que de lo que están hablando Reagan y Haig y los dos generales es de América Central y muy especialmente de El Salvador, el lector queda sorprendido cuando lee el pie y halla que lo que está diciendo el encopetado general es esto: "Si nuestros consejeros militares no tienen éxito, bombardeamos Hanoi y minamos Haifón, entonces defoliamos Danang y Hue y plantamos aldeas estratégicas aquí, alrededor de Saigón". En pocas palabras, lo que dijo Dennis Renault es que los gobernantes y los generales

norteamericanos están viviendo en los días de Viet Nam, cometiendo los mismos errores políticos, estratégicos y tácticos que cometieron en Viet Nam; y que ese criterio de Renault es compartido por muchos norteamericanos nos lo dice el hecho de que su caricatura fue publicada en un periódico de una ciudad del estado de California y reproducida a miles de kilómetros de Sacramento, nada menos que en el *New York Times*.

El error de los gobernantes norteamericanos en Viet Nam comenzó con Eisenhower, fue mantenido por Kennedy, ampliado por Johnson y llevado al paroxismo por Nixon y Ford; y para que el de El Salvador tenga las mismas características que aquel sólo hace falta que alguien resucite la teoría del dominó, creada para aplicársela al caso de Viet Nam, según la cual si ese país caía en poder del comunismo, tras él caerían todos los países de la región conocida con el nombre de Sudeste Asiático. Al comenzar el 1981, veintisiete años después de haber empezado la intervención norteamericana en Viet Nam, en el Sudeste Asiático hay tres países comunistas: uno de ellos es Viet Nam, el otro Laos, el otro Cambodia; y Laos y Cambodia fueron llevados al comunismo a la fuerza por la agresión militar norteamericana.

El Salvador viene hace mucho tiempo padeciendo gobiernos militares que no se han cansado de torturar y asesinar a los que consideran sus enemigos. Nada más en el año pasado fueron asesinados 10 mil hombres y mujeres, entre ellos personas tan alejadas de la posibilidad de ser comunistas como el arzobispo Oscar Arnulfo Romero y varias monjas norteamericanas; y esas matanzas, que ningún ser humano normal puede admitir como método aceptable de dirimir problemas políticos o sociales, no provocaron nunca una protesta del gobierno de los Estados Unidos, ni siquiera en los días en que Jimmy Carter se hacía llamar campeón mundial de la defensa de los derechos humanos.

La política salvadoreña de los gobiernos de Jimmy Carter y Ronald Reagan, como la vietnamita de todos los que tuvieron los Estados Unidos a partir de 1953, ha estado dirigida, en realidad, por el miedo al comunismo. Por miedo al comunismo ordenó Johnson en 1965 la intervención militar en nuestro país y todo indica que esa medida desesperada no logró impedir que el comunismo siguiera extendiéndose en la América Latina, lo que se explica porque el miedo al comunismo lo padecen los que disponen de riquezas, como sucede con muchos millones de norteamericanos, pero no los pueblos que tienen mayorías de hambrientos, como sucede con los de América Latina.

UN ARTÍCULO DE DOS SOBRE LA UNIDAD Y LA DIVISIÓN DE CENTROAMÉRICA *

Los latinoamericanos nos dividimos en Estados, algunos de los cuales se declaran de vez en cuando enemigos entre sí, pero los que hablamos español formamos un solo pueblo aunque a veces nos pongan a pelear unos contra otros como ha estado sucediendo recientemente entre peruanos y ecuatorianos.

En medio de las guerras y en los tiempos de paz los hijos de América Latina consideramos que la música folclórica argentina, boliviana, mejicana, cubana o venezolana es de todos nosotros; que los peruanos, los colombianos, los costarricenses, los puertorriqueños, son nuestros hermanos; que Darío, Vallejo, Neruda, Mir, Guillén, Cortázar, García Márquez, Rulfo, son nuestros poetas, nuestros escritores.

Ese sentimiento de comunidad humana es lo que explica que combatiendo a España venezolanos y neogranadinos llegaran hasta la altiplanicie de Bolivia; que un venezolano fuera presidente de Ecuador y otro lo fuera de Bolivia; que argentinos y chilenos fueran hasta Perú haciendo la guerra libertadora; que en las luchas por la independencia de Cuba, participaran puertorriqueños, peruanos, colombianos, dominicanos; que Bolívar y San Martín y Juárez y Martí sean héroes de todos nuestros pueblos y no sólo de aquellos en que nacieron.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 24 de febrero de 1981, p.6.

¿De dónde viene ese sentimiento de unidad tan fuerte?

De más de tres siglos de dominación española que forman las raíces históricas de la América Latina; de la lengua común que nos vincula como si fuéramos los hijos de unos mismos padres y también de la obra de nuestros héroes fundadores, porque las vidas de todos ellos —los guerreros, los maestros, los artistas— fueron lecciones formidables de unidad latinoamericana, y como entre ellos los hubo indios y negros, zambos, mulatos y blancos, todas las razas que pueblan las tierras de nuestros países aparecen a nuestros ojos hermanadas, aun la que explotó y aniquiló a los indígenas y la que esclavizó a los africanos. Lo que nos divide son las clases, no las razas.

Eso, que es una verdad irrefutable aunque la ignoren gobiernos poderosos y hombres cultos de muchas partes del mundo, es una verdad más profunda todavía, si cabe, cuando hablamos de América Central, porque hasta muy avanzado el siglo pasado, los cinco países que la componen fueron provincias de un mismo territorio, el llamado reino de Guatemala. En Guatemala habían empezado las luchas por la independencia en el año 1811; comenzaron en El Salvador y allí mismo se renovaron el 24 de enero de 1814 con un levantamiento popular. Para esos años se combatía contra España en México, donde en 1810 se había dado el Grito de Dolores, pero a partir del fusilamiento de Morelos el 22 de diciembre de 1815 las fuerzas revolucionarias mejicanas entraron en un período de decadencia que terminó cuando de los grupos más conservadores del país salieron un hombre y un plan que le darían dirección a la lucha. El hombre era el que había vencido a Morelos y se llamaba Agustín Iturbide; el plan tomó el nombre de Plan de Iguala y se resumía en pocas palabras: México sería independiente de España; españoles y mejicanos seguirían unidos, la

religión del Estado sería la católica, el país sería una monarquía constitucional, la corona le sería ofrecida al rey de España, Fernando VII.

La intendencia de Chiapas se adhirió al Plan de Iguala y además se declaró anexada a México, y eran nada menos que 74 mil de los más o menos 515 mil kilómetros cuadrados del reino de Guatemala. La noticia se supo en la capital de Guatemala el 5 de septiembre de 1821 y el día 15, en una reunión de personas notables encabezada por el capitán general español Gabino Gaínza, se acordó la aclaración de la independencia del reino con una condición: que sería legítima cuando la aprobara un congreso de las provincias, que eran Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. En otra reunión celebrada el 5 de enero de 1822, encabezada también por don Gabino Gaínza, se acordó la unión del antiguo reino a México, de donde saldría un ejército mandado por el general Vicente Filísola que fue recibido en la ciudad de Guatemala con aclamaciones, pero tuvo que seguir viaje hacia la provincia de El Salvador porque los salvadoreños habían vuelto a levantarse pidiendo la independencia de Guatemala, no su anexión a México.

Al cabo de un año de fracasos en El Salvador, Filísola volvió a la ciudad de Guatemala y convocó a un congreso de las provincias, que se reunió en la capital del antiguo reino y declaró el 1° de julio de 1823 que “las provincias representadas en esta Asamblea son libres e independientes de la antigua España, de México y de cualquiera otra potencia; y que no son ni deben ser patrimonio de persona ni de familia alguna”.

La nueva república fue bautizada con el nombre de Provincias Unidas de Centroamérica y sería gobernada por un triunvirato mientras se redactaba una constitución. La constitución quedó terminada el 22 de noviembre de 1824 y en ella se estableció, primero, que el país se llamaría República

Federal Centroamericana; segundo, que sería gobernado por un poder ejecutivo, uno legislativo y uno judicial; tercero, que estaría formado por cinco estados —las antiguas cinco provincias— y que cada uno de los cinco tendrían a su vez poderes ejecutivos, legislativos y judiciales completamente autónomos dentro de sus límites territoriales.

Como puede ver el lector, más que un Estado las llamadas Provincias Unidas de Centroamérica fueron la suma de cinco proyectos de Estados que seguirían llamándose centroamericanos aunque no tardarían en independizarse cada uno de los cuatro restantes. Pero la división en repúblicas independientes no lograría convertir en enemigos a los pueblos que durante tres siglos se habían considerado ramas de un mismo tronco, como lo demostraremos en otro artículo porque en éste no podemos hacerlo sin abusar del espacio que nos toca ocupar en el *Listín Diario*.

EL “PRESIDENTE” WALKER MURIÓ EN LA HORCA VENCIDO POR LA UNIDAD CENTROAMERICANA*

La República Federal de Centroamérica se desgranó en 1838, año en que Nicaragua, Honduras y Costa Rica se declararon independientes. En 1839 Guatemala aceptó esas separaciones y en 1841 El Salvador se proclamó Estado libre. Cinco años después Estados Unidos le arrebató a México 1 millón 418 mil kilómetros cuadrados de territorio y en enero de 1848, en una parte de ese territorio llamada California se descubrieron enormes depósitos de oro, lo que dio origen a una formidable movilización de aventureros que querían llegar rápidamente a California. La fiebre del oro llevó a muchos de ellos a darse cuenta de que la vía más corta para ir a California pasaba por Nicaragua y estaba formada en su casi totalidad por el río San Juan o Desaguadero, que iba de San Juan del Norte, en el Caribe, a San Carlos en la orilla del lago de Nicaragua, y de la orilla oeste del lago se pasaba fácilmente al Pacífico, donde se tomaba una embarcación que dejaba a los enfebrecidos buscadores de oro en California. El gobierno de Nicaragua le concedió con carácter de monopolio la explotación de esa vía a la Atlantic and Pacific Ship Canal Company de Cornelius Vanderbilt, que entre 1851 y 1856 llevó del Caribe al Pacífico 100 mil personas. El nombre que le dio el Pueblo a la empresa de Vanderbilt fue Compañía del Tránsito, y con él se conoce en la historia de Centroamérica.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 27 de febrero de 1981, p.6.

Desde que llegó al gobierno el título de Director del Estado, don Fruto Chamorro quiso someter a la Compañía del Tránsito a las leyes nicaragüenses y el resultado fue una rebelión y la formación de un gobierno encabezado por el Lic. Francisco Castellón que pasó a controlar la salida de la vía por el lado del Pacífico mientras las fuerzas de Chamorro controlaban la entrada del lado del Caribe, y a Castellón le salió en los Estados Unidos un partidario llamado William Walker que tomó el rumbo de Nicaragua con 55 hombres a los que se les iban a agregar 100 nicaragüenses.

Walker tenía poca edad pero era conocido en su país por una aventura que lo llevó a crear en México la República de la Baja California, de la cual se hizo nombrar presidente, y en Nicaragua, adonde entró con rango de coronel, llegaría a ser presidente, pero no de comedia teatral sino de verdad, con el apoyo de un ejército de norteamericanos conocidos en la historia de Centroamérica por el nombre de filibusteros, y además con reconocimiento de los Estados Unidos, cuyo representante, el ministro John J. Wheeler, estaba en el acto solemne en que recibió el cargo de jefe del Estado de Nicaragua.

A esa altura Walker había vencido a las fuerzas costarricenses que habían tomado la ciudad de Rivas y habían dejado allí 800 bajas, pero no había podido o querido aplastar a un grupo de nicaragüenses que comandaba en León el Dr. Máximo Jerez, y fue en León donde se reunieron fuerzas de El Salvador y Guatemala que llegaron a Nicaragua para hacerle la guerra al atrevido jefe filibustero. Al comenzar el mes de noviembre de 1856, en León había más de 3 mil soldados nicaragüenses, salvadoreños y guatemaltecos, y faltaba la aportación de Costa Rica, cuyo gobierno era el que había organizado la alianza centroamericana que iba a enfrentar a Walker y sus filibusteros.

El 22 de septiembre el “presidente” Walker autorizó por decreto el establecimiento de la esclavitud en Nicaragua,

medida con la cual pretendía conseguir el apoyo político y económico de los estados esclavistas de los Estados Unidos; el 24 las fuerzas aliadas ocuparon Managua y el día 2 de octubre entraron en Masaya; el día 31 tomaron Rivas, y después de ataques y contraataques que les llevaron el mes de noviembre, los aliados acabaron tomando las orillas oeste y sur del lago de Nicaragua y los costarricenses se dedicaron a asaltar y tomar uno por uno todos los buques que la Compañía del Tránsito tenía en el lago; al finalizar el año 1856 tomaron el fuerte de San Carlos con lo cual controlaron la entrada en el lago de los buques que pudieran llegar por el Desaguadero, y a partir de ese momento los refuerzos filibusteros que llegaran desde la costa atlántica de su país no serían de ninguna utilidad para Walker.

A pesar de eso a San Juan del Norte empezaron a llegar aventureros que iban de los Estados Unidos y se lanzaban contra las fuerzas costarricenses que ocupaban el Castillo Viejo, situado a orillas del Desaguadero, a más de medio camino entre San Juan del Norte y el lago de Nicaragua. En ese punto se combatió hasta en los barcos de los filibusteros, que fueron incendiados, como lo fue también el poblado que se hallaba al pie del castillo. Ahí se produjo la primera derrota importante de Walker; la otra tendría lugar en Rivas, donde sus hombres combatieron como fieras desde el 22 de marzo hasta el 27 de abril, cuando Walker abandonó la guerra para irse a los Estados Unidos, pero de allí volvería a Nicaragua en noviembre de 1857, y lo hizo bien acompañado de sus fanáticos partidarios a quienes lanzó a la toma del Desaguadero y del Castillo Viejo.

La vuelta de William Walker a Nicaragua sacudió a toda Centroamérica, cuyos cinco gobiernos, apoyados por sus pueblos, empezaron a prepararse para una nueva guerra que no fue necesario llevar adelante porque, puestos de acuerdo, los

comandantes de varios buques de guerra ingleses y norteamericanos, estos últimos llevados a eso por influencias de Vanderbilt, pidieron la rendición del impetuoso “ex presidente” de Baja California y Nicaragua. Walker se rindió; tras él se rindieron los filibusteros que ocupaban el Castillo Viejo y los barcos de su expedición, pero algún tiempo después el terrible jefe quiso repetir en Honduras lo que había hecho en Nicaragua y cayó preso de la dotación del *Icarus*, un buque de guerra inglés cuyo comandante lo entregó a las autoridades hondureñas y éstas lo condenaron a muerte en la horca, sentencia que se cumplió el 12 de septiembre de 1860.

William Walker pagó con su vida el error de no comprender que detrás de la división de Centroamérica estaba viva la poderosa unidad de los pueblos centroamericanos; una unidad que conserva toda su fuerza hoy, ciento veinte años después de la muerte del osado jefe filibustero.

EL DISCURSO PRESIDENCIAL TERMINÓ SIENDO PROPAGANDA DEL PRD PAGADA CON FONDOS PÚBLICOS*

Todos los 27 de febrero el presidente de la República pronuncia un discurso ante los senadores y los diputados reunidos en Congreso. Naturalmente, ese “todos” se refiere a los años en que ha habido Congreso, que no han sido los 137 cumplidos por la República desde el 1844.

¿Por qué dice el jefe del Estado ese discurso anual?

Porque sin que sepamos ni cuándo ni cómo se ha ido formando una tradición que según entendemos no es muy vieja, pues si es cierto que en la Constitución de la República hay un párrafo —el número 22 del artículo 55— que tiene relación temporal con el 27 de febrero, también lo es que en él no se menciona para nada el discurso presidencial. Ese párrafo dice nada más que al jefe del Poder Ejecutivo le corresponde “Depositar ante el Congreso Nacional, al iniciarse la primera Legislatura Ordinaria el 27 de febrero de cada año, un mensaje acompañado de las memorias de los secretarios de Estado, en el cual dará cuenta de su administración del año anterior”; y depositar un mensaje no significa leer ese mensaje. Pero es el caso que desde hace algún tiempo los presidentes de la República no se conforman con depositar el mensaje sino que lo leen, y en algunas ocasiones hasta lo improvisan, o improvisan partes importantes, lo que puede llevar a algunas personas

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 2 de marzo de 1981, p.6.

de esas que llamamos quisquillosas a pensar y hasta a decir que en ese punto en la República Dominicana no se cumple la Constitución.

Si alguien piensa así, debe saber que un funcionario del Estado no viola la Constitución por hacer lo que ésta no prohíbe, y hasta donde llega nuestro conocimiento constitucionalmente no se prohíbe que el jefe del Poder Ejecutivo diga un discurso ante el Congreso en el momento de entregar a los legisladores las memorias de un año de gobierno; pero no nos cabe duda de que el presidente Guzmán trató en su discurso del viernes pasado de cosas que no tenían nada que ver ni con su condición de jefe de Estado ni con los informes de los secretarios de Estado que fueron depositados por él en el Congreso, y en ese caso sí fue violada la Constitución.

Lo que estamos diciendo sucedió cuando el presidente Guzmán se acercaba al final del mensaje que leía no sólo ante los congresistas sino también ante los embajadores de los gobiernos que mantienen relaciones diplomáticas con el país, cuya presencia debió haber sido tomada muy en cuenta porque cualquiera de ellos se conoce al derecho y al revés las reglas que se siguen en actos como el que estaba llevándose a cabo en el salón del Congreso Nacional, y al ser violadas esas reglas los señores embajadores debieron verse entre sí con asombro y pasarían a ver a los dominicanos con ese dejo de pena que se reserva para los que teniendo la obligación de saber lo que hacen no lo hacen o lo hacen mal.

El presidente Guzmán entró a pisar terreno falso cuando se dedicó a hablar de la medida con que deben actuar los políticos de este llamado Año de la Acción.

Ese tema no tenía nada que ver con las memorias del gobierno ni tenía nada que ver con ellas la garantía de elecciones libres que ofrecía “el Gobierno que presido”; pero mucho menos tenía que ver con el acto que se celebraba por mandato

constitucional aquello de que "...siempre he creído, como hombre del Partido, que en el Partido Revolucionario Dominicano, nuestro Pueblo tiene un valioso instrumento político a su servicio".

¿Por qué decía eso don Antonio Guzmán? ¿En qué memoria de cuál Secretaría de Estado se rendían cuentas de la bondad o la utilidad de los partidos?

El PRD es una institución de derecho privado que tiene con el Estado dominicano la misma relación que tiene el Hotel Lina o la tienda Los Muchachos o el Banco Popular, y así como el presidente Guzmán no tuvo la ocurrencia de mencionar en su discurso esos establecimientos, sin duda porque entendió que no había lugar para ellos, así tampoco debió mencionar al PRD ni tenía por qué decir que "Los Perredeístas (así, con mayúsculas) hemos demostrado que somos hombres de paz" y mucho menos hablar como si estuviera dirigiéndole la palabra a un mitin de miembros del PRD como lo hizo cuando le recomendó a ese partido que se preparara bien "para las próximas elecciones" porque "el trabajo de organización y la conquista de nuevos miembros, debe primar sobre cualquier otro tipo de labor partidaria", o aquello de "es necesario que el Partido Revolucionario Dominicano unifique sus esfuerzos y apresure sus tareas organizativas para concurrir a unas elecciones ejemplares, que este Gobierno propiciará en 1982".

Lo poco que el presidente Guzmán dijo con el propósito de presentar a la República Dominicana como un ejemplo en el concierto de las naciones rodó por el suelo cuando de buenas a primeras pasó de jefe de Estado a miembro del Comité Ejecutivo Nacional del PRD. Esa trasmutación inesperada operó de manera tan súbita que los que oían el discurso presidencial no pudieron darse cuenta de lo que estaba pasando, pero tenía sus antecedentes en los periódicos que habían salido ese mismo día, llenos de anuncios oficiales en que se presentaban juntas

las efigies de los Padres de la Patria y la del presidente Guzmán, y los tenía sobre todo en uno de ellos en el que en vez de efigies aparecía el escudo nacional, el membrete oficial de la Presidencia de la República y debajo una frase en la que se afirmaba que don Antonio Guzmán cumple lo que ofrece.

Todos esos anuncios, que por cierto fueron muchos, y no exageramos al decir que muchísimos, así como el acto del Congreso, se pagaron con fondos públicos, y eso sí que no está autorizado por la Constitución ni por los usos y costumbres de los países donde funciona la llamada democracia representativa. Más bien eso es un delito que se paga con prisión en Inglaterra, Francia, Alemania y hasta en los Estados Unidos.

NOTICIA Y VERDAD EN EL CASO DEL GOLPE MILITAR CONTRA EL RÉGIMEN POLÍTICO ESPAÑOL*

Es seguro que si se le pregunta a un hombre de la calle qué cosa es una mercancía responderá que tela para hacer un traje o algún artículo de los que se comen, pero difícilmente se hallará uno que coloque entre las mercancías la noticia, y sin embargo la noticia lo es como lo es todo lo que se vende y se compra para ser usado.

¿Quiénes venden las noticias y quiénes las compran?

En primer lugar, las agencias que se llaman precisamente agencias de noticias, entre las cuales están la Associated Press (AP), la United Press International (UPI), y en segundo lugar las venden los periódicos, los noticiarios de radio y televisión, que después de habérselas comprado a las agencias se las venden a los oyentes y videntes de radio y TV y a los lectores de periódicos y de publicaciones especializadas.

Hay noticias que aumentan las ventas de los periódicos y el prestigio de los programas de noticias que dan estaciones de radio y de TV, y éstas tienen un valor económico destacado. Tal ha sido el caso de la que se envió a todo el mundo con motivo del llamado golpe militar que tuvo lugar en la capital de España el 23 del pasado mes de febrero.

Cuando se produce una noticia de esa categoría los periódicos, o por lo menos algunos de ellos, piden ampliación, o

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 5 de marzo de 1981, p.6.

las agencias se las arreglan para enviar otras que se relacionan con la noticia original. Eso está sucediendo en el caso de la del golpe o amenaza de golpe militar que se dio en España: más de una semana después de haber fracasado en sus inicios siguen llegando comentarios relacionados con él, algunos que no son noticias sino colecciones de rumores, algo así como interpretaciones no autorizadas de que la conspiración golpista sigue en pie después de haber terminado en nada, o mejor dicho, en una caricatura de golpe.

Acabamos de escribir las palabras que le corresponden a lo que sucedió el 23 de febrero en la capital española: fue una caricatura de golpe ejecutada por unos cuantos militares de diferentes grados que no podían destruir el régimen político en que está viviendo España porque no representaban a una clase social que tuviera el poder necesario para conseguir ese fin. En España hay ya una clase gobernante de la que son partes fundamentales la mayoría de los comerciantes de todos los niveles; la mayoría de los financieros, también de todos los niveles; la mayoría de los industriales grandes y medianos y muchos pequeños; la mayoría de los profesionales y técnicos que forman la alta y la mediana pequeña burguesía, y también la mayoría de los militares, sobre todo los rangos mayores y medianos. Eso significa que los capitalistas españoles, que son la clase económica, social e ideológicamente dominante, pasó a ser la clase gobernante de España, y no habrían cuajado como tal si no hubieran contado con la adhesión consciente o ciega de las fuerzas armadas en su conjunto puesto que sin apoyo militar no puede haber clase gobernante.

Que un capitán general y dos o tres generales y algunas docenas de coroneles y tenientes coroneles no aprueben lo que esa clase gobernante está haciendo, o la manera como lo hace, es cosa que debe considerarse normal dada la confusión política que dejó tras sí la larga dictadura de Francisco Franco. Durante

cuarenta años estuvo diciéndose en España y fuera de España que Franco era fascista debido a que para tomar el poder se apoyó en un movimiento fascista que era numéricamente débil, la Falange Española que había organizado José Antonio Primo de Rivera. Pero lo que Franco acabó haciendo fue la revolución burguesa, que en España se llevó a cabo ciento cincuenta años después de haberse hecho la de Francia. A la muerte de Franco, lo que le faltaba a la revolución burguesa española era el traje de etiqueta de las revoluciones burguesas europeas, que consiste en el régimen político propio de la burguesía, esto es, lo que en Europa se conoce como democracia parlamentaria.

En esta hora de crisis política a nivel mundial el traje de la democracia parlamentaria aparece en Alemania, en Italia, en España manchado de sangre desatada por grupos terroristas, y en Francia apareció hace unos años, en los días de la guerra de independencia de Argelia, desgarrado con planes de asesinato del jefe del Estado, que por entonces era nada menos que Charles De Gaulle. Que los atentados de la ETA contra oficiales de las armas españolas hayan llevado a conspirar a unos cuantos generales y coroneles que no se habían adherido a la clase gobernante y que lo hayan hecho hasta el punto de organizar un golpe de Estado que se quedó como hemos dicho, en caricatura, no significa que los círculos militares de España están en rebelión larvada contra el régimen político del país.

No. Los muy contados oficiales de altos o medianos grados que no se consideraban parte de la clase gobernante española actuaron ya; lo hicieron el 23 de febrero y se movieron en un vacío político que los asfixió rápidamente. Ahora bien, los vendedores de noticias tienen que servir la mercancía que ha probado ser buena, pero aunque sea mercancía, la noticia no siempre es la verdad, y en el caso de España, no es verdad que su régimen político esté en peligro de ser destruido por un golpe militar.

HUELGA DE MÉDICOS*

La Dra. Rosa Julia de la Cruz, secretaria de lo Interior y Policía, declaró hoy para la prensa, según puede leerse en *Últimas Noticias*, que en su condición de médico les pedía a sus colegas que “no se sigan dejando utilizar por un político opositor”, y afirmó que “los directivos de la Asociación Médica Dominicana se reúnen por las noches con un líder de oposición, quien trama las acciones a desarrollar al día siguiente”, y por último, pidió a los médicos y simpatizantes del PRD que no se presten “al juego político que dirige uno de los enemigos del actual gobierno”.

Ese líder a quien la Dra. de la Cruz alude sin nombrarlo soy yo, y lo sé porque yo estoy mejor informado que ella de todo lo que se habla en su Secretaría y en cualquiera de los departamentos del Gobierno y por consiguiente tengo información segura de que en los centros oficiales se me está acusando de ser la persona que dirige la huelga de los médicos; y sé también que si la Dra. de la Cruz no ha dicho mi nombre es porque sabe que una acusación del tipo de la que ella ha hecho le costaría una demanda judicial y ella no tiene pruebas que presentar para salir bien de un juicio.

El chisme de que están haciéndose eco altos personajes del Gobierno al que le ha querido dar aspectos de verdad

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 18 de marzo de 1981, p.11.

esa declaración de la secretaria de lo Interior y Policía, se basa en la más pobre de las suposiciones: en que el Dr. Marcelino Vélez Santana es un viejo amigo mío que visita mi casa con frecuencia desde hace muchos años y que en estos días estuvo visitándome con motivo del proceso universitario en el cual él participó haciendo la presentación del candidato a rector victorioso, el Dr. José Joaquín Bidó Medina. Ahora bien, si los nexos del Dr. Vélez Santana conmigo son buenos deben ser más fuertes los que tienen con el presidente de la República, pues un hijo suyo está casado con una sobrina carnal de don Antonio Guzmán, y a nadie se le ha ocurrido la idea de pensar que don Antonio Guzmán tenga responsabilidad alguna, ni para mal ni para bien, en la huelga de los médicos.

Como la Dra. de la Cruz no tiene idea de lo que es el PLD y tal vez tampoco esté enterada de qué soy yo en ese partido, seguramente no sabe que si el PLD estuviera envuelto en la huelga médica los peledéistas que tendrían relación con tal huelga serían los miembros de la Comisión Sindical del Comité Central del Partido, no yo, porque como presidente del PLD mis funciones no son las de dirigir huelgas ni cosas parecidas. Ahora bien, yo sí sé quien provocó la huelga médica: fue el encarecimiento de la vida, que se hace sentir duramente en las vidas de los médicos que no figuran en el escaso número de los privilegiados y de los que no necesitan ejercer la medicina para sacar 3 mil pesos mensuales y disponer de auto, gasolina, reparaciones y chofer gratis, como le sucede a la Dra. de la Cruz.

La Dra. de la Cruz cae en pecado de ligereza cuando se dedica a hacer juicios basados en suposiciones, no en hechos comprobados y demostrables, y cuando sin darse cuenta de la categoría de su cargo alude a mí, sin atreverse a identificarme públicamente, calificándome como “uno de los enemigos del actual gobierno”.

La Dra. de la Cruz ignora que yo tengo un peso específico aquí, en mi patria, por la cual he hecho cosas que ni ella ni sus compañeros de gobierno serían capaces de hacer ni aunque vivieran quinientos años, e ignora también que su “actual gobierno” no tiene méritos para que yo lo considere o lo trate de enemigo.

DE LA PALABRA BOCÓN Y OTRAS PARECIDAS*

La lengua española está sometida a un proceso de alteración que se ejecuta sin tregua en todos los países donde se habla, empezando por el de su origen, España, donde es frecuente oír la palabra geografía, cuyo significado es descripción de la tierra, usada en lugar de país, o explicitar en sustitución de explicar. Pero en el caso de la República Dominicana lo que sucede no es precisamente eso, o eso nada más; aquí, al mismo tiempo que adulteramos la pronunciación y el sentido de numerosas palabras estamos perdiendo el conocimiento de muchísimas más, unas veces porque hemos dejado de usarlas, como sucede con el vocablo albricias, o con alharaca —que hace algunos años se oían a menudo—, y otras porque les atribuimos, por ignorancia, valores que no les corresponden sin que esos valores hayan sido trasladados a voces nuevas o diferentes.

Así, por ejemplo, ha pasado con la palabra bocón, cuyo significado conocían todos los dominicanos y cayó en desuso a tal grado que hoy no circula. Bocón es el único vocablo de la lengua con el cual podemos describir a una persona que a la vez que habla mucho tiene el hábito de echar bravatas al hablar.

Un echador de bravatas habladas es el que dice: “Voy a pronunciar un discurso que hará temblar la tierra”; o “Voy a pulverizar (con un discurso) al que se atravesase en mi camino”; o

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de abril de 1981, p.6.

“Voy a demoler (con mi verbo de trueno) esa acusación”; y habla mucho todo el que lo hace sin ton ni son, y sin el necesario control, de cosas dispares pero que además no tienen sustancia.

Generalmente los que califican, como se dice en el lenguaje de los técnicos, para recibir el título de bocones, tienen el don de la palabra pero no dominan ese don sino que al contrario, la palabra los domina a ellos; y los domina porque han traído al mundo la capacidad de hablar pero no han disciplinado esa capacidad con el estudio. Hablan bonito y sin embargo son incultos. En cierto sentido les pasa algo parecido a lo que les sucede a las cotorras y a los loros, que saben reproducir las palabras sin que alcancen a conocer su significado. Desde luego, en el caso de las cotorras su situación es una caricatura de la de los bocones porque estos saben cuál es el significado de muchas de las palabras que oyen y emplean, pero no estudian su lengua y por tanto no la dominan.

Bocón no es un insulto ni es un término peyorativo. Tampoco manco es un insulto sino el único vocablo que explica lo que es un hombre al que le falta un brazo o una mano, y lo mismo podríamos decir de cojo, tuerto, ciego —que ahora está en proceso de sustitución por no vidente—, desdentado, jorobado.

Toda persona que tenga el don de la palabra y se valga de él para vivir está en el deber de estudiar su lengua y de admitir que hay otras personas que la estudian y saben usarla. El hombre que llega a respetarse a sí mismo aprende a respetar a los demás, y una forma de hacerlo, si se refiere a un médico, es reconociéndole su dominio de la ciencia de curar y si se trata de un escritor admitiendo su conocimiento de la lengua. El que no es capaz de tener esa actitud no se respeta a sí mismo y en consecuencia no debe esperar que nadie lo respete. Pero además, para no merecer la calificación de bocón se debe hacer un esfuerzo a fin de no hablar sin ton ni son y no echar bravatas cada vez que habla.

Si Pedro Mir dice de alguien que es un bocón el aludido o mencionado debe consultar el diccionario de la Real Academia de la Lengua para saber qué quiere decir esa palabra porque está en la obligación de reconocerle a Pedro Mir su dominio de la lengua sin el cual no sería el gran poeta que es, y si esa persona aludida o mencionada por Mir habla mucho pero además al hablar echa bravatas, la calificación de bocón es justa, no un insulto. Las palabras insultantes son las que ofenden porque se refieren a la moral de la persona aludida o mencionada, y hablar más de la cuenta así como echar bravatas cada vez que se habla son actividades que no tienen relación con los valores morales a menos que las palabras y las bravatas sean dirigidas a atacar moralmente a alguien.

En cuanto a las palabras, su uso y su adulteración, hay algunas estrechamente conectadas con el tema que nos ocupa. Por ejemplo, hablador es aquel que habla mucho, con impertinencia y molestia del que lo oye, pero en la República Dominicana hablador pasó a ser “jablador”, y a este vocablo se le da en nuestro país significación de embustero, calumniador, difamador; de manera que ahí encontramos una palabra que en la lengua española tiene una acepción sin consecuencias de índole moral, y sin embargo en el español dominicano pasa a ser un insulto. A nuestra voz “jablador” le corresponde cierto parentesco con la española parlero, que es aquel que habla mucho pero también el que lleva chismes y cuentos de una parte a otra o dice lo que debiera callar o guarda poco secreto en materia importante.

Hay más palabras españolas parecidas en su dicción y en sus significados a hablador, como hablanchín, hablantín, parlanchín. Pero no vamos a ocuparnos de ellas. Lo que queríamos era explicar el sentido de bocón y de algunas voces relacionadas con ese vocablo, tan corto y sin embargo tan expresivo.

DE ERRORES Y FALSEDADES HISTÓRICAS

I*

Los informes y los testimonios que a menudo se usan como fuentes legítimas para escribir la historia se parecen a los lugares donde las aguas van amontonando, con el paso de los años, lo mismo piezas de algún valor que materiales podridos, y sólo los historiadores saben, muchos de ellos por instinto, cómo separar una cosa de la otra. Hay un ejemplo de lo que acabamos de decir, y es lo que se refiere de Miguel Soto en un libro titulado *La Revolución Dominicana de Abril vista por Cuba*.

El libro fue editado aquí por la Universidad Autónoma de Santo Domingo y en su presentación Emilio Cordero Michel, a quien los dominicanos que escriben historia estiman por su objetividad y su seriedad, dijo que los documentos que aparecían en ese volumen fueron “publicados en la *Revista Política Internacional*, Año 3, N° 10, Segundo Trimestre, órgano del Instituto de Política Internacional del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Cuba”; y como la Revolución Cubana es a su vez muy respetada por una gran cantidad de dominicanos, debemos dar por descontado que nada de lo que se dice en ese libro será puesto en duda por los simpatizantes que tiene en nuestro país la Revolución de Cuba.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 23 de abril de 1981, p.6.

En el libro hay un trabajo de un periodista a quien conocimos y tratamos muy de cerca y durante largos años. Se llamaba Luis Gómez-Wanguemert y era una persona tan cabal que nunca oímos a nadie decir de él una palabra que pudiera dejar dudas sobre su honestidad profesional; de manera que estamos seguros de que lo que escribió Gómez-Wanguemert en el órgano oficial del Instituto de Política Internacional del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Cuba tenía un doble aval: el de la reputación de su autor y el del prestigio de seriedad que hasta sus peores enemigos le reconocen a la Revolución Cubana, lo que significa que lo que dijo Gómez-Wanguemert era respetable por dos razones, y no sólo por una.

Sin embargo, en el trabajo de Gómez-Wanguemert, que comienza en la página 75, se dice —en esa misma página— que el día en que comenzó la Revolución de Abril “un supuesto líder obrero, Miguel Soto, electo diputado en las elecciones últimas, habló por radio en apoyo del triunvirato reaccionario que arrojó del poder al presidente Bosch”; y como puede atestiguarlo cualquiera de las muchas personas que saben al detalle qué cosas ocurrieron en Santo Domingo el 24 de abril de 1965, Miguel Soto no habló por radio para apoyar al gobierno derrocado ese día, y no podía hacerlo porque en la historia del movimiento sindical dominicano a Miguel Soto se le conoce por haber sido un luchador incansable en la defensa del pueblo y especialmente de los trabajadores. En la historia del movimiento sindical dominicano Miguel Soto tiene un sitio tan elevado que sólo lo supera el que ocupa Mauricio Báez debido a que a su figura de gran luchador obrero al último se le suma su prestigio de mártir de la tiranía trujillista.

Luis Gómez-Wanguemert no tenía noticias de quién era Miguel Soto, y nada lo demuestra mejor que las palabras con que se refiere a él: “... un supuesto líder obrero... electo

diputado en las elecciones últimas”. Alguien le hizo al conocido periodista cubano esa mala caricatura de Miguel Soto, y como en Cuba no se conocían ni la vida ni los trabajos de Miguel Soto debemos suponer que quien la hizo era un dominicano, probablemente uno que estaba en un campo político opuesto al del líder sindical. Por lo demás, sólo lo que dijera un dominicano sobre Miguel Soto podía merecerle fe a Gómez-Wanguemert, sobre todo si se tiene en cuenta que nada más un dominicano podía aparecer a sus ojos autorizado para decir que en ese agitado día 24 de abril había oído a Miguel Soto hablando por radio en Santo Domingo, y como Gómez-Wanguemert no era historiador no sabía que cuando se trata de acontecimientos históricos, todo lo que se diga en relación con ellos debe ser debidamente comprobado.

Un historiador, o alguien que sepa de manera instintiva cómo se deforman los hechos que están llamados a figurar en la historia, no acepta lo que se le dice sin pedir pruebas, aún cuando lo que se le esté diciendo aparezca en letra impresa o en documentos, sino que analiza lo que figura en libros o en artículos de periódicos, en declaraciones y cartas o memorias, porque sabe que tendrá que separar el material podrido de las piezas que tienen algún valor.

Pero hay historiadores que por razones atendibles, como la presión del tiempo en casos de trabajos de encargo, no pueden analizar los hechos de los cuales se ocupan aunque sea de manera marginal. Así, por ejemplo, un lector que sepa quién es Emilio Cordero Michel se da cuenta de que cuando escribió la introducción de *La Revolución Dominicana de Abril vista por Cuba* no pudo leer todo el material que iba a aparecer en ese libro, pues si lo hubiera leído habría puesto, o mandado poner, una nota al pie de la página 75 en la que se aclarara que Miguel Soto no era un supuesto líder obrero sino un líder auténtico, y muy honesto, de los trabajadores dominicanos, y además que

él no le dio apoyo al Triunvirato ni hablando por la radio ni de ninguna otra forma; que al contrario, lo combatió desde el 25 de septiembre de 1963 hasta que cayó derrocado precisamente el 24 de abril de 1965.

De errores y falsedades históricas se alimenta cierta gente que entre el material podrido y las piezas de valor prefiere el primero, y de ese tema tenemos que hablar otra vez porque conocemos casos notables de falsificación de la historia hecha por errores, por omisión o por perfidia.

DE ERRORES Y FALSEDADES HISTÓRICAS

II*

Un personaje de esos que sólo hallamos en los países de escaso desarrollo, pintoresco como él solo pero que se considera pro-hombre universal, hablaba en días pasados de nosotros y para hacerlo a su gusto basaba lo que decía en un libro escrito por un ex embajador de los Estados Unidos en cuyas páginas abundan las mentiras más triviales y también las más descaradas, unas y otras en número sorprendentemente alto.

Para responder a las innumerables mentiras de John Bartlow Martin haría falta escribir un libro tan voluminoso como el suyo, que tiene, en su versión inglesa, 720 páginas de texto en un tipo pequeño, y nosotros no disponemos de tiempo para eso porque el nuestro está destinado a una lucha noble, que es la de la liberación del pueblo dominicano, y no podemos dedicarlo a defender nuestra imagen de los ataques del señor Martin.

Las mentiras del ex embajador norteamericano son de varios tipos: las subjetivas, presentadas generalmente mediante supuestas frases mías dichas a él, o a él y algunas a los funcionarios de la Embajada que estaban bajo su mando, o sólo a estos pero transmitidas por ellos a él, presentadas también a través de juicios suyos, de informaciones falsas o chismes que no pueden ser comprobados por testimonios hablados o escritos de

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 28 de abril de 1981, p.6.

terceros; y las objetivas, que en muchas ocasiones el ex embajador distorsiona e interpreta según le conviniera para los fines que se propuso cuando escribió su libro. Pero hay algunas de esas mentiras que no son ni subjetivas ni objetivas sino simplemente mentiras inventadas sin que podamos decir cómo se originaron y para qué le servían a su autor.

De unas y otras de esas mentiras presentaremos ejemplos, pero queremos dejar en claro que los ejemplos no se darán porque aspiremos a defendernos de lo que el señor Martin dijo de nosotros o de lo que hayan dicho, extrayéndolo del libro de Martin, algún o algunos dominicanos, porque no nos interesa en absoluto desmentir lo que hayan dicho de nosotros el embajador de los Estados Unidos y sus portavoces criollos. Los hombres públicos son propiedad pública para lo bueno y para lo malo, y entre los que son sus propietarios hay gente que se equivoca o yerra y los hay malandrines y negociantes en honras, que viven de ese oficio como ciertos animales viven de comer carne podrida.

Vamos, pues, a dar un ejemplo de una mentira objetiva de las que pueden leerse en la edición original, hecha, como es natural, en lengua inglesa, del libro *Overtaken by Events* (New York, Doubleday & Company, Inc., 1966), y más tarde, en un tercer artículo, daremos la prueba objetiva de su falsedad, cosa que haremos también en el caso de la mentira subjetiva y de las que no son ni una cosa ni la otra sino invenciones de un hombre que es un representante cabal, en un aspecto muy peculiar, de la sociedad estadounidense, y de otro político de su país que llegó, por el traspatio, a la presidencia de su nación.

Lo que nos proponemos con estos artículos es demostrar que a la hora de escribir la historia los que creen que todo papel impreso es un testimonio histórico pueden confundirse porque muy a menudo los autores de esos papeles caen en

errores, como lo hizo el periodista cubano Luis Gómez-Wanguemert cuando se refirió al líder obrero Miguel Soto, o caen en falsedades por ignorancia o por perfidia. Muestras de lo que estamos diciendo son los siguientes hechos:

En la página 338 de su libro el señor Martin cuenta que en una parada o desfile militar que se dio en la avenida George Washington en horas de la tarde del día en que comenzaba el gobierno que presidimos en 1963 él vio que del seno de la multitud que estaba frente a los presidentes y otros personajes extranjeros —entre los cuales se hallaba Lyndon B. Johnson, entonces vicepresidente de su país—, alguien levantó un letrero que decía FALN [*Fuerzas Armadas de Liberación Nacional*, nota de JB], y agrega que ese era “el grupo terrorista de Castro [*Fidel*] que [*operaba*] en Venezuela. Súbitamente la multitud que estaba allí avanzó en oleadas, los policías y los soldados dominicanos la enfrentaron a bayoneta calada y la línea de los policías cedió. Yo me dirigí apresuradamente adonde el vicepresidente [*Johnson*], encontré a uno [*de los agentes*] del servicio secreto [*norteamericano*] y le dijo que corriera hacia el automóvil, que lo arrancara, y el vicepresidente y yo entramos en él y mientras la tropa empujaba a la multitud hacia atrás y llegaban más soldados, nosotros nos fuimos, con los agentes de nuestro servicio secreto trotando al lado de los guardalodos de alante. Un par de cuadras más allá oímos por radio que las tropas tenían la situación bajo control aunque dos hombres habían sido heridos a tiros”.

Hasta ahí llegó Martin, y en la página 573, contando las cosas que sucedieron la noche del golpe de Estado (primeras horas del 25 de septiembre de 1963) dice: “La señora Bosch llamó” (y entre paréntesis explica: “de Puerto Rico, según me dijeron después”, y ahí cierra el paréntesis para seguir diciendo): “... y su voz afilada por la histeria, me dijo (sic): Mi marido está arrestado y el Gobierno ha caído”.

Ambas historias son falsas, o para decirlo con más precisión, fueron dos mentiras, como quedará demostrado en otro artículo de esta corta serie.

DE ERRORES Y FALSEDADES HISTÓRICAS

III*

Lo que sucedió el 27 de febrero de 1963 en la avenida George Washington estuvo lejos de ser lo que contó John Bartlow Martin. Por la mañana, mientras íbamos de la casa en que vivíamos hacia el lugar donde tomaríamos posesión del cargo de presidente de la República vimos algunos letreros en que se le llamaba asesino al presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, que había venido al país a participar en los actos que se celebrarían ese día. Los actos tenían una razón de ser: que por primera vez en treinta y tres años pasaba a ser jefe del Estado un hombre elegido en una competencia de varios partidos, pues desde 1930 quien elegía gobernantes en la República Dominicana era Trujillo.

Además de Betancourt, que pocos años antes estuvo a punto de perder la vida en un atentado organizado por órdenes de Trujillo, habían venido al país el presidente de Costa Rica, Francisco Orlich; el de Honduras, Ramón Villeda Morales; el vicepresidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson; el primer ministro de Jamaica, Alexander Bustamante; el gobernador de Puerto Rico, Luis Muñoz Marín, y José Figueres, que había sido presidente de Costa Rica dos veces y lo sería una vez más.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 1 de mayo de 1981, p.6.

El portavoz dominicano de Martin que hace unos días les repetía a sus oyentes algunas de las mentiras que dijo en su libro el ex embajador norteamericano afirmó, con las mismas palabras con que lo había dicho Martin por escrito, que nosotros no habíamos invitado a Muñoz Marín a nuestra toma de posesión de la presidencia de la República, pero Muñoz Marín estaba ese día sentado con nosotros en la avenida George Washington viendo desfilas de tropas que nos rendían honores a todos los que estábamos allí; y Muñoz Marín no había sido invitado por nosotros sino por el gobierno que había tenido el país hasta las doce de ese día, que era el Consejo de Estado, porque era ese gobierno el que había cursado las invitaciones debido a que era el que ejercía el poder cuando se hicieron.

Entre las señales de decadencia que vienen dando los Estados Unidos desde hace cuarenta años una muy sutil, y por tanto poco apreciada, es el envío a cualquier parte del mundo de embajadores que no tienen ni sombra de preparación política y por tanto carecen de condiciones para darse cuenta de cuáles son los motivos políticos de ciertos hechos o conductas. Por ejemplo, Kennedy mandó a nuestro país a Martin, que era, o había sido, un escritor de discursos de tercer o cuarto orden con alguna experiencia en ese menester literario porque lo había ejercido para Adlai Stevenson cuando éste fue candidato presidencial—por ciento, fracasado—del Partido Demócrata, y Stevenson consiguió que Kennedy lo nombrara embajador en la República Dominicana, cargo al que llegó sin el menor conocimiento de esa ciencia-arte llamada política, que es más compleja que cualquiera otra porque su materia prima son los seres humanos, el más volátil de los elementos que pueblan la Tierra.

El momento de la historia dominicana en que a Martin le tocó ser embajador de los Estados Unidos era probablemente el más difícil del siglo XX, lo mismo desde el punto de vista

nacional que del internacional; pero a Kennedy esa situación, totalmente crítica, no le decía nada, y nos mandó como su representante personal y político a un hombre que no tenía condiciones para el cargo; que vivía a gran distancia de lo que estaba más obligado a conocer, que era la política, y de manera especial la política del país en el cual debía representar al jefe del Estado norteamericano nada menos que en los años 1962-1963, época en la que el Caribe ardía por los cuatro costados.

Más que haciendo las funciones de embajador, Martin pasó sus años dominicanos tomando notas para escribir un libro en el que los análisis psicológicos de los personajes que figuraran en él explicaran los hechos que se producían en el país, y la política, aunque los especialistas norteamericanos en la materia digan lo contrario, no se origina en causas psicológicas.

En el libro de Martin hay párrafos —pero no uno ni dos sino la mayoría— que están repletos de mentiras y en los que además el odio brota a raudales, como uno en el que cuenta una visita que nos hizo por razones médicas el Dr. Nicolás Pichardo, en el que aparecemos, sin que sepamos de dónde salió semejante disparate, dizque pidiendo una llamada telefónica para pedirle dinero a Luis Muñoz Marín, persona a quien no conocíamos aún, o arropándonos por miedo a un temblorcito de tierra que se presentó justo en el momento en que el Dr. Pichardo nos interrogaba para diagnosticar un dolor que teníamos en la mano derecha.

Pero de lo que nos proponíamos hablar era de la supuesta negativa nuestra a invitar a Muñoz Marín para que viniera al país a presenciar el acto de la toma de posesión de la presidencia de la República. Según Martin, la negativa se debía a que nosotros aspirábamos a dejar a Muñoz Marín, a Betancourt, a Figueres y a todos los demás (“and all others”, p.316) fuera del liderazgo de lo que él y los periodistas norteamericanos llamaban en esos años izquierda democrática; lo que indica no sólo

que creyó el cuento de que nos oponíamos a que Muñoz Marín estuviera presente cuando se hiciera el cambio de gobierno en el país, sino que además él había descubierto por qué nos oponíamos a que el gobernador de Puerto Rico fuera invitado a un acto en el que estuvo presente según lo atestigua el propio Martin en la página 338 de su libro.

DE ERRORES Y FALSEDADES HISTÓRICAS

IV*

Ese 27 de febrero de 1963, cuando íbamos de nuestra residencia hacia el acto que se celebraría en la avenida George Washington, comprobamos que ya habían sido borrados los letreros en que se le llamaba asesino a Rómulo Betancourt. Los había borrado la policía cumpliendo órdenes de su jefe, el general Belisario Peguero, a quien nosotros se lo habíamos pedido en horas de la mañana. Pero al parecer mientras los tanques de guerra esperaban turno para tomar parte en el desfile militar que se llevaba a cabo a poca distancia de donde estaban estacionados, alguien pintó en uno de ellos las mismas palabras que habíamos visto ese día en paredes de casas y en cercas.

El que hizo el trabajo de reproducir en un vehículo del Ejército la consigna antibetancourista fue sin duda una persona osada, puesto que debió llevar a cabo su tarea en algún momento muy corto, tal vez cuando los soldados se distraían viendo pasar los aviones que hicieron vuelos rasantes sobre el mar. El letrero, pintado en rojo, fue hecho sobre la pared lateral derecha del tanque, y por eso se explica que nosotros lo viéramos cuando todavía estaba por lo menos a 20 metros de distancia.

A fin de que los lectores puedan seguir todos los detalles del episodio que estamos relatando debemos explicar cómo se hallaban distribuidas, en lo que podríamos llamar el palco

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 4 de mayo de 1981, p.6.

presidencial, las personas que ocupaban ese palco, que a su vez había sido levantado en la acera norte de la avenida George Washington.

En la primera fila de sillas estábamos los presidentes y sus esposas; en la segunda fila estaban Bustamante, Muñoz Marín, Johnson, también con sus esposas los que las habían traído, pues nos parece recordar que Bustamante no trajo la suya, y sus acompañantes. Entre los que acompañaban a Johnson se hallaban Martin y otras personas que por lo que dice Martin en su libro eran agentes del servicio secreto de alguna dependencia del gobierno norteamericano.

Al ver el letrero en el tanque militar nuestra reacción inmediata fue volver los ojos hacia la derecha para observar al presidente Betancourt. Hasta ese momento Betancourt no había advertido nada anormal, pero unos segundos después lo vimos ponerse rojo, señal de que acababa de enterarse de lo que sucedía. Eso creímos nosotros, y, como era natural que lo hiciéramos, volvimos la vista al tanque, que para entonces estaba ya a 7 u 8 metros de nosotros, y a seguidas, de manera instintiva, la dirigimos hacia el punto donde se hallaba el vicepresidente Johnson, que nos quedaba quizá a 10 ó 12 metros hacia la derecha, aunque, como hemos dicho, en la segunda fila de sillas, lo que significaba que debimos volver en esa dirección no sólo la cabeza sino también toda la parte superior del cuerpo, y con un solo golpe de ojos nos dimos cuenta de que ni Johnson ni ninguno de sus acompañantes se habían percatado de lo que estaba sucediendo.

Aclaramos que lo que estamos contando pasaba tan de prisa que no creemos que llegara a tomar dos minutos, tiempo que puede parecerle al lector muy corto y sin embargo para nosotros fue más largo de lo que podríamos decir en este relato. Recordamos de manera muy viva que cuando el tanque pasaba ante nosotros le dedicamos una mirada a la multitud que

teníamos enfrente, agrupada en varios cientos de metros de la parte sur del paseo, y observamos que hacia el lado que nos quedaba, en dirección diagonal, a la derecha —el sitio que debía quedarles enfrente a Johnson y sus acompañantes— sobresalían algo así como dos cabezas de muñecos que nos parecieron hechos con telas pintadas. Tal vez eran sombrillas de colores cerradas llevadas por mujeres para protegerse del Sol, pero si lo eran nosotros no las identificamos como tales. Lo que podemos afirmar es que esos dos objetos, fueran lo que fueran, eran las únicas cosas que se veían por encima de la multitud.

Nadie podía ver allí una pancarta, y menos que nadie John Bartlow Martin, porque precisamente en esos momentos nosotros pasamos la mirada hacia el lugar donde se hallaba el vicepresidente Johnson y lo que presenciábamos fue a Martin que corría, sujetando con la mano derecha la puerta trasera izquierda de un automóvil negro, mientras un hombre que parecía norteamericano lo agarraba por el antebrazo izquierdo y hacía ademanes como si quisiera levantarlo en peso para meterlo dentro del vehículo, y quizá menos de 5 segundos después llegaban en carrera dos hombres que sujetaban, cada uno por un antebrazo, a Lyndon B. Johnson, a quien trataban de escudar sin que pudieran lograrlo porque a simple vista se notaba que ellos iban a rastras de él. Lo que veíamos del automóvil era su parte trasera, pero alcanzamos a darnos cuenta de que a su timón había una persona. De pronto pasó ante nuestros ojos una escena de película de gánsteres, pues al mismo tiempo que el que llevaba a Martin del antebrazo izquierdo lograba meter al embajador en el automóvil a puros empellones, la cabeza de Johnson, que sobresalía del vehículo desde la base del cuello, se agachaba y desaparecía dentro del auto y éste rompía marcha mientras que el acompañante de Martin tiraba la puerta y corría a agarrarse de la puerta delantera del mismo lado izquierdo del vehículo y se dedicaba a

correr a la misma velocidad de la máquina. Fascinados por lo que estábamos viendo seguimos con los ojos el automóvil, que desapareció rápidamente en dirección de la avenida Máximo Gómez; y después de haberlo perdido de vista volvimos a poner nuestra atención en el desfile que seguía su desarrollo sin la menor alteración.

Al parecer, de los que ocupábamos el palco presidencial sólo nosotros nos habíamos dado cuenta de cómo huyeron del lugar, igual que si los persiguiera un enemigo poderoso, el vicepresidente y el embajador de los Estados Unidos de América, la más grande potencia militar de la historia; y lo decimos porque ninguno de ellos se refirió, ni entonces ni después, a ese lamentable episodio.

DE ERRORES Y FALSEDADES HISTÓRICAS

V*

Si se han escrito libros con la intención de presentar a una persona como un caso irremediable de demencia, cobardía, incapacidad, debilidad de carácter y algo más, ninguno le gana a la obra de John Bartlow Martin, que fue usada por un personaje pintoresco de la vida dominicana para llevar a cabo su tarea de difamarnos. Pero sucede que en ese libro su autor cuenta un episodio de los muchos que figuran en él de manera aparentemente igual a como lo describimos nosotros en nuestro artículo anterior.

¿A qué se debe el parecido? ¿Es que en ese caso el embajador Martin dijo la verdad?

De ninguna manera. Es más, el relato que hizo él de la penosa huida con que el vicepresidente Johnson salió de un acto público que se celebraba, con la presencia de miles de personas, en la avenida George Washington de la ciudad de Santo Domingo, es un modelo de trabajo ejecutado para convertir en verdad una mentira. Cualquier lector puede creer fácilmente que Martin estaba diciendo la verdad cuando describió un corto instante —uno solo— de la fuga, y si lo cree transmitirá esa creencia a la totalidad del relato, y por tanto, también a todo lo que dice el autor en su libro; y sin embargo ese relato, como todo el libro, es un amasijo de mentiras dichas con una notable habilidad de manipulador.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de mayo de 1981, p.6.

Lo que nosotros contamos de la fuga de Johnson y Martin en el artículo número cuatro de esta serie no es igual a lo que dijo el autor de *Overtaken by Events*. En el artículo número dos traducimos lo que se lee en la página 338 de ese libro, que fue todo lo que Martin escribió acerca del episodio a que estamos refiriéndonos; y he aquí las mentiras que figuran en las 123 palabras escritas por él como se leen en la edición norteamericana de su obra.

Dice que “alguien levantó un letrero que decía FALN”, y a seguidas explica lo que significaban esas cuatro letras, y eso no sucedió. El letrero estaba hecho sobre un tanque de guerra y si Martin oyó la noticia del letrero la entendió mal e inventó una pancarta que sólo tuvo presencia en su imaginación.

Refiere que “súbitamente la multitud que estaba allí avanzó en oleadas, los policías y los soldados dominicanos la enfrentaron a bayoneta calada”, cosa que nadie más que él vio, y nadie más podía verla porque ni la multitud avanzó en oleadas o de alguna otra manera ni los policías y los soldados la enfrentaron a bayoneta calada. Los policías no podían hacerlo porque su cuerpo no usa bayonetas, y los soldados no lo hicieron porque no hubo necesidad de enfrentar esa oleada humana que Martin vio seguramente con los ojos del miedo. Luego afirma que “la tropa empujaba a la multitud hacia atrás y llegaban más soldados”, lo que al parecer explicaba y justificaba la huida a que nos hemos referido porque a seguidas dice: “Nosotros nos fuimos”, y a partir de ahí cae en la trampa de sus mentiras, como le sucede siempre al que miente. Esa trampa está formada por las siguientes palabras:

“Un par de cuerdas más allá oímos por radio que las tropas tenían la situación bajo control aunque dos hombres habían sido heridos a tiros”.

Esos tiros fueron disparados a sólo dos cuerdas de distancia y ni Martin ni Johnson ni sus agentes secretos los oyeron;

pero tampoco los oyeron los numerosos periodistas que presenciaban el desfile militar, entre los cuales había corresponsales de la AP y la UPI que de haber sucedido lo que cuenta Martin habrían despachado a periódicos de Estados Unidos y de América Latina una noticia tan sensacional como la del peligro que corrió el vicepresidente Johnson debido a un ataque estupidamente planeado por los comunistas castristas de la República Dominicana. La noticia les llegó a Martin y a Johnson a través de la radio, pero ellos, que estaban a 200 metros de distancia del lugar donde se disparaba contra la multitud, no oyeron los disparos; y nosotros, que estábamos allí mismo, donde se hacían los disparos, tampoco los oímos por la sencilla razón de que nadie los hizo ni vimos a nadie huir en desbandada, como debió suceder si hubiera ocurrido lo que Martin aseguró que había sucedido.

Ahí tiene el lector la prueba de que el relato nuestro y el de Martin no son iguales. Se parecen, pero nosotros contamos lo que vimos y Martin contó lo que hicieron él y Johnson, sólo que envuelto en un cúmulo de mentiras.

Así es todo su libro. Al referirse al golpe de Estado del 25 de septiembre no dice que fue ordenado y dirigido por el coronel Luther (Fritz) Long, de la misión militar norteamericana, a pesar de que él lo sabía; pero sí inventó la supuesta llamada de doña Carmen a que nos referimos en el segundo artículo. Según Martin la llamada fue hecha desde Puerto Rico, pero él no podía imaginarse que a las 5 de la mañana nosotros habíamos despertado a doña Carmen con una llamada telefónica para darle la noticia del golpe y decirle que estábamos detenidos en el Palacio, de manera que mal podía ella llamar a Martin para darle una noticia que Martin tenía que conocer mejor que ella porque Martin estaba aquí, en el país, y ella estaba en San Juan de Puerto Rico; y si la explicación que estamos dando no fuera suficiente para demostrar que

Martin mintió en ese caso como en todos los demás que figuran en su libro, ¿por qué, entonces, cuando él estuvo a vernos a las 7 de la mañana de ese día, no nos mencionó la supuesta llamada de doña Carmen?

Hace muchos años, refiriéndose a alguien que le hizo ataques para complacer a un superior del atacante, el poeta Fabio Fiallo dijo que cuando ladra el perro se le responde al amo. En el caso de John Bartlow Martin y del pintoresco personaje que usó su libro para difamarnos, nosotros hemos preferido hacer un brevísimo retrato del amo porque conociendo al amo se conoce al perro.

JUAN PABLO II*

Hablamos a nombre del Comité Político del Partido de la Liberación Dominicana (PLD), para manifestar nuestro pesar por el intento de asesinato del Papa Juan Pablo Segundo, que es el jefe del Estado Vaticano y el líder espiritual de más de 600 millones de católicos esparcidos por numerosos países, muchos de ellos capitalistas y otros socialistas; pero además de nuestro pesar deseamos manifestar también nuestra condenación del uso de métodos como el que se ha empleado contra Juan Pablo Segundo, que ha sido un acto terrorista sea cual sea el fin perseguido por los autores del atentado de la Plaza de San Pedro.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 14 de mayo de 1981, p.10.

TERRORISMO DE ESTADO Y OTROS TERRORISMOS*

La destrucción de un reactor nuclear que estaba siendo montado en Irak por físicos nucleares franceses e italianos, llevada a cabo con un bombardeo para el cual se usaron poderosos aviones F-4 Fantom escoltados por quince F-15, ambos de fabricación norteamericana, ha sido un ejemplo escalofriante de lo que se llama terrorismo de Estado en perjuicio no de una persona, un grupo, un partido, sino de otro Estado.

El terrorismo puede ser ejecutado por una persona contra otra, contra un grupo, contra un partido político, contra un Estado; puede ser llevado a cabo por un grupo contra una persona, contra otro grupo, contra un partido político o una organización de cualquier índole y contra un Estado; y puede ser realizado por un partido político a una organización armada que responda a móviles políticos sin que necesariamente sea un partido. Pero muy pocas veces se da un acto terrorista de un Estado contra otro Estado.

Terrorismo de Estado en perjuicio de una persona o de un grupo o de un partido político —que puede ser también en perjuicio de varias personas, de varios grupos, de varios partidos— son, por ejemplo, el asesinato de Orlando Letelier llevado a cabo en Washington por órdenes del gobierno de Chile; los que se han ejecutado a millares en el propio Chile, en la

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 11 de junio de 1981, p.6.

Argentina y en Uruguay por disposición de los gobiernos de esos países, y naturalmente, los que cometen todos los días los cuerpos armados o paramilitares de El Salvador y Guatemala contra la población salvadoreña y guatemalteca y a veces contra personas que no son de esas nacionalidades. Pero el único ejemplo de terrorismo de Estado contra otro Estado cometido ahora, en estos momentos, ha sido el bombardeo del reactor nuclear de Irak.

Las agresiones de un Estado a otro Estado entran en la calificación de guerra internacional, y las guerras de ese tipo están sometidas a las leyes que regulan las relaciones de los Estados que se hallan en guerra y de estos con los neutrales. Por ejemplo, en el caso del ataque israelí al reactor nuclear de Irak. Irak pudo tomarlo como un acto de guerra, lo que le daba derecho a responderle a Israel con otro bombardeo; pero una guerra entre esos dos países tendría que hacerse en el espacio aéreo porque no tienen fronteras comunes, y además al tiempo de producirse el ataque israelí Irak se hallaba, y se halla todavía, en guerra contra Irán, y aunque se encuentra en situación de estancamiento porque ninguno de los dos beligerantes está en condiciones de llevarla adelante hasta que termine con la derrota de uno de ellos, esa guerra sigue ocupando la atención militar, política y económica de Irak.

Para justificar el ataque de Israel a Irak no había base ni siquiera en la conocida enemistad al Estado judío de los países árabes, uno de los cuales es Irak, pues una enemistad de tipo político no equivale a una guerra ni tiene que desembocar necesariamente en la guerra.

La guerra virtual que mantiene Israel contra el Líbano no es una guerra desde el punto de vista de las leyes de la guerra internacional porque lo que hace Israel en ese martirizado país es darle apoyo armado a una de las facciones que llevan a

cabo allí una guerra civil a cambio de que esa facción —la cristiana— le dé apoyo en su lucha contra los palestinos. Lo mismo puede decirse de las escaramuzas militares, por costosas que sean, que se producen entre Siria e Israel a causa de la guerra civil libanesa, pues el papel de Siria en relación al Líbano es similar, aunque opuesto, al de Israel, ya que Siria apoya con acciones armadas a la facción libanesa que lucha contra los cristianos.

Desde el punto de vista del Tratado de No Proliferación Nuclear, Irak tenía una posición sólida como país dueño de un reactor nuclear, y así ha sido reconocido por la autoridad internacional competente, puesto que el gobierno iraquí permitió a los inspectores de la organización que vigila el cumplimiento del Tratado que fueran a inspeccionar el Centro de Investigaciones Nucleares de Tamuz, nombre del lugar donde se hallaba el reactor, el cual a su vez se llamaba Osirak. Ese centro fue atacado en septiembre del año pasado por un avión de bombardeo Fantom-4. Se dijo entonces que el ataque era de origen iraní, lo que podía ser cierto dado que hacía poco que había comenzado la guerra de Irak contra Irán, pero Irak afirmó que los atacantes no eran iraníes sino judíos, y los hechos recientes le dan la razón.

Un año antes, en octubre de 1979, el reactor Osirak había sido sabotado con la explosión de una bomba mientras se hallaba en Francia, país donde fue fabricado, en trámite de ser embarcado hacia Irak, y en esa ocasión en algunos periódicos franceses se comentó que los autores de esa explosión eran judíos, opinión que a la luz del bombardeo del centro de Tamuz hay que aceptar como legítima.

Lo que debemos preguntarnos ahora no es si fueron o no los israelíes los que llevaron a cabo los intentos de 1979 y de 1980 de destruir el reactor Orisak. La pregunta que cabe hacer es por qué se han sentido en esta ocasión autorizados a

cometer un acto de terrorismo de Estado tan escandaloso, y a la vez tan peligroso, como el que han ejecutado en Irak.

Pero como la respuesta a esa pregunta podría ser larga, la dejaremos para otra ocasión.

ESTADOS UNIDOS: LOS ERRORES DE SU POLÍTICA EXTERIOR*

Si queremos saber por qué el gobierno israelí se lanzó a bombardear el Centro de Investigaciones Nucleares de Irak hay que pasar revista a la política exterior de los Estados Unidos a partir de 1945, año final de la Segunda Guerra Mundial.

El 12 de abril de ese año había muerto el presidente Roosevelt y su cargo fue ocupado por Harry S. Truman, quien, entre agosto de 1945 y febrero de 1946, recibió varios mensajes de Ho Chi Minh en los que le pedía apoyo de los Estados Unidos para la independencia de Viet Nam, y no respondió ninguno ni hay constancia de que le preocupara saber quién era ese asiático que le enviaba tantas muestras de respeto por el poder norteamericano. El autor de esos mensajes había proclamado la independencia de Viet Nam el 2 de septiembre de 1945 en un gran acto celebrado en la plaza Ba Dinh, de Hanoi, ciudad que había abandonado el ejército japonés de ocupación presionado por un levantamiento popular que había organizado el partido que encabezaba Ho Chi Minh.

Pero ignorar a Ho Chi Minh no fue el único error de Truman en su política extranjera, pues cuando Francia quiso recuperar el poder que había tenido sobre la parte de Indochina que pasó a llamarse Viet Nam, el gobierno de Truman decidió apoyar a Francia, error en que cayó también el presidente Eisenhower,

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 18 de junio de 1981, p.6.

que sucedió a Truman en 1955. La intervención del nuevo gobierno norteamericano en Viet Nam fue tan profunda que en un año gastó en ayuda militar a las fuerzas francesas que operaban en Viet Nam 1 mil 100 millones de dólares para nada, porque en ese mismo año Francia perdió la larga y decisiva batalla de Dien Bien Phu, y con ella el control del país.

La política exterior del gobierno de Eisenhower estuvo dirigida por Foster Dulles, cuya idea central era que el poderío militar norteamericano podía moldear el mundo al gusto y a la conveniencia de Estados Unidos, y para combatir al Viet Minh —el partido de Ho Chi Minh— Dulles y sus consejeros inventaron Viet Nam del Sur, con lo cual lanzaron a Estados Unidos a una guerra llamada a costarle una derrota de proporciones que nadie hubiera podido sospechar algunos años antes.

Los errores del gobierno de Eisenhower fueron profundizados por el de John F. Kennedy, quien además de su fracaso militar y político de Bahía de Cochinos fue el verdadero iniciador de la guerra de Viet Nam y de Laos, y los de Kennedy fueron a su vez multiplicados por Johnson, en América con la invasión de 1965 a la República Dominicana y en Indochina con la ampliación de la guerra de Viet Nam, y los de Johnson fueron repetidos por Nixon, cuyo gobierno, a pesar de que llegó a acuerdos con China sin romper las relaciones con la Unión Soviética, prolongó la guerra de Viet Nam y atacó a Cambodia, con lo cual extendió el conflicto armado a otro país de Indochina, error gravísimo que culminaría con la derrota militar norteamericana en Viet Nam, Laos y Cambodia. Esa derrota dejó descalabrada la imagen de país todopoderoso que los Estados Unidos venían proyectando en el mundo desde hacía más de siglo y medio.

Esa cadena de errores fue forjada por gobiernos cuyos jefes se reeligieron, con la excepción de Kennedy, asesinado cuando empezaba su campaña para reelegirse. Johnson no se reeligió

pero gobernó más de un período porque terminó el de Kennedy, y si no fue a la reelección se debió a que la juventud norteamericana se negaba a que la enviaran a morir a Viet Nam. Nixon ofreció que no seguiría la guerra y esa oferta le dio la victoria en las elecciones de 1968. Nixon tuvo tiempo de más para darle fin a la carnicería de Indochina en su primer período, pero maniobró con la mayor astucia para conseguir que se le reeligiera, y no terminó sus segundos cuatro años porque hubo que sacarlo de la Casa Blanca debido a que sus hechos le dieron la razón al que había inventado para él el nombre de Ricardito el Tramposo.

De Nixon la presidencia pasó a Gerald Ford, hombre que no sabía ni el abc de la política internacional, pero como conservó en su puesto de secretario de Estado a Henry Kissinger, ese aspecto de su gobierno fue una prolongación de lo que había sido en los años de Nixon.

A Ford le seguiría en el poder Jimmy Carter, tan ignorante en la materia como el mismo Ford, a tal punto que tan pronto como quedó elegido presidente empezó a recibir lecciones sobre la situación del mundo y la relación de los Estados Unidos con los demás países de la Tierra, algo así como un cursillo acelerado de política internacional; y a Carter le sucedió Ronald Reagan, más desconocedor aún que Carter de los complicadísimos problemas que se originan en las relaciones de Norteamérica con otros países, pero mucho más militante que Carter en la ilusión de devolver a los Estados Unidos el enorme poder económico, político y en armas que tuvo hasta hace treinta y cinco años.

La política exterior de Carter fue producto de los errores que cometieron en ese campo todos los gobernantes norteamericanos que lo antecedieron a partir de la muerte de Franklin Delano Roosevelt, y los errores de la de Carter llevaron a Reagan a poner el Departamento de Estado y el Consejo

Nacional de Seguridad en manos de hombres que están cometiendo errores más serios que los de Carter, y una consecuencia de esos errores del gobierno de Reagan ha sido, al menos en parte, el bombardeo del reactor nuclear de Irak, tesis que esperamos demostrar en un próximo artículo; en uno más para dejar liquidado el tema.

CUATRO MINISTROS COMUNISTAS EN EL GOBIERNO SOCIALISTA DE FRANCIA*

Aunque les debemos a los lectores del *Listín Diario* un artículo que trate del ataque israelí al Centro de Investigaciones Nucleares de Irak, nos sentimos forzados a ocuparnos hoy de un acontecimiento político que en algunos países europeos ha sido calificado de histórico; y nos referimos a la integración de cuatro miembros del Partido Comunista Francés en el gobierno que preside François Mitterrand y específicamente en el gabinete que encabeza como primer ministro Pierre Mauroy.

Esa incorporación de ministros comunistas en el gobierno de Francia ha causado enorme revuelo en los Estados Unidos, tanto que cuando en Washington se recibió la noticia de que podía suceder algo parecido, se le encomendó al vicepresidente George Bush que saliera en el acto hacia París, tal vez con la encomienda de conseguir que no se diera ese paso que debió parecerle al presidente Reagan un movimiento catastrófico si tomamos en cuenta que para él el problema que plantea la existencia del comunismo no es de carácter político sino religioso y por tanto la lucha entre capitalismo y comunismo no es un hecho histórico que viene determinado por el desarrollo de las fuerzas sociales sino una guerra a muerte entre el bien y el mal que debe terminar de manera ineludible con la muerte del mal —el comunismo—; es más, que está

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 26 de junio de 1981, p.6.

llamada a terminar muy pronto con la destrucción del mal según dijo él mismo hace pocos días en la primera rueda de prensa que ofreció después de haber sido herido en el atentado terrorista conocido por todo el mundo.

Para los franceses, incluyendo en ellos a los anticomunistas más fervientes, lo que ha hecho Mitterrand no ha sido tan alarmante como debe haberlo pensado el presidente Reagan, porque Francia había tenido ministros comunistas antes de ahora. En la guerra de 1939-1945, cuando Francia, incluida su capital París, fue ocupada por el ejército alemán, los comunistas franceses tomaron parte muy destacada en las guerrillas con que se les hizo frente a las tropas de ocupación, pero además, fue en Rusia —antiguo nombre de la Unión Soviética— donde comenzó la derrota de la Alemania nazi-fascista, al precio de 18 millones de vidas rusas, y fueron tropas rusas las que tomaron Berlín, la capital alemana; de manera que al terminar esa guerra espantosa en el año 1945 —en Europa, en abril, con la caída de Berlín y la muerte de Hitler, y en Asia, en agosto, con el bombardeo atómico de las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki— los comunistas, tanto los de Rusia como los de los países europeos, no eran los enemigos de hoy sino los aliados que compartieron los horrores y los riesgos de la gran hecatombe, y por cierto, unos aliados cuya participación en la lucha fue decisiva para ganar la guerra. El gobierno francés de la Cuarta (IV) República no podía ser anticomunista sin echarse encima el peso de una opinión pública nacional e internacional que no hubiera podido comprender esa posición, e incorporó en el número de sus ministros a varios comunistas, experiencia que no hizo ningún otro país de Europa, entre varias razones, porque en ningún otro había sido de tanto peso la participación de los comunistas en la batalla final de la guerra.

Para las generaciones de estos tiempos es difícil, y hasta cierto límite imposible, comprender lo que significó la guerra mundial contra el nazi-fascismo; los millones de muertos que dejaban a su paso los ejércitos alemanes, italianos, japoneses, que atacaban en Europa, en Asia, en África y en los cinco mares del mundo. Sólo en las cámaras de gas de los campos de prisioneros organizados por los nazis murieron millones de hombres, mujeres y niños, y al terminar la guerra eran por millares las víctimas que sin haber muerto tenían toda la apariencia de cadáveres porque sólo les quedaba piel y huesos. Allí, igualados por el martirio estaban los prisioneros comunistas y los anticomunistas.

El anticomunismo militante reapareció en Europa cuando en el año 1947 el gobierno de los Estados Unidos, encabezado por el presidente Harry S. Truman, declaró la llamada “guerra fría”, que tuvo su fundamento en lo que los comentaristas norteamericanos bautizaron con el nombre de Doctrina Truman. Apoyadas en esa “doctrina” se tomaron varias medidas, entre ellas, dotar a Grecia y Turquía de armas y dinero para que los gobiernos de esos países enfrentaran a sus respectivos Partidos Comunistas, y en el caso de Turquía, para que en acuerdo militar con los Estados Unidos se prestara a ser base de operaciones norteamericanas sobre Rusia, como por ejemplo, la de vigilancia aérea del territorio ruso. Algunos años después los rusos derribaron uno de esos aviones y mantuvieron prisionero a su piloto largo tiempo. Simultáneamente con esas medidas, Truman tomó la de establecer la Central Intelligence Agency (CIA).

La historia de la llamada “guerra fría” es larga y no podemos hacerla en un artículo de periódico, ni podríamos hacerla aunque quisiéramos porque no disponemos de la documentación que haría falta para llevar a cabo ese trabajo. Pero sí podemos decir que tan pronto como ella fue declarada por el

gobierno de Estados Unidos, el de Francia sacó del gabinete a los ministros comunistas, y a partir de entonces y durante un tercio de siglo —para ser más precisos, durante 34 años— los comunistas franceses no tendrían participación en las funciones gubernamentales hasta el día 23 de junio de este año, cuando el presidente François Mitterrand aprobó la designación de cuatro de ellos como miembros del gabinete que encabeza Pierre Mauroy.

¿A QUÉ SE DEBEN LOS CAMBIOS DE POLONIA?*

La noticia de que Edward Gierek ha sido expulsado del Partido Comunista Polaco, del cual fue jefe hasta hace algunos meses, ha causado sorpresa en círculos dominicanos que no tienen idea de cómo es posible que suceda algo parecido en un país socialista. Pero es el caso que los altos personajes de la vida pública de esos países están sujetos a las posibilidades de sanciones muy duras.

Gierek perdió la jefatura del Partido Comunista Polaco, que es desempeñada por el primer secretario general de su Comité Central, porque el súbito encarecimiento de los alimentos, y de manera especial de la carne, provocó un levantamiento de los trabajadores del país, pero lo curioso es que él había llegado a primer secretario general del más alto organismo de su partido precisamente porque el pueblo polaco se había rebelado, casi once años antes, a causa de una violenta alza de precios de los alimentos que había sido decretada por el gobierno del antecesor de Gierek, Wladyslaw Gomulka; y para colmo de similitudes, el levantamiento popular contra Gomulka empezó en Gdansk, ciudad que se conoció antes de la Segunda Guerra Mundial con el nombre de Danzig, el mismo lugar donde comenzó el movimiento que derrumbó el gobierno sostenido por Gierek.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 19 de julio de 1981, p.6.

Como se sabe Polonia fue ocupada en el año 1939 por las tropas fascistas alemanas, que ejercieron en ese país actos de represión sin paralelo en la historia moderna —6 millones de polacos asesinados en los campos de concentración—, y en la lucha contra los invasores se fortaleció el Partido Comunista Polaco, que bajo la dirección de Gomulka iba a organizarse con el nombre de Partido de los Trabajadores Polacos, y años después, en 1948, se uniría con el Partido Socialista para formar el Partido Polaco de los Trabajadores Unidos.

En junio de 1941 las tropas alemanas entraron en territorio soviético —la antigua Rusia—, pero a mediados de 1944 quienes entraron en Polonia fueron los soldados soviéticos, que habían derrotado a los ejércitos de Hitler y empezaban a avanzar hacia Alemania. Al comenzar el mes de febrero de 1945, ya había en Polonia un gobierno provisional apoyado por el Partido Polaco de los Trabajadores Unidos y Wladyslaw Gomulka se había convertido en un líder nacional, pero en la dura lucha por la reconstrucción del país Gomulka fue perdiendo autoridad a tal punto que acabaría siendo expulsado de las filas del Partido, tal como le ha sucedido ahora a Gierek. En el año 1956, un levantamiento popular provocado por los errores económicos y políticos de los gobernantes llevó a Gomulka de nuevo a la dirección del Partido con categoría de primer secretario general del Comité Central y al gobierno como miembro del Consejo de Estado, lo que equivale a decir que pasó a ser el más importante de todos los funcionarios del Partido y del gobierno; pero su poder hizo crisis a fines del 1970 cuando, según dijimos en el segundo párrafo de este artículo, el gobierno decretó una violenta alza de precios en los alimentos.

El alza sacó a los polacos a las calles en un levantamiento masivo que obligó a Gomulka a abandonar el poder; su sucesor fue Edward Gierek, a quien otro levantamiento, provocado

por una causa similar, iba a sacar también del poder y, diez meses después, de las filas del Partido; de manera que lo que le ha pasado a Gierek parece una copia al carbón de lo que le había sucedido a Gomulka.

En el caso de Gierek lo que lo llevó a su expulsión del gobierno y del Partido fueron errores económicos, pues tal vez influido por el ejemplo de Rumania, que desde hace unos veinte años había pasado a ser suplidora para países europeos como Alemania y Francia de productos de industria ligera —zapatos, ropa, muebles y otros—, Gierek propuso un plan destinado a que Polonia hiciera algo parecido. El punto de partida de ese plan sería un financiamiento exterior, conseguido con bancos de Europa y Estados Unidos, para instalar las plantas que producirían los artículos que serían exportados. Los préstamos se consiguieron y Polonia quedó endeudada en 23 mil 500 millones de dólares, pero antes de que las nuevas industrias estuvieran produciendo las cantidades requeridas por el plan, el mundo capitalista entró en crisis y en consecuencia los pedidos que Polonia esperaba no llegaron, pero los bancos extranjeros exigían que se les pagara las amortizaciones y los intereses de sus acreencias.

Para pagar esas cuentas Polonia tenía que sacrificar las divisas de que disponía, y esas divisas se necesitaban porque había que comprar, también en el extranjero, muchas cosas, entre ellas carne de res, y como las divisas no eran suficientes para pagar deudas y comprar carne, el gobierno polaco decidió reducir el consumo de carne encareciéndola y racionalizándola, esto es, limitando la venta a cantidades pequeñas o relativamente pequeñas. La respuesta de las grandes masas polacas a esas medidas fueron las huelgas que comenzaron en los muelles y los astilleros de Gdansk, la formación de sindicatos que se negaban a recibir órdenes del Partido Comunista y que luego se integraron en el movimiento obrero llamado

Solidaridad, cuya oposición provocó la caída de Gierak, que perdió su posición de primer secretario general del Comité Central y con ella la del hombre más influyente en la vida política del país; y como las consecuencias de los errores suyos y de sus compañeros en la dirección del Partido y del Gobierno han sido largas y dañinas para Polonia, ahora quedaron él y esos compañeros expulsados del Partido, que es la sanción más dura para los políticos de un país socialista.

HACE MÁS DE UN SIGLO SE SABE QUE
EN LA REPÚBLICA DOMINICANA HAY PETRÓLEO*

El presidente Guzmán dijo el viernes de la semana pasada lo que debió decir hace más de ciento diez años el presidente Báez; esto es, que en el país hay petróleo. Pues en marzo de 1868, mes y año en que Buenaventura Báez regresó desde Curazao para encabezar el gobierno que la historia bautizaría con el nombre de los seis años, ya habían sido perforados los primeros pozos de petróleo conocidos en la República Dominicana, pero hasta donde se sepa, Báez no dio la noticia aunque eso no significa que el hecho no se conociera o que no se le atribuyera importancia. Al contrario, fue el general Valentín Báez, hermano del presidente de la República y jefe militar de la provincia de Azua (que entonces comprendía el territorio de la que lleva su nombre y mucho más, incluyendo el de la actual provincia de San Juan, quien le mostró al general norteamericano Frank Sigel, el 13 de febrero de 1871, tres “hoyos de petróleo”, según decía Sigel el 25 de marzo de ese año en una comunicación dirigida a la comisión investigadora de los Estados Unidos que había enviado al país el general Ulises S. Grant; de manera que por la categoría oficial del acompañante de Sigel se advierte que el gobierno dominicano de 1871, estimaba en lo que valía la presencia de petróleo en el país.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 27 de julio de 1981, p.6.

Esos hoyos a que se refería el general Sigel habían sido hechos “de tres a cuatro años atrás”, decía en otro informe el geólogo auxiliar de la misma comisión, Arch’D Marvine, y sin embargo, en 1871 el gas hacía burbujas en dos de los tres pozos, según afirma Sigel, a pesar de que los trabajos de perforación del suelo y extracción del mineral habían sido abandonados hacía tiempo.

La presencia de petróleo en territorio dominicano se conocía, pues, por lo menos ciento diez años antes de que la dijera el presidente Guzmán, y la publicación en lengua española de los datos en que se daba cuenta de ello se había hecho en 1960, en la edición del *Informe de la Comisión de Investigación de los EUA en Santo Domingo en 1871*, obra que aparece bajo los auspicios de la Academia Dominicana de la Historia (vol. IX) con prefacio y notas de Emilio Rodríguez Demorizi; y ese mismo petróleo hallado en las vecindades de Azua en el siglo pasado estaba manando todavía cuando hace pocos años Pedro Manuel Casals Victoria ordenó que se destinara una cantidad de él para alimentar una de las plantas de la Corporación Dominicana de Electricidad, hecho que fue ampliamente divulgado por periódicos y noticiarios de radio y televisión.

Los datos del petróleo azuano que aparecen en el informe de la comisión investigadora de los Estados Unidos figuran en las páginas 237 y 247 del libro que hemos mencionado expuestos con las palabras que siguen:

“La mañana después de mi llegada a Azua, lunes 13 de febrero, salí a caballo con el general Valentín Báez, comandante en jefe del departamento de Azua, hacia los pozos de petróleo. Quedan como a tres millas de la ciudad, entre el río Jura y las colinas del Este. Vi tres lugares con hoyos de petróleo, uno estancado, y en los otros el gas estaba haciendo burbujas. También había un tercer pozo, a cierta distancia de los

otros dos y cerca de un riachuelo, sobre cuya superficie flotaba el petróleo. El general Báez dijo que uno de los pozos había producido 365 galones en un día. Don Antonio Du Quesnay me dijo que un señor de nombre Folsom, de nacionalidad americana, empezó a explotar estos pozos, que estaba ayudado por la firma de Mann y Co., de Nueva York, y que gastó como \$10,000 en maquinarias y otros útiles, pero que hace dos años regresó a los Estados Unidos, dejando en Azua un joven de nacionalidad alemana en calidad de ingeniero, quien estuvo a punto de morir de hambre por falta de sustento, y finalmente fue puesto en condiciones de regresar a los Estados Unidos. Se dice que el señor Folsom murió”.

Ese es el informe del general Sigel. El del geólogo auxiliar Arch'D Marvine dice: “Como a cuatro millas al noroeste de Azua, punto fácilmente accesible por carreteras [*caminos*] pasables, hay fuertes evidencias de petróleo. Se han iniciado dos pozos, y el petróleo producido es considerable. Tengo entendido que estos pozos fueron abiertos por el Sr. Folsom, de Nueva York, de tres a cuatro años atrás. Los dos se han perforado a unas 20 pulgadas el uno del otro. En uno están suspendidos todavía el taladro y el vástago, habiéndose comenzado al romperse el taladro en el otro, del cual sale el gas en burbujas a pesar de estar lleno de piedras. Con todo, pude recoger una pinta [*más o menos, un litro*. Nota de JB] de ese petróleo. Parece ser un aceite muy pesado, parecido a un lubricante, y libre de mucha nafta, aunque ésta habrá sido eliminada, por la exposición al sol tropical, del petróleo... Los charcos formados por un arroyo vecino casi seco están cubiertos de petróleo; el suelo cascajoso circundante está saturado de este producto y cementado en una masa... de conglomerado negro. Me dijeron que se habían bombeado más de cincuenta barriles de petróleo del pozo inconcluso. Se despacharon ocho a Boston, pero los derechos eran prohibitivos y,

aunque los funcionarios de aduana declararon que era de calidad excelente, botaron el petróleo. El resto permaneció en una playa cerca de Azua hasta que el Sol abrió las duelas [*de los barriles*, nota de JB] y el aceite se perdió. Tales desalientos, sumados a la falta de capital impidieron todo nuevo progreso”.

Lo que no se sabía hace ciento diez años y no se sabe aún es la cantidad y la calidad del o de los petróleos dominicanos, tal como lo dijo también el viernes de la semana pasada el presidente Guzmán.

HAY QUE FRENAR EL DERROCHE DE DINERO*

El Banco Central de nuestro país ha publicado en el periódico norteamericano *The Wall Street Journal* un anuncio a página entera, que ha debido costar varios miles de dólares, el cual está dirigido sin la menor duda a venderles a los banqueros de Estados Unidos la idea de que la República Dominicana tiene un gobierno súper eficiente, que emplea los fondos públicos de manera especial en aumentar la producción agrícola y ganadera, y les presenta a sus lectores un panorama de bienandanzas futuras para este país gracias a las excelentes perspectivas petroleras y carboneras que tenemos a la vista.

¿Qué persigue el Banco Central con esa venta de ilusiones? Preparar el terreno para conseguir préstamos en dólares con los cuales pueda pagar las cuentas comerciales del país, que están atrasadas de pago en seis meses, por lo menos.

Ahora bien, el Banco Central, que pone en juego, al convertirse en un vendedor de ilusiones, su dignidad de institución encargada de dirigir y ejecutar la política económica del Estado dominicano, olvidó decir en ese costoso aviso que el gobierno del presidente Guzmán le compró a la Rosario Mining, la única mina de oro y plata que tenemos para destinar esos valiosos metales a gastos corrientes, muchos de los cuales

* “Bosch exhorta reclamar freno a derroche de dinero”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 25 de agosto de 1981. p.4.

son derroches de dinero, en vez de destinarlos a servirle de respaldo al peso dominicano, y que esa política irresponsable, que ha sido compartida por el Banco Central, nos ha llevado a una situación de crisis de divisas tan seria que ha dejado a la economía nacional en estado de parálisis.

Los que compran y venden el oro y la plata de Pueblo Viejo y los que negocian préstamos de millones de dólares obtienen ganancias también de millones porque donde se trasiegan grandes cantidades de dinero alguien cobra comisiones, pero ni el Gobierno ni el Banco Central parecen darse cuenta de eso y mantienen ante esos trasiegos una actitud parecida a la que mantenían los indios de nuestro país ante los conquistadores que se adueñaban de sus tierras y del oro que hallaban en ellas.

¿CUÁLES SON LOS PAÍSES DEL CARIBE?*

De unos años para acá se habla de los países del Caribe con tanta confusión que a la hora de definir qué cosa es el Caribe lo que se oye es un galimatías llamado a provocar más confusión. Veamos el ejemplo de un cable que se publicó hace menos de una semana en un diario de Santo Domingo. El cable procedía de San José de Costa Rica y decía así:

“El ministro de Relaciones Exteriores de Jamaica, Neville Gallimore, dijo que las naciones centroamericanas serán invitadas a asistir a una reunión con representantes de países del Caribe para discutir la ayuda solicitada por ambas áreas al llamado Grupo de Nassau, integrado por Canadá, México y Venezuela... Gallimore indicó que la reunión tendrá lugar el próximo 6 de octubre en la República Dominicana. Dos días antes los países del Caribe se reunirán con delegados del Grupo de Nassau para examinar la ayuda que podrían recibir, que será distinta a la que se otorgará a Centroamérica, según dijo aquí [*en San José de Costa Rica*] recientemente el subsecretario adjunto de Estado norteamericano para Asuntos Latinoamericanos, Stephen Bosworth”.

Para terminar, el cable decía que “el canciller jamaiquino expresó además que el Caribe y Centroamérica deben estrechar relaciones y ponerse de acuerdo en una serie de aspectos de interés común”.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 19 de septiembre de 1981, p.6.

Según esa publicación, hay países del Caribe y hay países centroamericanos o de América Central, pero no sabemos si quien dijo tales cosas fue el ministro de Relaciones Exteriores de Jamaica o si fue el periodista que redactó la noticia cablegrafiada desde San José de Costa Rica. De todos modos, cualquiera de los dos que lo haya hecho repitió una simpleza que vienen propagando desde hace algún tiempo los diarios que publican informaciones enviadas por las agencias internacionales de noticias.

La región del Caribe es la porción del Nuevo Mundo bañada por el mar que lleva ese nombre y también el de las Antillas, y partes de esa región son tanto las islas que forman la zona de las Antillas Mayores —Cuba, la Hispaniola, Puerto Rico y Jamaica— como las Antillas Menores, a las cuales pertenecen las Vírgenes, las de Barlovento y las de Sotavento así como las numerosas muy pequeñas que hay en el centro del mar mencionado, las que son adyacentes de algunos de los países de la región y otras que más que islas son cayos. Hay una que no tiene costas al Caribe sino al Atlántico, a pesar de lo cual viene siendo considerada como un territorio del Caribe desde que fue ocupada por los ingleses en 1627, y es Barbados.

¿Quiere decir que sólo los que hemos mencionado son países del mar de las Antillas o Caribe?

De ninguna manera, porque lo son también Venezuela y Colombia, Panamá y los de Centroamérica; y lo son porque todos ellos están bañados por las aguas del Caribe si bien algunos son bañados también por las del Pacífico, como es el caso de Colombia, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Guatemala. El Salvador sólo tiene costas sobre el Pacífico, pero de El Salvador hablaremos después.

¿En qué medida cambia la clasificación de un país que tiene costas a dos mares, como es el caso de Colombia, Panamá y cuatro de los cinco que forman la zona llamada Centroamérica?

En ninguna. España no deja de ser una nación mediterránea porque tenga partes que dan al Atlántico o al Cantábrico. También Italia es un país del mediterráneo a pesar de que el mar que lleva ese nombre toca apenas la costa sur de Sicilia, y el resto de las costas de la península, que deben ser por lo menos ocho veces mayores que la del sur siciliano, está mojado por otros mares: el de Liguria, el Tirreno, el Jónico y el Adriático, pero a nadie se le ocurriría decir que Italia es un país jónico o ligur. Para todo el mundo, Italia es una nación mediterránea.

No es correcto referirse a países del Caribe y países centroamericanos como si estuvieran en regiones diferentes del Nuevo Mundo; no lo es hablar del Caribe, que es el todo, como si fuera una parte de la región que lleva su nombre, pues eso equivaldría a decir “el Cibao y la República Dominicana”, o “California y Estados Unidos” o “España y Andalucía”.

En cuanto a El Salvador, su condición de país centroamericano lo vincula en el orden político al Caribe y no al Pacífico, pues aunque toda la América Central tenga costas al Pacífico, esa zona correspondía al Caribe desde que empezó a ser territorio español porque por ese mar pasaban las rutas comerciales, y militares que la comunicaban con España cuando toda Centroamérica era el llamado Reino de Guatemala. Por el Caribe navegaban tanto las naos que llevaban desde España las cédulas reales y los funcionarios del imperio como las que conducían a los piratas que asolaban algunas de sus ciudades y las que embarcaban tropas extranjeras invasoras. Por el Pacífico sólo llegaron unos pocos conquistadores españoles y varios siglos después los filibusteros de William Walker y los soldados norteamericanos que ocuparon Nicaragua en el 1912 y en el 1926, si bien en el 1926 los primeros de esa segunda oleada entraron por la costa del Caribe

a la que los nicaragüenses, y con ellos todos los centroamericanos, llaman la costa atlántica, lo cual es tan incorrecto como hablar de los países del Caribe y los de América Central como si fueran dos regiones diferentes del Nuevo Mundo.

LA HISTORIA SECRETA DEL GOLPE DE ESTADO DE 1963*

Un día como hoy, hace dieciocho años, fue derrocado el gobierno que presidía el autor de estas líneas, y aunque he explicado en discursos de radio que se publicaron en varios periódicos y también en numerosas declaraciones de radio, de televisión y de prensa escrita las causas inmediatas del golpe de Estado que destruyó a ese gobierno, son muchas las personas que se refieren a los sucesos del 25 de septiembre de 1963 sin tomar en cuenta lo que he dicho, y quiero hacer provecho de que hoy se cumplen dieciocho años de aquel golpe militar para dejar en claro ciertas ideas fijas, pero confusas, que repiten de tarde en tarde algunos supuestos historiadores y analistas cargados de pasiones políticas.

En la versión de los acontecimientos que di hace diez años expliqué que tardé mucho tiempo en conocer la verdad, porque el golpe del 25 de septiembre estuvo rodeado de un gran misterio. Nadie decía una palabra sobre las razones que lo provocaron y aunque yo tenía sospechas bien fundadas de que había una relación directa entre él y los ataques a Haití que llevaba a cabo un grupo guerrillero haitiano comandado por el ex general León Cantave, no tenía datos concretos, objetivos, que me permitieran relacionar esos ataques armados al país vecino con el derrocamiento del gobierno que me tocó

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 25 de septiembre de 1981, p.6.

presidir; y no los tenía, entre otras razones, porque el embajador John Bartlow Martin me decía que los ataques procedían de Venezuela, y yo no podía concebir la idea de que el representante del presidente Kennedy me hablara mentira, sin ninguna necesidad de hacerlo porque nunca le pregunté de dónde salían Cantave y sus guerrilleros.

Tampoco podía concebir que esos ataques partieran de territorio dominicano dado que pocos meses antes les había ordenado al ministro de las Fuerzas Armadas y los jefes del Ejército, de la Aviación y de la Marina que disolvieran un campamento de haitianos antiduvalieristas que Cantave había organizado en Sierra Prieta, cerca de la Capital. Y no podía imaginarme que al dismantelar ese campamento los que lo ocupaban iban a ser llevados a la línea Noroeste, donde lo reorganizaron, y desde allí empezaron los ataques armados, el primero de los cuales fue llevado a cabo en la noche del 5 de agosto sobre la ciudad de Juana Méndez —en francés, Ouanaminthe—. Ese ataque fue hecho usando como base una finca de cabuya llamada Plantación Duaphin, propiedad de un norteamericano.

El campamento de Sierra Prieta había sido montado a espaldas mías y lo mismo se hizo con el de la Línea Noroeste. Las armas entre las cuales había bazucas, la ropa, las medicinas, las municiones y los vehículos usados en Sierra Prieta y en la Línea eran traídos al país desde la base Romey, situada en Puerto Rico; y las noticias de los ataques que difundían la Associated Press y la United Press International eran elaboradas en una habitación del Hotel Jaragua, pero el embajador Martin, que sabía todo eso muy bien, me hacía creer que el territorio dominicano no tenía nada que ver con la existencia, y mucho menos con las acciones de las guerrillas de Cantave.

El día 23 de febrero era lunes y yo había ido al Palacio Nacional muy temprano, como lo hacía siempre. A eso de las 6 de la mañana me hicieron una llamada de Radio Televisión

Dominicana para informarme de que en Dajabón estaban cayendo tiros procedentes de Juana Méndez. Las dos ciudades separadas por el río Masacre, quedan a poco más de dos kilómetros la una de la otra, por lo cual creí lo que me decían y en el acto di órdenes de que llamaran a Palacio a los jefes militares para que desayunaran conmigo. Cuando me comunicaron que ellos me esperaban en el comedor me presenté allí y les dije lo que me habían informado. Nadie hizo comentarios, pero a mí me sorprendió la mirada de asombro que los invitados cambiaban entre sí.

¿A qué se debían esas miradas?

La pregunta que me hacía sería respondida por mí mismo muchos años después. Mientras tanto, al día siguiente leyendo *El Caribe*, supe que los tiros haitianos que caían en Dajabón no estaban, en realidad, dirigidos a Dajabón sino que se disparaban para repeler un ataque que estaban haciendo desde el amanecer a la guarnición de Juana Méndez los guerrilleros del ex general Cantave. La noticia aparecía en primera página, fechada el lunes en Dajabón, ilustrada con fotos de guerrilleros haitianos sanos y de otros heridos así como de parte de su armamento, y además de varias de Cantave, una de ellas tomada mientras bajaba la escalera del avión que lo había llevado de Dajabón a San Isidro.

Esa última foto me llamó la atención porque en ella se veía al ex general haitiano correctamente vestido, con corbata y un maletín Samsonite en la mano derecha.

Al ver esa foto me dije: “Este hombre tenía ropa en Dajabón; luego, los ataques a Haití no salían de Venezuela sino de territorio dominicano”.

¿Tenía yo la razón? ¿Y cómo no había de tenerla si era evidente que con esa ropa de paseo o de salones Cantave no podía haber entrado en Haití en la noche del domingo al lunes con el plan de atacar a tiros la guarnición de Juana Méndez?

En ese momento tomé la decisión de aclarar de una vez por todas el misterio de las actividades de León Cantave sin que tuviera la menor sospecha de que por detrás de sus incursiones guerrilleras en Haití estaba el gobierno de los Estados Unidos, y con él sus representantes en la República Dominicana, el embajador John Bartlow Martin y Fritz Long, jefe de la misión militar norteamericana. Y no tenía sospechas porque en la historia mundial no se había dado nunca el caso de que un gobierno organizara en un país amigo fuerzas guerrilleras extranjeras sin consultar para nada al jefe del Estado de ese país amigo, que era ante la OEA, ante las Naciones Unidas y ante todos los gobiernos con los cuales mantenía relaciones el responsable, por mandato constitucional, de la política internacional de su país.

(Esta historia secreta necesita más espacio para ser contada, pero no disponemos hoy de él. Esperamos tenerlo pasado mañana, si la dirección del *Listín Diario* no manda otra cosa).

LA INTERVENCIÓN YANQUI EN EL GOLPE DE 1963*

Es posible que algunos lectores del artículo titulado “La historia secreta del golpe de Estado de 1963” que publicó el *Listín Diario* el 25 de este mes se hayan preguntado por qué razón el gobierno de John F. Kennedy organizó un campamento de guerrilleros para tumbar, nada menos que con acciones de armas, al dictador de Haití. ¿Era que François Duvalier había hecho algo que ponía en peligro la seguridad de Estados Unidos?

Nada de eso, pero desde 1959 había entrado en relaciones con Polonia y el 1º de enero de 1962 recibió al Encargado de Negocios de ese país socialista, cosa que alarmó al Departamento de Estado. Un año y dos meses y medio después llegó a la capital de Haití una misión comercial de Checoslovaquia, que fue recibida también por Duvalier. A partir de ese momento las relaciones entre los gobiernos de Kennedy y de Duvalier empezaron a hacerse difíciles, y como es habitual en ellos, los planeadores de la política exterior de Estados Unidos comenzaron a escoger candidatos para sustituir a Duvalier, cuyo período presidencial debía terminar en mayo de 1963.

El dictador de Haití no tardó en enterarse de la selección que estaban haciendo los funcionarios diplomáticos norteamericanos y respondió pidiendo la retirada del jefe de la misión

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 29 de septiembre de 1981, p.6.

militar yanqui. El 10 de abril Duvalier descubrió un complot militar en el que se hallaban comprometidos varios oficiales que sin la menor duda tenían apoyo de la embajada de Estados Unidos, y a fines de ese mes pidió la salida de Haití de 30 militares norteamericanos que prestaban servicio como instructores del ejército, la aviación y la marina haitianos; y a partir de ese día empezó a ser planeada la destrucción del gobierno de Duvalier, que no podía ser derrocado con maniobras políticas porque su jefe tenía ya control absoluto de las fuerzas militares haitianas y por tanto controlaba el poder político.

Naturalmente, no era ninguna cosa nueva que un gobierno norteamericano decidiera el derrocamiento del de otro país. En ese terreno, la experiencia de Estados Unidos tal vez ha roto las cuentas mundiales, y hacía muy poco tiempo que el mismo presidente Kennedy que se proponía tumbar a François Duvalier había enviado a Cuba la expedición de Bahía de Cochinos, organizada por su antecesor Ike Eisenhower con el pretexto de que Cuba enviaba guerrillas a otros países, argumento que le pareció legítimo a Kennedy cuando puso en ejecución los planes de Eisenhower si bien se contradecía con lo que estaba haciendo en el caso haitiano puesto que Duvalier no había lanzado guerrillas contra ningún país.

Ahora bien, Kennedy modificó en parte el plan de Eisenhower al despachar hacia Guatemala, para adiestrarlos allí, a los cubanos que formarían las fuerzas destinadas a desembarcar en Bahía de Cochinos, y al sumar a la conspiración contra Cuba a los gobiernos de Guatemala y de Nicaragua, el primero encabezado por Manuel Ydígoras Fuentes y el segundo por Luis Somoza, el hermano mayor de Tachito Somoza. Pero para atacar Haití escogió el territorio dominicano sin que el jefe de Estado de este país tuviera la menor idea de lo que se proponía hacer el presidente Kennedy.

Sería bueno que al llegar aquí el lector se detuviera un momento y se preguntara si el señor Kennedy creía que la República Dominicana era parte de los Estados Unidos, y por serlo estaba bajo la jurisdicción de las autoridades norteamericanas, puesto que de no ser así no hay manera de explicarse lo que hizo el gobierno que él presidía; pero además sería bueno que se preguntara en virtud de qué poderes divinos John F. Kennedy se creía autorizado a hacer lo que él mismo condenaba en forma tan contundente cuando creía que lo hacía Fidel Castro.

Tenemos, pues, que lo que se proponía el gobierno de los Estados Unidos era sacar del gobierno de Haití al dictador François Duvalier porque creía que Duvalier estaba iniciando una política de relaciones con países socialistas, comenzando con Polonia y Checoslovaquia, pero lo que hizo para derrocar a Duvalier resultó en el derrocamiento del gobierno dominicano de 1963, que no había hecho nada de lo que hizo el de Haití y que además no había violado en lo más mínimo los principios de la llamada democracia representativa, ninguno de los cuales era respetado en el vecino país.

¿Por qué sucedió lo contrario de lo que habían planeado los funcionarios norteamericanos encargados de ejecutar la política exterior de su gobierno?

Porque en el caso concreto a que vengo refiriéndome el gobierno de Kennedy elaboró un plan de acción clandestino; quiso actuar no como un gobierno sino como una asociación secreta. Ese carácter secreto del plan induce a pensar que su autor fue la CIA, lo que no significa que no fuera aprobado por el Consejo de Seguridad Nacional, el Departamento de Estado y el Pentágono. Hace diez años yo pensaba que el presidente Kennedy no lo conocía, pero después de haber leído varias obras sobre el funcionamiento de los centros de poder político de Estados Unidos llegué a la conclusión de

que el plan que se hizo para derrocar a Duvalier con ataques guerrilleros no podía llevarse a cabo sin la aprobación del presidente.

El golpe de 1963 no fue planeado pero hubo que darlo para salvar a John F. Kennedy del escándalo internacional que hubiera sido inevitable pues como habíamos dicho, lo que hizo el gobierno presidido por él no lo había hecho ningún otro en la historia: organizar campamentos guerrilleros en el territorio de un Estado amigo ocultándole esa actuación al jefe de ese Estado; pero además, hacerlo mientras se presentaba ante el mundo como el campeón armado que luchaba contra los que apoyaban guerrillas en otros países. Para colmo de males, el prestigio de Kennedy, que había quedado muy herido con el fracaso de Bahía de Cochinos, iba a quedar peor aún si se conocía la razón del golpe de Estado que se había dado en la República Dominicana.

Y como se pensó que al estudiar los hechos la OEA iba a decir la verdad sobre el lugar de donde salían las guerrillas de Cantave que atacaban Haití, se ordenó la desaparición inmediata del gobierno que yo presidía para que la OEA no se viera obligada a hacer la investigación que se le había solicitado el día 24 de ese mes de septiembre de 1963. Es más, el gobierno que había pedido esa investigación desapareció antes aun de que los funcionarios de la OEA tuvieran tiempo de conocer el cable del ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Héctor García-Godoy.

En resumen, el golpe de 1963 fue una consecuencia de la intervención norteamericana en nuestro país.

CUBA ESTÁ FABRICANDO INTERFERÓN*

El interferón, que fue descubierto en 1957 y ha acabado convirtiéndose en la esperanza de curación para millones de cancerosos de todas partes del mundo, está siendo fabricado en Cuba y los cubanos no lo saben porque hasta ahora ha sido un secreto bien guardado por el gobierno de ese país.

¿A qué se ha debido ese secreto?

Posiblemente al hecho de que las cantidades que produce Cuba no son todavía suficientes para satisfacer la demanda de los médicos cancerólogos del país y desde luego menos aún la que harían médicos y pacientes de otros países, de manera especial los de la zona del Caribe.

Pero al autor de este artículo se le autorizó a dar la noticia de que Cuba está haciendo interferón y se le invitó a visitar el laboratorio donde se fabrica. El producto que sale de ese laboratorio ha sido probado en varios tipos de enfermedades, entre ellas en casos del dengue hemorrágico que apareció hace pocos meses en Cuba. Todos los técnicos que trabajan en ese laboratorio, incluyendo una mujer, son cubanos y jóvenes.

Un periódico español, que se publicaba en Madrid al mismo tiempo que el autor visitaba en La Habana el laboratorio donde se produce el interferón cubano (*Pueblo*, del 14 de septiembre, 1981) daba la información de que producir esa

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 3 de octubre de 1981, p.6.

medicina —si es que puede llamarse así y no vacuna, ya que su efecto es similar al de las vacunas aunque por razones diferentes— cuesta, se supone que en los Estados Unidos, cantidades fabulosas de dinero: 27 millones de dólares un gramo.

¿Es eso verdad?

Podría serlo debido a que para hacer un gramo de interferón se necesitan 50 mil litros de sangre y debemos suponer que en los Estados Unidos nadie le daría su sangre de gratis a una firma fabricante de medicinas ni nadie vendería un litro de su líquido sanguíneo por menos de 200 dólares, lo que supone que para acumular 50 mil litros de sangre habría que pagar 10 millones de dólares, y para almacenarlos, conservarlos, manipularlos y transformarlos en interferón habría que emplear otros 10 millones, y el resto, 7 millones, sería, naturalmente, la cantidad que se embolsillarían los fabricantes, los dueños de droguerías, los distribuidores, los publicitarios y los medios de publicidad, y en fin todos los que en Estados Unidos ganan dinero en el proceso de llevar los medicamentos hasta las manos del último comprador.

¿Qué es el interferón?

Es una proteína producida por células atacadas por virus, que actúa impidiendo que la infección causada por el virus pase a las células vecinas de las atacadas. El interferón impide que el virus pueda reproducirse en esas células vecinas de las atacadas, y como no se reproduce, la infección que causa el virus no avanza, y por tanto la enfermedad que él provoca desaparece.

El nombre de interferón fue creado por Jean Lindenmann, un virologista suizo que formó, junto con el virologista inglés Alick Isaacs, la pareja descubridora de la existencia de la proteína antiviral. Lindenmann inventó el nombre a partir del conocimiento de que lo que hacía esa proteína era interferir el avance del virus desde una célula infestada hacia

otra sana, y a su vez el descubrimiento de esa interferencia se debió a que Isaacs y Lindenmann, que trabajan en el Instituto Nacional de Investigaciones Médicas de Londres en el estudio de los diferentes virus de la influenza, advirtieron que la víctima de una enfermedad causada por un virus no se enfermaba al mismo tiempo de otra enfermedad viral, lo que los llevó a pensar que la presencia de un virus en un tejido humano interfería o inhibía la infección causada por otros virus, y del verbo interferir Lindenmann inventó el nombre interferón.

El interferón se produce en células vivas y en cantidades tan infinitamente pequeñas que, como dijimos, se necesitan 50 mil litros de sangre para producir un gramo; y si es para uso humano no puede producirse con leucocitos de sangre animal porque cada especie de los vertebrados produce su propio interferón; de manera que para curarle el cáncer a un mono se requiere tratarlo con interferón de mono, y si el enfermo es un caballo hay que proporcionarle interferón fabricado con células blancas de equino.

En Cuba todas las actividades médicas y hospitalarias están a cargo del Estado, y por tal razón en Cuba nadie vende ni nadie compra sangre humana, y sin embargo el Estado usa grandes cantidades de ese valioso líquido. Por ejemplo, es posible que la sangre extraída a los presuntos pacientes del dengue hemorrágico, que fueron más de 200 mil, pudiera alcanzar para hacer varios litros de interferón; y sin necesidad de hacer provecho de enfermedades epidémicas como el dengue hemorrágico, contando con la que puede ser colectada en las intervenciones quirúrgicas y en los partos, Cuba dispone de sangre suficiente para producir cantidades importantes de interferón que no podría costar ni de lejos los 27 millones de dólares que según se dice cuesta en los Estados Unidos producir un gramo.

LA MUERTE DE SADAT Y SUS EFECTOS EN LA POLÍTICA NORTEAMERICANA EN EL MEDIO ORIENTE*

La muerte de Anwar El Sadat ha provocado una conmoción en los círculos gobernantes de Estados Unidos cuya amplitud e intensidad pueden verse leyendo los periódicos norteamericanos que mejor reflejan en sus páginas lo que están pensando y sintiendo esos círculos.

¿Cuáles son las causas de esa conmoción?

Varias, y todas encadenadas entre sí. Las primeras son la importancia que para la política mundial de Estados Unidos tiene la región del Medio Oriente, donde se halla Egipto; el papel que juega Egipto en esa región y el que a su vez jugaba Sadat en Egipto, que era el de un líder que contaba con el apoyo de su pueblo y lo que él hacía con ese apoyo se ajustaba como anillo al dedo a los intereses de los gobiernos norteamericanos.

En lo que se refiere al Medio Oriente esos intereses están íntimamente vinculados a la existencia de Israel debido a la influencia de Israel en la política norteamericana; una influencia tan decisiva que ningún político de Estados Unidos se atreve a hacer un juicio sobre el Medio Oriente que no coincida con la opinión de los gobernantes israelíes porque todos ellos saben que un enfrentamiento con Israel le restará al que lo haga cantidades de votos que pueden ser decisivos en sus aspiraciones a

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 13 de octubre de 1981, p.6.

senador, diputado, síndico (mayor, como se dice en inglés) o presidente de la República; o le hará perder el respaldo de medios de comunicación importantes que están dirigidos por judíos y la colaboración de periodistas, intelectuales, oradores judíos y sobre todo la de expertos, también judíos, en las marullas locales o nacionales que son peculiares de la vida política estadounidense.

(Antes de que se estableciera por ley que los gastos de las campañas electorales se harían con fondos públicos, los candidatos norteamericanos a todos los cargos se eximían cuidadosamente de disgustar a los electores judíos por temor a perder ayudas económicas que solían ser sustanciosas).

El alto número de judíos nacidos en Estados Unidos y su unidad en materia política los convierte en una fuerza real debido, de manera especial, a la apasionada lealtad que le profesan al Estado de Israel, pero a su vez esa fuerza se refleja en Israel convirtiendo a los políticos israelíes en aliados tan estrechos de Estados Unidos que Israel ha pasado a ser el brazo armado de Norteamérica en el Medio Oriente.

Anwar El Sadat tenía tanta autoridad sobre su pueblo que desafió, sin perder esa autoridad, el fortísimo sentimiento de la unidad árabe, tajantemente antijudía debido a que el Estado de Israel fue fundado en territorio que durante siglos había sido ocupado por los árabes palestinos, y todos los árabes se sintieron agredidos cuando Israel expulsó a los palestinos del suelo de la que había sido su patria. Egipto fue el país que con más decisión levantó la bandera de lucha contra Israel por lo que Israel había hecho contra los palestinos.

El estado de guerra entre Egipto e Israel duró veintiún años (de 1956 a 1977) al cabo de los cuales Sadat negoció la paz y el pueblo egipcio no protestó de ese cambio de política ni había protestado de la ruptura de su gobierno con la Unión Soviética, que había sido aliada a Egipto en la guerra contra

Israel, y por cierto un aliado generoso porque le proporcionó importantes cantidades de armas y equipos militares así como ayuda técnica y financiamiento para hacer la monumental represa de Asuán gracias a la cual Egipto pudo acabar dominando las aguas del río Nilo después de miles de años de costosos desbordamientos.

Sadat era, pues, un líder con autoridad sobre su pueblo, pero la crisis económica que está pesando sobre el mundo capitalista empezó a minar su prestigio y dos medidas al parecer sin importancia, tomadas hace apenas un mes, desataron sobre Sadat las fuerzas que tuvo en un puño durante los once años de su gobierno. Esas medidas fueron la prohibición de que, como se había hecho tradicionalmente, el libro sagrado de los mahometanos, el Corán, pudiera ser leído en las mezquitas por personas del pueblo, y la prisión de tal vez mil miembros de algunas sectas religiosas, los más de ellos de los llamados fundamentalistas islámicos.

Para los árabes no hay diferencias entre la política y la religión, y no puede haberlas porque el fundador de su religión, que fue Mahoma, era a la vez el jefe religioso, político y militar de los creyentes, de manera que quien pretende separar esas tres actividades es un enemigo de Mahoma y por tanto es justo que se le dé muerte, todo lo cual indica que en los países mahometanos o islámicos está autorizado el encauzamiento de las luchas de clases por canales religiosos y nada lo demuestra mejor que el papel que juegan en Irán el ayatollah Khomeini y los sacerdotes que lo rodean.

Sadat violó esa tradición porque la secta de los fundamentalistas islámicos predicaba la lucha contra él. Por eso perdió la vida. Pero he aquí que con Sadat ha caído todo el andamiaje de la política norteamericana en el medio Oriente. La necesidad de rehacer ese andamiaje es lo que explica la presencia de tres expresidentes estadounidenses en el entierro del líder

egipcio, cuya misión es darles a entender a los jefes de los estados árabes, incluyendo entre ellos a Hosni Mubarak, el heredero de Sadat, que quien sustituya a Sadat podrá contar en la vida y en la muerte, si sigue su política, con el respaldo norteamericano.

¿Por qué esa necesidad de hallar un sustituto para Sadat?

Porque Israel no podrá seguir siendo el brazo armado de Estados Unidos en el Medio Oriente si no cuenta con la alianza de un país árabe, y a juzgar por la alegría que ha producido en la mayoría de esos países la muerte del jefe del Estado egipcio, va a ser difícil que ninguno de los gobernantes de los que rodean a Israel se disponga a jugar el papel que desempeñó en Egipto Anwar El Sadat.

COMENTARIO A UN DISCURSO IMPORTANTE*

El discurso que pronunció el 12 de octubre el vicepresidente de Estados Unidos ante los senadores y diputados dominicanos reunidos en Asamblea Nacional fue muy importante no sólo por lo que su autor dijo sino también por lo que se calló, y en algunos párrafos dijo cosas a medias al tiempo que se callaba partes que debió haber dicho.

Un ejemplo de lo último lo hallamos en las líneas en que afirmó que “Colón nos trajo el comienzo de una serie de dominaciones extranjeras: los españoles, los franceses, los haitianos”, y llegó hasta ahí tal vez para no agregar además de las mencionadas la norteamericana, que sólo en el período 1916-1924 fue más larga que la que nos impusieron los ejércitos de Francia entre el 29 de enero de 1802, cuando llegaron por Samaná, y julio de 1809, cuando tuvieron que abandonar el territorio que había sido español y volvió a serlo después de esta última fecha.

Un silencio parecido se produjo en el discurso del señor Busch al terminar el párrafo en que hablando de tanques de guerra dijo: “En nuestros tiempos hemos visto esos tanques arrollar a Hungría, a Checoslovaquia, a Afganistán. Ahora tenemos que esperar que arrollen a Polonia”. Entre los nombres de esos países faltó el de la República Dominicana, que se

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 15 de octubre de 1981, p.6.

vio también arrollada en el año 1965, y no sólo por tanques sino por toda suerte de equipos militares, como artillería montada en vehículos, aviones y navíos de guerra norteamericanos.

En los dos casos a que nos hemos referido el distinguido orador del 12 de octubre se calló cosas que debió decir, pero poco después dijo algo que debió callarse; y debió callárselo porque con el silencio les hubiera servido mejor a los intereses que él representa. Fue aquello de que Fidel Castro puede gobernar a Cuba porque la Unión Soviética le da 3 mil millones de dólares al año.

Parece que al llegar a esa parte de su discurso el vicepresidente Busch olvidó que estaba hablando en un país agobiado de problemas sobre el que pesa la amenaza de un impuesto al azúcar que vendemos en Estados Unidos, medida que significará para nosotros una pérdida de varios millones de dólares anuales. Lo que hizo el señor Busch en esa parte de su discurso fue mencionar la soga en la casa del ahorcado y de paso recordarle a nuestro pueblo que mientras la Unión Soviética le da casi 10 millones de dólares diarios a Cuba, la Alcoa, la Falconbridge, la Gulf and Western, la Codetel, la Shell y otras muchas empresas extranjeras, la mayoría de las cuales son norteamericanas, sacan del país cada día dólares no por 10 millones, pero en cantidades que significan mucho para el pueblo dominicano.

La gran mayoría de nuestros hombres y mujeres no saben de letras, como dicen ellos, pero son de inteligencia clara y saben hacer comparaciones y llegar a conclusiones que a menudo son certeras, y las conclusiones que están sacando al comparar lo que dijo el señor Busch acerca de la ayuda de la Unión Soviética a Cuba con lo que se llevan de nuestro país las empresas norteamericanas no son las mejores para la posición política del señor Bush.

Algo parecido pasa con los párrafos del discurso en que el vicepresidente de Estados Unidos se refiere a que en Cuba no hay elecciones dando a entender que esa es la prueba de que en la tierra de Martí hay una tiranía espantosa. Esa conclusión es falsa no sólo porque en Cuba sí se celebran elecciones aunque no son iguales a las que se llevan a cabo en el país del señor Bush sino además porque abundan los ejemplos de tiranías que no han suprimido las elecciones, y eso lo saben bien los dominicanos debido a que durante su largo mandato de treinta y un años Trujillo no dejó de celebrar elecciones cada cuatro años.

Si la falta de elecciones es demostración de que en el país donde no se celebran hay una tiranía, y si por el contrario, llevarlas a cabo cada cierto tiempo es prueba de que en el país donde eso sucede hay libertad, los dominicanos somos los mejores testigos de que una tiranía implacable puede mantenerse durante casi un tercio de siglo celebrando elecciones con regularidad cronométrica, de manera que no estuvo acertado el señor Bush cuando quiso convencernos de que en Cuba hay una tiranía porque allí no se llevan a cabo el tipo de elecciones que conocen los norteamericanos.

Estados Unidos está dándole a Pakistán 3 mil 500 millones de dólares en ayuda militar y el dictador de Pakistán, general Mohamed Zia ul-Haq, no ha celebrado elecciones desde que tomó el poder mediante un golpe de Estado; y algo parecido podemos decir de Somalia y Sudán, países en los que tampoco se llevan a cabo elecciones sin que eso sea obstáculo para recibir cuantiosas ayudas económicas o militares norteamericanas.

Por cierto, mientras el vicepresidente Bush nos visitaba el secretario de Estado, general Haig, anunciaba que su gobierno iba a despachar rápidamente grandes envíos de armas para

Sudán y estaba haciendo esfuerzos para conseguir que el Senado de su país reconsiderara el acuerdo que había tomado negándose a aprobar la venta de aviones Awacs a Arabia Saudita, un reino con el cual Estados Unidos mantiene nexos muy estrechos a pesar de que allí no se sabe qué cosas son las elecciones porque su población no ha votado nunca.

UN DISCURSO ALARMANTE DEL PRESIDENTE REAGAN*

Filadelfia fue capital de Estados Unidos antes que Washington. Allí se había reunido en 1774 el llamado Primer Congreso Continental de las trece colonias de América del Norte, que inició, con su Memorial de Agravios dirigido al Parlamento inglés, el movimiento de independencia que iba a culminar en el establecimiento de la primera república de los tiempos modernos; y allí, 207 años después, el día 15 de este mes, pronunció el presidente Ronald Reagan un discurso alarmante para los pueblos pobres del mundo, entre los cuales está el dominicano.

El discurso es un compendio de las ideas económicas no solo del presidente Reagan sino también de los grandes capitalistas republicanos de su país y de los economistas que les sirven en condición de consejeros y defensores de una posición política aplicada de manera concreta a la economía mundial, y debemos suponer que el señor Reagan lo leyó para que esas ideas fueran conocidas en Estados Unidos antes de que él y sus ayudantes en la materia las expongan en la conferencia de Cancún, que empezará el jueves de esta semana.

Lo que se saca en limpio de lo que dijo el presidente Reagan en Filadelfia es que en opinión de su gobierno ha llegado la hora de dismantelar la organización financiera mundial que

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 19 de octubre de 1981, p.6.

había sido montada por los países capitalistas más desarrollados para ayudar a los del Tercer Mundo a mejorar sus condiciones económicas.

Naturalmente, el presidente Reagan no expone el pensamiento de su gobierno en la forma en que lo hacemos nosotros. Lo que hizo él en su discurso del día 15 de este mes fue presentar, como fórmula solucionadora de la agobiante carga de la pobreza en que se debaten 3 mil millones de seres humanos en los países de América Latina, África y Asia, una combinación de mayores facilidades de esos países para la inversión privada, que a su juicio aumentará cuando se le den esas nuevas facilidades, y apoyo económico mediante préstamos para esas inversiones en los casos en que se trate de financiar proyectos de producción energética que los técnicos consideren buenos para ser ejecutados.

La propuesta de que se abran las puertas de la inversión privada está hecha de manera directa e indirecta más de diez veces en el mismo discurso del señor Reagan. Tal parece que el jefe del gobierno norteamericano no se ha enterado todavía de que en los países del Tercer Mundo que están económica y políticamente organizados a la manera capitalista, los cuales son mayoritarios en forma abrumadora, todos los privilegios, los legales y a menudo también los ilegales, les son reconocidos a los dueños del capital, y de manera muy especial si se trata de capitalistas extranjeros, a pesar de lo cual sus pueblos no han salido de la pobreza.

(Hay algunos casos excepcionales, como el de la República Dominicana, donde gracias a su control del poder del Estado un pequeño grupo familiar monopolizó la producción y la venta de sal, del cemento, de los tejidos, de los envases de vidrio y de otros artículos, entre los cuales estuvo a punto de completar el monopolio de fabricación y mercadeo del azúcar, y por razones políticas y sociales, al quedar disuelto el control

del poder público de ese grupo familiar sus bienes pasaron a ser administrados por el Estado, situación de origen histórico que no puede ser tratada a la ligera a menos que se desee correr un riesgo político grave).

A veces el orador de Filadelfia se refería a la inversión privada usando esas palabras o las de libertad económica, tal como lo hizo cuando dijo que la mejor prueba de que el desarrollo y la libertad económica van juntos, “mano a mano”, está en un país que le niega a su pueblo esa libertad, y a seguidas aclaró que ese país es la Unión Soviética y que los soviéticos no van a estar presentes en la conferencia de Cancún.

Para el presidente Reagan, los soviéticos no irán a Cancún porque no tienen nada que ofrecer, palabras de las cuales se deduce que sus consejeros no le han explicado que la Unión Soviética actúa en materia económica dentro del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), del que forman parte países socialistas como Alemania del Este, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumanía, Mongolia, pero mantiene relaciones de ayuda con países no socialistas, como México, Finlandia, Irak.

La Unión Soviética es, según lo que ha declarado el secretario de Defensa del gobierno de Reagan, una potencia nuclear, terrestre, naval y espacial superior a los Estados Unidos, y no podría ser tan poderosa en esos campos si careciera de poderío económico. Ahora bien, si la URSS se niega a darles ayuda económica a países capitalistas pobres los Estados Unidos se niegan a dársela a países socialistas del Tercer Mundo como Angola, Mozambique, Etiopía, Yemen del Sur, Viet Nam y Cuba, aspecto del problema económico mundial que deberían haberle señalado al presidente Reagan sus consejeros, así como debieron recordarle que el petróleo de Angola es explotado no por firmas soviéticas sino por empresas norteamericanas.

RESFRÍO EN EE.UU., PULMONÍA DOBLE AQUÍ*

Con poquísimas excepciones, los hombres públicos de nuestro país, y de manera muy especial los que tienen puestos altos en el aparato del Estado, no se consideran obligados a informar al pueblo acerca de los hechos que pueden tener influencia en el futuro de los dominicanos. Por ejemplo, no se nos dice nunca qué hacen los jefes de la economía estadounidense, como si lo que ellos hacen no tuviera efectos en la nuestra.

El día 22 de octubre de este año la deuda pública de Estados Unidos llegó al billón de dólares; no al billón inglés, que son apenas mil millones, sino el que los norteamericanos llaman trillón, que se escribe con doce ceros, así: 1,000,000,000,000; o lo que es lo mismo, un millón de millones, cantidad tan alta cuando hablamos de pesos o de dólares, que sólo puede ser aceptada por la gente común si se le explica que un país que deba tanto dinero, si fuera a saldar su deuda en mil años estaría pagando mil millones por año, pero como a esa cantidad habría que sumarle los intereses, no pagaría la deuda en los mil años.

¿Cuánto tendrá que pagar el Tesoro de Estados Unidos por intereses del billón de dólares que debía al 22 del mes pasado?

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 4 de noviembre de 1981, p.6.

En el año que empezó el 1° de octubre y terminará el 30 de septiembre de 1982, los intereses serán del orden de los 100 millones, y por ese dato podemos hacernos una idea de lo rápidamente que el monto de los intereses llegará al medio billón de dólares y aún más.

¿Qué efectos puede tener esa gigantesca deuda pública de Estados Unidos?

Una prolongación, por tiempo indefinido, de la inflación o encarecimiento de la vida provocada por el exceso de dólares que el gobierno norteamericano pone en circulación, de manera indirecta, al vender bonos del Tesoro y al pagar los intereses que les corresponden.

La primera gran inflación de que se tienen datos ciertos fue la que desató en Europa la riqueza en oro y plata que España sacó de las minas de América, sobre todo de las de México y Perú, en el siglo XVI. En esa época las monedas eran de metal, ahora son principalmente de papel, y así como el oro y la plata representaban riqueza aunque no estuvieran acuñadas, así los certificados del Tesoro de Estados Unidos representan dólares aunque no tengan apariencia de billetes de banco. Esos certificados o bonos son lo que los técnicos en la materia llaman cuasi dinero, y el cuasi dinero está considerado como un factor inflacionario porque en cualquier momento puede convertirse en dinero.

El exceso de dólares invertidos en bonos del Tesoro estadounidense se explica debido a que como esos bonos pagan intereses altos, el que tiene dinero sobrante, aunque no sea mucho, piensa que si lo invierte en tales bonos tendrá ingresos seguros durante los años señalados para su vencimiento.

(Sorprende, sin embargo, advertir que los que buscan seguridad económica por esa vía no se den cuenta de que el constante encarecimiento de todas las cosas que viene dándose en Estados Unidos va reduciendo año tras año la capacidad

de compra del dólar, de manera que en fin de cuentas, no es ciertamente buen negocio comprar bonos del Tesoro así como no lo es comprar pólizas de seguro contra la vejez).

La enorme deuda pública y los también enormes gastos militares norteamericanos —que están calculados en 1 billón 500 mil millones a partir de este año y hasta 1985— prolongarán la inflación pero no pueden evitar la recesión, cuyo rebrote ha admitido el presidente Reagan. La economía estadounidense, sigue, pues, afectada de estanflación, esto es, una mezcla de estancamiento e inflación, el mismo mal que llevó a Nixon a devaluar el dólar dos veces sin que con esas devaluaciones pudiera mejorar la situación.

Entre las características de la estanflación, que son varias, se hallan el alto porcentaje de personas sin trabajo y una balanza comercial deficitaria. Lo primero se debe a baja de las ventas, mal que aflige actualmente a las industrias de Estados Unidos que proporcionan más empleos. Por ejemplo, la venta de máquinas fabricantes de herramientas estaba al terminar el mes de septiembre en la mitad —el 49.8 por ciento— de lo que fue para la misma fecha del año pasado, y la venta de casas familiares —no de apartamentos— tuvo en ese mes el bajón más grande que ha tenido desde que en 1963 empezaron a hacerse estadísticas de ese comercio.

El principal economista del Departamento de Comercio declaró en Washington el día 30 del mes que acaba de pasar que “se hace difícil creer que el año que viene (1982) habrá un crecimiento rápido” de la economía, y todos conocemos el dicho de que cuando a la economía norteamericana le da un resfrío, a las de nuestros países les da pulmonía doble.

LAS RELACIONES ENTRE ESTADOS UNIDOS Y CUBA*

Estados Unidos no mantiene relaciones diplomáticas con Cuba, pero en La Habana hay una Oficina de Intereses Norteamericanos y en Washington hay una de Intereses Cubanos, las dos creadas en los años del gobierno de Jimmy Carter.

El presidente Ronald Reagan le dio apoyo a la idea de que su país debía montar en Florida una estación de radio con el nombre de José Martí dedicada con exclusividad a hacer propaganda dirigida a Cuba con fines similares a los que persigue en la Unión Soviética la Radio Europa Libre. Esos fines pueden describirse así: desacreditar al gobierno cubano ante el pueblo de Cuba.

Las personas que representan en la Oficina de Intereses Norteamericanos de La Habana al gobierno de Reagan han dicho de manera pública que no están de acuerdo con el establecimiento de la Estación José Martí, y explican su oposición a ese plan —que ya no es de hecho un plan en vista de que la idea está siendo puesta en práctica a toda velocidad— por las razones siguientes:

La primera, porque les parece inevitable que en un período más corto que largo la propaganda que va a salir por la Estación José Martí acabará provocando otro Mariel, esto es, una oleada de cubanos parecida a la que el gobierno de Fidel Castro, con

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de noviembre de 1981, p.6.

una habilidad y una capacidad de maniobra que el gobierno de Jimmy Carter no fue capaz de prever, dirigió hacia el estado de Florida cargada de problemas que todavía pesan sobre las autoridades yanquis.

La segunda, porque entienden que en fin de cuentas la propaganda que pueda hacerse por medio de la Estación José Martí no va a debilitar al régimen socialista de Cuba, que ellos —los representantes norteamericanos de la Oficina de Intereses de su país en La Habana, a quienes debería reconocérseles autoridad para opinar en ese asunto— consideran políticamente capaz y con suficiente dominio del poder para resolver los problemas que pudieran originarse en la actividad de la Estación José Martí.

La tercera, porque el establecimiento de esa Estación va a desatar una guerra radiofónica que acabará perjudicando más a Estados Unidos que a Cuba. En esa guerra Washington usará una planta de radio pero La Habana puede usar cuantas desee y todas varias veces más potentes que la de su adversario porque mientras por razones legales la Estación José Martí no podrá pasar de 50 kilos de potencia, las que Cuba ponga en acción serán de 500 kilos y con unas cuantas de ellas cubrirá todo el territorio norteamericano.

En esa futura guerra radiofónica, Estados Unidos está llamado a perder no sólo por razones del mayor poder de emisión cubano sino además, y de manera especial, porque tiene en su seno elementos susceptibles de ser atraídos por la propaganda de Cuba. Por ejemplo, los millones de latinoamericanos que viven en América del Norte, con la excepción de los cubanos que son anticastristas militantes, pueden ser inclinados hacia la propaganda cubana con mucha más fuerza que la parte numéricamente más pequeña de la población de Cuba que busque en las emisiones de la Estación José Martí los argumentos o las noticias antifidelistas.

Si los consejeros del presidente Reagan en política latinoamericana se dedicaran a evaluar los resultados de las medidas que Estados Unidos ha venido aplicándole a Cuba desde que Fidel Castro llegó a La Habana, al comenzar el mes de enero de 1959, como jefe de una revolución victoriosa, y esa evaluación fuera hecha con objetividad no perturbada por posiciones ideológicas comprometedoras o por razones sentimentales, llegarían a conclusiones que los dejarían asombrados porque hallarían que todas las crisis entre los gobiernos norteamericanos y el de Cuba, a partir de la caída de la dictadura batistiana, han sido desatadas por los primeros pero quien se ha beneficiado con esas crisis ha sido Fidel Castro.

En cada crisis la actitud de los gobiernos de Estados Unidos fue la de lanzar sobre el líder de la Revolución Cubana la amenaza de su enorme poderío en la creencia de que la sola amenaza pondría a Fidel Castro de rodillas, y nunca aprendieron la lección de que en todos los casos el que salía ganador en la guerra política y en la guerra militar era Castro. Hasta en la crisis de los cohetes resultó Castro beneficiado porque de ella salió cubierto por una garantía que no había buscado: la de que Estados Unidos no atacaría militarmente a Cuba.

Es posible que un análisis frío de las relaciones Estados Unidos-Cuba nos lleve a la conclusión de que sin los errores de los gobernantes norteamericanos, y a pesar de su evidente genialidad política, el éxito de Fidel Castro no sería tan descomunal —esto es, fuera de lo común—, pues hasta el boicot que se le aplica a Cuba ha acabado siendo una de las causas eficientes de que Castro pueda comportarse a nivel mundial como si fuera el líder de una gran potencia, no el de un pequeño país de 10 millones de habitantes que está situado sólo a 90 millas de las costas de Florida.

Santo Domingo,
5 de noviembre de 1981.

MENSAJE A LOS COMITÉS DE BASE DEL PLD*

Estimados compañeros:

En vista de que los miembros del Segundo Comité Central no habían sido evaluados para determinar quiénes de ellos podían ser elegidos para formar parte del Tercer Comité Central, la Plenaria del Segundo Congreso, reunida el sábado día 8 en esta ciudad, tomó el acuerdo de darle al presidente del Partido la potestad de hacer él la evaluación.

Con ese acuerdo se echó sobre mí una responsabilidad que no puedo aceptar y que además no podría cumplir aunque quisiera hacerlo. Yo puedo evaluar al Segundo Comité Central en su conjunto, como cuerpo, pero no a cada uno de sus miembros, y puedo decir que en su conjunto ese Comité Central no llevó a cabo las funciones que las bases del Partido esperaban de él cuando eligió a sus miembros, puesto que en términos generales ni siquiera se aplicaron decisiones tomadas por el voto de la mayoría y mucho menos se llevaron a cabo las tareas que les correspondían a muchos de sus miembros en virtud de cargos que el organismo les atribuyó. Sin embargo debo decir que la experiencia acumulada mediante el análisis del comportamiento del Segundo Comité Central será muy útil porque a partir de esa experiencia podrán adoptarse, al quedar constituido el Tercer Comité Central,

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 22 de enero de 1983, p.3.

medidas que eviten de manera radical la reproducción de lo que fue el Segundo, medidas que ya están estudiadas y serán propuestas por el autor de estas líneas en la primera reunión del Tercer Comité Central.

Por otra parte quiero recordarles que los métodos de trabajo peledéistas fueron una de las contribuciones más importantes que el Partido hizo al desarrollo político de sus miembros y al de la vida partidista dominicana, y que tal como dije en el discurso-informe de la Presidencia del Partido al Segundo Congreso, hubo miembros del Comité Central que violaron esos métodos, pero además las violaciones penetraron en las bases del PLD por decisión de algunos miembros de ese Comité Central, y el Tercero tendrá que dedicar una porción grande de sus esfuerzos y de su tiempo a corregir los efectos dañinos de esa actuación de los miembros del Segundo Comité Central responsables de lo que acabo de decir.

Si la Presidencia del Partido no está en capacidad de evaluar a los precandidatos a miembros del Tercer Comité Central, les toca a las bases elegir para ese Comité a compañeros que a su juicio no hayan sido violadores de los métodos de trabajo peledéistas y que tengan suficiente desarrollo político y dedicación a sus obligaciones con el PLD como para garantizar que el Tercer Comité Central superará en todos los órdenes al Segundo, sin descargar sobre el firmante de este boletín el peso de la selección de los futuros miembros de nuestro más alto organismo, función que no puedo cumplir porque no hay elementos de juicio suficientes para llenarla con seriedad y además que no puedo aceptar porque el papel de gran elector no se corresponde con la idea que tengo de lo que debe ser la democracia en el PLD.

Con nuestro lema de Servir al Partido para servir al Pueblo, queda a sus órdenes su compañero.

Juan Bosch

EL PRECIO DEL PETRÓLEO*

Si el petróleo crudo que nos venden México y Venezuela ha sido rebajado a menos de 30 dólares el barril, el gobierno dominicano debe reducir el precio del galón de gasolina a menos de un peso con 85 centavos que era lo que valía antes de que el gobierno de Antonio Guzmán comenzara a subirlo hasta llevarlo a 2 pesos con 57 centavos alegando que desde el primero de enero de 1981 el barril del crudo le costaba al país 40 pesos con 46 centavos.

El alza de 1981 fue hecha pública por la Secretaría de Estado de Industria y Comercio bajo el alegato de que el Estado dominicano no estaba en condiciones de absorber el aumento de precio del petróleo crudo que había acordado la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y que en consecuencia tenía que trasladar al consumidor la subida de precio de todos los derivados del crudo.

Resultó, sin embargo, que desde mediados de junio de 1981 el mercado petrolero mundial comenzó a padecer una situación de depresión de los precios que para finales de ese año había llevado el del barril de crudo a 32 pesos con 50 centavos, el cual estaba por debajo del precio promedio a que se compró en 1980 que fue 34 pesos con 88 centavos.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 22 de marzo de 1983, p.1 / p.12.

Durante todo el año 1982 y en lo que va de 1983 nuestro país ha estado comprando el petróleo crudo a unos 32 pesos con 50 centavos, y sin embargo los consumidores de gasolina han estado pagando ese combustible como si el crudo hubiera seguido costando 40 pesos con 46 centavos.

Ahora bien, quien compra el crudo es la mal llamada Refinería Dominicana de Petróleo, que es una empresa del Estado y de la empresa extranjera The Shell Company (W.I.) Limited. Los beneficios de esa empresa se reparten, la mitad para el Estado y la mitad para la Shell, y ni el Gobierno ni la Shell le han dicho nunca al país cuáles son sus beneficios, y sobre todo cuáles fueron en los años de la enorme subida de precio de los derivados del petróleo, y de manera especial la gasolina y el gas llamado licuado o de cocinas; pero no es nada del otro mundo pensar que esos beneficios en los dos años mencionados han pasado de 80 millones de pesos, que repartidos entre los dos socios significan 40 millones para cada uno.

¿Tiene el Estado dominicano derecho de alguna especie para explotar a su pueblo por medio de operaciones comerciales?

Creemos que no, y por eso a raíz del alza del precio de la gasolina y del gas de cocinar nosotros dijimos que el gobierno había puesto en vigor de manera clandestina un impuesto a través del costo oficial de los derivados del petróleo.

La mal llamada Refinería Dominicana de Petróleo compra anualmente alrededor de 10 millones 200 mil barriles de crudo, que en el 1981 costaron 340 millones y además compró gas licuado y gas-oil por valor de 30 millones y en 1982 importó crudos por 320 millones y 45 millones en derivados como el gas licuado y el gas-oil.

El costo de esas compras descenderá este año porque el precio del crudo ha bajado a unos 29 pesos, que equivale a más de 11 pesos con 46 centavos por debajo de lo que costaba cuando el precio de la gasolina subió a 2 pesos con 57 centavos el

galón, y debemos esperar que el actual gobierno baje el precio de la gasolina a la proporción del precio que tiene en este momento el petróleo crudo.

En el año 1980, cuando el precio promedio del crudo era de 34 pesos con 88 centavos, se le fijó a la gasolina el de 2 pesos con 15 centavos el galón, y ahora cuando el precio del crudo está por los 29 pesos, con tendencia a seguir bajando, el Partido de la Liberación Dominicana le pide al gobierno que fije el precio del galón de gasolina en 1 peso con 85 centavos y que baje también los precios de los demás derivados del petróleo en forma proporcional al precio del barril del crudo.

VIOLACIÓN A LA LEGISLACIÓN MONETARIA *

De las medidas que ha tomado el Gobierno con la intención de controlar el alza de la prima del dólar, no hay una sola que se someta a las leyes dominicanas sobre materia monetaria; al contrario, todas las violan porque las leyes del país en esa materia parten de la base constitucional que crea una entidad emisora (de billetes nacionales) única y autónoma, cuyo capital sea de la propiedad del Estado.

Esa entidad es el Banco Central, y sus autoridades han violado el artículo constitucional número 111 en virtud del cual sólo él, el Banco, puede emitir o poner en circulación pesos dominicanos, siempre que estén totalmente respaldados por reservas en oro y por otros valores reales y efectivos, en las proporciones y condiciones que señale la ley y bajo la garantía ilimitada del Estado.

Como ese mandato constitucional ha sido consistentemente violado por las autoridades del Banco Central, lanzando a la circulación pesos falsos, que eso y sólo eso son los llamados inorgánicos, la “garantía ilimitada del Estado” ya no es ni garantía ni nada porque en la política monetaria nacional se ha establecido un caos en vez del orden prescrito por la Constitución.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 21 de noviembre de 1983, p.11.

Producto de ese caos son la pérdida constante de valor del peso nacional y por tanto el aumento también constante de la prima del dólar, el invento de los bancos de cambios, algo que no se conoce en ninguna parte del mundo, que han sido creados en la República Dominicana sólo para entregarles el monopolio del negocio de las divisas a quienes dispongan de 500 mil pesos, que es lo que se necesita para montar uno de esos bancos de cambio.

Pero la mayor de las ilegalidades es la de disponer, mediante decreto, que los impuestos de aduanas se cobrarán en pesos si bien no por el valor que les atribuye la ley sino por el que le corresponda a la prima de los dólares que se hayan pagado por las mercancías traídas al país.

Si la ley dice que un dólar vale un peso, ¿cómo puede un decreto presidencial admitir, para cobro de impuestos de aduanas, que eso no es cierto; que el peso vale no lo que manda la ley sino lo que mande el mercado paralelo de divisas?

Pero además, ¿en qué momento se evalúan el peso según lo que dicte ese mercado paralelo? ¿En el momento en que la mercancía se compró en Tokio o en Nueva York; en el momento en que fue descargada en un muelle dominicano; en el momento en que se afora; en el que se le entrega al importador? Y en cualesquiera de esos casos, ¿quién tiene autoridad para fijar la prima del dólar en cada uno de esos momentos? Por de pronto, las oficinas de las aduanas deberán ser dotadas desde ahora mismo de relojes atómicos, que marquen los segundos, los minutos y las horas con precisión de primas del dólar entre las 12 y 15 minutos y las 12 y 14 minutos y 40 segundos.

Esa medida, dispuesta por decreto, es sólo y nada más que un impuesto de aduanas disfrazado, que no figurará en los aranceles ni en los acuerdos internacionales que regulan el comercio internacional. Muy probablemente esa medida se

tomó para complacer al Fondo Monetario Internacional, que le pide al gobierno aumentar los impuestos; pero en ese caso ese impuesto aduanal clandestino va a tener repercusiones más allá de la República Dominicana.

Desde luego, tal impuesto disfrazado va a ser una carga dura para el Pueblo, que será quien lo pagará porque se trata de un típico impuesto indirecto, que en todos los casos pagan los consumidores, nunca los importadores ni los comerciantes que distribuyen las mercancías; y conviene decir desde ahora que en la situación de miseria en que se hallan las grandes masas que forman el pueblo dominicano, un impuesto como ese, que puede sumar no menos de 100 millones de pesos al año, puede ser una carga cuyo peso no podrán soportar las grandes masas.

Por último, aunque esa medida fuera buena, como reconoce y establece de hecho que el peso no tiene el mismo valor que el dólar, para convertirse en ley tiene que ser aprobada por el Congreso porque un decreto no puede modificar una ley, y de manera muy especial si se trata de una ley que según la ordena el artículo 112 de la Constitución no puede ser modificada sin contar con “el apoyo de dos tercios de la totalidad de los miembros de una y otra Cámara a menos que haya sido iniciada por el Poder Ejecutivo a propuesta de la Junta Monetaria o con el voto favorable de ésta”.

CARTA ABIERTA AL PRESIDENTE
SALVADOR JORGE BLANCO*

Señor Presidente:

Los días 22 y 23 del mes que transcurre apareció en todos los periódicos de la capital de la República un aviso de su gobierno que cubría dos páginas de cada uno de esos medios de información, y en el encabezamiento de tal aviso se veía mi nombre en el primer lugar de la segunda línea en tipos lo suficientemente grandes como para llamar la atención de los lectores.

¿Con qué fin se destacaba mi nombre?

Con el de presentarme como un político charlatán, que me opongo ahora a negociaciones del Estado dominicano con el Fondo Monetario Internacional y a la política de préstamos con esa entidad y con bancos de Estados Unidos y Europa y sin embargo había empezado mis funciones de Presidente de la República comprometiendo al país tanto con uno como con los otros.

Para conseguir lo que perseguía, el departamento de su gobierno que elaboró y ordenó la publicación de ese aviso inventó mentiras a las cuales me veo forzado a responder con la publicación de documentos oficiales que ocuparán también dos páginas de los diarios en que aparecieron las mentiras a que he aludido en estas líneas, y como esos espacios cuestan algunos miles de pesos que yo no tengo, solicito de

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 28 de marzo de 1984, p.1 / p.12.

usted que dé las órdenes del caso para que los periódicos que publicaron las falsedades que me atribuye su gobierno hagan pública mi respuesta y carguen su costo al mismo departamento oficial que produjo falsedades con que se pretende deformar mi conducta de hombre público.

Con saludos atentos, queda en espera de su respuesta, que ojalá fuera pública como lo es la mía, su S.S. y amigo.

Juan Bosch

CARTA A CAONABO FERNÁNDEZ NARANJO*

Señor Presidente:

En la mañana del domingo día 6 del mes que cursa la Policía de Higüey detuvo a cuatro miembros del Partido de la Liberación Dominicana, a la cabeza de ellos nada menos que el secretario general del Partido, el profesor Lidio Cadet, y a la hora en que le escribo el profesor Cadet y sus compañeros siguen detenidos sin que se les haya hecho ninguna acusación para justificar la escandalosa violación del Título II, Sección I, párrafo 2, acápites b y c de la Constitución nacional, según los cuales “Nadie podrá ser reducido a prisión ni cohibido en su libertad sin orden motivada y escrita de funcionario judicial competente, salvo el caso de flagrante delito” que ninguno de los detenidos a que se refiere esta comunicación ha cometido, y en cuanto al acápite c, éste reza así: “Toda persona privada de su libertad sin causa o sin las formalidades legales, o fuera de los casos previstos por las leyes, será puesta inmediatamente en libertad a requerimiento suyo o de cualquier persona”.

Debo informar a Ud. que la libertad del profesor Lidio Cadet y sus compañeros ha sido requerida en la Capital por una comisión compuesta por los diputados del PLD, Dr. José R. Fadul y Lic. Vicente Bengoa y por el Dr. Euclides Gutiérrez, los dos últimos miembros del Comité Central de nuestro Partido, y en

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 9 de mayo de 1984, p.8.

Higüey por los diputados Lic. Ligia Amada Melo de Cardona y Lic. Norge Botello, ambos, también miembros del Comité Central del PLD; y ni en la Capital ni en Higüey se le hizo honor al mandato constitucional expresado en ese acápite c del párrafo 2, del artículo 8 a que me he referido.

Las autoridades policiales que mantienen detenidos al profesor Lidio Cadet y a cuatro miembros del PLD, tres en Higüey y uno en Moca, son funcionarios del Poder Ejecutivo, y han violado el mandato constitucional porque ese poder les ha ordenado que los violen así como les ha ordenado mentir como lo han hecho al declarar que nuestros compañeros están presos por razones de seguridad pública. De parte de los miembros del PLD no hay la menor amenaza a la mal llamada seguridad pública o del Estado. Quienes ponen en peligro la seguridad del Estado son los que lo dirigen cuando imparten órdenes arbitrarias como si la República Dominicana fuera un potrero poblado por animales y no por seres humanos a quienes los gobiernos deben respetar como lo son: personas dotadas de ese atributo excelso denominado conciencia que les permite juzgar cuándo y por qué los actos de sus gobernantes son buenos o son malos.

El Poder Ejecutivo que nos gobierna no sabe discernir entre lo bueno y lo malo de sus actos y la organización del Estado dominicano es tan deficiente que cuando sus derechos constitucionales son violados los ciudadanos de este país no tenemos a quién dirigirnos en demanda de justicia, caso en el cual nos encontramos ahora los hombres y mujeres que tenemos el encargo de dirigir las actividades del Partido cuya presidencia desempeño. El secretario general de ese partido y varios de sus miembros están presos porque así lo ha querido, de manera caprichosa, el ciudadano Presidente de la República, y no hay en todo el aparato del Estado una persona que tenga la autoridad necesaria para ordenar la libertad de esos compañeros

nuestros. Es más, en el momento en que le escribo esta carta, 7 de la mañana del día 8 de mayo, he recibido la noticia de que la Policía ha ido a detener a la señora Nélsida Marmolejos, secretaria general de la Central General de Trabajadores (Mayoritaria) y miembro del Comité Central del PLD, medida que sobrepasa todos los límites e indica que la arbitrariedad gubernamental está desbordándose de manera altamente peligrosa y se dirige hacia los niveles de una dictadura que el país no ha conocido desde la desaparición del trujillato.

Aunque la Constitución no lo diga de manera explícita, Ud. preside un poder del Estado que por el hecho de tener a su cargo el encauzamiento y la dirección de las actividades electorales tiene también la potestad indispensable para actuar en nombre del Estado en todo aquello que se relacione con los partidos políticos reconocidos por la Junta Central Electoral, y en consecuencia, Ud. puede y debe ordenar que sean puestos en libertad el secretario general del Partido de la Liberación Dominicana y sus compañeros Saturno Rodríguez, Carmelo Suárez, Juan Pichardo y Diloné Ovalle así como que cese la persecución policíaca de la señora Nélsida Marmolejos y de cualesquiera otros de los miembros del PLD que se hallan en listas para ser detenidos por razones caprichosas propias del partido de gobierno y de los funcionarios del Poder Ejecutivo.

Con las gracias anticipadas por la atención que le merezcan estas líneas, queda a su mandar atentamente,

Juan Bosch

ADVERTENCIA SOBRE LA VENTA DE LOS BIENES DE LA GULF AND WESTERN*

La Gulf and Western anunció la venta de los bienes que tiene en la República Dominicana a una firma de cubanos establecida en Miami. Aunque no se haya dicho así, se presume que lo que la Gulf and Western ha vendido han sido las acciones de sus empresas dominicanas, y algunos abogados consultados por personas interesadas en esa operación han opinado que de acuerdo con el artículo 529 del Código Civil las acciones de una compañía se consideran muebles aún cuando la sociedad vendedora posea bienes inmuebles, pero sucede que el articulado del Código Civil dominicano sólo tiene aplicación para los dominicanos y los extranjeros residentes en el país, lo que está dicho de manera implícita en el artículo 13, el cual afirma que “el extranjero a quien el Gobierno hubiere concedido fijar en la República su domicilio, gozará de todos los derechos civiles mientras resida en el país”, y los compradores de los bienes de la Gulf and Western no residen en la República Dominicana.

Por otra parte, por decreto número 860 del 8 de marzo de 1983 quedó modificado el número 101 del 6 de julio de 1942 para que dijera que la “persona física o moral, de nacionalidad no dominicana, que desee invertir fondos en inmuebles urbanos o rurales en la República, deberá, sin lo

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 15 de octubre de 1984, p.6.

cual la operación de que se trate no será válida, obtener previamente autorización del Poder Ejecutivo”, y hasta donde sepamos los dominicanos, los compradores de los bienes que tiene la Gulf and Western en nuestro país no obtuvieron previamente esa autorización.

Por si todo eso fuera poco, he aquí que el artículo 3 del Código Civil de nuestro país dice: “Las leyes de policía y seguridad obligan a todos los habitantes del territorio”, y agrega: “Los bienes inmuebles, aunque sean poseídos por extranjeros, están regidos por la ley dominicana”; y lo dicho en esos dos párrafos está convalidado por el artículo 6 del mismo Código al decir: “Las leyes que interesan al orden público y a las buenas costumbres no pueden ser derogadas por convenciones particulares”, a lo que nosotros agregamos que una convención particular sería la de la Gulf and Western y los compradores de sus empresas dominicanas si pretendieran que esos artículos de nuestro Código Civil pueden ser ignorados mediante un traspaso de acciones que representen inmuebles rurales o urbanos cuya existencia física, y por tanto objetiva, tiene lugar en el territorio dominicano, y por tal razón no pueden ser movilizados ni siquiera dentro de los límites del país, de manera que esos bienes no pueden ser transferidos en papeles a una caja de un banco de Estados Unidos con el alegato de que tales papeles son su representación legítima.

Hasta aquí hemos expuesto argumentos legales con los que aspiramos a darle una base jurídica a la preocupación de los dominicanos que se han alarmado con la noticia de que los bienes nacionales de la Gulf and Western han pasado a ser propiedad de banqueros y azucareros cubanos establecidos en Miami, y advertimos que desde ese punto de vista hay más tela que cortar, pero no queremos insistir en ese aspecto y pasamos enseguida a otros que nos parecen más importantes.

En primer lugar, la noticia de la operación comercial llevada a cabo entre la Gulf and Western y una familia de cubanos de Miami ha coincidido con un anuncio de la Casa Vicini, dueña de tres ingenios dominicanos, que tiene cerca de cien años de establecida en el país dedicada de manera preferente a la producción y el mercadeo de azúcar, negocio que comenzó con la instalación en el siglo pasado del ingenio Italia cuyo nombre pasaría en 1942 a ser CAEI.

¿Qué decía el anuncio de la Casa Vicini?

Que el ingenio Caei no seguirá produciendo azúcar y las tierras cañeras que lo rodean serán dedicadas a otros cultivos.

¿Qué razones han llevado a la Casa Vicini a adoptar esa decisión?

La declinación mundial de los precios del azúcar de caña y las perspectivas de que en pocos años ese dulce será sustituido por el sirop de la fructuosa del maíz y por edulcorantes químicos.

Sin duda que hay una contradicción seria entre los planes de los compradores cubanos de los bienes dominicanos de la Gulf and Western y lo que piensan los dueños de la única firma dominicana privada dueña de ingenios azucareros, esto es, la Casa Vicini, y esa contradicción no puede ser achacada a diferencias de puntos de vista entre productores cubanos de azúcar en Florida y productores dominicanos de azúcar en nuestro país, porque en Florida y aquí el azúcar se hace del jugo de la caña y es precisamente ese tipo de azúcar el que marcha hacia la quiebra debido a que el azúcar de caña no podrá competir con el sirope de la fructuosa del maíz ni en Florida ni en la República Dominicana.

Ahora bien, la Gulf and Western tiene en nuestro país no sólo un gran ingenio de azúcar y una fábrica de furfural, dos productos que se extraen del jugo de la caña; también es dueña de por lo menos un aeropuerto del cual pueden salir y al

cual pueden llegar aviones capaces de bombardear ciudades de países vecinos, buques y naves aéreas de esos países; es propietaria de puertos desde los cuales pueden salir lanchas que en el término de una noche pueden atacar en el mar barcos mercantes y en tierra puertos e instalaciones industriales de esos países vecinos; la Gulf and Western dominicana es propietaria de sistemas de comunicación que le permiten transmitir y recibir órdenes y opiniones desde cualquier lugar de Estados Unidos en término de minutos, por no decir de pocos segundos; y por si todo eso fuera poco, la Gulf and Western es dueña en el país de hoteles en los cuales pueden ser alojados fácilmente mil hombres sin que las autoridades nacionales sepan quiénes son, de dónde vienen, hacia dónde irán y qué se proponen hacer en el sitio adonde vayan.

En lugares de la Florida han sido entrenados miles de nicaragüenses que están dedicados a atacar desde Honduras el territorio de Nicaragua. Honduras es un Estado y en su condición de Estado llegó con el gobierno de Estados Unidos a un acuerdo en virtud del cual esos nicaragüenses pueden usar las instalaciones militares hondureñas cedidas al gobierno norteamericano para desde ellas hacer la guerra al gobierno sandinista. En el caso de la República Dominicana, la Gulf and Western ha sido, como lo hemos dicho muchas veces, un Estado dentro del Estado nacional, y en su condición de Estado es propietaria de inmensidades de terrenos y de las instalaciones a que nos hemos referido en el párrafo anterior, pero debemos admitir que mientras ese falso Estado estuvo bajo la dirección de la multinacional llamada Gulf and Western, sus terrenos y sus instalaciones sólo fueron usados en la explotación del pueblo dominicano, no en perjuicio de otro país.

¿Podría decirse lo mismo dentro de unos meses o un año o más tiempo de tales terrenos e instalaciones si el gobierno dominicano acepta su traspaso a los cubanos que aparecen

en calidad de compradores de los bienes que hasta ahora ha tenido en el país la Gulf and Western?

Hacemos esa pregunta para dejar constancia de que la operación de venta de los bienes dominicanos que la Gulf and Western le compró hace diecisiete años a la South Portorican Sugar Company puede tener muchas implicaciones porque esos bienes podrían tener usos políticos llamados a crearles perturbaciones muy serias al Estado y al pueblo de nuestro país, y si esas implicaciones se presentan sin que se hayan tomado las medidas que puedan prevenirlas, es necesario que el Pueblo sepa sobre quién deberá recaer la responsabilidad histórica de lo que suceda y quién deberá ser exonerado de ella.

NAVIDAD*

Había yo mismo decorado una parte de la casa para celebrar las Navidades, en 1960. Vivía en Caracas junto a mi esposa y mis dos hijos.

El día de Nochebuena llegó el Dr. Gregorio Sicart, dominicano que vivía y murió en el exilio, vegano como yo, y me dio la noticia de que había muerto Mario Sánchez Guzmán. El amigo más querido, el que había sido un hermano espiritual desde que teníamos de 12 a 14 años.

Para mí era el dominicano que representaba lo más limpio y generoso de mi pueblo, la persona que yo esperaba encontrar cuando bajara del barco o del avión que me trajera al país después de tantos años de exilio.

A partir de ese momento la Navidad perdió para mí el encanto que tiene para otras gentes.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 28 de noviembre de 1984, p.2b.

EN TORNO AL EDITORIAL DEL *LISTÍN DIARIO**

El Director del *Listín Diario*, don Rafael Herrera, dice una gran verdad en el segundo de los editoriales que publicó en el *Listín* de ayer, ese en el cual afirma que ahora hay más dólares, “pero menos capacidad de consumo en la población de ingresos fijos”, que son los obreros, los empleados, los pensionados y los que viven de rentas pequeñas y medianas o de una asignación fija de otro origen.

A esa afirmación Herrera le agrega: “Se impone un reexamen de la política fiscal y monetaria, para resolver esta paradoja”.

Eso es “un gran reto”, dice Herrera, “pero afrontarlo y resolverlo será un hermoso triunfo”, palabras a las cuales respondemos llamando la atención hacia el hecho de que nuestros comerciantes, industriales, banqueros, terratenientes, tienen menos conocimiento de la manera como funciona el sistema capitalista en países subdesarrollados que un joven de Las Lagunas de Moca llamado Pascasio Hernández. Cuando hace pocos días Pascasio nos dijo que en las fechas navideñas iba a dedicarse a vender uvas y nosotros le advertimos que esa fruta se vendería poco porque está a 6 pesos la libra, la respuesta que le oímos fue ésta: “No importa que se venda poco porque a ese precio se gana más que si se vendiera a 2 ó 3 pesos”.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de diciembre de 1984, p.12.

Los comerciantes, industriales y banqueros dominicanos, y hasta los jefes militares y de la Policía, creen que nosotros somos sus enemigos porque demandamos un salario mínimo de 300 pesos para obreros, empleados privados y públicos, incluyendo en estos a los soldados y los policías, y no se dan cuenta de que 300 pesos de salario multiplicaría por dos veces y media la demanda de todo lo que el pueblo dominicano consume, y esa multiplicación de la demanda, si se acompaña con una política monetaria y fiscal adecuada a la situación creada por ella (el “reexamen” a que se refiere Rafael Herrera en su editorial de ayer), daría un impulso tremendo a la producción de todo lo que puede hacerse y cosecharse en el país.

Esa alza de salarios tendría los efectos positivos que no podían tener los pesos inorgánicos, cuyas emisiones fueron el fruto de una política monetaria ruinosa, que debía necesariamente provocar la desvalorización del peso y además estaba llamada a profundizarla cuando se presentara, tal como ha venido sucediendo.

Sería aventurado decir que la sola alza del salario mínimo resolvería el problema que plantea don Rafael Herrera en su editorial, pero es un tratamiento de urgencia que de aplicarse pondría en pie al paciente, que en realidad es la paciente porque se trata de la economía nacional.

EL ACUERDO CON EL FMI SERÁ NEFASTO PARA RD*

El borrador de la Carta de Intenciones que elaboró el gobierno dominicano para discutir un acuerdo con el Fondo Monetario que en materia de política monetaria y de otros aspectos de la economía nacional relacionados con ella, como la política fiscal, los responsables de los departamentos oficiales que tuvieron a su cargo hacer los planes de esas políticas no estudiaron nunca el conjunto de la situación de la economía nacional, que lo que hacían era ver partes de los problemas e inventar soluciones parciales, una hoy y otra mañana.

Algunos de esos planes parciales, como la invención de los llamados Bancos de Cambio, han servido para poner en manos de ochenta o cien personas millones de dólares, pero al costo de provocar una baja del peso que ha sobrepasado la relación de tres por uno; y en lo que se refiere a la fiesta de los subsidios, esa ha sido prácticamente una locura por no decir otra cosa, de la cual han sacado provecho unos cuantos señores y perjuicio para millones de gentes del pueblo que ahora tienen que pagar, no se sabe durante cuánto tiempo, los impuestos que se han creado para pagar los déficits del Banco Central y del Banco de Reservas.

Lo que falta ahora es que el gobierno declare cerrado el Banco Central, cuyas funciones han sido dislocadas y sustituidas

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 12 de diciembre de 1984, p.1 / p.13.

por medidas que violan su Ley Orgánica y además la Constitución de la República.

El Banco Central, que fue creado, igual que todos los bancos centrales del mundo capitalista, como órgano encargado de planear y ejecutar la política monetaria del Estado, lo que equivale a decir como cuarto poder del Estado, no es ya eso ni cosa parecida. Sus funciones han pasado, de hecho, y en pocos días más pasarán también de derecho, al Fondo Monetario Internacional, y a esa institución, que he calificado más de una vez de Policía Monetaria Internacional, no le interesa para nada resolver los problemas monetarios del pueblo dominicano sino garantizarles a los grandes bancos de Estados Unidos y Europa el pago de los préstamos que esos grandes bancos le han hecho a nuestro país y también garantizarles a los exportadores extranjeros de mercancías compradas por comerciantes dominicanos el cobro de los dólares que valen esas mercancías.

En materia de política monetaria se ha actuado con una irresponsabilidad abrumadora, y lo han hecho no sólo el gobierno de Antonio Guzmán sino también el del Dr. Salvador Jorge Blanco. Lo decimos porque a menudo se afirma que el último recibió del primero el problema de la desvalorización del peso, lo cual es cierto; pero también lo es que el segundo agravó la situación con medidas parciales y se negó a oír opiniones sobre la crisis monetaria que pudieron contribuir a evitar que la situación llegara a los niveles que ha llegado.

Por lo demás, la crisis está llamada a agudizarse si se aplican las medidas que figuran en el borrador de la Carta de Intenciones hecho por el Gobierno para llegar a un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional.

LA PRIMA DEL DÓLAR*

En cuanto a la baja del peso en su relación con el dólar, ella dependerá de lo que hagan las autoridades monetarias con esos 50 millones de dólares. Si en vez de destinarlos a pagar deudas de las muchas que el país tiene con firmas extranjeras los distribuyen entre bancos nacionales y algunos de los llamados bancos de cambio, el dólar bajará tal vez a 2 pesos pero no tardará en subir de nuevo, y en esa ocasión por encima de 3, porque aquí hay mucho más de 50 personas que pueden comprar cada una un millón de dólares para guardarlos a fin de usarlos en comprar pesos cuando estos bajen 4 y 5 por dólar.

Como he dicho varias veces, el dólar es una mercancía que se compra con pesos y los pesos son una mercancía que se compra con dólares, de manera que cualquiera puede comprar dólares con pesos ahora a menos 4, a 5 y a tal vez a más pesos por cada dólar, operación con la cual ganaría 2, 3 ó más millones de pesos por cada millón de dólares empleado en ella.

Así pues, los beneficios que el país puede sacar de los 50 millones de dólares que ha donado Estados Unidos depende de qué destino se les dé a esos dólares porque muy bien podría suceder que los beneficios sean muchos, pero para unas cuantas personas, no para el Pueblo.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 30 de diciembre de 1984, p.12.

En cuanto a la visita a Venezuela del Lic. Hatuey De Camps es posible que el secretario de la Presidencia haya viajado a algo que se relacione con los 50 millones de dólares de que hemos hablado; y me explico: nosotros le debemos a Venezuela mucho dinero por el petróleo que nos suministra ese país hermano, y no sería extraño que al hacerse pública la donación de los 50 millones de dólares el gobierno venezolano haya reclamado que se le haga un abono, precisamente de 50 millones de dólares, porque el petróleo de Venezuela, como todo lo que compramos en otros países, hay que pagarlo en dólares, no en pesos.

Si estoy diciendo algo que no es cierto, el gobierno —el de aquí, no el de Venezuela— debe aclararlo explicando la razón del viaje del Lic. De Camps, cosa que debió decirse cuando se anunció ese viaje.

EL AMOR Y LA AMISTAD EN ÉPOCA DE CRISIS*

Lo que nosotros llamamos amor es el reclamo de la Naturaleza que nos ordena perpetuar la especie humana. Cuando ese reclamo se manifiesta a través de hombres y mujeres de sensibilidad refinada y responsabilidad social, ese mandato de la Naturaleza se convierte en un sentimiento elevado de estimación y respeto por la persona que nos acompaña en el yugo de la vida de la pareja, que por compartir ese yugo los casados se llaman cónyuges en la rica lengua española.

Cuando la sociedad entra en crisis por razones sociales o políticas, las parejas vinculadas por ese sentimiento refinado y poderoso denominado amor saben hacerle frente a la situación y las que lo están nada más por el reclamo de la Naturaleza para perpetuar la especie pasan a ser juguetes de la crisis.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 14 de febrero de 1985, p.15.

EL RECARGO CAMBIARIO*

El recargo cambiario de 36 por ciento que se ha acordado aplicarles a los exportadores de todos los productos tradicionales (cacao, café, tabaco y los minerales como el oro, el níquel, la bauxita) significa que por cada dólar del valor que tengan esos productos al ser vendidos, el Banco Central retendrá para sí el 36 por ciento en pesos; o para decirlo de manera comprensible para las personas que no conocen el lenguaje de los economistas, cuando el dólar valga 3 pesos con 30 centavos el Banco Central le cobrará al vendedor de esos productos 1 peso con 8 centavos y 8 décimas de centavo, prácticamente, 1 peso con 9 centavos.

De seguro que habrá gente que considerará muy bajo ese recargo, pero si es así explicaremos que hace cuatro días, el martes de la semana pasada, el cacao dominicano se pagó en Nueva York a 96 dólares con 75 centavos el quintal de 50 kilos y el recargo de 1 peso con 8.8 centavos por cada dólar significa 105 pesos con 26.4 centavos por cada quintal. El mismo día el café se pagó en Nueva York a 140 dólares con 50 centavos y en Hamburgo a 143 con 57 centavos, pero en el Havre estuvo a 120 con 14, de manera que si escogemos el precio más bajo tendremos que de lo que se pague por ese café el Banco Central se quedará con 140 pesos con 71 centavos por

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 5 de marzo de 1985, p.11.

cada quintal, de manera que en mil quintales se quedará con 140 mil 712 pesos con 32 centavos, y si hablamos de 100 mil quintales, se quedará con 14 millones 71 mil 200 pesos.

Ahora bien, resulta que el Banco Central no va a quedarse con los más de 700 millones de pesos que se acumularán como resultado del recargo cambiario del 36 por ciento porque todo ese dinero, hasta el último chele, será para el gobierno o lo que es lo mismo: el gobierno recibirá de hecho más de 700 millones de pesos inorgánicos porque esos pesos que recibirá del Banco Central no tendrán respaldo de ninguna especie, y si el traspaso de esos millones de inorgánicos fuera nada más de 700 millones de pesos, las compras de artículos extranjeros ascenderían por ese solo concepto a 420 millones de dólares; esto es, casi medio millar de millones de dólares que se acumularían de los miles de millones que estamos debiendo, deuda que es la raíz misma de la crisis en que se halla la economía nacional.

Si el recargo cambiario del 36 por ciento se destinara a quemar los billetes de banco que se recogerían por medio de ese impuesto de contrabando inventado por el Fondo Monetario y aplicado en nuestro país por sorpresa, sin darles a los que tendrán que pagarlo ni siquiera el tiempo para pensar dos veces hacia dónde nos conduce esa disposición, seguramente sus resultados acabarían siendo beneficiosos para nuestra economía, porque la enfermedad que estamos padeciendo es complicada por muchas razones, y la más importante de ellas es la presencia en el torrente monetario del país de los pesos inorgánicos, que son moneda falsa, porque no representan riqueza producida sino ilusión, fantasma de riqueza.

Por último, para montar esa fábrica de inorgánicos disfrazada con el nombre de Recargo Cambiario del 36 por ciento, las autoridades del Banco Central, desde la Junta Monetaria hasta el responsable del departamento de menor categoría,

han violado la Ley Orgánica de esa institución y la Ley Monetaria, una razón más para que nosotros pidamos que se cierre el tal Banco Central y se dedique su edificio a alquilar oficinas para agencias comerciales o fines parecidos, y en el salón de actos para dar funciones de canto, baile, cine y piezas teatrales cómicas sobre el tema de apariencia y verdad de lo que es un Banco Central en un país llamado República Dominicana.

DECLARACIONES INSÓLITAS*

A mí no me ha sorprendido que el jefe del Comando Naval de Estados Unidos y de la Flota Atlántica, el almirante Wesley L. McDonald, haya visitado el país en viaje de propaganda militar porque eso vienen haciéndolo oficiales norteamericanos de su categoría hace ya algún tiempo, desde los años finales del gobierno de Jimmy Carter; pero me parece insólito todo lo que ha dicho aquí, nada menos que en rueda de prensa.

El gobierno de Estados Unidos tiene en la República Dominicana un embajador que es quien representa ante las autoridades dominicanas al presidente de su país, y era ese embajador, no a un jefe militar, a quien le competía tratar los asuntos que expuso el almirante McDonald; y debía decirlo usando para ello los canales diplomáticos, no una rueda de prensa.

Si lo que ha llevado al almirante McDonald a proceder como lo hizo es el hecho de que un jefe militar soviético haya actuado en alguna ocasión y en otro país en la misma forma, considero oportuno recordarle al jefe naval norteamericano que el Estado soviético está organizado sobre bases diferentes al de Estados Unidos y por tanto las funciones de un jefe militar de la Unión Soviética pueden ser distintas a las de uno estadounidense, pero ni nuestro país es la Unión Soviética ni él ha llegado a Santo Domingo a ejercer funciones diplomáticas.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 22 de marzo de 1985, p.1 / p.12.

Termino este comentario preguntándome en público qué habrá llevado al gobierno del presidente Ronald Reagan a trastocar el protocolo que rige las relaciones entre Estados Unidos en forma tan fuera de lugar. ¿Es acaso, que han empezado a ser sustituidas las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y nosotros por las que sólo se justificarían en caso de que fuéramos aliados en una situación de guerra contra un enemigo común?

UNA DECISIÓN POLÍTICA*

La publicación de una noticia como la que apareció en los periódicos de hoy acerca de un plan de desórdenes que será ejecutado al cumplirse el primer aniversario de las matanzas del mes de abril del año pasado, fue una decisión de carácter político, y por serlo no debía ser dispuesta por los jefes de las Fuerzas Armadas y la Policía.

Antes de tomar esa decisión debió analizarse qué efectos podía producir ella no sólo en el país sino en países extranjeros; y de haberse hecho el análisis se habría llegado a la conclusión de que esa noticia iba a ser publicada en periódicos y a través de estaciones de televisión y de radio en todo el mundo lo mismo en Estados Unidos que en Alemania, en Japón que en la Unión Soviética y esa publicidad no podía ser beneficiosa para la República Dominicana, sobre todo en vista de que dentro de un mes se cumplirá un año de la matanza y la publicación de la noticia a que me refiero les hará recordar a todos los que mantienen relaciones de negocios con nuestro país o planes para visitarlo que hace sólo once meses hubo que cancelar reservaciones de habitaciones de hoteles de muchos miles de turistas que resolvieron no visitar un país donde se mató tanta gente en la última semana de abril.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 28 de marzo de 1985, p.1 / p.12.

Por razones económicas, la publicación de lo que declararon el lunes los jefes de las Fuerzas Armadas y de la Policía fue un paso desafortunado, pero también lo fue en el orden político porque noticias como esa indican que no es verdad que en la República Dominicana hay un gobierno tan democrático como se empeña en creerlo el presidente Ronald Reagan.

MAJLUTA Y LOS RECURSOS DEL ESTADO*

El origen del estado de desorden general en que está viviendo el pueblo dominicano ha quedado al descubierto en estos días con dos hechos recientes.

El primero de ellos es el uso medalesnario que está haciendo Jacobo Majluta de lugares y medios oficiales para exhibir su propaganda. Por ejemplo, el jueves de la Semana Santa, un camión grúa de la Corporación Dominicana de Electricidad y los hombres que lo manejaban estuvieron trabajando para colocar un afiche gigante de Majluta en una de las esquinas de las avenidas 27 de Febrero y Winston Churchill, y en horas de la noche a ese camión grúa y a los que trabajaban en él se les unió otro vehículo con faroles eléctricos para iluminar el sitio, todo lo cual significa que la Corporación Dominicana de Electricidad está al servicio de la propaganda política de Jacobo Majluta.

Ese hecho indica lo que pasaría si el candidato del PRD llegara a la presidencia de la República, porque sin la menor duda, colocado en el lugar desde donde se ejerce más poder en el país, el señor Majluta pondría todos los bienes del Estado a disposición de sus intereses particulares.

Pero además de lo dicho, hay que denunciar que en la esquina de las avenidas Alma Mater y George Washington había un cartel montado sobre una armazón de acero en la

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 3 de abril de 1986, p.1 / p.12.

que se hallaba colocado un gran anuncio dedicado a Máximo Gómez, el personaje dominicano que alcanzó renombre universal como el más grande jefe militar que ha dado América. En ese cartel aparecía Máximo Gómez a caballo y además una frase suya de valor histórico.

Ese cartel de una figura gloriosa, honra de todos los dominicanos, que estaba montado sobre una armazón de acero propiedad del Estado, fue cubierto por un retrato de Jacobo Majluta, que dispuso del espacio y de la armazón con un desparpajo indignante que indica qué no haría ese señor si el pueblo dominicano cometiera el error de llevarlo a la presidencia de la República.

En imitación de lo que hizo Majluta, frente a ese lugar aparece otra armazón de acero que ha sido ocupada por una propaganda a favor de Fello Suberví, lo que indica que el mal ejemplo majlutista tiene seguidores en otros líderes del PRD, y si los tiene ahora, podemos imaginar cuántos miles de ellos seguirán ese ejemplo en caso de que Majluta llegara al Palacio Nacional.

Majluta y Suberví se comportan de una manera desordenada, irrespetuosa, en violación de principios que todos los dominicanos están obligados a respetar, porque son altos jefes del Gobierno, y en el gobierno del PRD cada quien hace lo que le da la gana, y sobre todo lo que le deja beneficios económicos o políticos sin importarle para nada la suerte de su pueblo.

Por eso, ya no se pueden contar los funcionarios oficiales que se hacen ricos de un día para otro; los que se dedican a tumbar cuantos árboles pueden para hacer dinero con bienes públicos como son los bosques, o a secar los ríos extrayendo de ellos la arena y el cascajo para venderlos, todo lo cual se hace a la vista de quienes quieran verlo porque los autores de esas violaciones saben que nadie los detendrá en

sus propósitos, que son fundamentalmente hacerse ricos con las riquezas del Pueblo, usando para ello el poder que les dan sus cargos, esto es, el poder que les da el Gobierno.

Juan Bosch

ADVERTENCIA A MAJLUTA *

A Jacobo Majluta le están saliendo los tiros de su escopeta por la culata. Con la brutal propaganda de tipo falsamente religioso que hizo los días 11, 12, 13 y 14 de este mes llevó cientos de miles de dominicanos a votar por el Dr. Balaguer y le puso al líder reformista en el pecho la banda presidencial que deberá usar el 16 de agosto, y como si eso fuera poco, se propuso sacar de la Junta Central Electoral a dos de sus miembros, uno de ellos el presidente de ese órgano del Estado, para colocar en su lugar a un presidente majlutista, y el otro, el Dr. Rubén Suro, que no tenía militancia partidista conocida, para que fuera sustituido por un cuadro de La Estructura, y al quedar recusado el primero por los partidos que llevaron de candidato al Dr. Balaguer su sustituto es un reformista, de manera que por obra y gracia de la acción recusatoria de Jacobo Majluta y sus secuaces la Junta Central Electoral quedará formada por un juez estructuralista y dos jueces reformistas.

Si Jacobo Majluta no se detiene en sus planes de fortalecer cada día más al Partido Reformista Social Cristiano en una semana veremos al Dr. Balaguer convertido en vez de presidente de la República, en emperador del Caribe y de todos los países mojados por ese mar.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 20 de mayo de 1986, p.1 / p.12.

A PROPÓSITO DE “BORRÓN Y CUENTA NUEVA”*

Estimado amigo:

En la sección “Línea Directa” del *Listín Diario* de ayer, en respuesta a la pregunta de quién fue el primer presidente dominicano que implantó el sistema de borrón y cuenta nueva, se dijo que “ese sistema... lo utilizó por primera vez el profesor Juan Bosch... en la campaña electoral de 1962”, y por si eso no fuera suficiente mentira se agregó la siguiente explicación:

“La expresión ‘borrón y cuenta nueva’ significaba que no habría persecución contra las personas vinculadas al trujillismo, y que todos podrían participar en la reconstrucción de la naciente democracia dominicana. De hecho, muchas personas calificadas de trujillistas, o de algún modo vinculadas al viejo régimen, dieron su apoyo a Bosch, y contribuyeron con ello al triunfo electoral del candidato perredeísta”.

Yo quisiera, señor director, que alguien de los que tienen autoridad en el *Listín Diario* me respondiera de manera satisfactoria a una pregunta que hago en estas líneas pero no sólo para Ud. y sus colaboradores sino para todos los directores de diarios dominicanos. La pregunta es ésta: ¿por qué se les da rienda suelta a los periodistas para que emitan opiniones tan

* “Bosch reitera Castillo fue quien trajo frase”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de agosto de 1986, p.1 / p.14.

disparatadas como las que se leen con harta frecuencia en los órganos en que trabajan? En el caso del traído y llevado “borrón y cuenta nueva”, ¿por qué no se han leído las aclaraciones que he hecho varias veces sobre esas palabras que yo no dije ni pensé decir nunca, y por qué razón ahora aparecen en el *Listín Diario* nada menos que como nombre de toda una línea política que puso en ejecución el gobierno que presidí en 1963? ¿Qué va a ser de los historiadores de este país que dentro de un cuarto de siglo o de cincuenta años busquen en la prensa diaria de estos tiempos datos para hacer los juicios históricos correspondientes?

Para terminar voy a repetir una vez más que las palabras “borrón y cuenta nueva” fueron dichas por el señor Ramón Castillo en un mitin que se dio en el parque Colón tres meses antes de que yo llegara al país después de casi 24 años de exilio, y hasta donde lo veo en mis recuerdos, nadie más las repitió en la República Dominicana. La primera persona que puso esas palabras en boca mía fue Julio de Peña Valdez, a quien respondí explicando lo que acabo de decir, pero por lo visto los que leyeron a de Peña Valdez nunca leyeron mi aclaración ni en esa ocasión ni en las que se han repetido, la última de las cuales ha sido ahora, en la Sección “Línea Directa” del *Listín Diario*.

¿No habrá, señor Director, alguna manera de decir las cosas de forma que una persona como yo, que tengo tango trabajo, no se vea en el caso de usar su tiempo para desmentir mentiras y confusiones como la de “borrón y cuenta nueva” que me persigue hace tantos años?

Si la hay le agradecería que la ponga en ejecución.

Su seguro servidor y amigo,

Juan Bosch

NOTA PARA EL *LISTÍN DIARIO*. EN RESPUESTA
A ERRORES HISTÓRICOS Y JURÍDICOS EXPUESTOS
POR EL DR. JORGE BLANCO*

El que escribió el discurso que el Dr. Salvador Jorge Blanco leyó antenoche a través de estaciones de televisión y radio hizo afirmaciones que no tienen la menor validez ni en el orden jurídico ni en el de la historia. No es cierto que Juan Pablo Duarte y los que con él fueron expulsados del país padecieron el destierro a causa de una sentencia. En el momento en que se les impuso esa condena no había en el país Poder Judicial.

El autor del discurso del Dr. Jorge Blanco lo puso a decir tres veces que los trinitarios y su líder fueron condenados “con la sentencia de expulsión bajo pena de muerte”; que “un considerando de dicha sentencia partiendo del supuesto de que la denuncia era justa..., que el Poder Supremo que encarnaba Santana tenía competencia par actuar”, y dijo: “...me refiero a que la sentencia del 22 de agosto de 1844, en su última parte, también condena a Duarte y a los demás fundadores de la República como malversadores de fondos públicos...”.

Ese agregado es una falsedad. En ningún momento se usaron esos términos, y mucho menos decir que “el fundador de la República, Juan Pablo Duarte y también los otros libertadores... fueron condenados por malversación de fondos o abuso de poder, vale decir por robo de los dineros del Estado o del erario público”.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 21 de noviembre de 1986, p.13.

Lo que se dijo de Duarte y sus compañeros fue que se les desterraba a perpetuidad “sin perjuicio de las indemnizaciones civiles que deban al erario público, o a algunos ciudadanos particulares, por la mala versación que hayan tenido en sus empleos, por el abuso de poder que hayan hecho o por los daños y perjuicios que hayan causado”.

Si lo que dio lugar a las falsedades dichas por el autor del discurso que leyó el Dr. Jorge Blanco fueron, la mala versación, que aprenda desde ahora a saber que mala versación no significa malversación. Versar es del verbo cuyo participio versado significa conocer un asunto, problema, asunto o profesión, y consecuentemente, malversado es el que no conoce a fondo un asunto dado, un problema determinado, un asunto o su propia profesión; y mala versación es un uso incorrecto del aspecto negativo del verbo versar.

Quien escribió el discurso que leyó antenoche por radio y televisión el Dr. Salvador Jorge Blanco no es precisamente un bien versado en el manejo de la lengua española, y por esa razón le aconsejo al Dr. Jorge Blanco que para hablar de nuevo con el deseo de que lo oiga el país le encomiende la redacción de ese discurso a alguien que no confunda el valor de las palabras y por tanto que no desfigure la historia inventando hechos que nunca sucedieron.

20 de noviembre [*de 1986*].

MENSAJE CON MOTIVO DE AÑO NUEVO*

Lector: aunque usted les haya deseado a sus familiares, amigos y relacionados, por razones profesionales o de negocios, “un feliz y próspero año nuevo”, como se acostumbra decir en estos días, no se haga muchas ilusiones. Todo indica que 1987 no será un año próspero para nuestro país.

La República Dominicana es un país que en materia económica depende de los grandes países capitalistas, a la cabeza de los cuales se halla Estados Unidos, y en Estados Unidos no se anuncia un año económicamente bueno para su pueblo, de manera que si allí no se anuncia una buena situación para el año 1987 sería impropio decir que aquí sucederá lo contrario. Si allá estuvieran esperando un año de bienestar el gobierno de ese país no habría confirmado lo que viene haciendo desde hace tres años, que es reducir la cantidad de azúcar dominicano que nos compraba.

1987 no se anuncia como un año próspero, y en consecuencia los dominicanos debemos planear nuestra forma de vida para el año que empezará dentro de tres días. Todos debemos gastar menos y para eso hay que organizar nuestro género de vida y aprender a economizar, esto es, a guardar una parte del dinero que reciba; todos debemos participar en una campaña para que se rebajen los precios de los artículos

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 29 de diciembre de 1986, p.1 / p.12.

que hay que comprar diariamente, pero al mismo tiempo todos debemos reclamar que se suba el salario mínimo a 400 pesos para los obreros de las ciudades y a 10 pesos diarios para los obreros campesinos porque si no se hacen esos aumentos nadie podrá economizar ni cinco centavos al mes debido a que el peso dominicano está valiendo cada vez menos desde que el gobierno de Salvador Jorge Blanco le entregó al Fondo Monetario Internacional la dirección de la política monetaria del país, y al bajar el valor del peso suben los precios de los artículos que compramos con nuestra moneda, lo que se explica porque cuando una persona compra algo lo que hace en realidad es cambiar moneda por la mercancía que está comprando, y si la moneda ha perdido valor hay que entregarle al que nos vende un artículo más monedas, no porque el artículo ha aumentado su valor sino porque la moneda ha reducido el que tenía.

¿Cómo sabemos que la moneda dominicana vale ahora menos que hace algún tiempo y además cómo sabemos que actualmente está perdiendo valor?

Porque todos los artículos que traemos de países extranjeros valen ahora tres y algunos más de tres veces más de lo que valían hace tres o cuatro años; y ese aumento de valor se debe a que el pueblo dominicano tiene que pagar las mercancías extranjeras con dólares, y ahora el dólar vale más de tres pesos dominicanos, y ese aumento del precio del dólar significa disminución del precio del peso dominicano, disminución a razón de tres por uno; y esa disminución significa aumento del precio de los plátanos, para mencionar solo un producto del que usa el pueblo todos los días.

¿Por qué si aumenta el precio del dólar aumenta el de los plátanos que se siembran en nuestro país?

Porque para que el plátano se dé bueno hay que ponerle productos extranjeros a la tierra en que lo siembran y además para llevarlo al mercado donde lo venderán hay que usar un

camión extranjero y gasolina o gasoil que se hacen con petróleo, el petróleo también es extranjero, o para decirlo de otra manera, porque la República Dominicana es un país económicamente dependiente de otros países hasta para sembrar, transportar y sancochar plátanos, porque para sancochar hay que usar pailas que vienen de otros países, gas de cocinar que se hace con petróleo, a pesar de que podríamos cocinar con bagazo de caña si quisiéramos ser independientes en el orden económico.

CARTA A JOAQUÍN BALAGUER*

Presidente

Dr. Joaquín Balaguer:

Para conocimiento del Pueblo y de las autoridades civiles de este país creo necesario explicar que ninguna ley o razón personal autoriza al Dr. Balaguer a conservar en secreto el nombre de las personas que recibieron dinero del Estado de parte del Dr. Salvador Jorge Blanco cuando éste ejerció la Presidencia de la República. Los fondos públicos proceden de los impuestos directos e indirectos que pagan los dominicanos y los extranjeros residentes en el país y los gobiernos dominicanos están constitucionalmente obligados a usar esos fondos tal como lo ordena el Presupuesto de Ingresos y Ley de Gastos Públicos, y en ninguna parte de esas disposiciones, que son de orden constitucional, se ha mencionado nunca eso que el Dr. Jorge Blanco ha llamado Cuenta Secreta a disposición de la Presidencia de la República.

La Constitución nacional dice en el Título IV, Sección V, artículo 37, párrafo 12, que es atribución del Congreso “Votar el Presupuesto de Ingresos y la Ley de Gastos Públicos y aprobar o no los gastos extraordinarios para los cuales solicite un crédito el Poder Ejecutivo”, y por su parte en el Título V, Sección I, artículo 54, párrafo 23, se lee que el Poder Ejecutivo

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 16 de octubre de 1987, p.4.

debe “Someter al Congreso, durante la segunda legislatura ordinaria el proyecto de Presupuesto de Ingresos y Ley de Gastos Públicos correspondientes al año siguiente”.

El Presidente de la República está facultado por ley para darle destino a la parte de los fondos públicos que resultare sobrando del Presupuesto de Ingresos, pero no para crear con el sobrante una Cuenta Secreta de la Presidencia sino para darle uso en las actividades corrientes del Estado, por ejemplo, en la construcción de escuelas, de hospitales, de vías públicas, etc.

La Constitución dice qué hay que hacer con los dineros recaudados por pago de los impuestos directos e indirectos y dice también cómo deben gastarse. No hay pues, nada secreto en lo que se refiere al manejo o la administración de los fondos públicos, y por tanto no hay ninguna razón para que el Dr. Balaguer se asocie con el Dr. Jorge Blanco en lo que éste le pide: conservar en secreto los nombres de las personas a quienes el Dr. Jorge Blanco les dio, no se sabe por qué razón, dineros del Estado que él manejaba en virtud de una falsa Cuenta Secreta Presidencial que nadie creó, que no fue votada por el Congreso ni solicitada por el Poder Ejecutivo; en fin, en una cuenta misteriosa que nadie ha visto ni conocido pero que despide una fuerte hediondez a corrupción de la peor especie.

Termino estas líneas pidiéndole al Dr. Balaguer que se niegue a complacer la solicitud que a través de una amplia carta manuscrita y pública le ha hecho el Dr. Jorge Blanco, y que haga pública esta negativa para que todos los dominicanos queden enterados de que él no se asocia a los planes del Dr. Blanco.

Juan Bosch

CARTA A MONSEÑOR POLANCO BRITO*

Monseñor
Hugo Eduardo Polanco Brito
Presidente de la Academia Dominicana de la Historia.
Ciudad.

Estimado amigo:

En el año 1982 se publicó un libro mío titulado *La Guerra de la Restauración* cuya 5ª edición está en prensa y se pondrá en circulación dentro de pocos días. Esa obra fue escrita consultando los documentos relacionados con ese episodio, el más importante de la historia de nuestro país, y en sus páginas se ofrece en detalle la actividad que desplegó en tal guerra Gregorio Luperón que no fue, ni siquiera durante una hora, el jefe de esa epopeya como lo afirman los historiadores al uso; el jefe fue Gaspar Polanco, cuya figura ha sido relegada a un tercer, si no un cuarto lugar debido a que la alta pequeña burguesía comercial y profesional de Santiago y Puerto Plata, que era quien hacía la historia en los años siguientes a los de la Restauración, no le perdonó nunca al autor del incendio de Santiago el fusilamiento de Pepillo Salcedo, compañero de clase de esa alta pequeña burguesía, y en consecuencia sumió en un pozo profundo a Gaspar Polanco y en el puesto que le correspondía colocó a Gregorio Luperón.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 9 de junio de 1987, p.14.

Estas líneas persiguen un fin: que la Academia Dominicana de la Historia elija una comisión de tres de sus miembros para que estudien los documentos relacionados con la Guerra de la Restauración con el propósito de que la institución que Ud. preside extraiga de esos documentos la verdad histórica acerca de quién fue el jefe de la Guerra de la Restauración. Hasta donde me fue dado llegar estudiando los documentos que tuve a mi alcance, Luperón no fue el jefe de esa epopeya en ningún momento aunque sí participó en ella de manera destacada.

Creo mi deber decirle que lo que me propongo al dirigirle esta comunicación no es que Gregorio Luperón sea eliminado de la galería de las grandes figuras de la historia dominicana, puesto que no puede haber duda de que combatió al ejército español con toda su energía, que era mucha, y con todo su valor, que era abundante, sino que además era un patriota como lo demostró su lucha contra la anexión de nuestro país a Estados Unidos que se proponía llevar a cabo Buenaventura Báez.

Lo que persigo, estimado amigo, es que se le haga justicia a Gaspar Polanco, que se le reconozca su extraordinaria capacidad militar y su extraordinario don de mando, sin el cual no es posible tomar las decisiones que reclaman las acciones de guerra, como fue, por ejemplo, la de ordenar en plena batalla de Santiago, el incendio de la capital del Cibao con el cual se anunció la victoria dominicana en la Guerra de la Restauración.

Confío en que lo que le propongo en esta carta sea aceptado y puesto en práctica por la Academia Dominicana de la Historia, para cuyos miembros envía a través de Ud. un saludo especial su amigo y seguro servidor.

MENSAJE AL PUEBLO DOMINICANO*

Dominicanos: estamos llegando al año 1988. Con cuatro más se cumplirán quinientos desde que Colón llegó a nuestro país. Lo que encontró él al pisar la tierra de nuestra isla fue una población de indios que no conocían ni la gallina ni el puerco ni la vaca, que no comían ni plátanos ni arroz ni habichuelas porque nada de eso se daba en la isla que Colón bautizó con el nombre de la Española. Si comparamos lo que vemos hoy en las calles y en los campos con lo que veían los indios mucha gente creerá que hemos avanzado o progresado mucho, pero si la comparación la hacemos no con lo que Colón halló sino con lo que hay en otros países del Nuevo Mundo, que es uno de los nombres que se le dan a los territorios que en el año 1492 no se conocían en otras partes de la Tierra, nos damos cuenta de que estamos muy por atrás de varios de esos países; y lo peor no es que otros países nos hayan cogido la delantera en todo lo que se refiere a progreso económico, social, intelectual, material, sino que la gran mayoría de nuestro pueblo no se da cuenta del atraso en que vivimos porque no se le dan los conocimientos que se adquieren en las escuelas para que puedan hacer una comparación del país en que nacimos y vivimos con países parecidos, pero más avanzados que el nuestro.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 28 de diciembre de 1987, p.17.

Los dominicanos tenemos muy buenas condiciones, pero al mismo tiempo somos muy ignorantes y la ignorancia nos ciega, no nos permite ver la realidad de nuestra situación tal como ella es. En este momento la realidad anuncia más encarecimiento de todo lo que producimos en el país y compramos fuera del país. Ahora estamos viviendo las consecuencias de lo que estuve anunciando largo tiempo cuando me refería a los que dirigían la política económica del país llamándolos “el escuadrón de la muerte económica”. Este es el momento para reclamarle al gobierno que aplique las medidas necesarias para evitar que el peso dominicano siga en la situación a que ha llegado y para llevarlo al valor que tuvo durante muchos años, porque el encarecimiento de la vida en que nos hallamos se debe a que el peso vale cada vez menos. Ahora está valiendo cinco veces menos de lo que valía y eso significa que todo lo que se compra con él vale cinco veces más de lo que valía.

Al pueblo le toca reclamar que el peso vuelva a tener su valor de antes, recuperando ese valor los dominicanos pobres, que son la inmensa mayoría del pueblo, volverán a comer arroz, habichuelas, carne a precios baratos; a precios que puedan pagar, no como pasa ahora, que cuando van a comprar algo que el día anterior valía un peso el que le vende lo que necesita le da la noticia de que lo que ayer valía un peso vale más; vale peso y medio, y hasta dos pesos, como pasó con las manzanas de la Nochebuena.

EL PESO DEVALUADO*

Al dar la noticia de que el Gobierno ha recibido en los primeros seis meses de este año 2 mil millones de pesos recaudados por impuestos, el encargado de titular esa noticia agregó: “Es la cifra más alta en toda la historia” (dominicana, naturalmente), palabras con las cuales afirma algo que no es cierto, por lo menos en la forma en lo que dice el autor de esas palabras, pues los 2 mil millones de pesos mencionados en la primera parte del titular (o lead, como dicen los periodistas de nuestro país), son menos de 333 millones en pesos oro dominicanos.

Para comprender lo que se acaba de decir, el lector debe saber que el peso oro dominicano fue creado, al mismo tiempo que el Banco Central, en el año 1947, y que la ley que lo creó, que sigue vigente hoy, estableció, y sigue estableciendo puesto que no ha sido derogada, que el peso oro dominicano tenía el mismo valor que el dólar de los Estados Unidos.

Lo que el titular del *Listín Diario* debió decir era: “Fisco recauda RD\$2 mil millones de pesos devaluados en el primer semestre de este año”, y si se quería agregar algo para orientar bien a los lectores, lo que cabía decir era: “Se trata de pesos devaluados a menos de 20 centavos de dólar cada uno, esto es, a más de 6 pesos por un dólar”.

* “Bosch dice ingresos semestre fueron sólo RD\$333 millones”, *Listín Diario*, Santo Domingo, 26 de julio de 1988, p.9.

GOBIERNOS DEL PRSC Y DEL PRD CULPABLES DE LA DEUDA EXTERNA*

En la edición de los diarios nacionales del martes pasado, correspondiente al 2 de noviembre, se hizo la publicación de un documento identificado como producido por la Secretaría de Estado de Finanzas, que pretendía hacer una evaluación del comportamiento y tratamiento de la deuda externa global partiendo de datos oficiales que habría aportado el Banco Central de la República.

Al atribuirse la responsabilidad de su publicación y del origen y veracidad de los datos que le sirven de fundamento, el Dr. Joaquín Balaguer incurrió una vez más en un irrespeto a la institucionalidad democrática del país y en una burla al secretario de Estado de Finanzas y al gobernador del Banco Central, quienes previamente habían negado toda participación en la elaboración del documento.

Del contenido de la publicación se desprende que su objetivo era descargar al Dr. Joaquín Balaguer de su responsabilidad histórica en el endeudamiento externo del país, pero la realidad es que tanto los gobiernos reformistas del Dr. Balaguer como los gobiernos perredeístas de los ocho años son por igual los únicos culpables de la agobiante deuda externa que hoy se obliga a pagar al pueblo dominicano, que no la contrajo.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 10 de noviembre de 1993, p.11.

Cuando presidí el gobierno dominicano, en el 1963, saldé la deuda de 11.2 millones de dólares que había contraído el gobierno de Trujillo con el Fondo Monetario Internacional, quedando reducida la deuda externa pública dominicana a sólo 25 millones, correspondiente al préstamo no vencido que había contraído el Consejo de Estado el año anterior, es decir, en 1962, con la Agencia Internacional de Desarrollo (AID).

Además, cuando se produjo el golpe de Estado contra el gobierno que presidí, se dejó una reserva de 30 millones de dólares y 60 millones de pesos dominicanos, equivalentes entonces a dólares.

Durante los doce años de gobierno del Dr. Joaquín Balaguer, la deuda externa del país se multiplicó por más de ocho, al pasar de 140 millones a un mil 175 millones de dólares; y durante los ocho años de gobierno del PRD, continuó la orgía de préstamos, hasta el punto que la deuda externa global alcanzó los 3,600 millones de dólares.

En sus últimos ocho años el Dr. Balaguer ha agravado el peso de la deuda externa al incrementarse su monto en un mil millones de dólares con lo cual se reafirma el hecho de que tanto los reformistas como los perredeístas son los responsables del problema de la deuda externa que afecta al país.

LOS GOBIERNOS DEL PRSC Y DEL PRD NO LE HAN SERVIDO AL PAÍS*

Compañeros y compañeras:

Al iniciarse la presente década, las estadísticas establecían que más de cuatro millones de dominicanos recibían sueldos y ayudas por debajo del nivel de la pobreza. De esa cantidad, el veinticinco por ciento estaba en la indigencia, sin satisfacer siquiera sus necesidades básicas. Junto a esa situación más del sesenta por ciento de la población del país no tiene acceso a los servicios públicos básicos, el cuarenta por ciento no tiene agua potable y más del sesenta por ciento no dispone de alcantarillado y recogida de basura. El deterioro de la condición de vida de la mayoría de nuestros conciudadanos ha sido de tal naturaleza que en 1991 los más ricos recibían cincuenta y tres veces más recursos que los más pobres.

Hoy se estima que más de un millón de ciudadanos no cuenta con empleos fijos y que cada año que transcurre están en condiciones de trabajar cerca de cien mil. Resulta que el lento crecimiento de la economía sólo permite la generación de cincuenta mil nuevos puestos de trabajo por año, cifra muy inferior al crecimiento anual de la fuerza de trabajo, situación ésta que ha venido lanzando a las labores de chiripeo a miles y miles de hombres y mujeres.

* “Bosch dice gobiernos PRSC y PRD no le han servido al país”, *Listín Diario*, 19 de abril de 1994, p.5.

Tenemos un déficit de más de quinientas mil viviendas, al que se suma una demanda anual de veinticinco mil unidades, producto del crecimiento de la población. De las viviendas que hay en el país, más del cincuenta y cinco por ciento o son inhabitables o demandan algún tipo de reparación.

Durante los últimos veintiocho años los gobiernos balagueristas y perredeístas no le han servido al pueblo. Millones de dominicanos viven hoy peor, a pesar de que los ingresos gubernamentales se han aumentado en forma impresionante. Nuestro sistema educativo y sus escuelas son deficientes, millones de compatriotas carecen de servicios médicos adecuados de transporte y diversión. Toda esta situación ha sido creada por los balagueristas y perredeístas incapaces, corruptos y desorganizados en un marco en que el aparato productivo del país ha sido conducido a un terreno improductivo y al estancamiento. Producimos hoy en el sector agrícola lo mismo que hace dieciséis años con todo y que la población se ha incrementado en más de dos millones y medio de habitantes. Igualmente la industria nacional ha reducido su aporte a la producción hasta el punto de que se vive un proceso de desintegración y estancamiento de ese importante sector.

El abandono y los problemas que han confrontado nuestra agricultura y la industria se han reflejado profundamente en nuestro comercio exterior. Nuestras exportaciones se han desplomado y el déficit del comercio exterior supera los mil seiscientos millones de dólares. Lo señalado anteriormente pone de manifiesto que bajo la dirección de los balagueristas y perredeístas hemos carecido de liderazgo, visión y estrategia en el terreno económico.

Esas circunstancias nos obligan a luchar por todo lo que nuestro pueblo merece, pero que le ha sido negado por los que han ejercido el poder: trabajo, salud, educación, vivienda

y seguridad social para los trabajadores y sus familias. Ahora que nos encontramos en medio de un proceso electoral frente a las realidades que hemos señalado estamos obligados a proponerles a ustedes lo siguiente:

Primero: debemos y tenemos que ganar estas elecciones. La victoria del PLD es la única garantía de que nuestros compatriotas tendrán la oportunidad de entrar al siglo XXI con la seguridad de una vida digna y próspera, con la esperanza de superar las condiciones de vida miserable que les impone la pobreza; con la garantía de que el gobierno no traicionará el ideal de justicia social y honestidad en el manejo de los fondos del Estado que vive en los corazones de millones de ciudadanos desde hace muchos años; con la certeza de que el Estado no será un instrumento antidemocrático al servicio de una minoría y que asumirá sus responsabilidades garantizando los derechos civiles y políticos así como los económicos, sociales y culturales de toda sociedad organizada.

Durante más de cincuenta años he dedicado mi vida al servicio de mi pueblo. Junto a mi partido he sido abanderado de la lucha contra la corrupción por el derecho al empleo y por los derechos de los trabajadores; por el derecho a la educación, a la salud y a que todos tengan una vivienda decente; por el derecho a la cultura y la diversión sana, y que eleve los conocimientos de nuestra sociedad.

Ratifico que es nada o muy poco lo que han logrado los gobiernos balagueristas y perredeístas en ese terreno. Por eso quiero expresarles a ustedes que deseo y debo llegar a la presidencia de la República para trabajar con mi partido y los mejores hombres y mujeres del país para asegurarles a todos una vida mejor.

Segundo: les pido, compañeros, que salgan de aquí a decirle al Pueblo que desde el Gobierno nos proponemos iniciar una política de combate frontal contra el desempleo, el hambre, la

miseria, la falta de salud, la corrupción y el desorden que impera en casi todos los sectores de la vida nacional.

Digan en los campos, pueblos y ciudades que trabajaremos con la intención de asegurar miles y miles de empleos anuales con el incremento de la inversión productiva tanto del sector público como del privado. Ejecutaremos programas de asistencia y créditos dirigidos al artesanado y a la pequeña y mediana empresa. Crearemos un fondo de garantía que facilite el acceso a las instituciones de financiamiento a las personas físicas o morales que deseen integrarse al proceso de desarrollo industrial y carezca de recursos.

Trabajaremos para garantizar una oferta al mercado nacional de productos agropecuarios de buena calidad y promoveremos el crédito a la asistencia técnica a todos los productores de la República. Consignaremos en el Presupuesto de la Nación una partida no menor del cinco por ciento para la capitalización del Banco Agrícola. Será prioridad del Estado la protección de la ganadería lechera y de carne; así como a los productores de arroz, avicultores y porcicultores y estableceremos una tasa cero para las maquinarias e insumos importados, utilizados en ese importante sector.

Poseer hogar propio y el que la morada sea decente es una de las aspiraciones más sentidas de todos. Nos proponemos financiar viviendas decentes, seguras, a un precio que esté al alcance de todos los ciudadanos y crearemos un fondo especial para promover la adquisición de viviendas a largo plazo, así como para el financiamiento de la reparación y mejoramiento de las ya habitadas.

El recurso importante y la fuerza principal de toda riqueza es nuestro pueblo. La única manera de que los dominicanos podamos competir y triunfar es elevando nuestro nivel educativo, pero eso es una meta del gobierno que presidiré, transformar el sistema de enseñanza para asegurarles a todos una

educación de calidad. El presupuesto para ese sector será aumentado considerablemente y estableceremos, para los maestros, un sueldo mínimo de cinco mil pesos. Elevaremos el salario mínimo en la administración pública y aseguraremos que compitan con los del sector privado para garantizar honestidad y capacidad en las dependencias del Estado.

El papel de la mujer en la sociedad será promovido y se adoptará una política que asegure la igualdad del salario y de oportunidad en todo el territorio nacional. Adoptaremos medidas para aumentar de manera significativa la participación de la mujer en los cargos y empleos públicos. Aumentaremos la inversión en los renglones sociales, año tras año, de manera que lo asignado a salud, educación y otros servicios básicos llegue a representar un porcentaje importante del producto bruto interno. Garantizaremos que ninguna pensión otorgada por el Estado estará por debajo del salario mínimo de ley y aseguraremos la transformación del Instituto de Seguros Sociales en un organismo de previsión y desarrollo que tenga como objetivo el diseño y la ejecución de la política de seguridad social; además una de nuestras primeras medidas será reducir el precio de los combustibles, especialmente el de la gasolina y el gasoil.

Compañeras y compañeros, salgamos todos de esta reunión convencidos de que no sólo debemos asegurar la elección de senadores, diputados, síndicos y regidores; que lo fundamental, lo principal, es ganar las elecciones presidenciales, porque sólo desde el Poder Ejecutivo podrán motorizarse las grandes transformaciones que demanda nuestro pueblo. Tengo confianza absoluta que con el trabajo de todos ustedes el 16 de agosto abriremos la puerta del progreso, la honestidad política en la administración pública y la dignidad, a todos los habitantes de la República Dominicana. A trabajar para que el 17 de mayo el pueblo reciba la victoria del Partido de la Liberación Dominicana.

MENSAJE AL SEGUNDO PLENO NACIONAL
DE DIRIGENTES DEL PARTIDO DE LA
LIBERACIÓN DOMINICANA *

Compañeras y compañeros miembros del Comité Central, vicesecretarios y miembros de comisiones y activistas; compañeras y compañeros, secretarios generales de los Comités Intermedios, Municipales y de Comités de Base.

Hoy inicia nuestro partido una etapa de enorme importancia: veinte años de acción política, militante, coherente y patriótica, al servicio del pueblo dominicano, nos otorgan la autoridad para hablar desde las más altas cumbres de la dignidad nacional, en momentos difíciles, confusos y decisivos que vive nuestro país.

Hemos cumplido en esos veinte años una misión responsable, que nos impusimos en diciembre de 1973 cuando fundamos el PLD. Esa misión consistía en elevar los conocimientos y la conciencia política del pueblo dominicano. Y ahora, en estos momentos, podemos afirmar que el PLD ha cumplido una parte importante del compromiso que nos impusimos, que fue el de luchar para completar la obra patriótica y republicana de Juan Pablo Duarte.

Esa obra requirió mucho esfuerzo y a pesar de que hicimos ese esfuerzo, en 1990 el PLD, mediante un fraude, fue despojado del triunfo electoral con la anuencia de importantes sectores

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 20 de junio de 1994, p.19.

representativos en los órdenes político y sociales del país. Con excepción del Partido Socialista Francés no tuvimos fuera del país una voz que denunciara el despojo a que fue sometido el PLD, que había mantenido durante todos los años de su vida una lucha tenaz contra la corrupción, la prevaricación y el desorden administrativo instaurado desde las alturas del gobierno nacional. A pesar de esa indiferencia internacional el PLD mantuvo su lucha ante el pueblo dominicano y levantó su voz reiteradamente denunciando el fraude que se había cometido y los hechos han demostrado que teníamos la razón cuando decíamos que la lucha del pueblo dominicano era en el fondo la lucha contra los remanentes y la cola histórica del trujillismo.

Enfrentados a dos partidos adversarios que han impuesto a nuestro pueblo la situación de corrupción y entreguismo en que está viviendo, el PLD levanta su imagen como la fuerza política auténtica del pueblo dominicano. Es necesario, impostergable, que en este Pleno Nacional de Dirigentes nuestro partido se dedique a fortalecerse, porque en el orden de todas las cosas de la vida, mi presencia, a partir de hoy, al frente de las tareas diarias del partido comienza a desaparecer.

El gobierno que presidí en 1963 fue un modelo democrático no conocido hasta entonces en nuestra patria. Durante ese gobierno se cumplieron todos los principios de la democracia y también se cumplió mi promesa de que mientras yo gobernara en la República Dominicana no perecería la libertad. La humildad fue una de las características de mi gestión. En abril de 1963 proclamaba desde el Palacio Nacional: "Cuando tomé posesión del cargo de presidente de la República lo hice en traje de calle, sin banda presidencial, sin honores militares, porque la democracia tiene que ser humilde".

Desde que pisé suelo dominicano el 20 de octubre de 1961, después de un largo exilio he pretendido cooperar diariamente en la tarea que iniciaron en 1844 los trinitarios.

Compañeras y compañeros: quiero y debo anunciarles a ustedes que mis funciones como presidente del partido están a disposición, desde hoy, del Comité Central. Que no abandonaré en ningún momento mis deberes como miembro del partido; pero que mis funciones de presidente del Comité Central y Comité Político las delego en esos dos altos organismos para que actúen, cuantas veces lo crean necesario, sin mi presencia física, porque con mi conciencia patriótica y revolucionaria, siempre estaré presente en espíritu y solidaridad.

Mi renuncia a las funciones ejecutivas de presidente del PLD y mi asistencia eventual a los actos internos y públicos del partido no significa, de manera alguna, la renuncia a mis convicciones políticas y decisión de luchar hasta el momento de mi muerte para darle término a la obra iniciada el 27 de febrero de 1844 y continuada después por todos los hombres y mujeres que a lo largo de nuestra historia han ofrendado sus vidas, la tranquilidad de sus familias y sus bienes, para construir una patria más digna, donde la pobreza, la falta de salud y la ignorancia, así como otros males sociales, no constituyan el común denominador de la familia dominicana.

Estaré siempre al lado de ustedes compañeras y compañeros sirviéndole al PLD como líder, como militante, como hijo de esta tierra, acreedora a un destino mejor que solamente se lo puede proporcionar, y asegurar el Partido de la Liberación Dominicana. Aunque más lejos parece que está en el porvenir de nuestro pueblo el arribo a una solución que no perjudique a sus grandes mayorías, guiado por nuestro partido, no importan los obstáculos que se interpongan, alcanzaremos la victoria que reivindicará a los dominicanos a ser dueños de su propio destino para un presente y un futuro mejor: futuro que corresponde a un pueblo digno, valiente, soberano e independiente.

NO SERÉ CANDIDATO A LA PRESIDENCIA EN 1996*

El 19 de junio de 1994, al quedar abierto en sus trabajos el Segundo Pleno Nacional de Dirigentes del PLD, anuncié a mis compañeros y al pueblo dominicano que a partir de ese momento renunciaba a mis responsabilidades administrativas como Presidente de nuestro Partido. Días después, el 30 de junio, al cumplir 85 años de edad, reiteré, de manera más amplia, esa decisión frente a representantes de la mayoría de los medios de comunicación nacionales y extranjeros, en un almuerzo que me fuera ofrecido en el Hotel Lina, por el Comité Central.

Allí expliqué con la franqueza cívica que ha distinguido todos los aspectos de mi vida, que a la edad cumplida no era posible seguir militando en la política con las responsabilidades que hasta ese momento había asumido, porque las limitaciones físicas propias de esa edad así lo imponen. Explicé también que ningún político con criterios de responsabilidad como los que han dirigido mi existencia debía convertirse, conscientemente, en un instrumento perjudicial o inconsecuente para su pueblo.

No aspiro ni acepto volver a ser candidato a la Presidencia ni a ningún otro cargo electivo en la República Dominicana. Ninguno de los organismos ni compañeros del PLD

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 6 de enero de 1995, p.12.

está autorizado a proponer mi nombre como posible candidato a las elecciones que puedan celebrarse en la República Dominicana, y menos aún pueden hacerlo organizaciones o personas que no estén ligadas orgánicamente al Partido de la Liberación Dominicana (PLD).

EL MUNDO

EL PANFLETO DE BETANCOURT Y OTERO SILVA*

No conozco a Rómulo Betancourt. No conozco a Miguel Otero Silva. Hasta ahora no he sentido en mi mano ancha la presión de las suyas hechas para el calor del fusil que enrojecieron los disparos.

Sé sólo que son jóvenes, venezolanos y rebeldes: y es mucho.

Su panfleto *En las huellas de la pezuña* fue, más que leído, devorado, las últimas páginas en un desesperado esfuerzo visual, en el aletear preagónico de un crepúsculo gris.

¡Qué bien escrito! ¡Cuánto realismo!

Párrafos hay, como aquel en que, libres los estudiantes rebeldes ven, velados por la melancolía, los ojos de Tamayo, a quien adivino con la indolencia externa del indio acorralado, el gesto cansado de un Jesús de Galilea y el alma grande de un revolucionario indomable, que emocionan en su ingenuidad. Y otros en la que el alma libre, libre por convicción y por atavismo, siente un dolor inexpresable cuando Betancourt relata, con pluma magistral, el atropello a Rotondaro por un tuerto indecente, analfabeto y engréido. Y desea uno haber estado allí, para lanzarle a Molina, como una bofetada, el único insulto que él sentiría de veras, porque lo es:

¡Cobarde!

* *El Mundo*, Santo Domingo, 29 de agosto de 1929, p.2.

El pueblo venezolano se ve, se vive, como un cuerpo grande donde hierven los gusanos, amontonados en las vísceras, en su hedionda labor...

Cuando a los veinte años se ha vivido, errante, con el dolor de la patria podrida y el dolor de la novia ausente, en una cruzada magnífica sublime, como ha vivido Betancourt; y cuando se escribe como escribe este muchacho, que en las puertas de la vida sintió el alarido doliente de la humanidad herida, es porque se está señalado con la marca de los grandes destinados.

No puedo decir más.

LOS DOS CAMINOS DE LA HORA *

Es innegable que en la Mansión Presidencial se está gestando una tiranía que amenaza al pueblo dominicano.

Y esta tierra que tantos machos ha parido ve impasible la formación de una hidra de cabezas trágicas.

Gestos aislados; pocos hombres de vergüenza: Leoncio Ramos, dispuesto a sacrificar la comodidad de él y su familia con la negación de un sueldo lujoso; Luis Sánchez Andújar y Gustavo Adolfo Mejía, decididos a sacrificar su vida en aras de un ideal; pero la totalidad del pueblo elevando preces a los hombres que puedan darle un pedazo de pan manchado en lodo de muchas iniquidades. ¡Y los que llegamos a pensar y a creer en una posibilidad de civismo tenemos que bajar apesadumbrados las cabezas ante tanta baja!

Muchísimos libertarios que pasearon en tiempos de dolor sus gestos jacobinos por los llanos del país han sucumbido al primer deslumbramiento de una moneda de oro.

Y otros muchos, sin necesidad de hacerla porque ya los años doblan sus cuerpos y están más cerca de la tumba que de la vida, se aferran al poder, locos de ambición de mando, negando dolorosamente toda su vida pasada y defraudando al pueblo que puso en sus apostólicas proclamas hipócritas sus más caros amores.

* *El Mundo*, Santo Domingo, 16 de septiembre de 1929, p.1 / p.2.

Una vez más el pobre pueblo burlado por los guardadores de su fe antaño y por desconocidos que llegaron, encorvadas las garras feroces, salidos de los rincones más oscuros de la selva, para caer en el Tesoro Público y sacar a puñados el oro que alzó con su sudor el pueblo.

Los libertarios no se improvisan, nacen libres y mueren libres con la vida llena por la lucha hacia la libertad de todos.

Para un hombre solo basta y sobra un metro cuadrado de tierra en la selva virgen.

Los gestos de venganza de los pueblos, sí se improvisan. Desgraciadamente no saben matar las tiranías en su cuna y por ello, en la República Dominicana veremos resucitadas, si no se trata de evitar, no importa el proceso a seguir para ello, el desarrollo de ese monstruo terrible que se mueve ya en las entrañas, los días aciagos de monstruosas tiranías acabadas a sangre y fuego por hombres que dan hoy la espalda a su pasado glorioso.

¡Y pensar que tan sólo haciendo una renunciación que los dignificaría y los inmortalizaría de bajas ambiciones el país seguiría en su marcha triunfal hacia el progreso!

¡Y pensar que hombres, para quienes ya ha tendido sus brazos la muerte, van a manchar para eterno sus vidas limpias de máculas por no resignarse a vivir apartados del poder cinco años más que durarán!

Para el pueblo dominicano, que tuvo en cada época en gesto glorioso y ha escrito con sangre sus más bellos poemas de vergüenza, hay hoy una hora de confrontación.

Tenemos dos caminos a seguir: cruzarnos de brazos y ver pasar la tragedia de una tiranía o cruzarnos en el camino, en una grandiosa manifestación de civismo a esperar que nos deshagan las patas del monstruo que amenaza.

Vale más, innegablemente, morir libres que vivir esclavos.

BAHORUCO

UN PERIODISTA HAITIANO EN SANTO DOMINGO*

Charles F. Pressoir está en Santo Domingo. Le vi, cuando saludaba un amigo, bajar a saltos la escalinata del hotel; pero como no lo esperaba y, como además, tiene figura tan nuestra, tan criolla, no me fijé en él. Vino luego esa sonrisa distinguida, la amplia mano tendida.

—¡Pressoir!

—El mismo —contesta en su perfecto español.

Pressoir es ahora secretario del “Comité Domínico-Haitiano de Relaciones Culturales”. Es, además, abogado al servicio de su gobierno. Pero eso no pasa de tonterías. Lo importante está en que su libro *Al ritmo de los convites* le coloca en primer plano entre los grandes poetas haitianos. Dígalo sino su traducción al inglés debida a Enma Nerthley Underwood. Lo importante, “ítem y más”, está en su prolífica labor periodística en *Haity Journal*, del que es redactor, *Temps*, la revista de Charles Monavia y *Action Nationale*; sus dedicaciones de estudio a los problemas domínico-haitianos; su obra *Cartas a Juan*, parida de un fino humorismo.

Viendo a Pressoir se explica uno su gran capacidad de trabajo, esa facilidad de hacer mil cosas distintas y hacerlas bien; es pequeño, inquieto como una culebrilla, de conversación amena y fácil.

* *Baboruco*, N° 159, Santo Domingo, 23 de agosto de 1933, p.9.

—Oiga —nos dice—: nuestra lucha para enseñar el español en Haití es tan grande, que casi toda la mitad de la población de Jeremie habla español.

Calla un rato. Su silencio está lleno de sonrisas y distinción.

—Francamente —agrega— entre nosotros sobra la frontera. Si logramos conseguir que en Haití se hable español, dentro de diez años la isla tendrá un corazón sólo.

Es además un hombre práctico.

—Vuestros periódicos serán los nuestros. Lo que un dominicano piense resonará en Haití. Además, ¿no producimos, ustedes y nosotros, café y tabaco, azúcar y maderas? ¡Pues juntos no tendremos problemas de superproducción, puesto que no nos haremos competencia entre casa!

Charles F. Pressoir habla con entusiasmo; le salva la fe, esa fe que le permite emprender una lucha contra el arcaísmo legislativo haitiano y logra convencer a los legisladores de que la mujer puede y debe ser titular, hasta conseguir una ley autorizando la mujer a ser abogado; esa fe que le permite atender a sus quehaceres profesionales y sobrarle tiempo para el periodismo, para la literatura, para creer en el porvenir de estos países.

Pressoir estuvo aquí con el equipo de *volley ball*, en el séquito, y ha vuelto.

—¡Aunque sólo fuera por ver estas bellas caras de las muchachas dominicanas, volvería aquí a cada rato! —nos dice sonreído.

Y lo creemos. Este dinámico poeta, que no gusta del verso libre, porque no ¡tiene música, que habla cinco idiomas y es profesor de latín, que se educó en París y ama el negro, que es haitiano y parece nuestro, por su color trigueño encendido, por sus ojos vivos y su inquietud latina, que es haitiano y tiene corazón cibaño, es muy capaz de venir de Port-au-Prince, en avión y a pie, con tal de estar un segundo prendido de los ojos de una dominicana!

¡Aunque no sea bella!

UNA CARTA DE JUAN BOSCH A MANUEL CABRAL*

Mi querido Manuel:

He estado, ayer tarde, leyendo tus “Canciones del camino”. Yo no sé si tú conoces este loco amor mío por los caminos. Y es que de mi corazón salen todos aquellos que nunca llegan. Yo soy como un manojito de cosas sentidas que se revuelca en todas las veredas; y como en el campo donde me fui haciendo carne cada acontecimiento pasó frente a mí sobre el camino, he ido sintiendo en todos la misma emoción callada que se me cayó del corazón sobre aquel. Por eso leí tus versos con mayor unción: porque se llamaban “Canciones del camino”.

Oye: yo debiera preguntarte muchas cosas, si no conociera tan bien como pocos el silencio ahogado en polvos de los caminos. Yo te preguntaría por qué has conversado, así, tan en voz baja, con aquel apagadito, carcomido por la verba procaz, que te seguía caminando en el corazón, cuando ya todos le habían olvidado. Entiendo bien, Manuel, ese egoísmo tuyo, de creer que sólo en ti persiste, aunque desteñida, la emoción que otro gustó contigo. Y sé bien que esa emoción te gatea todavía, corazón adentro. ¡Cómo si por el hecho de haberse gastado, no guardara todavía el caminito un poco de todos aquellos temblores que pasaron por su vida, muchos de los cuales se descolgaron en ti, aunque se te quedaron trizas en el alma!

* *Baboruco*, N° 243, Santo Domingo, 20 de abril de 1935, p.17 / p.20.

¿Y aquel otro, que traía olor de resina entre las patas de los mulos, por el que quería irse “lo poquito blanco” que te quedaba? El camino es la expresión dormida de cada anhelo en la vida. Pues que muchas veces he querido mancharme algo el retacito blanco que se ha rezagado en mi corazón, y no ha sido por irme, tan sólo; pero nada más vibrará en nosotros el deseo que no se satisfizo. Nos gritará, día a día, en la alta noche, cuando el cielo se empina estrellado o cuando nos aplasta oscuro. ¡Ay de nosotros si no anduvimos el camino que nos atrajo, porque ese será, hasta siempre, el que nos guarde más sorpresas livianas y eternas! ¡Qué bien hiciste en no irte por el caminito! Hoy no tendrías el dolor de un anhelo que colgara en tu alma, como una badajita de plata, recordándote siempre aquel dolor, que de tan hondo parece diminuto.

Tienes después una acuarela de paz, con una mañana dormida en los ojos de un buey; pero yo no veo con el alma esa acuarela, porque nunca desperté a la calma infinita y lejana de los bueyes.

¿Y aquellos ojitos, que recogiste tempranito del agua del río? ¿Fue que soñaste tanto, en el bohío, con los ojos oscuros de todas las mujeres, de las que se apelotonan en nuestros recuerdos, y de las que saltan en nuestro presente? ¿O fue que anoche, antes de destrenzar con los pies inseguros la calleja oscura, camino de tu casa, viste tanto sus ojos que los tuyos tomaron su color y su vida, hasta teñir los tuyos, y hasta hacerte ver, en el espejo tembloroso del agua, sus ilusiones en tus ojos? Y en el otro, ¿no dices también que oíste su voccecita buscar tu oído? No, Manuel: es que duraba, en la madrugada, el canto grato de su palabra de amor, dicha anoche, a la puerta del bohío, cerca de ti y tan en pudoroso silencio, que sólo tú y ella, y la áurea estrellita que se caía sobre las yaguas, pudisteis oírla. Por eso, por haber sido tan

sorda al mundo la canción de su voz, la oíste pequeña, al otro día, cuando aún te perseguía sobre las hojas húmedas de la orilla.

Debiera callar, aquí, Manuel Cabral, y no decir nada más, nada más. A pesar de que comprenda bien por qué iban dos mañanitas por el camino, el día aquel en que te sabías esperado. Aunque comprenda por qué tu sangre corría, presurosa, y por qué la brisa tenía nueva frescura. Aunque lo comprenda, y aunque sepa que en un rescoldo del camino, escondidito, estaba ella tan en silencio, que ni su mismo susto le gritaba por dentro. Tal como tú la querías: desnudita de palabras. No podía estar de otro modo la que te esperaba. Y ni siquiera era verde tierno su pensamiento, porque zumbaba sobre él toda su carne, joven y ansiosa: era oscuro, más oscuro que la esperanza. ¡Pero qué bien corría sobre el camino dorado, de brazos con la mañana, el amanecer retozón de tu deseo! (Tal vez te recordara mejor ahora, pobre muchacha de campo, húmeda y olorosa a yerba, si no te hubiera poseído aquella mañana. Yo he tenido ganas de llorar el abandono que tu carne tan grata hizo, como un desgarramiento, en la ternura del poeta. He tenido ganas de llorarlo, para vaciar en él todos los abandonos como el tuyo que ha sentido mi corazón).

Y ahora, saltando por encima de tu deseo de llevarte la ciudad al campo, para purificarla en un Jordán que yo amo tanto, he llegado hasta tu soledad, aquella de conversación con el primer árbol que indicaba el campo; allí donde dijiste, sin saber la causa, “que no sabía a su camino la palabra más dulce”. Y me he sentido de pronto niño, igual que cuando me acuclillaba a la orilla de la vereda, y sentía el infantil pensamiento, sin madurez de atrevimiento, irse revolcando con

ingenua alegría por el campo. Cierto que aquella emoción no volverá, Manuel. Cierto que no tiene ni “huella de retorno” la veredita que abrió en nuestra vida una ternura cualquiera. Pero si no retorna tiene en cambio la virtud de habernos descarnado el corazón y hacerlo sutil, para que recuerde. Y para que el granito de sal caído con la lluvia nos escueza en la carne viva, hasta hacernos llorar en silencio, como si verdaderamente nos doliera. No retorno. No vuelve. Como no lo hace la infancia, aquella de “palitos de fósforos y barquitos de papel”. Pero es, mi amigo, que también los sentimientos van caminando, sin cuidarse de la tierra que pisan, y sin pensar en la posada, porque sus caminos no la tienen, como no la tenía el tuyo. Sin embargo, se irán quedando en girones, ayer en tus padres, a medio día en ti; mañana en tus hijos. Después de todo, ¿no es cada hora pasada una infancia para la que viene?

¿Y no era también infancia aquella ventana abierta que llenó tu paz, por la que se te fueron los ojos tras las nubes ágiles y tras el azul, en todas las horas vacías de tu vida, cuando te ibas llenando de música que no oías? Tú no tuviste paz porque viste la ventana, sino que te asomaste a ella porque te creías lleno de paz. ¡De paz! ¡Y te iba cantando el caminito en el corazón!

Ahora te parece que nunca has pasado; que sentándote a la vera del camino verás pasar, en él, la cinta gris y verde de tu tormento. Lo mismo que me he sentado yo a verte pasar.

Nada podría decirte de tu técnica. No sé. Francamente, en qué tono has cantado. Ni podría saber nunca cómo le llaman a tu música. Yo sólo sé que has sido mudo como una piedra y

tierno cual una hoja de cogollo. Yo sólo sé que has tenido en la voz la misma frescura que las flores en los amaneceres, y la misma humedad bendita de la tierra, bajo la tupida mañana del monte.

De ahí que yo te haya escrito, Manuel Cabral. Porque entre monte y camino se reparten mi corazón. Y quisiera sólo que en mi recuerdo cantara una voz como la tuya sobre un camino dorado, tan largo, tan desolado y tan mío, que ni siquiera una estrella le vea, aunque domine la tierra desde el cielo. Un caminito retorcido, tan andarín, como un pensamiento, que se metiera en el monte acogedor, amplio y discreto, y se durmiera allí para siempre, hasta que yo le haya olvidado.

Perdona lo que haya podido molestarte. Muchas gracias; he comido de tus manos una fruta madura. Todavía me chorre el jugo azucarado por entre los dedos, y con ellos sucios, te saludo, con el afecto de siempre.

Tuyo,

Juan Bosch

FIN DE FIESTA*

Fin de fiesta es, en el argot teatral, el apéndice de danzas, canciones, chistes y *sketchs* con que se frivoliza la media hora subsiguiente al espectáculo propiamente dicho. Tras el último *couplet* se desenreda el telón y el público manso, simplón y satisfecho, toma la dirección de la puerta.

Es curiosa la agria soledad del patio de butacas, una vez terminada la función. Todas las luces empiezan a velarse por sí solas, como si tuvieran conciencia de que ya no son necesarias. Un empleadillo de flaco sueldo rebusca entre los asientos, con la esperanza de encontrar un paraguas, un porta monedas, acaso una sortija. Más allá del telón la vida sigue complicada, cruda y agresiva: en cada camerino se critica al compañero; la vice-tiple coquetea con el empresario; el característico reniega de los aplausos con que el público obsequió al galán joven. Cuatro o cinco gomosos bien puestos aguardan con lúbrica impaciencia a sus dueñas de media noche.

La función ha terminado y el teatro empieza a morirse, a pesar de las palabras gruesas de los tramoyistas; a pesar de la indiferencia de los acomodadores y de la somnolencia del sereno. Pero antes de morir tuvo su momento alegre. El "fin de fiesta" le hizo llevadera la carga un día más.

* *Baboruco*, N° 246, Santo Domingo, 11 de mayo de 1935, p.4.

También nosotros deberíamos celebrar un “fin de fiesta”. Todo esto que la gente llama “el mundo” es, al fin y al cabo, un teatro. Lo mismo que en los camerinos, al terminar cada función nos posee la vida, la vida que germina y se rebela; que muerde, se anuda, aprieta, se retuerce:

El hombre actúa, solamente actúa. Nadie ha logrado ser el que desearía ser. Vestimos un cuerpo que no es nuestro; pero ese cuerpo tiene su alma y nunca logramos expulsarla para poner en su lugar la que consideramos nuestra. Nadie ha conseguido vivir plenamente, con ardiente sinceridad y calurosa emoción, la vida que nos dan. Si nos permitieran seguir el propio impulso, todo el mundo, absolutamente, toda persona, dejaría de ser automáticamente lo que ahora parece ser.

Supongamos que de súbito el Gran Empresario del Universo dijera que empezaba el “fin de fiesta”, a nuestro antojo, sin programa determinado. Todos nos apresuraríamos en reintegrarnos a nuestro propio cuerpo; no al que aparentemente tenemos ahora, sino el que se ajustara a nuestros deseos y ambiciones; a aquel que siempre hemos considerado que debiera ser el nuestro. Sería una carrera loca, porque no creo que hubiera alguien capaz de desperdiciar la oportunidad de vivir una vida suya, absolutamente suya, es decir, como uno ha querido siempre que sea su vida.

El “fin de fiesta” justificaría entonces ese amor pasional que el hombre tiene a su vida, puesto que, aunque corto, sería la expresión verdadera, sincera, cierta, del instinto vital.

Claro que no tendremos “fin de fiesta”. Estamos condenados a actuar, nada más que a actuar. Hemos de llevar siempre una carne distinta, una especie de traje que no nos pertenece por impulso espontáneo de posesión.

No sería aventurado pensar que el teatro humano, la sociedad, el hombre, acaba un día comprometiéndose de su papel y termina siendo lo que es, sin ambicionar ser otra cosa; algo

así como si un cómico se sintiera tan a gusto con el papel que representa que acabara abandonando su vida para vivir la del personaje que el actor delineó. Pero por ahora no sucederá tal, porque tenemos todavía un concepto de separación entre nuestro teatro y el teatro que nos divierte, que nos vemos obligados a seguir actuando unos frente a otros. Ahora es imperativo seguir siendo buen cómico.

La verdad es que el que mejor desempeña su rol no alcanza, como sucede en apariencia, el más rotundo triunfo. Ese es el que más perfectamente ha simulado y por tanto el que más se ha alejado de sí mismo.

¡Ah! ¡Qué desconocidos nos encontraríamos todos si el Gran Empresario decidiera un día de “fin de fiesta”!

ROMANCERO DOMINICANO*

EL ÉXITO QUE VA ALCANZANDO LA IDEA DE BOSCH DE QUE SE
ESCRIBA EL ROMANCERO DOMINICANO, PUEDE COMPROBARSE
POR LA SIGUIENTE CARTA:

Santo Domingo, D.N.,
27 de mayo de 1935.

Señor don
Horacio Blanco Fombona,
Director de *Baboruco*.
Ciudad.

Querido don Horacio:

Hace apenas dos semanas hizo Ud. pública una petición a los poetas nacionales para que escribieran el "Romancero Dominicano". La acogida que tuvo esa solicitud en los más puros círculos intelectuales de esta ciudad se mide por la calidad de los poetas que están cumpliendo con esa petición: don Enrique Henríquez, don Andrejulio Aybar, Luis Valdez, Rafael Américo Henríquez, Héctor Incháustegui y Manuel Cabral. Se confía en que otros se sumarán a este bello movimiento, en el cual se cantará en el noble verso romancero una época ida, luctuosa pero sangrientamente bella.

Una vez reunidos los originales, hay el propósito de editarlos en un volumen que será una verdadera joya en la

* *Baboruco*, N° 249, Santo Domingo, 1° de junio de 1935, p.1.

bibliografía nacional. No creo que haya alguien capaz de negar la importancia que tendrá para las letras dominicanas ese Romancero; nadie, a menos que se trate de dominicanos por accidentes de nacimiento, innovadores por carencia de originalidad en el fondo, aunque la tengan, o pretendan tenerla en la forma.

El Romancero se escribirá, querido don Horacio. En ello están empeñadas generaciones distintas; desde los grandes poetas glorificados por el aplauso del continente antes de que los jóvenes balbuceáramos, hasta los que vienen de los montes envueltos en pañales de bellezas, con la miel de la aurora entre los labios.

Ahora bien: Ud. es dominicano. Las heridas de la patria fueron abiertas sobre su carne. Nosotros esperamos que cante Ud. también en romance, que deje en él constancia de su dolor. El "Romancero Dominicano" quedaría trunco sin su firma, y perderíamos la brillante oportunidad de presentarlo al mundo como cosa nuestra, aunque persista Ud. siendo lo que fuera al nacer: venezolano.

Dada su vinculación a las letras nacionales y dada su condición de generoso alentador de todo noble propósito nos sentimos autorizados a decir que la idea expresada arriba cuenta de antemano con su calurosa protección.

Suyo,

Juan Bosch

EL LLANO Y LA COLINA*

NUESTRO MEJOR CUENTISTA, JUAN BOSCH, NO ACEPTA SER SUMO PONTÍFICE DEL POSTUMISMO, COMO SE VERÁ POR LA SIGUIENTE CARTA:

Santo Domingo, R.D.,
Julio 28 de 1935.

Estimado don Horacio:

Me ha sorprendido la noticia que sobre mi posible postulación para Sumo Pontífice del Postumismo ha publicado Ud. en la sección "*Baboruco* informa y comenta" de su estimada revista.

Me ha sorprendido porque yo no soy postumista, y más aún nunca he hecho obra de esa respetable escuela. Si yo hubiera escrito, pongo por caso, los "12 poemas negros", no tendría inconveniente en aceptar esa postulación. Muchos distinguidos poetas que se han formado en la escuela villafrancisquista se sentirían justamente defraudados si yo, como un perfecto intruso, tomara por asalto la sacratísima colina. Ahora bien, como el postumismo me ha interesado vivamente, hasta hacerme perder el sueño muchas veces, me creo autorizado para dar mi opinión en este enredo que los colinianos se traen ahora. Pienso que bien le vendría la tiara a Avelino, puesto que él es, del triunvirato fundador (Moreno, Zorrilla y Andrés Avelino), el único que hasta ahora no ha manejado la

* *Baboruco*, N° 253, Santo Domingo, 3 de agosto de 1935, p.4.

sartén. Entiendo que Zorrilla es un magnífico pontífice, pero creo que debe cumplir con lo establecido: un año por jefatura o para cada jefe. Si Avelino, como lo supongo, pues que está dotado de bastante equilibrio, no aceptara su nominación, estoy entonces con los poetas del Llano que pretenden llevar a Moreno Jimenes otra vez al gran sacerdocio.

Si se me permite meter la cuchara, diría que me parece muy cruel el propósito de excomulgar que tiene su Santidad. Un Papa debe ser benévolo, dulce. Además, no hay derecho a ser tan sangriento, y se necesita más tolerancia cuando se está decidiendo el porvenir artístico de un individuo. Un poeta excomulgado no tendría otro camino que el del suicidio, pues se le cerrarían para siempre las puertas de la Colina, único lugar por donde puede llegarse, en este país, al callejón que conduce al olímpico palacio de la gloria.

Suyo,

Juan Bosch

ALMA DOMINICANA

PATIOS COLONIALES*

Alrededor de esta columna, que los siglos han ido aplastando hasta hacerla enana, se ha estado arremolinando el tiempo, poco a poco, y con liviandad de brisa. La ha envuelto, al fin, como una enredadera. Tiene ya en su corazón una palpitación desconocida, pero eterna; y desde fuera le entran, como en espiral, las historias. El arco, en cambio, se ha alzado. Ahora es grácil, ágil; y nos parece que podría volar, si quisiera.

Aquí, frente a mí, está el patio. Fueron murillos dorados y crujientes; pero desde el trozo de cielo azul que enmarcan las paredes del patio ha estado cayendo, por siglos, la carcoma del tiempo.

En cada rincón de este patio colonial se ha arremolinado una sombra. Hoy es azul oscura. La gruesa pared de la casa, oscura y esponjada, se ha bebido toda la luz que cupo aquí. Rascando, con uñas ansiosas, podríamos ver esa luz, apretujada como papel antiguo entre las piedras.

Es como si, en un tiempo que está al extremo de dos siglos, estas paredes hubieran tenido ojos.

También yo me voy esponjando, con la blancura y la agilidad de este patio que volará, esta tarde o mañana: que no lo ha hecho ya porque ama demasiado la tierra; que ha durado pegado a ella hasta hoy, porque los años se fueron, cargados

* *Alma Dominicana*, N°2, Santo Domingo, septiembre-octubre de 1934, pp.46-47.

de todos los dolores que pasaron por las arcadas, envolviendo alrededor de sus columnas y las sujetan ahora, con su peso grave y absoluto.

Una mañana fue el Señor al embarcadero. Había allí, junto al río, un montón impreciso de carne negra y brillante que se movía y gritaba. El señor se acariciaba la perilla y rondaba alrededor de la viva carga. Después habló, quedamente con otro blanco que tenía aretes de oro y calzones nuevos de pana verde. Vinieron juntos, cerca de aquella masa maloliente. El señor fue señalando con su bastoncillo uno, otro, otro. Pensó después que su hija necesitaba una criadita; y antes de irse señaló otra: pequeñita, silenciosa, de ojos plasmados ante la mole solemne del Alcázar, que se elevaba frente a ella.

Aquellos tres negros gigantesos fueron llevados a las canteras. Había allá blancos también; pero no usaban emplumado chambergo, como el señor, ni tenían tan fina la cara, ni el bigote tan enhiesto, ni la mirada tan sólida. Usaban bastoncillos como el otro, aunque más largos. Mas estos no eran para señalar, como el señor, sino que quemaban la carne, siempre que zumbaban sobre sus cabezas.

Aprendieron los negros, al cabo, a cincelar la piedra. Poco a poco, progresando a medida que era mayor el sudor esclavo que se tragaba la tierra nueva (¡tan parecida a la propia!), se fue llenando la calleja de piedras recién mondadas. Eran amarillas, claras; tenían un agradable aspecto de carne joven.

Después vinieron otros blancos, con otros negros. La tierra se puso planita, de espaldas. Y un día entró la señorita, que saltó con ligereza de la litera; amplió las ventanillas de la nariz, juntó las manos sobre el pecho, entornó los ojos, aspiró y dijo:

—Qué bien huele, padre.

Los negros habían suspendido el trabajo para contemplar a la señorita. Y la señorita se fue con la impresión de que todo era blanco en la nueva casa; todo. Absolutamente todo.

Viejo patio colonial: bien oigo tus lamentos, cuando la luna se mete bajo tus arcadas, y embarra de verde claro al tiempo intruso que se ha pegado a ti y se cree ya parte tuya.

Yo sé bien que esas sombras azules, respirando la humedad de tus rincones, no son sino un resto leve de las sombras negras que silenciaron su nostalgia de África meciendo la hamaca de la señorita, que estaba aquí, bajo esta arcada amplia, según me has contado tú mismo.

Y que esos ladrillos rojos, tan oscuros ahora y tan blandos, no tienen una pulgada sobre la que no haya vivido un dolor.

Pero, consciente de que tu historia, que es la de todos, tira de ti hacia la tierra, no me he cansado aún de esperar que vuelas hasta una estrella alta, un amanecer cualquiera, cuando el Sol enarque más tus soportales y se coma voraz la mitad de cada una de tus recias columnas, viejo patio.

LA OPINIÓN

LA PRIMERA NOVELA DE REQUENA*

Numerosas razones me han hecho esperar a tan tarde para escribir sobre *Los enemigos de la tierra*, la novela con que se nos presenta Andrés Francisco Requena, originalísimo caso de escritor nato, abundante, certero y laborioso. De ellas, la que más ha pesado sin duda, es la de evitar aparecer como parte de una claqué combinada, ya que Requena escribió un vehementísimo juicio sobre un ensayo de novela que eché a la calle hace meses; otra es la de que no me siento autorizado, por el solo hecho de que me guste escribir a ratos, para hacer crítica, función respetable por demás; otra, la de que el admirable periodista Llovet dijo anticipadamente, lo que yo hubiera dicho, esto es que, aunque flaca de lenguaje a ratos, la novela de Requena está magníficamente construida.

Hay escritores en quienes se ve el pintor; los hay escultores, los hay arquitectos. A este último grupo pertenece Requena. Desde unos cimientos trabajosos echados en terreno falso, el novelista empieza a levantar el armazón de su obra, y ya a partir de ese principio se la ve subir airosa, librar curvas, culminar allí donde un grupo de ex-hombres, que diría Gorki, pasea su miseria moral por los campos prostituidos de los ingenios, iniciar el descenso hacia el final con contenida amargura, y terminar donde empezara, en un rincón

* *La Opinión*, Santo Domingo, 26 de octubre de 1936, p.1 / p.5a.

cualquiera, o mejor, en un lugar anónimo, pegado a Duvergé y a la frontera que consume el “melao del trapiche”.

El tema, ¿es discutible? También lo dijo ya Llovet. Pero, ¿qué tema no lo es? Toda cosa tiene más de un aspecto, y podría asegurarse que aquellas que sólo manifiestan uno hoy, mañana presentará el contrario. Así, en *Los enemigos de la tierra*, encontramos una razón que justifica la actitud de ese muchacho que abandona su fundo y se echa a rodar, por los múltiples caminos del mundo. Él sólo quiere ascender, mejorar. ¿Dónde mejor que en la ciudad, donde el dinero abunda? Así como él han pensado cuantos campesinos dejan lo suyo, aun aquellos que nacen en la vieja y sabia Europa y un día cualquiera toman el rumbo de la fantástica New York o del dorado Buenos Aires. Es más, esa ambición que obliga a un buen campesino a dejar su campo de Duvergé, es la misma que en pasados siglos hizo posible la colonización de América. ¡Oro! Hay que ir adonde haya oro. Nadie podrá evitarlo; nadie lo ha logrado.

Pero el tema es tan sólo eso. Podría ser absolutamente falso, como los de Ibsen y Gogol, y no restaría nada a la buena construcción de la novela. Es más, el lenguaje de Requena, que es a veces absurdo, no logra quitar eficacia ni interés a su obra.

El caso de este joven escritor, que tiene de sobra lo que no puede adquirirse y carece de lo que se aprende en un rato, es por demás interesante. Batido por la vida en todos los frentes, en todo combate.

A menudo pasa él mismo, velozmente, por las páginas de su novela. Un día el muchacho empieza a escribir, y como debe trabajar, apenas estudia. Se destaca como cuentista. Los pocos libros que lee, se le quedan, y los analiza. Sigue escribiendo. Yo mismo, interesado en su porvenir, lo procuro, lo estudio; no puedo aconsejarlo ni ayudarlo, porque no tengo estatura de ninguna especie para ello; pero un día *La Opinión*,

nuestro gran diario, necesita un reportero. Don René de Lepervanche tiene el ojo listo y escoge a Requena. Requena entra en una redacción; trabaja de día, trabaja de noche, y nos da su novela.

Y ésta, *Los enemigos de la tierra*, es la novela más equilibrada, mejor construida, que hayan dado las letras nacionales.

¡NO HAY PARA TANTO, DON FILLO!*

Don Félix María Nolasco, mi viejo y apreciado amigo, ha propuesto la celebración de un homenaje al ingeniero director de las obras del puerto.

Esto, desde luego, no tendría nada de extraño donde parece haberse perdido el meridiano de la más elemental justicia de apreciación, si quien lo propusiera no fuera un alto funcionario del Estado. Pero la investidura oficial del iniciador, amén de su prestigio de veterano periodista, tocan el propósito de don Fillo de cierto matiz de inoportunidad que, aunque lo parezca, no pasa desapercibido a los otros del Pueblo.

Estimo yo, y en buena ley, que don Félix Benítez Rexach no merece homenaje; no porque los trabajos del puerto no sean timbre suficiente para ganar lauros, ni porque el laborioso ingeniero que los ejecuta no se haya esforzado en realizar la obra a cabalidad, sino, en primer término, porque Benítez Rexach no nos está regalando el oro de su ingenio y la riqueza de sus energías en desprendida ofrenda de amor, sino que está cumpliendo un fin comercial del que espera sacar ventajas que ya quisieran muchos para sí, y en segundo, porque no me parece que sea cosa de premiarse con homenajes públicos el simple acatamiento de un contrato, acatamiento que sólo a don Félix Benítez Rexach beneficia y

* *La Opinión*, Santo Domingo, 22 de abril de 1937, p.1.

que él toma porque, hombre nada tonto, sabe que esa actitud le importa sobremanera a sus negocios.

Por otra parte es obvio que fuera del Poder Ejecutivo, que lleva el control de ese contrato, nadie puede apreciar los verdaderos méritos del contratista y de la obra. Cuando el señor Benítez entregue el puerto, el gobierno dominicano procederá según juicio y conocimiento de las intimidades de la realización. ¿Sabe acaso don Fillo qué clases de razonamientos se habrán producido o cuáles se producirán antes de que se dé cima al puerto? Posiblemente no.

Nosotros, en realidad, nada tenemos que ver con el proceso de construcción ni con el constructor. Un día, más o menos cercano, el Gobierno dominicano entregará a su pueblo esa obra, y entonces toca al pueblo demostrar su gratitud a ese gobierno y a nadie más. Si éste estima que debe premiar al ingeniero Benítez Rexach, que lo premie de acuerdo con sus merecimientos.

Cuando llegue esa oportunidad, sabrá el Gobierno qué actitud tomar, pero no creo que ahora sea oportuno indicar cosa alguna, sobre todo si esa indicación parte de personas que no están dentro de la órbita de trabajo del Poder Ejecutivo, y que desconocen por tanto en su esencia íntima el proceso de los trabajos.

No se puede proceder con precipitación en cosas de tanta gravedad como la que supone el puerto en construcción, donde se están empleando dineros respetables, ni se debe andar tan a la ligera en proponer homenajes que llevan envueltas aprobaciones públicas.

Esta voz que don Fillo declara dar movido por espíritu de justicia, es impolítica porque su posición de senador le da un carácter oficial que a mi juicio no tiene; pero es, sobre todo, un reflejo lamentable del desequilibrio estimativo que padecemos, de esa especie de fiebre de holgorios y de reconocimientos

traídos por los cabellos en que nos venimos hundiendo sin remedio y que, a la vez que desorbitan la conciencia y la ponen a no saber escoger entre lo ridículo y lo correcto, la van corrompiendo como ácido de implacable finalidad destructora.

Suerte que aquí nadie se llama a engaño, y todos saben que aunque se decante justicia, son fines de interés los que se persiguen con los manidos reconocimientos.

LA NUEVA ESTÉTICA, UN LIBRO INTERESANTE*

No conozco el autor de *La nueva estética*, pero he leído con verdadera fruición la obra, atraído por el título y por la satisfacción de ver cómo en nuestro medio alguien se propone acercar al pueblo los conceptos filosóficos que son, para nosotros, plato prohibido. Después de leer la obra, he llegado a la conclusión de que no debió el autor llamarla *La nueva estética*, sino simple y sencillamente *Lecciones de estética*. ¿Por qué? Porque verdaderamente, no es nuevo para el conocimiento del hombre lo que él expone, aunque sí es novedosa la exposición. Con un sentido didáctico maravilloso, utilizando imágenes francas, infantiles, el autor va encaminando al lector hacia el estudio de cosa tan trascendental como lo es la estética. Para nuestro gusto, quizá no esté acertado en algunas particularidades; pero, ¿importa acaso la facilidad de un autor para que su obra desmerezca? No. Precisamente, en temas tan arduos, lo importante para el pueblo no es la certería, sino la exposición. No hay autor en tal materia que no haya pecado. La mente humana nunca ha tenido a su alcance las respuestas a todas las preguntas; y en filosofía no se camina a oscuras ni con instinto, que es necesario el conocimiento previo de la naturaleza, con todos sus misterios para estar en condiciones de producir obra inmaculada. Así, Aristóteles pudo

* *La Opinión*, Santo Domingo, 27 de mayo de 1937, p.1 / p.3.

ser genial; pero desconocía muchas cosas que hoy sabe el estudiante de bachillerato, por lo que su labor había de resentirse de esa ignorancia.

Pero no estamos estudiando la mayor o menor perfección de *La nueva estética*. Nos referimos a la importancia capital de este libro en la cultura dominicana, o si se quiere, a la cultura de una parte de la humanidad que es dominicana por accidente, pero que es, como la de todos los pueblos, masa sufrida por oscuridad. Bien que Gowrie entienda que el ideal de lo bueno y de lo bello será realizado por distintas razones a como lo aprecian otros; y bien que en esto yo no lo siga, porque tengo un sentido positivista de las realizaciones, según el cual la cultura no cumple sino un deber de preparación o de afianzamiento; pero no de realización. Bien que Gowrie entienda esto o aquello. No importa su orientación. Lo trascendental es su obra, el aporte que ella significa, el valor didáctico que tiene. Lo trascendental es que *La nueva estética* no debiera faltar a estas horas, en mano que se respete, en mano que se tenga por de hombre interesado, en mano de estudioso.

Hablando del artista, Gowrie tiene palabras derechas, cabales. Yo me pregunto: ¿no obedece a ocultos resortes el hecho de que, mientras en las plazas públicas el estudiante y el escritor, el profesional y el obrero hablan de *base-ball*, un hombre silencie para descubrir lo que él entiende que es el camino para la realización de la verdad del microcosmos, que ha de conducirnos a la verdad del gran todo? ¿No hay un aliento magnífico en este ejemplo? ¿Y por qué los que se benefician de tal labor no responden a ella?

Apenas he oído hablar de *La nueva estética*. ¿Por qué? Yo lo tengo por el libro más interesante que ha salido a luz en estos últimos años en nuestro país. Él es el primero de una serie de obras de verdadera preocupación que han de conducirnos hacia el estado ideal de la cultura, el que nos prepare

para la conquista de un sentido social en el que quepamos con holgura. Este libro desbroza, y desbrozar es nuestro papel. No lo hicieron los de antes para nosotros; y por lo mismo, nosotros estamos obligados a hacerlo para los que nos sigan.

¿No hemos padecido, no estamos padeciendo y no padeceremos todavía durante mucho tiempo la incuria de los abuelos? ¿No nos estamos quejando a cada paso de ello? ¿Y cómo queremos hallarle cura a tal mal? ¿Por la aparición de “providenciales”?

Es abriendo surco de cultura como los pueblos se acercan a la comprensión de sus problemas. Y la cultura no se adquiere leyendo libracos que nos llegan atrasados, sino adelantándonos, cumpliendo en nosotros la evolución permanente de que nos da muestras la naturaleza en la flor y en el hombre, en el animal y en la piedra. La lección del tiempo, que detendría al universo, lanzándolo hacia la nada, sino marchara en constante evolución.

Es penoso ver que hace treinta años, con Hostos, la juventud se preocupara de obras de naturaleza filosófica; y hoy, cuando parecemos estar a distancia loable de aquella época, se reciba una labor tan bella como la de Gowrie con un silencio mortal.

¿Está equivocado? ¿Tiene el autor de *La nueva estética* un concepto distinto del nuestro en cuanto a las realizaciones? No importa. Está desbrozando, está bregando, trabaja, cumple su destino, mientras nuestra insulsa juventud espera que se le ordene aplaudir para hacerlo, o que la providencia se encargue de enderezarle el camino.

¡Trabaja por el futuro de su pedazo de humanidad, mientras las otras murmuran!

SI ESTALLARA LA GUERRA...*

Yo acababa de cumplir cinco años cuando Europa empezó a enrojecerse con la hecatombe del catorce; y tenía cerca de diez cuando la soldadesca, cansada de chapotear en lodo sangriento, enloquecida por el traqueteo de las ametralladoras y el estallido de las bombas, tiró las armas y se abrazó a sus enemigos.

El mundo deliró de alegría. En un pueblo del interior de esta antilla diminuta, donde yo vivía, se encendían cohetes, se paseaban banderas y se estrenaban pasodobles. Lo mismo ocurría en New York y en el África, todos los hombres lloraban y se abrazaban; todas las mujeres humedecían con lágrimas las cabezas de sus hijos. Nos habíamos librado de la guerra, de la apocalíptica guerra que sepultó en los campos de Francia, en Rusia, en Asia, en los Balcanes y en el mar, millaradas y millaradas de vidas que desaparecieron sin servir el útil propósito que toca a todo ser cumplir sobre la tierra.

Mientras aquella locura duró, los niños de mi edad, con estúpida inocencia, jugábamos a “franceses y alemanes”. El mal empezaba en nosotros por ahí: nos envenenaban la infancia con el virus *bellum*.

La guerra terminó sin que los que teníamos diez años sintiéramos otra cosa que una alegría infantil por los festejos

* *La Opinión*, Santo Domingo, 1º de junio de 1937, p.1 / p.7.

con que se celebró el armisticio. Al parecer, no había más. Pero cuando empezábamos a abrir los ojos, dos o tres años más tarde, vino el derrumbe.

En los días sangrientos, mientras el europeo cambiaba la herramienta de trabajo por el fusil y la granada, aquí se producía para él; mejoraron los precios, la vida se acomodó a módulos nuevos. La guerra finalizó, y ese edificio que se afincaba en ella se sostuvo por ley de inercia algún tiempo más, pero le faltaban ya los cimientos, y un buen día se vino abajo, arrastrando consigo cuanto constituía su ambiente.

La primera gran tragedia de que tuvimos noción, fue aquella. Todo se tornó escombros; el hogar tambaleaba, como a efectos de un sismo formidable, y con él la sociedad y el Estado. Quienes sufrimos en la entraña esa conmoción fuimos nosotros, “los que teníamos doce años”; porque ocurría que nuestros padres se habían hecho su universo, mantenían sus relaciones anteriores, y siguieron viviendo en su ambiente, mientras nosotros despertábamos a un mundo desordenado, en el que se iniciaban ismos feroces, y en el que florecían ideologías férreas y absurdas, duros remedios para un enfermo débil.

A partir de ahí, cabeceando duramente, desadaptados como extranjeros, todos los jóvenes de mi edad habíamos de luchar, a brazo completo, para abrirnos paso y fabricar un hueco caliente en el que pudiéramos anidar.

Estábamos consiguiéndolo cuando nos sorprendió la otra bancarrota: para restañar la sangría anterior, los dueños del mundo idearon la inflación, otro edificio de bases falsas, que se nos cayó arriba de nuevo, en la quiebra del veintinueve.

Algo así como una espantosa maldición bíblica perseguía a nuestra generación. El fundamento económico se nos escapaba bajo los pies, como la arena movediza. Además, no salíamos del miedo a otra conflagración; pasados los días de

los desposorios con la paz, empezaban a oírse voces bélicas. Sobre la tierra sufrida asomaban de nuevo los cañones; sobre la mar, acorazados; bajo el cielo, el avión.

Todo está listo ya para el sacrificio. Los señores de la guerra, que no van a la guerra, disponen a su antojo del destino de los pueblos.

El temor no nos deja dormir. Si estallara la temida hecatombe, todos nosotros, toda una generación universal a la que se ha perseguido con el maldito fantasma de la destrucción, perdida la esperanza, acabaríamos por buscar la forma de retornar a los días caóticos de la tribu, o más lejos aún, allí donde hubiera seguridad de que no surgirían esas grotescas figuras de salvadores que sostienen suspendida sobre el cuello de la humanidad la espada de Damocles de otra guerra.

De otra guerra que pagaríamos también nosotros, porque no nos han dado tiempo para forjarnos un mundo amable, como lo habían hecho nuestros padres antes del catorce infernal.

JUAN BOSCH ELOGIA EL LIBRO *ESTAMPAS*
DE SUÁREZ VÁSQUEZ*

CONSIDERA A SU AUTOR COMO EL ESPERADO CRONISTA
DE ESTA VIEJA CIUDAD CAPITAL.

Ciudad Trujillo,
junio 18, 1937

Sr. R. Suárez Vásquez.
Ciudad.

Mi querido Suárez Vásquez:

Dediqué una tarde a leer tus *Estampas capitalenas*. Estoy encantado de ellas, y por eso te escribo.

Es realmente deliciosa esa agilidad tuya que te hace recorrer, sonreído e indulgente, por las trastiendas de la ciudad ignorada; de esa ciudad formada a espaldas de la calle del Conde, donde la vida brava se resuelve en un dolor permanente y en una constante mueca irónica del destino.

Cuando empezaste a publicar en *La Opinión* tus estampas sentí que llegaba contigo el cantor de esa masa que se retuerce y lucha, como gusanera inmensa, a dos pasos de nuestros ojos. Traías la gracia sana, el íntimo conocimiento de esa gente y sobre todo, un discreto y sincero sentido de la caricatura escrita. Hinchas los rasgos de humor, con acierto, pero no te

* *La Opinión*, Santo Domingo, 18 de junio de 1937, p.1.

liberas de su honda tramazón de amargura. Ahí está, precisamente, el valor humano de tu libro. Humano y literario, pues descontando tu conciencia del decir, lo bueno en literatura es lo que expresa la realidad humana.

Contigo, que eres cibaño, le nace a la Capital su cronista. Quizá se intente explicar esa paradoja cuando se diga que esa gentada que llena los barrios de la ciudad, ha venido de afuera, ha adquirido la expresión exterior del capitaleño y ha conservado su profunda esencia regional.

¡Y la falta que le hacía a esta ciudad su cronista!

Yo te saludo como al esperado.

Tuyo,

Juan Bosch

PROFESIÓN DE FE*

Cuando se va penetrando en el conocimiento de nuestros hombres se empieza a notar con pena que aquí es un mal generalizado el del frustrado de vocaciones y ambiciones. Para decirlo con más propiedad, ése no es el mal, sino el síntoma. El quebranto reside en la haraganería, en la abulia perfecta de esos hombres, que, con algún material utilizable para el beneficio propio y nacional, dejaron correr los días y los años paseando de esquina en esquina un bastoncito barato sin entregarse al estudio que los habilitara para la evolución o siquiera al trabajo honesto para asegurarse una vejez cómoda.

Si yo fuera a referirme ahora a la clase que mejor conozco, hablaría de los poetas y escritores y diría, desde luego, muchas verdades amargas. Pero yo querría limitarme a señalar nada más el dolor que produce el espectáculo de algunos escritores que tuvieron una firme vocación y hasta un brillante estilo y que hoy, viejos, sin certería en el juicio, perseguidos por achaques, equivocan lamentablemente su camino y se dedican, con la repulsa pública, a desahogos reñidos con la pulcritud más elemental.

Si esos escritores que llegaron a ser promesas para la cultura dominicana hubieran dedicado unas horas al estudio, a la meditación y hasta al trabajo (porque conviene advertir que

* *La Opinión*, Santo Domingo, 6 de octubre de 1937, p.1.

muchos de ellos no han trabajado en toda su vida), habrían ido superándose y hoy no estarían en tan triste desnivel con la realidad ambiente.

Yo conozco casos de algunos que nunca abrieron un libro y que ahora, cuando la vejez les arrebatara el mínimo de vigor necesario para holgazanear, han hojeado una mitología griega, una mala edición de *La Ilíada* y quizá *Las vidas paralelas*, y salen a la plaza pública armados con ametralladoras de nombres en esdrújulo a desbarrar de lo lindo y a torear ridículamente. Algunos han decaído tanto que concluyen en la plaza de Colón un artículo empezado a la sombra de la catedral de Burgos.

A mí me apena en lo hondo esa tragedia. Y frente a espectáculo tan doloroso, hago firme profesión de fe de ocupar los días de mi vida en lo que los he ocupado hasta ahora: en trabajar para el mantenimiento de los míos, en estudiar para mí superación y en no rebajar mi pobre pluma untándola de insultos.

Y, además, en encerrarme en mi casa, cuando los años me arrebatan el vigor, la certería y el instinto de la propia dignidad.

EL SINO DE TRUJILLO*

Mientras sus amigos pueden disfrutar de los placeres que el mundo brinda a todo hombre, él tiene que seguir aquí, con la República a cuesta, jineteando bajo el solazo de la línea o sobre las crestas de la Cordillera Central.

Ninguna actividad humana es tan absorbente como la política. Aquellos que la sirven exponen sus intereses, su vida y hasta su honra, y además, los intereses, las vidas y la honra de quienes les rodean.

Para actuar en política, como segundón o en posiciones todavía inferiores, hay que tener la visión total y detallada de todo el horizonte de un pueblo, de sus raíces materiales y espirituales; el conocimiento exacto de cada hombre, de la historia recatada o pública de cada familia, de la inclinación interesada o generosa de toda persona. En la política no hay movimiento sin importancia, ni amigo que no valga ni enemigo despreciable. Una palabra inoportuna puede labrar nuestra desgracia, una amistad inconveniente puede mellar nuestro porvenir, un juicio errado puede malograr nuestras aspiraciones; y para que nada de esto ocurra, para salir bien librados en lucha tan difícil, es necesario mantener toda la energía dispuesta hacia la captación del momento. Un descuido, un minuto sin estar alertas, basta para determinar la crisis.

* *La Opinión*, Santo Domingo, 11 de octubre de 1937, p.1 / p.6.

En ningún otro frente de la vida se liquidan tantos hombres como en política. Trinchera situada al alcance de las ametralladoras enemigas, está constantemente recibiendo los cuerpos de los que caen mal heridos o para jamás levantarse. Ahora bien, si ése es el caso del segundón, o del que figura en tercera fila o en otras inferiores, ¿cuál no será el del que dirige, del que encauza la política, del que mantiene sobre sus hombros la pesada responsabilidad de juzgar, de premiar, de castigar, de mover, de quitar, de traer y de llevar?

Si la vida de un hombre se colma con sus problemas y parece no resistir más cuando tiene a su cargo los de su familia, ¿cómo ha de ser entonces la de aquel en cuyas manos están los de todos, los del agricultor de la frontera, los del peón del Este, los del soldado de un villorrio, los del secretario de Estado, los del mensajero de una oficina, y por encima de esos, cubriéndolos, superándolos, los del país, los del Estado, los de la República?

En verdad, que no envidia cualquiera que tenga serenidad para pensar y responsabilidad para ejecutar, la posición de un gobernante.

Hay, desde luego, muchos hombres que desconocen la amargura de mandar y desean probarla. Pero el jefe, el jefe nato, manda sin querer hacerlo. Y no podrá nunca sentirse satisfecho de su sino aquel que ha nacido con la fatalidad de ser un genio administrativo o un genio político, porque ése tendrá que entregar su vida entera al logro de felicidades ajenas sin alcanzar la propia.

El caso del presidente Trujillo está a la vista de todos. Joven, con salud, con renombre y fortuna, los cuatro atributos básicos para que la vida le haga entrega de sus más recónditos secretos, para que pueda pasear por todas las tierras del globo una existencia cómoda y festejada, está obligado a extraer aquí toda la virtud de su energía para entregarla al país en leyes, en

obras de progreso o en generosidades privadas. Podría estar (cuando quisiera), en los bulevares de París; podría navegar el Mediterráneo en un yate lujoso; y sin embargo, aquí tiene que cruzar a lomo de mula la Cordillera Central. El porvenir de su pueblo está en sus manos, y él no puede eludir responsabilidad tan grave, porque él no quiso mandar, sino que nació con ese sino.

En política no se puede retroceder ni hay lugar para nada que no sea ella en sí. No lo hay para el segundón; ¿lo puede haber entonces para el jefe?

Dedicarse a la política es poner la vida, los intereses, y la honra sobre una mesa de azar. Pero nacer jefe es nacer mártir. Y ni el hombre, ni la familia ni la sociedad le reconocen al mártir el derecho de vivir su propia vida. Le exigen y le imponen el sacrificio.

Esto es lo que está ocurriendo ahora con el presidente Trujillo, y lo que ocurrirá por muchos años: mientras sus amigos pueden disfrutar de los placeres que el mundo brinda a todo hombre, él tiene que seguir aquí, con la República a cuestas, sin derecho a agobiarse, jineteando bajo el solazo de La Línea o sobre las crestas de la Cordillera Central, con todos los segundos de su vida dedicados al progreso de su tierra, sin poder acariciar la idea del reposo, porque un pueblo egoísta, que ha encontrado en él quien le resuelva sus problemas, se adelanta a impedirlo, clamando de un extremo al otro del país.

—¡Reelección! ¡Reelección! ¡Reelección!

AL MARGEN DE UN EDITORIAL*

El editorialista de *La Opinión*, en su sección del día 25 de este mes, pide a los escritores nacionales abandonar la frivolidad, la superficialidad de que hacemos gala cada vez que nos dirigimos al público y clama por una expresión general más preocupada por los problemas vitales que confronta toda sociedad organizada.

El distinguido articulista se expresa así, en ocasión de comentar el plan de reformas que anunció recientemente el señor presidente de la República, ya en vías de hecho, y el cual, a su juicio, tiene suficiente trascendencia para merecer un análisis concienzudo.

Hay que reconocer, desde luego, que el editorialista mantiene una justa aspiración; pero creemos que él se acordará con nosotros para acatar la realidad de estas palabras: el efecto no es enfermedad, y por tanto no tiene curación.

Es en la causa de esa indiferencia por los temas serios donde hay que buscar el remedio del mal, no en la indiferencia misma.

El espíritu de crítica y de análisis se ha desterrado de nuestro medio, gracias a la actitud de los que se benefician con la ausencia de ese espíritu analítico; y se ha desterrado de manera

* Archivos del presidente Trujillo, Palacio Nacional. No ha sido posible localizar la fuente, suponemos que fue publicado en *La Opinión* en 1937 (N. del E.).

tan absoluta, que ya nadie se toma el trabajo de hurgar con ojo grabe en cualquier tema, porque sabe que no podrá beneficiar a la sociedad con los resultados de su estudio; y como generalmente no se aspira a tener la comprensión de los problemas por puro lujo y para la propia satisfacción, nadie procura obtenerla.

El que persigue la claridad lo hace con el propósito de mostrársela a los otros. ¿Hay alguien capaz de defender la tesis de que la verdad escondida representa un valor? Con toda seguridad no, puesto que los valores absolutos no tienen circulación social. Ese es nuestro caso. El escritor serio comprende que sería inmoral presentarse con gravedad científica exponiendo teorías para disfrazar la verdad; comprende, así mismo, que sería desvergüenza expresarse superficialmente sobre asuntos que merecerían un detenido análisis, cuyos resultados él tendría, en otro caso, derecho a exponer, puesto que como miembro de la sociedad, a él también le tocaría parte de los resultados benéficos o funestos del propósito.

Pero hemos abusado de la elipsis para decir que aquí todos temen tratar con seriedad varonil cualquier asunto, porque esa actitud elimina la frase servil y charlatana con que se procura defender un privilegio o conquistar otro; esa frase en la que tan duchos son los que no tienen razón mental para tratar cosas de real interés, y quienes han hecho profesión de presentar a quien no comulga con su pancismo, como elemento peligroso que debe ser puesto a distancia del presupuesto, que en nuestro país es totalmente, la única fuente de ingresos para los que están obligados a vivir y mantener a los suyos a resguardo de la miseria.

Esa es la causa. Dígase eso de una vez por todas; hágase saber al presidente de la República que aquí no se analiza porque se tiene miedo. Se tiene miedo, no al señor presidente, que conoce el alcance y la solidez de su poder y sabe que

éste no tambaleará porque sus ideas se analicen con sincera buena fe, si no a los que mantienen una posición sin verdaderos méritos para sostenerla; a esos que el lenguaje popular define con el desagradable mote de “chismosos”.

Ese es nuestro mal, el mal que tulle a muchos hombres probos; el quebranto que inutiliza a buena parte de una juventud honesta y estudiosa, más preocupada por el futuro de su pueblo que por la conquista de tristes satisfacciones materiales; de jóvenes que tienen su juicio limpio de ambiciones y saben apreciar y valorar la trascendencia de actitudes públicas que mucho importan al porvenir de la sociedad en que viven y padecen.

Dígase eso, y no andemos con rodeos. Que conozca el mal el Presidente de la República, y que indique el remedio que más convenga. Él necesita medicinar para curarlo, porque al paso que van las cosas, cuando algunos de sus actuales colaboradores se desgasten, se encontrará sin hombres a quienes confiar la realización de sus propósitos.

GLOSANDO*

En este revuelo que ha causado la repudiación de Trujillo a ser candidato presidencial en las próximas elecciones, quién más se inquieta y más inseguro se halla es el Pueblo. Los políticos, sobre todo los más salientes, se reúnen, escriben y pronuncian discursos; pero en verdad, ellos no expresan otro sentimiento que el propio. A quien hay que oír es al comerciante, es al obrero, es al hacendado, es al campesino: a todo aquel que, por no vivir directamente del presupuesto, defiende un punto de vista realmente nacional y no de partido.

No me parece, aunque podría estar equivocado, que la representación del pueblo la ostenten los políticos. Legal, constitucionalmente, esa representación descansa solamente en hombros de los legisladores. Esto no quiere decir, sin embargo, que el pueblo haya abdicado en favor de nuestros diputados y senadores. En manera alguna. Todavía tiene él derecho de exigir que los congresistas hagan esto o lo otro. De pedirselo, por lo menos.

Si el Comité de Notables que se ha formado aquí, con el beneplácito de todos nosotros, hubiera partido de esta premisa, habría empezado ya a trabajar en el sentido de que el

* Archivos del presidente Trujillo, Palacio Nacional. No ha sido posible localizar la fuente, suponemos que fue publicado en *La Opinión* en 1937 (N. del E.).

Pueblo diga qué quiere. Porque alguna cosa debe querer el Pueblo. Me parece, si no ando errado, que en primer lugar, desea que Trujillo siga en el poder.

Ahora bien, pedirle al señor Presidente la retractación de sus declaraciones es, en primer lugar, desconocer su carácter, su firmeza y su pleno derecho a actuar como le venga en ganas en este asunto de seguir o no seguir; y después, violentar su voluntad, claramente expresada.

Si el Comité de Notables quiere conciliar la actitud del presidente Trujillo con la voluntad del pueblo, que se una al Pueblo, que se haga estandarte de su deseo y que, junto con él, se apreste a ganarle a Trujillo, una batalla cortándole la retirada. Pero que no se aísle, ni se empeñe en conseguir del Presidente una retractación que él no hará nunca.

El senador Cabral ha propuesto una reforma en la Ley Electoral. He ahí la táctica ideal. Para votar por Trujillo, cuando tengamos el voto directo, no necesitaremos del ascenso de Trujillo, ni nos hará falta para nada su retractación; y todavía más: actuaremos como si nadie hubiera oído sus sonadas declaraciones del día ocho.

Si una vez proclamada en las urnas la voluntad nacional, tras las primeras elecciones hechas con los métodos más puros de la democracia, el señor Presidente decide irse, para mantener la actitud que proclamó el día ocho, allá él. Que cargue con la responsabilidad de dar la espalda a su pueblo y con la de abandonarlo frustrando la fe que haya puesto el país en sus manos. En eso nada tendrá que hacer el país, ni podrá recurrir a otro consuelo que el de la lamentación.

El Comité de Notables debe, si le parece bien, oír esta voz desinteresada, unirse al hombre de la calle, y hasta dirigirlo para pedir a los legisladores la adopción de la fórmula que aconseja el senador Cabral.

Ahora bien, que sepa el Comité que no tiene mucho tiempo para escoger. O él se pone a la cabeza del Pueblo, o el Pueblo le arrebatará la iniciativa, imponiendo su criterio y su decidida voluntad.

REVISTA DE EDUCACIÓN

UNA ESCUELA RURAL HACE VEINTE AÑOS*

La sección de Río Verde, a orillas de la gran sabana de San Lorenzo, y atravesada como un tronco en el camino de Moca a La Vega, no se distinguía por abundancia de hombres progresistas. Allí estaba reventado con toda su violencia el más genuino espíritu de piratería que pudo quedar rezagado en el Cibao.

Mi familia, compuesta de dos generaciones extranjeras y una que era retoño de dominicanidad, tenía en Río Verde sus raíces económicas, pero cebaba las espirituales en Europa. De ahí que entre mi padre y mi abuelo lograran crear una escuela rural cuya razón de ser era la necesidad de que mi hermano y yo recibiéramos instrucción.

Entre un espeso palmar, junto a amplia y cenagosa laguna, defendido del camino real por casi cien metros de matorrales y potreros ralos, estaba el bohío que escogieron para local. Era bajito, de tablas de palma, con cobija de yaguas y piso de tierra. Lo pintaron con cal y le remendaron el agujereado techo.

A aquel bohío fue la maestra con su familia. De casa le enviaban la comida y unos cuantos pesos para que “fuera viviendo”. Era ella una muchacha arrogante y gentil; joven, blanca, bien educada; tenía los pómulos anchos como un mongol; los ojillos negros estaban separados como las piedras grandes

* *Revista de Educación* N° 27, Santo Domingo, Órgano del Consejo Nacional de Educación, mayo-junio de 1935, pp.70-73.

en las sabanas peladas, y se recogían bajo rectas y escasas cejas; la boca era fina, de perfecto dibujo. En toda la cara le bailaba una alegría sana, que le daba aspecto de cosa luminosa y grata. Se llamaba Panchita. Entre otras gracias tenía la de su voz, tibia y acariciante; la de su plante, altivo, y tímido a la vez, y una acerada energía a la hora del castigo. Los cabellos rojizos y rebeldes, le caían en dos crenchas sobre las sienes y se enredaban en hermoso moño.

La “señorita Panchita” vestía siempre blusas blancas, de largas mangas, llenas de encajes en el cuello, en los puños y en el “vuelo”. Se mantenía limpia como piedrecita del río. Tenía los hombros amplios, la estatura de buena medida y calzaba zapatos altos hasta media pierna, de larga línea de botones. No he vuelto a ver una mujer sentada con la altivez, la altura de pecho, la gracia de cabeza ni la caída de manos sobre la falda que tenía Panchita cuando ocupaba su parda y pequeña silla serrana a la hora de las lecciones.

El salón de clases de aquella escuela rural era la primera habitación, que tendría a lo sumo tres metros de largo por dos de ancho. Una puerta minúscula daba al comedor y otra brumosa, eternamente oscura, con la litografía de un santo clavada en el centro, abría paso al aposento. Junto a las paredes había seis o siete sillas serranas, sucias, derrengadas y con apariencia de cansancio. El piso era polvoriento y tortuoso. Parecía de tierra quemada.

Al entrar dábamos los buenos días y besábamos a la maestra. Después nos arrodillábamos para saludar al padre de la “señorita Panchita”, un viejo paralítico, pequeño, flacucho y amarillo, con la frente seca y grande, como calabazo viejo. El viejo se pasaba las horas muertas en una desvencijada mecedora. La barba parecía un resto de algodones blancos entre los huesos de la cara y el cabello, escaso y gris, me producía la impresión de hilos sucios cayéndosele de la cabeza.

Preguntábamos además por la familia, le pedíamos la bendición a doña Colasa, la mujer del paralítico, y después nos sentábamos con la mayor circunspección posible.

—Empieza la lección —anunciaba la tibia voz de la maestra.

Y señalando el amarillento libro *Mantilla* con un lápiz leía: “A, a...”.

—A. a ... — coreábamos todos.

La población escolar era bien rala: Felipito, descolorido como barro malo, de ojillos apagados y cara larga, tenía siempre el labio inferior caído y las manos desgonzadas. Hablaba con voz más haragana que buey viejo. Estaba también Cheché, oscuro, corto de cuerpo y entendimiento, insolente y rencoroso. Recuerdo que padre decía de él cosas poco agradables, porque tenía el pelo revuelto y rojo, y papá aseguraba que era mala gente la de color que tenía tal cabello. Había otro, un grandullón llamado Piro, que ordeñaba vacas en casa de Calderón, nuestro vecino. Llegaba a la escuela con los ojos hinchados de sueño y se dormía tranquilamente mientras la señorita Panchita leía con su grata voz aquello de “ere, ar... ar... be, o, ele, bol, árbol...”.

Cuando alguien olvidaba que estaba en la escuela y se entretenía viendo los patos, o siguiendo el revuelo de las ciguas entre las palmas, el viejo levantaba su tembloroso índice y Panchita se levantaba dulcemente, con asombrosa lentitud. Se acercaba sonreída, serena, armada de una zumbadora varita de “luigome”.

Si el descuidado reincidía, además de la “pela” se ganaba buen rato de castigo. Consistía éste en estar arrodillado, una piedra bastante pesada en cada mano y la cabeza alta. Debía estar así hasta que el Sol llegara a la señal que hiciera la maestra en el suelo o en la pared.

El empujón de una de aquellas revoluciones nuestras, tan vertiginosas y tan inclementes, nos sacó de Río Verde. Mi familia plantó su tienda en otro campo llamado El Pino. Ahí

tuvimos también escuela, y una adorable maestra de nombre Anita. Pero ya habíamos dado los primeros pasos con Panchita, cuya blanca figura no logro desprender del recuerdo.

De nuestros compañeros hizo la vida distintas cosas. Cheché, por ejemplo, que adolecía de una embrollada y peligrosa rebeldía, murió en la cárcel hace pocos años. Piro escogió la vida de los cantones. A esta hora ordeñará vacas en algún escondido rincón del Cibao, si es que no se quedó bajo escasa tierra, con cruz de pomos a la cabecera, en cualquiera encrucijada donde tuviera que responder de su valor frente a los soldados. Felicito sigue en Río Verde. Le he visto varias veces, con aires de imprescindible si bien tiene todavía aquel color de barro desteñido, aquel labio caído, y sigue padeciendo de flacura en sus ambiciones.

Aprendimos bien poca cosa en la escuelita rural de Río Verde; pero ella fue en mí como la tala en el monte tupido que el campesino escoge para “fundo”. Además había algunas enseñanzas que no están en los libros, ni en las palabras ni en los programas escolares, y que no he encontrado otra vez: el porte distinguido de Panchita, el obstinado silencio del paralítico, la humildad que nos metieron en el cuerpo, la voz suave de la maestra y el obligado saludo de rodillas.

Bien pudiera ser que esas cosas de nada valgan hoy. Pero pudiera suceder que lo que sobre sea lo otro y lo que falte sea aquello. De todos modos, cada vez que pretendo ser distinto me asalta el recuerdo de Panchita, el índice acusador del viejo. Y otra vez retorna a mí la bondad del niño. El mariposeo espiritual que tan feliz me hacía, y hasta el Sol amarillo de aquellos días; y hasta la ternura de barro blando que tuve entonces.

El último rincón de mi hechura está lleno con aquella escuelita rural, blanca, menuda y humilde.

EL MUNDO

HOSTOS, HÉROE CIVIL*

El siglo XIX, que no empezó propiamente en 1801, sino años antes, con la emancipación de las colonias inglesas, y que terminó con la independencia de Cuba y el cambio de soberanía en Puerto Rico, debe llamarse el siglo de los forjadores de América.

Asombra el número de grandes figuras que dio entonces el continente, pero asombra más observar que todas las actividades dieron un hombre másculo y que, en la gama de libertadores, hay matices tan distintos como el de Bolívar y el de Eugenio María de Hostos. La guerra produce genios militares tan disímiles como Toussaint y Máximo Gómez; el ideal de independencia política culmina con Martí; el de unión con Morazán; el de estadismo, con Christophe. Pero la lucha sólo da un De Hostos, el más convencido de los destinos de América y el que elige la única arma que jamás producirá dolor.

En grandeza de propósitos y en estatura abismática, el mundo no vio antes hombres que aventajaran a los constructores de América; pero tampoco vio el mundo un caso igual de capitanes sin tropas, de forjadores sin herederos y sin masas que pudieran recibir su obra. Para crear esos herederos y esas masas es para lo que aparece el último y el más abnegado de los libertadores: Eugenio María de Hostos, libertador de conciencias.

* *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 26 de junio de 1938, p.8.

Sería curioso buscar entre los ascendientes del educador portorriqueño el entronque equilibrador que le permitió encauzar en una sola dirección toda la fuerza de su carácter, típicamente americana y de su siglo, en una obra tan sin brillo y tan dura como aquella a que se abrazó férreamente, con los ojos puestos en la lejanía del porvenir. Sería curioso, porque si su fuerza de carácter y su inquebrantable voluntad son típicas del siglo y del ambiente, no lo son en cambio la falta de lirismo externo que tiene su labor y el desdén por el brillo de la acción. Desde luego, en lo profundo de su corazón, Hostos es un lírico; pero de los hechos, no de las expresiones. No le interesa el reconocimiento de los hombres, que agradecen las actitudes heroicas; lo que le quita el sueño es la perdurabilidad de la obra. Cuenta con el tiempo. Es un poeta de la acción, cuya voz canta resonando en la eternidad, pero sin que se oiga en las cercanías. Y esta condición no es americana, porque el ser de América es violento y diverso, como el del Renacimiento, y responde a la naturaleza en que se mueve: lo torrencial, lo elocuente, lo bravío, le atrae y subyuga porque expresa su propia condición y la del escenario en que se agita.

Hombres de voluntad hay varios en América; pero algunos, como San Martín y Maceo, tienen un campo donde exponer sus principios que facilita, en lo posible, su realización: la guerra es una sola marcha, hacia la victoria o hacia la derrota; otros, como Martí, ven la liberación como una resultante automática de la libertad política. Debido a que la política es su medio de acción, su ambiente natural, Martí actúa siempre en figura de llama voraz. Llama es su palabra, llamas son sus ojos, llama es su vida, consumida un día en Dos Ríos.

Hostos es distinto de todos y tan grande como el que más: tan fervorosamente enamorado de América como Bolívar, tan resuelto como Sucre, tan férreo como Gómez, tan profético como Martí; les aventaja a esos cuatro en que no se mantiene

en los hombres, si no en sí mismo, vale decir, en el tiempo. Y aliado al tiempo, Hostos se lanza a la conquista de la libertad de conciencia, para que América sea libre un día, sin caudillos, sin sables, sin arengas; libre en la plenitud de su destino.

¿De dónde saca Hostos su fe, su fuerza, su visión? ¿De dónde su fiereza para mantener su ideal? ¿De dónde la seguridad de que podrá desbistar al hombre americano, tan crudo y tan voluntarioso? ¿De dónde su valor para emprender y sostener su obra?

En el amor estaba la fuente inagotable de esa fe, de esa fuerza, de ese valor. En el amor hacia América. Su amor era ilimitado, porque toda acción no condicionada a límite de tiempo escapa, desde ya, a las lindes materiales. Espacio y tiempo son una misma cosa en Hostos, una misma cosa que empieza y termina en América. De ahí que no necesitara, como los libertadores políticos, ceñirse a una tierra, fijarse en un suelo. La liberación de la conciencia puede hacerse en una aldea o en una ciudad, en una isla o en un continente. Se parece en esto a Máximo Gómez, que dice: "No peleo por la libertad de Cuba, si no por la de todos los hombres de la tierra". Así, De Hostos trabaja en Santo Domingo o en Chile, en Puerto Rico o en Nueva York. Le es indiferente. Donde quiera que clame su voz resonará en todo el ámbito americano, mañana, nunca hoy, porque las obras inmortales no se hacen para ahora sino para después. Y quizá ni para después, sino para siempre.

En este maestro singular no cabrán, como en Bolívar, las palabras del desaliento: "He arado en el mar"; porque aunque haya de padecer como el abatido de Santa Marta, sabe que su palabra se irá multiplicando con los días; que donde se plante un hombre, bajo un techo de canas o de ladrillos, a enseñar y a nutrir el futuro de América, él estará presente, por los siglos de los siglos. Tanta fuerza de convencido le presta su proyección

hacia el futuro, que antes de empezar estará despojado de lo que puedan darle los otros, del aliento y del aplauso, porque su fuerza manará de sí mismo, de su amor, que morirá con él.

Antonio S. Pedreira da a su notable estudio crítico-biográfico del maestro un título de acabada justeza: "Hostos, ciudadano de América". En efecto, Hostos nace y vive y muere en la amplitud americana, en todo rincón del nuevo mundo español. No se puede decir del educador portorriqueño: "He aquí el teatro de sus hazañas"; porque la suya se realiza en el hombre, sobre el ser de América. El sueño de Bolívar puede atropellarse un día; el de De Hostos es imperecedero y podría decirse que se forja por la sola virtualidad de su grandeza: camina sin muletas. Para su logro no hacen falta ni cañones, ni proclamas ni jefes: se basta a sí mismo y de sí vive.

La grandeza de De Hostos no se mide por el asombro, sino por la meditación. Se cumple sin más dolores que los del propio De Hostos. De él puede decirse lo que de Beethoven dice Romain: "Toda esta gloria no ha costado ni una lágrima de madre, ni una gota de sangre, ni un solo dolor".

Y hay más, porque si la de Beethoven es tan pura, está limitada a su propia obra, mientras que la del maestro de Mayagüez prosigue inacabable, como los grandes ríos americanos.

Él es el complemento de los libertadores y la justificación de aquellos: De Hostos es el gran héroe civil.

EN TORNO AL VIVIR Y AL MORIR*

Una noche, y esto ocurría en la capital de mi país, estaba un escritor en la galería de cierto hospital, esperando momento propicio para visitar a un enfermo de su afecto. Contemplaba, al favor de la claridad lunar, el patio lleno de flores, la enredadera que ganaba las macizas columnas y daba al sitio un amable aire de rincón hogareño; veía el trajín de enfermeras, oía el grito de un rorro, y pensaba en la vida, que bullía allí y allí luchaba por conservarse y allí iba a repararse. ¡Bello y misterioso don el de la vida! Aun, en tierras como la del escritor, donde no puede cumplirse el fin primordial de la vida, que es realizar un ideal, o satisfacer una ambición; aun en tales tierras, donde todo está limitado al capricho de tal o cual persona, es grande y bello vivir.

Pensaba el escritor en la vida esa noche y se decía que es divina gracia la de poder ver, la de percibir los colores y las dimensiones, la de gozar la presencia de una mujer hermosa, o la de una flor delicada o la de poder utilizar los ojos en leer, es decir, en comprender el pensamiento de los otros mediante su vista; se abismaba en la idea de que oía, de que sus órganos auditivos recibían el ruido y la música y de que en él resonaban, templándose a través de sus sentimientos, las obras de los grandes maestros de la música; se decía que él sufría y

* *El Mundo*, San Juan, Puerto Rico, 11 de septiembre de 1938, p.6.

gozaba, y podía amar y pensar, y que en su cerebro cabía el mundo y cabían otras cosas que en la realidad exigen un espacio infinito. Luego —se afirmaba a sí mismo—, por el solo hecho de vivir yo contengo el infinito y soy entonces una parte del todo que expresa al Todo, es decir, al Dios auténtico, no al parcial de tales o cuales sectas.

Estaba el escritor embebido en sí mismo, gozando la delicia de sentirse agradecido de la vida, y diciéndose que sólo la vida era grande y que el universo inagotable, el universo finito, lo inconmensurable y lo menudo sólo vivían en función de su vivir; recordando a Nietzsche: “Oh Sol, ¿qué sería de ti sin el hombre que te contempla?”; justificando al filósofo alemán, porque él no podía eludir la realidad física de su existencia esa noche, y no podía, por lo mismo, negar que todo lo amable que trascendía del mundo, la luz, las flores, la enredadera, su propia paz y las lejanas estrellas, eran en tal momento mero espectáculo de su vida, cuando vinieron a sacarle de su éxtasis los quejidos de un paciente. Se quejaba el enfermo a la desesperada y tanto prolongó sus gritos que el escritor llamó a un practicante y le rogó atender al dolido.

—Es un infeliz campesino —explicó el practicante—. No se perdería gran cosa si muriera.

Decir eso en presencia de quien minutos antes se gozaba tanto pensando en la gracia de la vida, fue tan inoportuno como echar agua, en las brasas que arden. Algo muy agrio debió responder el escritor, puesto que, tratando de justificar sus palabras, dijo así el practicante:

—Vivimos aquí cansados. Usted no imagina qué infierno es un hospital. Día y noche, noche y día, enfermos que entran y que salen. Todos se quejan y todos creen que van a morir si no se les atiende de inmediato. Se pone uno que no sabe a quién acudir. Por otra parte, nos acostumbramos de tal manera

a la muerte, es tan frecuente que un señor a quien hemos estado tratando durante dos o tres meses y a quien ya tenemos afecto se nos muera de golpe, que llega uno a pensar en la ninguna importancia de la muerte. Desde luego, se hace cuanto se puede por salvarlos a todos...

Mientras hablaba dejaron de oírse los quejidos del paciente, atendido sin duda por otro enfermero. Desenvolvía el escritor la madeja de sus pensamientos y empezó a exponerlos en voz baja como para sí mismo.

—Amigo mío —dijo—, la vida es una sola y no se disfruta sino una vez. Nada importa que a un entierro corresponda o suceda un nacimiento. Nada tiene que ver una cosa con la otra. La vida es única en cada persona. Muerto usted, todo desaparecerá: la tierra, la luz, la alegría, el dolor, el amor. Lo que usted ve y cree eterno lo es mientras usted lo aprecia. Lo que yo no veo, aprecio o comprendo, no existe. Mas, ni siquiera ha sucedido lo que a mí me ha pasado y yo no recuerdo. Le hablo, desde luego, desde un punto de vista que puede parecer muy egoísta, con un concepto simple de las cosas, casi podría decirle que con sentido práctico de la existencia. En el momento de hundirse usted en la nada, se deshará todo, amigo mío. ¿De qué le vale a usted que yo siga gozando de cuanto hay si ya usted no puede hacerlo? No piense nunca, no imagine un instante que un enfermo muere; lo que muere es el Universo, lo que desaparece es la creación que ese muerto no podrá seguir apreciando. La vida es la más cerrada de las unidades, y de ahí que ella sea la suma de todas las unidades. La muerte puede aceptarse nada más después de haberse hecho todos los esfuerzos por evitarla, aun los que exijan sacrificios cuantiosos; y es solamente bella cuando se recibe en defensa de un derecho de la humanidad, en defensa de la justicia. Quien ofrenda la vida así se llama héroe. No crea usted que es héroe el conquistador, el

militar victorioso o el gobernante afortunado. Héroe es aquel que sin aceptar nada en cambio, ni aún la gloria, da su vida o las ventajas de su vida en defensa de los demás o de los derechos de los otros.

El practicante oía al escritor y cada vez parecía más sereno y más dulcemente asombrado de empezar a comprender razones tan sencillas y primarias.

—Un hombre no debe morir sino cuando ya sea imposible sujetarle la vida —continuaba el escritor— porque él vivirá siempre fuera de sí, unas veces en el sentimiento —amor de sus hijos, de sus hermanos, de sus amigos—; otras veces en la necesidad —sostén de los suyos—; siempre en el Estado —contribuyente o su defensor en un momento dado—. Pero aún hay más: ese señor campesino que está enfermo ahora, puede mañana salvar de las acechanzas de una corriente traidora, de las de un enemigo perverso, de las de un abismo disimulado, a un eminente cuyos servicios sean preciosos a la humanidad. Ese hombre no debe morir a causa de un descuido porque él es útil en su medio y en sus posibilidades, pero todavía puede ser mucho más útil. ¿No ha oído usted hablar de gentes oscuras que de la noche a la mañana se han elevado a la admiración universal con un acto de arrojo?

El practicante no veía ya al escritor; le atendía religiosamente. Y proseguía el que hablaba:

—Ahora bien, no acaban ahí las razones. Un grande hombre no lo sería, sin duda alguna, si en vez de ser hijo de determinados padres lo fuera de otros. Hay una condición biológica precisa, heredada de una persona fija, que hace posible ciertas cualidades extraordinarias. ¿Cree usted que Beethoven hubiera sido Beethoven si nace de otros padres, aún de un hermano del suyo, pongo por caso?

—No —replicó en voz baja el ya apesadumbrado oyente—. Probablemente no.

—Pues bien: ese campesino que se quejaba puede ser el padre de un Beethoven, de un Edison. Piense eso siempre. Vea en cada hombre lo que podría ser o lo que podrán ser sus descendientes.

Calló el escritor. El practicante no alzaba la cabeza. Apenas si se le vían las manos, inmóviles y clareadas por la luna.

—¿Y los criminales? —preguntó tímidamente.

—Un criminal es también un hombre, con tanto derecho a disfrutar su vida como usted y como yo. La sociedad está en el deber de prepararlo corrigiéndole, para que goce noblemente esa vida siendo útil a sus semejantes.

—Sin embargo, hay pueblos que matan, que inmolan. La pena de muerte, por ejemplo...

—Amigo mío —le interrumpió el escritor—, no evitar la muerte, suprimir la vida o contribuir directa o indirectamente a suprimirla, es un crimen; pero matar legalmente, tras el amparo de la ley; matar fríamente, en nombre de una justicia que ve a través de su venda, eso, amigo mío, no es un crimen: es una monstruosidad.

Dijo que sí, con la cabeza, el practicante; calló el escritor, y ambos quedaron sumidos en la contemplación del jardín, de la enredadera. Hasta que un canario empezó a cantar y llenó de trinos la apacible noche del trópico.

PATRIA Y ANTIPATRIA *

Cuando se está en los primeros años de la juventud y se vive lejos de la tierra que vio a uno nacer, se piensa que el sentimiento de la patria no es sino el conjunto de recuerdos gratos que conservamos de los nuestros. Se dice uno, y no sin cierta razón, que sólo el paisaje que está ligado a un momento feliz de la propia vida es el que da aquella idea de tierra en que necesariamente debe contenerse el concepto de patria. ¿Qué pensaría ahora de mi país si nunca hubiera tenido afectos en él? —se pregunta el joven. Es que ya tiene la intuición de que lo que importa no es el símbolo, lo no susceptible de transformación, valga decir, banderas, himnos, historia: lo que resume la patria es el pueblo que la habita.

Poco a poco va el joven aclarando su concepto y acaba un buen día diciéndose que no es cierto, según aseguran los viejos de mentalidad romanticoide, que a la patria, como al padre, como al amigo, haya que perdonarle sus vicios. De inmediato pasa al estado que podríamos llamar de abnegación: “Hay que corregir esos vicios de la tierra madre e imbuir en su lugar virtudes que los sustituyan”. Y ya está a corta distancia de la actitud que define realmente el sentimiento patrio: “Amo a mi patria porque ella corresponde a ese amor con su docilidad hacia mi empeño de mejorarla”.

* *El Mundo*, San Juan, P.R., 18 de septiembre de 1938. p.16.

Ese no es, desde luego, más que el concepto de un hombre cabal, porque un espíritu mezquino dirá que su patria está donde esté su comida, es decir, donde su estómago se halle ricamente servido y su ambición puntualmente atendida.

Cierto eminente político español sentenció, para satisfacción de las personas decentes, que la patria está donde estuviera la libertad. Al decirlo, no se refería, ni remotamente, a la egoísta y estrecha libertad personal, sino a aquella especie de libertad que por ser de todos y para todos nos permite intervenir en la superación del pueblo, porque la libertad, como toda idea o estado, ha de ser dinámica, o peligra; ella, más que nada, que es el producto de la atención y del proceso colectivo, no podría vivir allí donde su fin, que es la mejoración del todo en todos sus aspectos, no fuera constantemente justificación del estado de libertad, que es donde únicamente está la garantía de supervivencia.

Sólo donde se cumplan estas exigencias encuentra un hombre digno su patria; ella está allí donde nuestra conciencia se halla hospedada con toda amplitud y gentileza y allí donde se recibe con gratitud nuestro esfuerzo en pro de la comunidad.

Si la falta de libertad nos impide realizar en el suelo que nos vio nacer el deseo de servir a sus hijos, la falta de libertad nos arrebató la patria. No podemos amar a nuestra tierra sino cuando la creemos tan pura, tan perfecta como la soñamos y como lo exige nuestra pureza. No podemos amar aquello que se resiste a ser digno de nuestro amor. Es precisamente ésa la razón del odio que provocan las tiranías: lo que las hace insufribles, intolerables, más que la opresión y que la ilegalidad, es su negativa a aceptar participación en el mejoramiento de la patria. Lo que la tiranía persigue no es mejorarla, sino explotarla; para explotarla debe empezar por someterla, es decir, paralizarla, y un hombre no puede ver impasible el espectáculo de su pueblo detenido en la marcha ascendente que debe seguir,

porque el tal hombre sabe que en la vida social detener el impulso ascendente, aunque sólo sea en una sola fase, es volver la fuerza de traslación hacia abajo. Cuando no se avanza, se retrocede, se degenera.

Se ama a la patria porque se ama a los hombres, y a los hombres porque se les considera dotados de virtudes, expuestas o en potencia, y sensibles a la superación. Así, cuando se ve que las virtudes empiezan a desaparecer, el deseo de servir, que es la más digna manifestación del amor, empieza a resolverse en un sentimiento repulsivo que irá aumentando en la medida en que más lejos se vea la patria del sitio ideal donde nuestro amor hubiera querido verla.

Si un hombre sueña con llevar su país a alturas de dignidad, y ese país, tolerando el gobierno de los peores, responde a tal sueño con indiferencia o con muestras de desdén, ese hombre acabará en la triste idea de que su país es indigno de su amor; y por ahí empezará a olvidarlo, puesto que no merece su desvelo.

Se habla mucho de los deberes que se tiene para con la patria. De lo que no se dice palabra es de lo que ella tiene con quien la ama, lo que no se dice es que la patria puede ser también la antipatria.

Basta para ello con que no sepa alimentar el hambre de dignidad que padezcan los hijos que su entraña ha parido. Basta con que se deje manejar por los peores, que en fin de cuentas vale tanto como declarar su repulsa a los mejores.

ALMA LATINA

EL CANIBALISMO EN AMÉRICA*

Al hablar de canibalismo, pensamos en el África. Vemos de inmediato una fogata, a su alrededor negros que danzan con movimientos torpes, meciendo azagayas; oímos el tum-tum monótono de los tambores y los gritos salvajes; nos imaginamos la selva imponente, y, por entre sus resquicios, ojos acorados de fieras. Olvidamos que en esta América nuestra vivieron numerosos pueblos antropófagos y, lo que es peor, que en el suelo americano fueron humanívoros los indios, los negros y los blancos.

Entre los aborígenes, comer carne de semejantes era costumbre aprobada en parte por las razas más cultas: los aztecas, por ejemplo, disponían grandes festines con los corazones de los enemigos prisioneros.

Los conquistadores se sorprendieron mucho con el caso patético de los indios de Borinquen, que servían de pasto a los caribes de las islas cercanas. Justa debió ser la sorpresa, porque en su primer viaje no tuvo el europeo oportunidad de sospechar la existencia de antropófagos en estas Indias: La Española, donde más se detuvo el Almirante, no sufría las incursiones que padecía Borinquen. Quizá se diera un caso aislado, sin resonancia alguna.

* *Alma Latina*, San Juan, P. R., 9 de julio de 1938, pp.20-21.

En Guadalupe encontraron los españoles mujeres y niños que procedían de Borinquen. Habían sido capturados en un asalto y esperaban el cumplimiento de su destino cuando fueron libertados por los europeos.

No podríamos decir con certeza cuál fue el primer blanco cuya carne se sirvió en banquete de indios antropófagos; pero lo cierto es que muchos pagaron de tan horrenda manera su tributo a la empresa portentosa de la conquista.

En las Antillas desapareció rápidamente la antropofagia, tan pronto como fueron exterminados sus naturales; pero resucitó con los negros importados de África, y ha perdurado hasta nuestros días.

En Cuba era frecuente, pocos años atrás, la realización de un rito ñañigo en el cual se hacía necesario comer entrañas de niños. Hasta cierto punto, esto era un mandato religioso y no una inclinación, un gusto manifiesto por la carne humana, como ocurría en Haití.

En Haití es donde más numerosos han sido los casos de canibalismo; desde la ocupación americana parece haberse desterrado tal barbarie, quizá debido más que a ninguna otra causa, a la de haberse abierto vías de comunicación que enlazan todas las regiones del país.

En Haití corrían muchas historias sobre los comedores de carne de gente. Se decía que los papa-bocós producían ataques catalépticos a los niños y que, una vez enterrados, iban de noche a los cementerios, los exhumaban y los asaban. Estas consejas cruzaban la frontera y se propagaban por la República Dominicana. Las madres de este país no permitían a sus hijos salir solos. Sobre todo de noche, el día que veían algún haitiano pasar por las cercanías de la casa.

No andaban muy descaminadas esas madres. En territorio de Santo Domingo se dieron casos de canibalismo cometidos por haitianos. Nosotros recordamos el revuelo que produjo el

último de que tenemos noticia. Si no andamos mal de la memoria, el hecho debió ocurrir hacia el 1920 y tuvo por escenario un bosque de las inmediaciones de Neyba, en las cercanías de la frontera. Las autoridades dominicanas estaban tras la pista de posibles antropófagos porque cuatro o cinco niños habían desaparecido en corto plazo, y una noche sorprendieron a un grupo de haitianos celebrando su macabro banquete en medio del monte. Partes todavía enteras de un niño fueron encontradas.

Nosotros conocimos al único superviviente del grupo caníbal. Hace muy poco tiempo que le vimos en una cárcel dominicana, donde cumple la condena de treinta años que se le impuso. Es un negro flaco y muy alto, que anda con el pecho lleno de imágenes divinas, que tiene escasa barba blanca y que se hace el loco para eludir el trabajo. Habla solo y de pronto prorrumpe en cánticos religiosos. Vive tranquilamente, como si hubiera olvidado su crimen.

Es una experiencia muy dolorosa esa de estar frente a un hombre que ha sido sorprendido comiendo carne de niño, y por muy inclinado que sea uno a explicarse y perdonar las flaquezas humanas, se necesita mucho imperio sobre los propios impulsos para no lanzarse sobre el caníbal. Por esa razón encontramos que el más horrible de todos los pasajes en la de por sí horrible historia americana, es el que relata cómo cuatro españoles, hombres blancos y herederos, ya por aquella época, de una tradición de cultura muy antigua, cometieron un acto injustificado de canibalismo.

El hecho ocurrió en Venezuela, por los días tenebrosos de Ambrosio Alfínger. Alfínger se había internado hasta Tamalameque y estaba necesitado de tropas para dar cumplimiento a su obra de saqueo. Con el encargo de que le consiguiera soldados y bestias, confió a Iñigo de Vasconia, llamado por algunos historiadores Gascunia, Bascuña y hasta Bascoña,

oro por valor de sesenta mil pesos, que llevarían indios custodiados por veinticinco soldados. La columna se encaminaba a Coro, pero Iñigo de Vasconia, queriendo ganar distancia, abandonó la ruta que había abierto Alfínger, y se perdió en la selva. Agotados los bastimentos y muerta la mayor parte de los indios, Iñigo decidió aliviarse de la carga y escondió el oro al pie de una ceiba, en la que hizo señales que le permitieran reconocerla si lograba salvarse y volver.

Buscando salida, los españoles consumieron días y días, hasta que, desesperados por el hambre, decidieron comerse los indios que restaban. Debió ser una alimentación miserable aquella, porque los indios estarían tan flacos y hambrientos como sus amos. Fray Pedro Simón cuenta en sus *Noticias* que cuando estaban descuartizando al último arrojaron lejos de sí la parte genital y que un soldado llamado Francisco Martín se lanzó con gran presteza a cogerla. “¿Esto despreciáis en ocasión como ésta?”, dice fray Pedro Simón que preguntó el soldado; y agrega que se comió aquello sin esperar a que el fuego lo cociera.

Hasta aquí podría encontrarse, en la suprema necesidad que les acosaba, un atenuante para justificar la actitud de estos blancos; pero es el caso que cuatro de los españoles que capitaneaba Iñigo de Vasconia procedieron más tarde como caníbales perfectos, sin atenuantes que alivien su salvajismo.

Terminada la provisión de indios, cada soldado empezó a temer de los otros; ninguno quería ser muerto a manos de un compañero y que su carne sirviera de alivio al hambre general. Y como nada une más a los hombres que la complicidad en un mismo delito, todos decidieron, en perfecta armonía, separarse y tomar cada cual su rumbo. Así se hizo. La selva venezolana dio cuenta de la mayor parte y jamás se supo de los perdidos. Sólo cuatro lograron ganar tierra habitada, Francisco Martín, el que aprovechó la parte inservible del último indio, estaba en el cuarteto.

Cuenta Oviedo y Baños en su *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, que anduvieron “hasta acertar a salir juntos a las riberas del río Chama... a cuya margen se sentaron con esperanza de tener algún alivio que templase el continuado rigor de sus desgracias”. En efecto... “a poco rato de llegados vieron subir por el río arriba una canoa con cuatro indios, que no les parecieron sino ángeles a aquellos derrotados peregrinos, que, puestos de rodillas, explicaron por señas su aflicción, pidiendo remedio a sus desdichas”.

Los indios se compadecieron de los españoles. Llevarían pintada el hambre en los rostros y la miseria en los desgarrados vestidos. La canoa iba llena de maíz, yucas, batatas y otras vituallas; sin embargo, los soldados de Alfínger no pusieron caso en ello. Lo que hicieron fue esperar a que los naturales pisaran tierra, para atacarlos igual que fieras hambrientas. Tres pudieron escapar, pero uno quedó allí, y allí mismo fue descuartizado por los blancos antropófagos, quienes guardaron los cuartos asados “...satisfaciendo por entonces su apetito con las asaduras, pies y manos...”.

Comidos ya, los españoles empezaron a temer que los indios escapados dieran cuenta del suceso y promovieran guerra. Decidieron esconderse. Tres, sin soltar la provisión de carne humana, tomaron camino y jamás aparecieron. Francisco Martín no pudo seguirles, porque tenía una pierna enferma. Esperando la muerte estaba allí, junto al río, cuando vio venir por el agua un madero que la corriente arrastraba; se abrazó a él y se dejó llevar. El benévolo río cruzaba por un poblado indígena, donde sus barbas y su color le valieron mil atenciones.

De este Francisco Martín hay mucho que hablar. Sospechamos que fuera él quien dispusiera comerse al indio de la canoa. Nos inclinan a pensarlo así la escena de la parte arrojada y tan

ávidamente comida, y su historia posterior, la cual denuncia en el inescrupuloso soldado una propensión aguda al primitivismo: se hizo indio, curandero; andaba desnudo, se erigió jefe guerrero de su tribu, se casó con la hija de su cacique y fue cacique él mismo.

Pero esto es cuento aparte, como hubiera dicho Kipling.

HOSTOS Y LA REVOLUCIÓN CUBANA. LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS*

El día diez de octubre de 1868 se inició, en Yara, la guerra con que Cuba asombró al mundo. Justamente un mes y diez días después, disputándole al tiempo la distancia de la noticia, decía Eugenio María de Hostos, ante la estupefacción de los oyentes, en el Ateneo de Madrid:

“...cuando todos anhelábamos que la revolución fuera digna de sí misma, que se extendiera a Cuba y Puerto Rico...” entonces se nos dice enseñándonos a Cuba armada contra la odiosa contribución que a ella como a Puerto Rico la ha esquilado, armada también contra la opresión que hemos vencido aquí; entonces se nos dice: “O deponéis las armas o no hay libertades”, a lo cual contestan: “O nos dais las libertades o no deponemos las armas”.

Pero no se quedó allí Hostos. Durante ocho o nueve años había estado padeciendo en la entraña el duro sistema colonial español; y, hombre que pensaba de la justicia como él pensaba, y de la injusticia que era el más negro y bárbaro de los crímenes, no importaba cuándo, cómo o por qué se realizaba, al primer rumor de que en Cuba se alzaba la gente para hacerse la justicia que le negaban, clamó, aquella noche memorable de diciembre:

* *Alma Latina*, San Juan, P.R., 28 de enero de 1939.

—Pregunta el señor Aguilera qué debe España a las Antillas. Les debe... la mansedumbre de tres siglos de paciencia con que han esperado la libertad que necesitaban; les debe la justicia, que es lo que pedimos.

La reacción, desde luego, fue intensa. Para aquellos gobiernos españoles —aunque se tratara del que se había dado la revolución de septiembre— el colono no tenía más oficio que recibir jubilosamente al entorchado coronel de turno, al reverendo señor obispo, a tal o cual representante de los dos tradicionales poderes peninsulares y, sobre todo, pagar sin regateos las cuantiosas contribuciones con que las dos islas debían demostrar su filial cariño.

Había Hostos empezado su discurso del día 29 de diciembre diciendo que sólo la república federal aseguraba a España el resto de su perdido imperio. “España no ha cumplido en América los fines que debió cumplir, y una tras otras las colonias del Continente se emanciparon del yugo. La historia no culpará a las colonias” —afirmó. Y hubiera mantenido, no cabe duda, ese elevado tono de estadista, si la reacción, por boca de algunos de los señores presentes, no le hubiera forzado a mostrar todo su crudo pensamiento y su duro concepto de la política española en las Antillas. Denunció su brioso “insurreccionismo” cuando aseguró:

—...si contra lo que espero no se hiciera justicia, y allí, con el derecho que se ha usado aquí, se peleara en favor de la libertad, que arraiga en mi patria como en todas partes al modo que la planta en la tierra, no estaría yo en el Ateneo.

Caso debió ponersele a quien así hablaba, porque no se trataba de un mozuelo arrebatado, sino de hombre que había ya probado en Madrid su coraje frente a las armas; que había lidiado en la política española y comido la tierra del exilio para entrar con los vencedores de Alcolea; que había obtenido de Castelar, de Sagasta, de Serrano, promesas de libertades para las Antillas.

Se le dejó clamar, y nada más. Cuando volvió al destierro, desengañado hasta la saciedad, sabía que era imposible esperar nada bueno de Madrid. Puesto que la libertad se conquista, no se pide, y los cubanos la estaban conquistando, él auxiliaría a los “insurrectos”. Así, los políticos españoles no imaginaron que con aquél hombre iba a ganar la revolución cubana a su más esforzado propagandista. Y no lo imaginaron por pura torpeza, porque bien que había él probado hasta qué altura podía planear en el cielo de sus ideales.

Tras los meses angustiosos de París —“no estoy ni en España ni en Puerto Rico ni en Francia”—, y los tanteos sobre la posibilidad de la revolución en su Isla —“ya puedo, sin tantos obstáculos como antes, ser eminentemente útil a mi causa. Ese es mi pensamiento, ese mi deseo, esa mi ambición, esa mi gloria, esa mi dicha”. Hostos, para quien nunca faltaron estímulos hacia lo grande, empezó su obra de periodista al servicio de Cuba. En noviembre de 1869, entró a redactar *La Revolución*. Nada se conserva de esa época, a pesar de que debió estar escribiendo alrededor de cinco meses. Él mismo no estaba satisfecho de su labor, aparte de que era todavía tan informe la obra de la emigración, que poco podía acertarse. Pensando en Cuba —a veces se creería que llegó a olvidar a Puerto Rico, cuando lo cierto es que él servía donde era necesario, y su isla estaba en paz— se dolía: “Más útil sería yo allí”. Se lo decía tarde tras tarde, cuando —son sus palabras— “vuelvo la vista a las playas de Cuba”.

Aparecida una mujer cubana en su vida, y seguro de que mejor había de trabajar su ideal por cuenta propia que bajo jefes, salió hacia el lado sur del Continente y empezó su conmovedora odisea de propagandista solitario. Es de observar que si, en su condición de campeón de la independencia cubana, algo se le ofrecía, lo rechazaba de inmediato, porque hubiera considerado infame servirse de lo que necesitaban los

hombres de armas. De lo que hizo por Cuba en el Perú, ayudado del padre Vigil, apenas se sabe lo que él relata en *Mi viaje por la América Latina*, que es poca cosa; pero que debió ser fiera de lucha lo denuncia la anécdota que cuentan Bayoán L. de Hostos, en su *Eugenio María de Hostos íntimo* y Antonio S. Pedreira en su *Hostos, ciudadano de América*, aquella del contratista que le ofreció doscientos mil pesos “para Cuba” si le apoyaba un proyecto de ferrocarril perjudicial para el Perú¹.

Hasta que llega a Santiago de Chile, en su campaña pro reconocimiento de la beligerancia de Cuba —discursos a diestra y siniestra, artículos, reuniones, clubs— no empieza a conocerse la obra copiosa que produce el puertorriqueño en defensa de la libertad cubana. De esa época son notables, sobre todo, sus “Cuba” y “Puerto Rico”, que publica en la *Revista de Santiago* en mayo de 1872 (“los españoles, que han hecho en Cuba todos los males...; ¡no han podido hacer hijos españoles! Se mezclaron con las negras, y salieron cubanos; con las mulatas, y salieron cubanos; con extranjeros, y nacieron cubanos; con españoles, y hasta la española procreó cubanos... cuando, hace poco, sacrificaron ocho adolescentes a su infame odio, el más cubano de esos adolescentes, es decir, el más heroico en la muerte, era hijo de un español”); Carlos Manuel de Céspedes, para el libro que dedicó la Academia de Bellas Letras de Santiago a la memoria de Andrés Bello, páginas de un cubanismo tan vehemente, que acalora; y *Plácido*, el estudio crítico del poeta mulato, donde lo que parece hablar es la propia Cuba desgarrada.

En todos estos trabajos, realizados con pasión que no perdona defecto al enemigo, es de notarse el profundo conocimiento que Hostos tiene de la intimidad cubana. Mucho de

¹ La fuente de esa anécdota es la “Noticia biográfica” que aparece en *Eugenio M. de Hostos: Biografía y bibliografía*, Santo Domingo, Imp. Olga, 1904.

Cuba debió estudiar entonces. En cosa que escriba, así se trate de temas totalmente alejados del de la guerra, dejará de poner su muestra de que sirve a Cuba; recuerda aquel implacable Catón del persistente *delenda est Cartago*. En la Exposición Industrial del 72, si monologa sobre escultura, Cuba; si ha de cerrar con un discurso el torneo, y ve el escudo de España por allí, Cuba; si ha de mencionar los Andes, Cuba; y si el mar, Cuba. Donde quiera Cuba.

¿Y por qué así? Leyendo unas memorias —mejor diría programas— escritas por encargo del gobierno dominicano para difundir el ideario normalista, allá por el ochentiuno, ocho o nueve años después de esos días chilenos, se halla la explicación del cubanismo de Hostos; era simplemente deber de patriota. No porque dijera, cuando alguien le preguntaba si era cubano —y lo repetía cuanto era necesario—, que de serlo habría estado en su puesto, es decir, en el campo de batalla, dejaba él de sentirse tan de Cuba como Céspedes, por ejemplo; para Hostos no había otra patria que la parte de América que padeciera opresión, y si ninguna la sufría, otra que las Antillas. No concebía Hostos que se enseñara a los niños antillanos sino que las islas formaban una sola patria: “...que así como en el sistema de islas que forman nuestro archipiélago, la patria se multiplica por el número de islas hermanas de las nuestras”, exigía que se le inculcara al niño; y más adelante: “...hágase entender con claridad, con precisión e insistencia que así como cada isla depende de su vecina hasta para indicar su posición particular, así todas juntas, y constituyendo el archipiélago, dependen del Continente, hasta para fijar la posición geográfica del Continente. Y de eso dedúzcase que, así como cada isla depende de las próximas, y todas juntas dependen del Continente, así cada patria de un antillano depende de la patria de otro, y todas las islas patrias dependen de la patria continental”. Todavía no

contento, dice, quizá sin darse cuenta de que proclamaba de la manera más sintética y vibrante su ideario antillano: “Por Geografía Patria no se entenderá solamente la isla de origen, sino todas las Antillas”.

Cabe llamar aquí la atención sobre el hecho de que cuando hablaba así, en 1881, Hostos había probado ya con su propia vida, con el brío de diez años esparcidos a todo lo largo de América, que ese concepto generoso de patria antillana no era en él una exaltación meramente mental. Por Cuba, que lo necesitaba entonces, la dio y lo hizo todo, hasta lanzarse a la aventura gloriosa de una expedición. Que esta pasión por la isla hermana venía de lo que podríamos llamar la cuna de su pensar, nos lo dice a las claras su *Peregrinación de Bayoán*. Y que llevaba en el hueso tal ideario, nos lo dice toda su vida consagrada a estos inermes y trágicos peñones del Caribe.

Por Cuba libró en Buenos Aires, recién salido de Chile, una campaña sin ejemplo; ni se hable tan solo de aquella lucha feroz con Sarmiento, que se veía forzado a proceder cautamente, ni de aquella monstruosa manifestación que él promovió en Buenos Aires, en la cual fue aclamado por el pueblo como si él hubiera representado al propio “mambí” armado, y en la que hubo paseo de todos los manifestantes frente a su hotel, para regalarle la bandera de la estrella solitaria que ondeó ese día a la brisa del Plata; háblese de aquella serie gallarda de artículos sobre los fusilados del *Virginus*. Loco de dolor, Hostos llenó páginas y páginas de protestas que eran himnos a la conmovedora bravura de los cubanos caídos: en francés, en español, para italianos, para norteamericanos, para los españoles que defendían la justicia; hizo una montaña de artículos: “Cuba y el pueblo argentino”, “La beligerancia de los cubanos”, “La última hecatombe”, “Los fusilamientos de Cuba”, “Los fusilados en Cuba”, (Manuel Quesada, Bernabé Varona, Pedro Céspedes, Ryan, Jesús del Sol: todos están inmortalizados por su

pluma indignada); “Cuba y la América Latina” (carta al Presidente del Perú); “La revolución de Cuba ante españoles dignos” (Francisco Díaz Quintero, Eduardo Benott); “Cuba y los italianos”, “Con el Correo Español”, “Cuba y los Estados Unidos”, “Cuba y el Correo Español”; son innumerables los artículos que escribe. El último le provoca un disgusto de tal medida, que sólo la intervención de buenos amigos pudo evitar que fuera a un duelo con cierto exsacerdote español.

Entregado a la causa de la isla mártir, se va de Buenos Aires a despecho de la buena posición que le ofrecían: “Yo no he venido a la América Latina para establecerme en ella” —escribía negándose a servir la cátedra de Filosofía que se le brindaba— “... toda ella junta no puede satisfacer el deseo hambriento que tengo de ver una ante su derecho de vida propia a toda la parte de continente en que hemos tenido la gloria de nacer”.

El papel de Hostos en la parte sorda de La Guerra de los Diez Años sólo podrá apreciarse cabalmente cuando se publique su *Diario*. Estas disputas con los emigrados, ese pasar hambre y ese padecer por irse a la pelea, no tienen recompensa. La recompensa, para el revolucionario, es saber que está sirviendo; es gozar la dicha de saber que está siendo útil. Hostos sufría hambre por ser útil, y no lo alcanzaba. No podía aceptar dinero de cubanos, porque era arrebatárselo a la revolución; no podía aceptar trabajos permanentes, porque era descuidar la revolución; no podía pensar, porque era traicionar a la revolución.

Hecho otra vez cargo del periódico, empezó su campaña. De esa época son “El dictamen de los héroes”, “Los de Cayo Hueso”, “La amnistía”. Típica muestra de la intransigencia vehemente con que se aferraba a su posición revolucionaria, es el razonamiento con que combate la idea de la amnistía en el artículo de ese nombre: “Hemos combatido y combatimos

a virtud del odio justiciero que se opone como puede y cuanto puede al mal, o en virtud de nobilísimas ideas. Si revolución de odio, la de Cuba se deshonraría al aceptar el perdón. Si revolución de ideas, se deshonraría al descender hasta el perdón. Deshonra en el primer caso, porque el odio que no sabe vencer no ha sido justo, y la injusticia es la peor de las deshonras. Deshonra en el segundo caso, porque grandes ideas que no han sabido realizarse, denuncian en los que no han sabido prestarles toda la savia del sacrificio, una pequeñez que deshonra”.

¡Sufría hambre cuando escribía esas cosas! Hay que decirlo a toda voz, porque es bueno saber cómo se está cuando se piensa para saber a conciencia si se piensa bien por venir de lo hondo lo pensado, o por venir del regalo que nos hace fáciles a la idea alta.

“Vivo de limosna”, dice Hostos el 7 de septiembre de 1874. Nunca, como entonces, tanto padecimiento. El 25 del mismo mes escribe: “A lo que parece, la expedición militar para Cuba partirá al fin. Así, todas las angustias de la inacción van acabar para mí”. Pero en diciembre 20: “No hay probabilidad de la partida”. Se trata de la conocida expedición con Aguilera no lograda sino a fines de abril del 75, cuando ya Hostos tenía trabajo bien pagado, que abandonó para darse a su sueño. Bien divulgado aquel doloroso episodio, con el cual quiso el destino negarles a Hostos y a Aguilera el sagrado derecho de morir como hombres, defendiendo lo suyo, no se hablará aquí más de él. Mucho sufrió Hostos aquel fracaso.

De aquellos días es “El problema de Cuba”, publicado en varias entregas en Nueva York. Estudio certero, amoroso, preciso, sería de recomendar que todo hombre de América abrevara en él, para que se vea cómo puede amarse y conocerse una fracción del Continente que no hayamos visto nunca. Porque conviene aclarar que jamás estuvo Hostos en Cuba; la

isla maravillosa fue para él una aspiración de toda su vida. Cierta vez, de paso por sus mares, estuvo a punto de llorar porque no podía servirla en la pelea. Jamás halló bastante lo que padeció e hizo por ella.

De los días de Puerto Plata, casi un año, y de los otros escasos de Nueva York, poca cosa se sabe. Se colige, por la numerosa emigración cubana que había en el puerto dominicano, y porque es público que fue allí a servir a las emigraciones cubana y puertorriqueña, así como por el título de su periódico —*Los Antillanos*— que pasó tal año, como todos los seis anteriores, dándole sus energías a Cuba. De vuelta en Nueva York, sale a poco hacia Venezuela, y allí funda clubs, da mítines, escribe numerosos artículos, la mayor parte de los cuales están dispersos. Su constante relación con los cubanos le lleva a un hogar de desterrados, donde encuentra a la que ha de ser su compañera.

De esos días de Caracas es el admirable “Retrato de Francisco V. Aguilera”. “La isla de Cuba —dice él— ha producido en sus años prueba tantos cuantos hombres dignos de la prueba la fueron necesarios. Necesitó hombres de pasión implacable contra la tiranía, y los tuvo. Necesitó hacer hombre el patriotismo que convierte en fiera, y lo hizo hombre. Tuvo necesidad de Céspedes, y fue. Tuvo necesidad de personificar en un alma de hierro la actividad militante, y Mármol, la personificó hasta su muerte. Necesitó individualizar la austeridad incontrastable de la revolución, y Agramonte le dio la individualidad incontrastable. Necesitó un paladín de leyenda, y lo tuvo en Sanguilli, el héroe inválido. Le hizo falta el soldado de fortuna y se le presentó Ryan, el burlador de la muerte. Le hizo falta una representación del trabajo hecho patriota y guerrero y ciudadano, y le representó Vicente García. Invocó el hombre-legión, y aparecieron los Castillo, los Maceo, los Calvar, los Varona, y los mil legionarios que en Oriente y en Occidente, en Camagüey y las

Villas, han dado la sangre en confirmación del patriotismo. Invocó la confraternidad de las Antillas, y Máximo Gómez, y Modesto Díaz y los Marcano y Rius Rivera han personificado heroicamente las dos Antillas hermanas. Necesitó mártires, y en el patíbulo, y en muertes obscuras, y en expediciones acia-gas y en el destierro tenebroso los ha tenido...”.

Si ahora tuviera alguien autoridad moral y mental suficientes para agregar a esta enumeración parcial de los factores heroicos que hicieron la revolución cubana, algunos nombres o factores, ese tendría que decir: “Cuando necesitó probar que la cabeza más poderosa de América estaba a su servicio, Cuba señalaba a Eugenio María de Hostos”.

Las primeras noticias de la Paz del Zanjón le llegaron a Hostos estando en Puerto Cabello; de inmediato escribió pidiendo confirmación. Gregorio Luperón, el dominicano grande, le consoló diciéndole que no era cierto. Pero desgraciadamente, sí era. En Saint Thomas, donde llegó en junio de 1878, escribe el día 14: “Anoche, al recogerme, oí cantos en la calle: presté oído, y oí una canción cubana, aquella canción en que se invoca a Cuba por el proscrito que se aleja de sus playas. Eran voces de hombres los que entonaban la canción e induje que serían algunos de los capitulados que un vapor español de guerra trajo antier a este puerto. Al oír la canción, todo el mundo de ideas y sentimientos que despertó en mí el primer estallido de la revolución cubana, se sublevó con ímpetu en el fondo de mi alma. Desde mi lecho intranquilo acompañé en sus invocaciones a los pobres derrotados de la patria, y yo, derrotado también, patriota herido también por el infortunio de la patria, canté mentalmente la invocación patriótica y sollocé en silencio por la patria”.

El día 18 fue a ver a Vicente García. Dice: “Dos cosas me lastimaron en la entrevista, o más bien, tres; la entrada de un oficial español de marina, y su perfecta familiaridad con los

cubanos; la entrada de un enorme canasto lleno de mercaderías recién compradas, y la declaración que Vicente García me hizo de que había recibido de los españoles la cantidad de cuarenta mil pesos fuertes. Verdad es que los recibió a cambio de unas tierras; pero el hecho es que el último de los insurrectos y la última esperanza de Cuba independiente han salido de Cuba empobrecida y de la empobrecedora revolución, con cuarenta mil pesos fuertes entregados por los españoles. Esto me quitó los deseos que tenía de hablar con ese hombre”.

Y bien que había de quitárselos. Para poder hacer frente a los gastos en Saint Thomas, Hostos, que sirviera a Cuba tanto o más que Vicente García, había tenido que pedir dinero al padre, a su paso por Mayagüez: quizá a esa misma hora estaba Máximo Gómez en Jamaica, hambreado, llorando “porque ustedes —escribe a su hija— me pedían pan y yo no tenía pan que darles”.

Nunca aceptó Hostos nada de Cuba ni de cubanos. Y le dio cuanto era posible darle. En los años de paz, él no concedió paz. Del 78 al 95, siempre pendiente de Cuba. Cuando le sorprendió, estando en Santiago de Chile, el renuevo de la guerra, tornó con igual vehemencia que antes, a servirla.

Pero esos días merecen otras páginas. Aunque ninguna tendrá el precio inalcanzable de las que salieron de su pluma y de su corazón.

PUERTO RICO ILUSTRADO

IMPRESIÓN DE LA HABANA*

Un viajero llega, casi con un nuevo día, a la vista de La Habana. Lentamente, en trance tan suave y tan armónico que apenas se nota el cambio, la luz natural va suplantando a la eléctrica y sobre el fondo de lívida claridad que se esparce a lo lejos, empiezan a cobrar precisión los perfiles de la ciudad. Todavía es apenas una enorme mancha que se recorta y se afina cada vez más, que va enseñando sus líneas salientes —chimeneas miradores, cruces, acaso una cúpula—, y ya complace y emociona. Todo viajero disfruta el extraño placer de la llegada, la ilusión de incorporar a sus experiencias la de un paisaje humano nuevo, la de aprehender la expresión peculiar de cada sitio que visita; pero todo antillano que se acerque a La Habana lo hace con cierta unción, porque está entrando en la capital de la zona y en un lugar consagrado por cien luchas.

La primera impresión que da La Habana es de amplitud, y su tono peculiar está en su tropicalismo. La verdad: hasta que se llega aquí no concibe uno cómo ha de ser una gran ciudad del trópico. Conoce uno, y las comprende y admira, a las urbes europeas, copiadas en América; a las norteamericanas, en mala hora también copiadas; pero sólo en La Habana reconcilia el viajero la idea de un vasto centro urbano con los rigores del clima. ¿Cómo se explica que haya en el trópico

* *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, P.R., 7 de octubre de 1939, p.14.

una gran ciudad, que la zona permita a los hombres aglomerase sin hacerles sentir su inclemencia? ¿A qué se debe? La exigencia de espacio que tiene una ciudad populosa es incompatible con la expansión necesaria para vivir en estos climas. Sin embargo, aquí está La Habana: el cubano le ha ganado la batalla a la geografía.

La clave de esta victoria está en los porches habaneros. Con el espacio que ocupan, con el material gastado en ellos y con el trabajo que se utilizó para levantarlos hay con qué edificar otra Habana. Pero si despojaran a la vivaz capital cubana de esos porches, el trópico entraría, inclemente y corrosivo, hasta los huesos mismos de la ciudad, y la secaría y la despojaría de su noble expresión criolla.

Hay en muchos pueblos españoles plazas emporchadas; en ocasiones hay en alguna gran ciudad una que otra calle franqueada de porches. Pero aquellos quizá no tengan otra explicación que la suntuosidad hispana, a menudo soberbia y a menudo consagrada más a humillar a otro que a complacer a quien la siente. Los porches de La Habana, aún los de los palacetes que adornan con gracia juvenil sus repartos, son más bien demócratas y graves. Están ahí para cumplir un propósito de higiene y de comodidad, no para deslumbrar. Si irrumpe el aguacero del trópico, el porche recibe al transeúnte y lo abriga y lo asocia a su recóndita paz. Si el Sol desciende impetuoso sobre los paseantes, él los acoge y les da su sombra. Algunos, sobre todo los de añejas fábricas, que muestran sus torsos descascarados por el tiempo, dan en ocasiones tal impresión de seres cansados, que el viajero siente deseos de acariciarlos, como si ellos fueran capaces de comprender que inspiran piedad y gratitud.

Sin esos porches no sería La Habana la ciudad que sólo a ella se parece, y quizá sin ellos no lograría el forastero hallar tan pronto la dimensión característica de lo cubano, que es la

amplitud. Llegado a uno de ellos, el viajero se detiene complacido en la sombra, aspira el aire amable, goza de la fina luz que le llega sin herirlo, se despoja de su prisa, porque el porche tiene mucho de retiro, y puede entonces dedicarse a ir descubriendo los signos de la amplitud cubana.

Una ciudad donde se han empleado tanto espacio, trabajo y material en atenuar el rigor del clima, es una ciudad de gentes que no padecen de cicatería. El espíritu cubano es amplio. Eso dice La Habana, gran ciudad a despecho de la zona.

SEMBLANZA DE JUAN MARINELLO*

El nombre de Juan Marinello hierve en toda América; no ahora, en que apenas alimenta su prestigio porque la lucha política no le deja tiempo para otros menesteres: hace años que ese hombre es símbolo de pureza ideológica, de capacidad y de trabajo. Pero con todo, América no sabe qué modelo tiene en este combatiente al servicio del pueblo, en este escritor que se considera un obrero más entre los tantos a quienes ampara con su prestigio y entereza.

Desde la primera palabra se le ve venir todo limpio. Uno busca al hombre, desde luego, porque al intelectual lo conoce y lo admira ya. Y el hombre se presenta con aire generoso y voz de viejo amigo cuya casa conocemos desde el alero que da a la calle hasta el alero que da al patio. El recién llegado se sorprende de tal voz, natural, franca y fraterna. Se advierte que en sueño tiene la costumbre de querer. Viene, tras esa impresión, lenta y ya más abandonada observación, la que se hace en el gesto, en la palabra, en la mirada, y con ella la plácida sensación de que está uno en un hogar humano sin peligrosos pasadizos.

En el estudio de Juan Marinello, amorosamente puesto en un marco labrado por indios mexicanos, un retrato inédito de Martí muestra el rostro enérgico y dulce que a los veinticuatro

* *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, PR, 14 de octubre de 1939, p.22 / p.56.

años de su edad iba proclamando el futuro apóstol americano. Tenía entonces Martí el pelo rizado, cubiertos los huesos de la cara por una carnación juvenil, los labios suavemente recogidos como si acabaran de sonreír o empezaran a hacerlo, los ojos tiernos y vigilantes en su enigmática hondura. El visitante refresca su espíritu en aquel retrato y luego, sin proponérselo, vuelve la mirada hacia el dueño de la casa. ¿Qué vaga correspondencia hay entre aquel y éste? ¿La admiración, el amor que profesa el cubano de hoy al cubano de ayer? No; es cierto que al de hoy se le ilumina de recóndita alegría todo el ser cuando el visitante se detiene complacido en el retrato; pero no es esa alegría la que tiende un puente invisible entre el inmortal y el escritor actual: hay algo más. Se diría que la añeja y a la vez juvenil efigie está a gusto en aquel sitio, como si comprendiera que se le venera en un hogar como los que él quiso para cada intelectual americano.

Si alguien puede aceptar sin rubores la mirada de Martí, ése es Marinello, porque en él se cumplen las condiciones que el apóstol quería para sus cubanos. No puede ser Marinello un Martí, ni pretenderá imitarlo. Aquel es quien es, y éste es quien es. Pero él podría aceptar la llamada del maestro y rendirle cuentas de su vida: se ha dado entero a dejar fluir su amor y su talento sin más propósito que el de servir y sin más ambición que la de ser útil a la América. Cuando fue preciso probó el pan agrio de la cárcel y sufrió el destierro, la peor de las condenas. No anduvo reuniendo hombres y dineros para encender la revolución, porque son otros los tiempos; pero en su hora vino a reunir cubanos para encender la conciencia popular y los reúne siempre y les habla y los pone a arder en los principios y en la entereza. No hubo que volver a Cuba a morir para dar con una vida aniquilada sentido trascendente a una idea; pero hay que volver a dar la palabra que aliente y señale rumbos. No hay que escribir para que los pueblos del

Sur se enteren del vaivén del mundo; pero escribe para fijar el concepto de la conciencia americana o para denunciar el signo del peligro; no hay que ser jefe de una revolución, pero se puede y se debe ser jefe de un partido.

Él es jefe de un partido... Invitados por pequeños pasquines que apenas llamaban la atención del transeúnte, los hombres de trabajo de La Habana se reunieron un domingo, hace escasos meses, para reclamar algún derecho amenazado. Allí, entre cuarenta mil personas que se agitaban y vociferaban entusiastas, se oyó el nombre de Juan Marinello. Iba él a hablar, y todo el pueblo se puso en pie y aplaudió. La salva de aplausos estuvo resonando en un crescendo fortísimo, y ante la insistencia del radiolocator, que pedía silencio, empezó a decrecer hasta que se fue apagando lentamente, como silencian por grados las hojas del bosque batido por un brisote. Allí, frente a la multitud, en la pequeña tribuna que centraba el campo, se levantó Juan Marinello. Desde lejos se le veía la mano honrada subrayando los párrafos, y la frente alta, coronada por rizos plateados.

¿Qué dijo? ¿Importa acaso que hablara del negro y del blanco, del derecho de todos, de las turbias maniobras que traban en la sombra el paso natural de la vida de un pueblo? No; lo que importa, lo que tenía real valor era el ejemplo que él daba con su actitud a los escritores de nuestros pueblos. Él, hombre de pensamiento, cuya firma ha venido calzando artículos de tan medular ideología y de tan fina belleza que sume a sus lectores en un profundo y claro río de embrujamientos, dejaba la pluma y se lanzaba a la lucha con el arma de su palabra. Eso era lo importante. La voz de tiernos matices que se dobla en la plática fraterna era también acusadora y valiente en su tiempo; aquel que se había ganado con su pensamiento el respeto y la admiración de sus congéneres, daba mucho más de sí. Eso lo valioso: el ejemplo.

De Pablo Neruda dice él —nadie explica a un poeta como Marinello— que “la poesía existía a través de él”. Y a uno se le antoja que ninguna frase mejor para definir el sentimiento de lo puro y el pensamiento de lo alto encarnado en Marinello. No existen en él, sino a su través, como si él les sirviera de tránsito necesario para lanzarse en su palabra al mundo. Así, convencido de que su papel sólo es dejarse traspasar, parece él mismo asustado de lo que es. En ciertos hombres la grandeza es don tan natural que la tienen aún a su pesar. Tal ocurre con don Juan Marinello. Su más saliente característica, la bondad —una bondad que va por delante de él y que el visitante le ve trasudar—; toma la rara expresión de un perenne arrepentimiento por ser hombre tan desusado. En ocasiones su voz y sus ojos reclaman perdón por el pecado de ser quien es. Habla, y procura no enseñar lo que sabe; ayuda con su sola presencia, porque esa presencia es ya un bien.

Acaba de cumplir cuarenta años y se diría que desde que nació está sufriendo el dolor de ser naturalmente empujado sobre sus semejantes.

De verle sale el visitante ciertamente alegre, porque ha visto encarnado el sueño martiano y hostista de un intelectual que sea también hombre, de un escritor que amase su obra con carne y sangre de pueblo.

EL MACHETE DE LA INVASIÓN*

De ojillos bravos y tenaces, cuyo fulgor no amenguaban los lentes de tosca montura; con su breve nariz siempre arrugada como quien respira dando bufidos; con aquella barba que sólo le cubría el mentón, copiosa y blanca, en la cual caían los lacios bigotes de igual color, el viejo general Gómez recorrió toda la isla, desde Playitas hasta La Habana, sin soltar un día el machete con que estaba haciendo la invasión.

Aún cuando en algún apunte rápido se le vea de pie ante una mesa llena de papeles, metido entre ropas holgadas, de gruesa lana, los pies y las piernas embutidos en enormes botas, colgando de un hombro los gemelos de campaña, cubierto por su inseparable sombrero de paño, siempre con su cara de mal humor y sus carrillos hundidos, en el viejo general sólo se piensa a caballo visto de frente, echado sobre el pescuezo del animal, con una mano en la brida y el brazo derecho en alto, blandiendo el machete seguido por oleadas de mambises y metido entre el polvo y el estrépito del combate.

No puede uno ver a Gómez de otra manera, porque él, y especialmente su rostro, era una encarnación viva de la actividad militar, y aunque no sólo combatiendo se hace guerra, la que hacía el admirable soldado era de la una y de la otra. Mandaba y ejecutaba. En la soledad de su tienda, sentado a

* *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, P.R., 13 de abril de 1940, p.5.

horcajadas en la hamaca, planeaba el combate y escribía sus órdenes; pero después cuando sonaban los disparos anunciando el asalto inminente, se olvida de que era jefe para ser un soldado, el primero siempre. Lanzando imprecaciones, y mandobles, pegado a la bestia como si ambos fueran una sola cosa, con la barba batida por el viento, aquel hombre enjuto pasaba por entre los cuadros como una centella y se ponía después a limpiar el machete en la crin del caballo, como le vieron muchos en “Mal Tiempo”.

Ese machete de la invasión fue para el viejo libertador una prenda muy querida. Lo hacía aceitar a menudo y lo llevaba siempre consigo. Acaso más de una vez tuvo el pesar de mellarlo cortando alambres. Gómez era cuidadoso, excesivamente limpio, cosa que a algún mambí le pareció exagerada en una guerra como la de Cuba, donde al tiempo que a los hombres se combatía a los elementos y donde era frecuente dormir en plena tierra, a veces bajo los vigorosos aguaceros tropicales. Pero el celo de Gómez por sus pertenencias no dejaba pasar ocasión de limpiar sus anteojos o hacer aceitar el machete, en brillar la corneta. Así pudieron esos insensibles servidores de su genio mantenerse enteros a través de años sin reposo. El machete, por ejemplo, con casi medio siglo de haber iniciado su dura vida, está admirablemente conservado. Hasta la funda, que debió empaparse repetidas veces en agua, por la lluvia o en el cruce de los ríos, parece de reciente hechura.

El machete de la invasión es un arma liviana, corta, fina. Nadie podría creer que tan pequeño hierro fue el infatigable y heroico índice de aquella campaña fantástica. “Alfanje”, le han llamado muchas veces. Pero no tiene nada de alfanje, ni es tan curvo como lo han descrito. En la República Dominicana, de donde vino, se le llamaría gallito, porque es muy parecido a ese tipo de machete, bien conocido en las revueltas

de aquel país, y porque, como aquel, tiene en la empuñadura la cabeza del viril animal.

Por los días del Manifiesto de Monte Cristy, Panchito Gómez Toro, el hijo del viejo guerrero, lo compró para Martí en la tienda de Jimenes, poderosa casa que llevaba las tres clases de machetes usados en el país —el mediacinta de dos tipos, el ancho de desyerbo y el gallito— directamente de las fábricas alemanas. La casa surtía a Gómez de las herramientas que el general usaba en sus faenas agrícolas. Este machete, del tipo gallito, pero más corto y más fino, debió llegar a Monte Cristy como muestra, porque no es propiamente el que se vendía en el país. Fue sin duda por eso por lo que lo eligió Panchito Gómez Toro para Martí. Menudo y liviano, tenía la apariencia inofensiva del Apóstol, y su temple y coraje. A Martí, como a los demás expedicionarios, se le había dado un machete largo, acaso auténtico gallito, y no era digno tal hierro pesado de la figura dulce y leve del maestro. Todavía ese mismo, el de la invasión, tuvo que dejar de usarlo, porque le impedía llevarlo un forúnculo que tenía en la cadera. Gómez lo tomó para sí, y con él hizo toda la guerra.

En la magnífica estatua de Gamba con que Cuba ha glorificado al viejo general —ante la cual, como Martí ante la de Bolívar, lloró una mañana de enero un visitante—, donde, desde una eminencia de mármoles, los fieros ojillos del veterano buscan sobre el océano nuevas tierras de Cuba para libertar, lo que se ve en la mano del guerrero intrépido no es el machete de la invasión, sino el sombrero que le cubrió en la fiera y larga embestida. No se imaginaba uno así a Gómez, presentándose a cabeza limpia ante la posteridad, en un ademán respetuoso y sobrio; pero no está mal la actitud porque, aunque hizo la guerra porque fue necesario, él era hombre de corazón como para odiarla. La había vivido durante muchos años, y su profunda, pero viva sensibilidad repudiaba el horror que desata.

En la estatua de Gamba el machete de la invasión aparece en su vaina, pendiente de la cintura del general. No está en la mano veloz e implacable que levantaba huracanes con un vuelo. Tras la ruda jornada, tras la interminable actividad, el pequeño machete reposa ahora, acaso confiado en que aquella mano flaca y menuda que se cerró como una garra sobre su empuñadura cuando hizo falta, no se verá obligada a cobrar de nuevo el calor de la vida y a repetir con él las cargas heroicas.

CUADROS DE GRANDES MAESTROS EN CUBA*

Domingo Ravenet, conocido pintor cubano, tuvo la brillante idea de hacer exposiciones con las mejores de las obras que hubiera diseminadas por salones privados y públicos de Cuba. En sus andanzas de pintor debió Ravenet dar más de una vez con verdaderas joyas de la pintura mundial, y acaso poco a poco, a medida que descubría riquezas artísticas más o menos ignoradas, fue pensando en una gran exposición que pusiera al gran público en contacto con lo mejor del arte europeo y cubano que pudiera hallarse en la isla. A la Universidad de La Habana, a la Comisión del Turismo y al Patronato Nacional de Artes Plásticas se dirigió Ravenet en solicitud de apoyo, y aunque no fue pequeña la tarea de convencer a las tres instituciones, obtuvo la ayuda que buscaba y empezó a trabajar.

En tres grandes exposiciones se presentaría el material conseguido: una de escuelas europeas; otra de pintura moderna cubana, y una final llamada “300 años de arte en Cuba”, que se ciñe a obras de motivos criollos, realizadas por artistas cubanos y extranjeros.

Las exposiciones han tenido —o van teniendo, porque no se ha cerrado todavía la última— un éxito de público

* *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, P.R., 1 de junio de 1940, p.2.

notable. Miles y miles de personas desfilan día y noche por los grandes salones del Edificio Poey, recientemente construido en los terrenos de la Universidad.

El local es ya de por sí una obra artística impresionante. De severas y a la vez airoosas líneas griegas —un admirable dórico fuerte y noble— aúna a la elegante presencia las conveniencias de disposición que para la mejor distribución de luz y sombra se estilan en Cuba. El patio no es posterior, sino anterior, y está adornado con gráciles palmeras y enormes tinajones camagüeyanos. A un lado, todavía sin descubrir, está el busto del notable educador y hombre de ciencia, cuyo nombre lleva el edificio. Las exposiciones se han celebrado en el ala derecha de la segunda planta.

Las exposiciones, y especialmente la primera, han sido una verdadera sorpresa para los propios cubanos entendidos en la materia. Buscando en lujosas mansiones privadas, en museos y hasta en desvanes, Ravenet dio con obras cuya presencia en Cuba ni siquiera se sospechaba. Muchos aficionados no quisieron creer, cuando lo leyeron en los diarios, que efectivamente algunos de los maestros universales de la pintura habían estado representados en el país, en ocasiones con más de dos obras. ¿Cómo era posible que hubiera en Cuba cuadros de Hans Memling, uno de los mejores pintores del siglo XV; que alguien tuviera aquí una “Madonna” de Rafael Sanzio, una “Sagrada Familia” de Andrea del Sarto, una “Dama” del Bronzino, un “Cristo” del Divino Morales, un “Nacimiento de Venus” del Tintoretto; que Ribera, Zurbarán, Velázquez, Reynolds, Goya, David, Corot, Delacroix y otros muchos gloriosos nombres de la pintura “residieran” de incógnito en Cuba?

Sin embargo, así era. Se supo de manera segura cuando, en los días en que se gestionaba la posibilidad de la primera exposición, unos jóvenes asaltaron el Museo de Arte y se llevaron telas de grandes maestros, felizmente recuperadas por la

Policía. Algunas de esas telas fueron expuestas con los agujeros de las balas que les tocaron en el reparto de tiros que se hicieron entre sí asaltantes y policías. El asalto sirvió para disipar dudas y convencer a los cubanos de lo que Ravenet aseguraba.

Pero aún celebrándose la exposición, mucha gente se negaba a creer en la autenticidad de las obras anunciadas. Durante cerca de un mes desfiló por el Edificio Poey una cantidad increíble de público, y era de ver con qué escepticismo se acercaban a los Goyas allí expuestos o con qué asombro comprobaban que, efectivamente, eran Goyas los Goyas y era de Zurbarán el magnífico “San Bruno Asceta”, ante el cual los visitantes se detenían impresionados.

Una “Mujer con perro” de Sprong, de factura delicadísima y a la vez fuerte, con esa fuerza bien equilibrada de la Escuela Flamenca; el admirable “San Bruno Asceta”, de Zurbarán, los “Pillos” de Joshua Reynolds, en pintura, y una “Minerva” griega y la “Primavera” de Rodín, en escultura, parecían ser las obras preferidas del público, señal de que, aunque no goce de una educación artística profunda, el pueblo tiene siempre el instinto de lo mejor. Un retrato de mujer de la Escuela Renacentista Francesa, de autor desconocido, cuyos rasgos recuerdan a la infortunada María Estuardo, fue también notablemente favorecido por la atención pública. De fina factura, gracioso y ponderado de color, este retrato, casi una miniatura, tiene todas las trazas de haber salido de manos ilustres. Pero nada permite asegurarlo.

Ha sido una feliz sorpresa la que produjo la exposición de escuelas europeas en la Universidad de La Habana; y ha sido afortunada idea la de poner a un pueblo ansioso de cultivarse en contacto con el gran arte universal. El Pueblo demostró interés inusitado, lo cual da la medida de cómo ya en Cuba el arte es una necesidad popular.

FULGENCIO BATISTA HABLA PARA
*PUERTO RICO ILUSTRADO**

No es sino al finalizar la charla, con motivo de la última pregunta, cuando Batista confiesa que la primera le había parecido muy difícil de contestar. Sin embargo, el periodista confiesa que no vio en el rostro del candidato presidencial perplejidad alguna al recibir la pregunta. Acaso se debiera a que el periodista estaba tratando de olvidar la nada buena impresión que tuvo al ser recibido por un soldado que hace de portero en la casa donde ha sido citado por Batista.

Sí, ese soldado ahí desagrada. El deseo de no callar la impresión se desvanece ante la cordialidad de Jaime Mariné, dueño de la casa, en quien el visitante cree haber hallado un viejo amigo, y cuyas evocaciones de lugares gratos a ambos hacen que él y el periodista se sientan unidos en un común recuerdo. Va siendo más calurosa la charla cuando entra Fulgencio Batista, hasta hace meses jefe del Ejército de Cuba y ahora candidato a la presidencia de la República. Es un hombre joven, robusto, de mediana estatura, de tez quemada. Aunque ría —lo cual hace con frecuencia— no pierde su aspecto de preocupación constante. La costumbre de la velocidad castrense debe haberle dado una falsa idea del tiempo. La costumbre, y sin duda también su constitución dinámica, porque es evidente que Fulgencio Batista está naturalmente hecho para la acción.

* *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, P.R., 29 de junio de 1940, pp.4-5 / p.7.

Sentado a su frente, el periodista le vigila y espera el momento de ponerle en aprietos con la primera pregunta. Inesperadamente la suelta.

—¿Por qué aspira usted a la presidencia de la República de Cuba? —inquire.

Sin titubeos, Fulgencio Batista empieza a hablar. Explica que su condición de jefe de un movimiento revolucionario —lo cual le dio personalidad política— hizo que una parte del pueblo confiara en él para la solución de los problemas nacionales.

—Está claro —dice— que esos problemas tenían que solucionarse desde el poder civil. Durante seis años en que comandé el Ejército hice esfuerzos para que la solución se diera sin intervención mía. El país vivía entonces un estado excepcional; pero ahora, al normalizarse la vida cubana sobre una base legal —la Constitución revolucionaria, a punto de ser promulgada—, me vi ante un dilema: o seguía siendo jefe del Ejército o seguía siendo líder de la revolución.

El candidato presidencial de la Coalición Socialista —siete partidos que recorren entera la escala de los colores políticos— no es precisamente un hermético. Habla con soltura. Mientras lo hace junta las manos y mira a su interlocutor.

—El movimiento septembrista —explica— carecía de una figura suficientemente aceptable a todos los núcleos de opinión para enfrentarla, como líder nacional, a los jefes opositoristas; la masa de sentimiento septembrista pedía ese líder, y fue ese reclamo el que me hizo candidato, precisamente, cuando menos inclinado estaba yo a aceptar tal honor, porque el desgaste de seis años de continuo trabajo exigía de mí un reposo que la campaña política no me ha dejado disfrutar. Con estos antecedentes he querido explicarle que aspiro a la presidencia de Cuba empujado por una necesidad nacional. No quiero decir que yo no quiera ser presidente de la

República; al contrario, lo deseo para satisfacer esa necesidad y realizar desde tan elevado cargo los propósitos de la revolución de septiembre.

Batista acaba de hablar y el entrevistador se siente aliviado. La mutua vigilancia ha desaparecido. Ambos se abandonan poco a poco, y la charla tiene por momentos remansos cordiales, en los que para nada asoma el erizado tema político. Hay ofertas de cigarrillos. El que enciende Batista es rubio, y su olor capitoso marea. El periodista entiende que en Cuba, la tierra del tabaco, nadie debe fumar otro que el criollo. Acaso el exjefe del Ejército piense como un notable escritor de aquí, que fuma cigarrillos rubios “porque así nos damos el gusto de quemar el imperialismo”.

Entre el humo salta la segunda pregunta:

—¿Cuáles son, a su juicio, los tres problemas más graves que tiene Cuba en el actual momento?

—En el orden político —dice entre sonrisas el candidato presidencial—, el mantenimiento del status democrático, que es indestructible en el alma del pueblo cubano, aunque por momentos parezca a punto de ser barrido, unas veces por la demagogia y otras por los grandes intereses monopolizadores; en el orden internacional, la complejidad de factores que surgen de nuestra situación geográfica y de nuestra producción para el mercado exterior; en el orden económico, la deficiente estructura de nuestra economía. Como usted verá, apenas puede saberse cuándo un problema nace en una de esas tres causas, porque ellas se confunden en sus efectos, con repercusiones sociales de trascendencia indiscutible.

—Admitido —afirma el periodista—; pero hay que distinguir y remediar esos problemas en sus orígenes. ¿Qué soluciones les daría usted, si fuera electo presidente?

Casi sin esperar el final de la pregunta, Batista responde:

—En el orden político la solución en el mantenimiento de la democracia, cosa que sólo puede lograrse atendiendo a los intereses de todos los sectores de opinión.

Acabando de decir esto, Batista se inclina, y, con voz baja, como quien va a confesar una intimidad afirma:

—He estado pensando mucho en este mismo punto. Con el aumento del Congreso que estatuye la nueva Constitución, habrá más intereses representados, lo cual hará de este aspecto de la función gubernamental un problema sumamente delicado.

Pero el entrevistado es un optimista. Tiene que serlo, puesto que se ha visto mimado por la fortuna, “más allá de cuanto aspiro”, según sus propias palabras. Reacciona rápidamente:

—Confío —asegura— que con la cooperación del pueblo me será dado mantener la democracia. Todo problema político tiene por fuerza una solución política, y el buen éxito está en hallarla.

Cuando Batista termina, el periodista recorre a grandes saltos la historia del candidato, buscando en sus hechos —suprema expresión de una vida— la confirmación de tales palabras. Juzgando con imparcialidad halla que su interlocutor ha sido más político que militar, y lo prueba su reciente salida del Ejército para lanzarse a la campaña política. No estaría hablando verdad quien acusara a Batista de no estar trabajando su candidatura civilmente.

Pero no es hora de recontar, si no de oír. El candidato habla. Dice que en el orden internacional sería aventurado exponer planes. Los acontecimientos actuales son demasiado veloces para resistirlos. Ha orillado así, ligeramente, el momento del mundo. El periodista le agradece no detenerse en ellos, porque se hace tarde —va cayendo el Sol del lado de Marianao— y hay otras citas pendientes. Batista piensa que si logra organizar la economía cubana —fundamento,

a su juicio, de la vida nacional— los problemas exteriores de Cuba perderán gravedad.

—Mi propósito —afirma— es armonizar los intereses de la economía cubana con los intereses del capital extranjero, que tanta participación tiene en la vida internacional de Cuba.

La economía parece la mayor preocupación de Batista. A pesar de ello, sus ideas al respecto no son definidas. En este punto se expresa con oscuridad. El periodista tiene que organizar lo que oye y sacar la impresión de que su entrevistado divide el problema económico en dos partes: la economía del pueblo y la del Estado.

—Para reformar, sanear, hacer fuerte, en fin, la economía cubana —dice— hay que atender a tres medios: el educacional, que enseñe a la mayoría del pueblo —clase campesina sobre todo— las ventajas económicas que puede obtenerse de lo que está a su alcance: tierras, crianza, pequeñas industrias de los productos agrícolas; el sanitario, que dé al pueblo la salud necesaria para la creación y el mantenimiento de la riqueza; y el agrícola, para enseñarle a producir más y mejor. Estos tres aspectos de Gobierno deberán ir unidos, estrechamente enlazados, como se ha estado haciendo en las escuelas cívico-rurales, y su fin primordial puede sintetizarse en estas palabras: dar al campesino todas las conquistas de la civilización sin alejarle de la tierra, sino haciendo todo lo contrario: enseñándole a amarla más y a sacar de ella cuanto necesita para vivir holgada, cómoda, civilizadamente. En cuanto a la economía del Estado, mi propósito es regular de una manera científica su fuente de ingresos y sus causas de egresos, reformar totalmente la Hacienda Pública, de manera que no haya filtraciones ni caídas. Sé que esto no es empresa fácil, pero tengo la convicción de que tal propósito podrá ser realizado.

Hay un ligero descanso. El clásico café criollo nos saca otra vez de la política. Batista lo prefiere claro.

—Me altera los nervios —asegura.

El periodista ve la hora. Sin duda que se ha hecho tarde; pero aquí, oyendo hablar al joven candidato, no se ha sentido el tiempo. Nombres ilustres pasan por la charla; se habla de De Hostos, de Martí. Hay referencias a Puerto Rico, a la República Dominicana. El periodista aprovecha la ocasión.

—Dada la vinculación histórica entre Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico —pregunta—, ¿qué novedad beneficiosa para los pueblos antillanos ofrecería su política?

Es entonces cuando Fulgencio Batista confiesa que el entrevistador le ha estado haciendo preguntas de difíciles respuestas. Piensa un poco. Se ve que tal punto no había entrado en cálculos.

—El problema antillano es de relación —afirma—. Tenemos que conocernos mejor para lo cual hay que intensificar las comunicaciones y el comercio, y mantener, por todos los medios, la actual simpatía recíproca de estos países. En general, las aspiraciones nacionales de esos pueblos tendrán de mí el apoyo que se les pueda dar, y si es posible, se hará una legislación que no lastime el sentimiento nacionalista del cubano y que impida que, por lo menos moralmente, sean extranjeros en Cuba los que por derecho histórico y por inclinación del pueblo merecen la hospitalidad del cubano como cuestión propia.

El periodista se pone en pie. Hasta la puerta, como un viejo amigo en cuya cordialidad se descansa, le acompaña Jaime Mariné.

—Visítame cuando sea presidente —pide Batista sonriendo.

Parece inagotable el optimismo del candidato. Sus razones tiene. A su edad —treintinueve años— hace seis que figura en las primeras páginas de los periódicos del mundo. Unas veces para elogiarle y otras para atacarle, es cierto; pero figura.

Y ahora espera seguir haciéndolo cuatro años más, como presidente de la República de Cuba, “si es para bien de la patria” —ha dicho él—, porque si es para mal prefiero perder las elecciones”.

Que así sea.

GRAU DE SAN MARTÍN HABLA PARA
*PUERTO RICO ILUSTRADO**

Ramón Grau de San Martín fue el jefe del gobierno relámpago que nació a raíz del movimiento del 3 de septiembre de 1933. No cumplió cinco meses en el poder; sin embargo, le bastó ese tiempo para ganarse el corazón de Cuba. Ley del cincuenta por ciento, ley de jornada de ocho horas, ley de seguro de maternidad, jornal mínimo, ley de maternidad obrera, vivienda campesina, rebaja de alquileres y de fluido eléctrico, voto femenino, docenas más de leyes progresistas, salidas directamente de Palacio al Pueblo, sin Congreso, sin obstáculos de intereses creados, y sobre eso una administración escrupulosa, como sólo se recuerda la de Estrada Palma, una administración tan limpia que en cinco meses y bajo la peor crisis de Cuba pagó religiosamente y dejó dinero en el erario: he ahí las causas de la emocionante popularidad de Grau, el único político que no ha hecho imprimir pasquines de propaganda, porque no los necesita.

Voy a ver al jefe del Partido Revolucionario Cubano —los “auténticos”, nombre con que quiso ridiculizarlos alguien y que el Pueblo les dio para no confundirlos con los falsos revolucionarios—, ahora candidato a la presidencia por sus partidarios, por el “ABC”, por “Acción Republicana” y por enormes desprendimientos de otras organizaciones políticas que

* *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, P. R., 6 de julio de 1940, pp.4-5 / p.58.

han ingresado en el frente llamado opositorista. En su modesta, sin duda demasiado modesta casa, me espera Grau San Martín. No puede darme la mano, porque de tanto saludar a su vuelta de México hubo que operarle y ha quedado resentido. Fue una apoteosis aquella recepción. Entre la masa delirante que llenaba el Malecón saltaban a ratos sombreros de marinos y de soldados, que no podían sustraerse a la emoción del momento.

—Era que la fe había retornado al corazón de un pueblo obligado a ser escéptico —dice Grau.

Hablamos de ello, de la esperanza que ha puesto Cuba en él y de lo criminal que sería defraudar esa esperanza. Oyéndole se da uno cuenta de que este hombre se dejaría matar antes que frustrar esa ansia de superación que se advierte en el pueblo. Es un honrado a la manera que lo reclamaba Martí: su conducta responde a sus convicciones. Emociona tratar a un político de tanta pureza, de tanta generosidad. Pero en política no bastan tales virtudes para realizar obra fecunda. Se lo digo así.

—En cinco meses de estado de ánimo colectivo sui generis —explicó— su gobierno promulgó una serie de leyes que cambiaron el aspecto de Cuba. Acaso el pueblo espere un ritmo de conquistas revolucionarias como aquel. Es evidente que no sucederá así. ¿No teme usted que Cuba sufra un desencanto?

—No —afirma Grau. El Pueblo sabe que aquel gobierno fue una dictadura y que el que surja ahora de las urnas estará sujeto al engranaje legal establecido por la Constitución. Por otra parte, solamente la aplicación estricta de aquellas leyes será ya una obra ciclópea, que dará a las masas mucho de lo que ellas aspiran. Eso, sin hablar, desde luego, de la honradez administrativa. Si no tuviéramos el propósito de completar desde el poder la revolución, con esas dos ofertas nos llevaría a él el Pueblo: aplicación de las leyes auténticas y honradez en la administración del tesoro nacional.

Mientras él habla yo me pregunto cómo es posible que la honradez administrativa pueda ser punto principalísimo en un programa de gobierno. Se supone que tal virtud deba ser constante, sin embargo, lo general ha sido que los gobernantes no consideren sagrada la propiedad del Estado; muchos, hombres incapaces de despojar a otro de lo suyo no vacilan en enriquecerse a expensas de la colectividad. Así, haber manejado con limpieza los fondos públicos es un título de Grau a la admiración de los cubanos. Sólo por eso sería amado de su pueblo. Felizmente, lo es también por otras causas. Su sentido de servicio social y su lealtad a los postulados revolucionarios, sobre todas otras.

Hablando de ello, y de la necesidad de llevar las conquistas de la revolución a esa masa enferma, desnutrida, engañada, que es el campesino de nuestros países, pregunto qué piensa hacer su gobierno para mejorar la vida del guajiro.

—Mucho —dice Grau—, porque mejorar las condiciones de su vida es mejorar a Cuba. Cuando el guajiro era propietario, todavía a fines del pasado siglo y a principios de éste, Cuba, era un país rico y sus hijos hombres de gran valor e independencia moral. Hay, pues, que devolver al campesino la propiedad de su tierra y las antiguas condiciones de la fertilidad cubana, agobiada hoy por los cambios de clima y la escasez de agua que han producido los desmontes y el monocultivo.

En este aspecto Grau se extiende largamente. Habla de sus planes para hacer a los cubanos dueños de Cuba, y la profunda fe de este hombre en el porvenir de su patria se transparenta en su voz, emocionada al solo pensamiento de que el programa auténtico pueda realizarse pronto. Explica su futura política del agua, encaminada a canalizar las corrientes, desecar las ciénagas; habla de una vasta campaña de reforestación.

Pero no termina ahí su plan de política agraria; además de darle posesión de su tierra y de su agua, al guajiro hay que elevarle a la civilización. En tal sentido, lo primero es hacerle cambiar de vivienda.

—¿Cómo, Dr. Grau? ¿Construyendo el Estado casas para campesinos?

Mi entrevistado sonrío.

—No —dice—. Las construirán ellos mismos.

A seguidas explica que el Estado no podría emprender una obra tan vasta. Eso por una parte; por la otra está la necesidad de estimular la capacidad creadora del guajiro desacostumbrándole de la idea predominante hoy, de que el Estado tenga que resolverlo todo.

—Lo conseguiremos fácilmente mediante un sistema que se inició en el gobierno auténtico; estableciendo grandes premios todos los años para el mejor bohío de Cuba. Supongo que usted estará de acuerdo conmigo en que tan pronto se anuncien premios de diez mil o más pesos, toda familia guajira querrá aspirar a ganar el mayor y buscará medios de hacer el mejor bohío del país.

A mí la idea me parece ingeniosa. A falta de una política clasista orientada hacia el mejoramiento del campesino —cosa difícil en Cuba, por la complejidad de los factores que informan el problema general del país—, medidas paliativas de este tipo tienen mi simpatía, aunque ella nada valga.

En los numerosos bohíos del interior el nombre de Grau es símbolo de mejor porvenir. Se lo digo así a mi interlocutor y le digo cómo en la región occidental, por donde estuve recientemente, hallé entre los campesinos una desbordante simpatía por el autenticismo. Un viejo campesino vueltabajero aseguraba que sus perros no decían, al ladrar, “jau”, como lo habían hecho siempre, sino “grau”. El doctor ríe, visiblemente emocionado. No hay asomo de vanidad en esa risa. También yo me

emociono, porque él habla de que esa fe de Cuba en él y en su partido no le halaga, sino que le llena de miedo.

—No es un triunfo; es una enorme responsabilidad —afirma.

A seguidas, y con motivo de sus palabras, me cuenta algún episodio culminante del exilio.

—¿Ha visto? —pregunta ingenuamente, como si todavía le causara asombro que ocurran tales cosas—. ¡Exiliado por querer servir a mi país!

Yo aprovecho para remansar ahí la conversación. Digo que Cuba, por circunstancias especiales, está vista por los exiliados como su hogar natural, y que el aprendizaje de la democracia que pueden ellos hacer aquí será un día útil a los países de donde proceden. Me refiero, desde luego, a los americanos, porque ahora sólo se habla de refugiados europeos y se olvida que andan por ahí miles de hombres sin patria, echados de las suyas —la mayoría en el Caribe donde pueden contarse hoy no menos de seis dictaduras— por el infecto ambiente que en ellas predomina. Otros muchos no salen, aún queriéndolo, porque tienen las puertas de los países llamados “hermanos” totalmente cerradas.

—No pueden —explicó—, debido a que las leyes de emigración en casi todo el Caribe hacen prohibitiva la entrada. ¿Qué haría su gobierno en beneficio de esos hombres?

—Ayudarlos —asegura Grau—. Yo he sido exiliado dos veces y no olvido lo que se sufre en el destierro. Los verdaderos emigrados políticos de América, aquellos que la merezcan, pueden contar categóricamente con mi ayuda.

—Y los pueblos vecinos, los antillanos principalmente, tan vinculados a Cuba, ¿qué pueden esperar del gobierno auténtico?

—Primero que nada, la enseñanza de nuestra experiencia se revolucionaría; después, un acuerdo para estudiar juntos

nuestros problemas comunes, y la organización, mediante serios estudios y negociaciones, de nuestro comercio y de nuestras comunicaciones. Yo sé —asegura el candidato de la oposición— que Cuba mejorará económicamente con el gobierno auténtico, y entonces podremos ofrecer a los pueblos cercanos trabajo, que es riqueza, además del ejemplo constante de una política de servicio social. Cuando Cuba mejore, la ley del cincuenta por ciento quedará rebasada; para entonces podremos ofrecer trabajo a trueque de mercados para nuestros productos. Aparte de eso, acaso se realice una exposición del Caribe en La Habana, o algo parecido que muestre al mundo el poderío económico y social de estos países.

Países —pienso yo cuando él termina— que han dado a América los más grandes hombres del Continente. En las riberas de este mar nacieron Miranda, Bolívar, Sucre, Bello, Morazán, Hostos, Gómez, Maceo, Martí, Luperón, Santander, Pétion. Pueblos que tienen tan altos exponentes, alguna virtud poderosa deben mantener. Más de cuarenta millones de seres que hablan español rodean el Caribe. Cuba es el eje geográfico y emocional de tal porción del mundo. Si el contenido de justicia social que supone la revolución auténtica alcanza el poder, la hermosa tradición de hermandad de los mejores —sustituída ahora por la de los peores —renacerá con espléndido vigor.

Para representarle en el poder, el autenticismo cuenta con Grau. Es un hombre cuya presencia emociona, porque tiene la virtud de infundir fe en el triunfo de los valores del espíritu. Al despedirme le confieso que lamento salir de su casa sin tener algo desagradable que señalar.

—¿Por qué? —pregunta él.

—Porque mis lectores van a creer que soy devoto suyo, y el público exige que quienes le sirven sean imparciales.

Llovizna cuando salgo; pero yo no paro mientes en ello. Voy demasiado alegre. No ve uno a menudo hombres con la pasión de servir. Y, acaso como pocos pueblos, Cuba merece que le sirva lealmente.

TRINIDAD, LA INMIGRANTE*

UNA POBLACIÓN CUBANA QUE CONSERVA EL ALMA Y EL PAISAJE ESPAÑOL, ACASO UNA ALDEA ESPAÑOLA QUE EMIGRÓ A LAS ANTILLAS... TAL ES LA SÍNTESIS DE ESTE INTERESANTE RELATO.

Al cabo de tres horas y media de marcha, saliendo de Santa Clara, el tren se detiene junto a un viejo cuartel español. Si el viajero no va atento apenas se da cuenta de que los rojos techos y alguna torre austera que se ven al fondo, contra la montaña, son parte de Trinidad. Ante el tren ha cruzado a lo largo de todo el camino uno de los más bellos decorados del Trópico. Subiendo lomas que se desgranán en piedras descomunales, pardas u oscuras; orillando faldas que ascienden desde arroyos vistos allá abajo, en las tinieblas, como si estuvieran fijos, como si jamás corrieran, o pasando de improviso por una pequeña sabana apacible, de atmósfera transparente, el tren lleva su carga humana de emoción en emoción, hasta dejarla, al columbrarse la Torre de Iznaga, molida y agobiada por tanta belleza.

A la clara luz, la torre de Iznaga se levanta removiendo viejas impresiones. ¿Es esto Cuba o la Italia renacentista? Desde sus cuarenticinco metros de altura —allá está la campana que convocaba a los esclavos— la Torre contempla los confines del valle de San Luis y mira a sus pies las chatas casas de ladrillos de la finca Manaca Iznaga, como en un

* *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, P. R., 24 de agosto de 1940, p.10 / p.67.

tiempo contempló las chimeneas de los 48 ingenios del valle ennegreciendo —igual que si molieran esclavos— el diáfano, el limpio cielo del lugar.

La familia del constructor de esta Torre era de hombrazos que dejaron en toda la región la huella de su garra poderosa. Alejo María del Carmen Iznaga Borrell —cuentan— tuvo un hermano que hizo construir un pozo de hondura fantástica y en respuesta, Alejo levantó la Torre, porque si uno llegaba a la mayor profundidad el otro debía llegar a la mayor altura. Se cuenta que Alejo Iznaga ordenó quemar, en su presencia, dos viejas negras, porque estaba aburrido y quería entretenerse. Son leyendas, sin duda; pero leyendas que le vienen bien a esa raza de hombres, de los cuales uno se fue en goleta, dos veces, a entrevistarse con Bolívar para pedirle que libertara a Cuba, otro levantó la Torre y otro el Palacio de su nombre. Este palacio está en la ciudad; es macizo, grandioso, con puertas imponentes, amplio patio de piedras y habitaciones vastas. En él se empequeñece el visitante, como si pesara sobre su ánimo la poderosa raza de los Iznagas.

Todo cuanto hicieron los Iznagas es, hoy, mera historia. A la sombra de la altiva y fuerte Torre —en cuyo último piso dicen que tuvo don Alejo encerrada su mujer, para hurtarla a los ojos de un enamorado, al cual mató en desafío al pie mismo de la Torre—, se caen ahora, ladrillo a ladrillo, las casas que fueron de la peonada, y por las enyerbadas callejuelas pasean los nietos de los esclavos o se calientan al Sol las viejas negras.

Recordando la torre, y acaso admirando el solemne paisaje, entra el viajero en Trinidad. No se ve de pronto la ciudad, y cuando se ve desconcierta. Uno se siente engañado, timado, porque la propaganda turística sobre Trinidad la presenta como un rincón colonial donde hasta la más pequeña piedra hace evocar los días en que sobre la tierra americana se sembraba a

espada y arcabuz la civilización occidental y es lo cierto que Trinidad no tiene nada de colonial. Es, simplemente, un viejo pueblo español que vino a Cuba, con sus calles torcidas y empedradas, con sus iglesucas, sus torres, sus tejas negras, sus balcones de pueblo de Castilla. Excepto el hombre que atraviesa bajo la llovizna —una llovizna que al dar en las tejas se deshace y se vuelve humo— o la muchacha de negros ojos que mira por entre las rejas al forastero, todo es allí español.

—¿Cómo se llamaba, cómo se llamaba este pueblo allá, en España? —se preguntaba uno, mortificado por el olvido, disgustado por su mala memoria.

Hacia el Norte las calles trepan, se retuercen más, se hienden en callejones, y las casas —más bajas, más oscuras—, con rejas de maderas tomadas, parecen aguardar la llegada de las labradoras del pueblo, esas que sin duda siegan el trigo en las llanuras que debe haber tras las lomas. Porque el paisaje tropical que rodea la población, es una engañifa. Esto no tiene nada de americano ni de tropical. Un compañero de viaje descubre que la montaña —en cuya cumbre está Tope de Collantes, sede de un gran sanatorio antituberculoso en construcción— no es cubana, sino suiza.

Se recorren las calles, con sus nombres españoles —Amargura, Desengaño, Carmen, Angustias, Media Luna, Cristo— y busca uno sin cesar ojos andaluces tras las ventanas.

—¿Por qué no suenan guitarras aquí? —pregunta de improviso una compañera que siente como el viajero.

Lo que sí es tropical es el Sol. Sale después de la llovizna y hace arder las piedras, implacable; desde la altura de la Popa se le ve allá abajo, en el Caribe, hacia Casilda, arrancando reflejos del mar.

De la Popa —antigua iglesia trepada sobre una colina— descendimos en pos de los palacios, gigantescas construcciones con las cuales los ricos trinitarios quisieron apagar el

brillo de la fastuosa Habana. Están el de Bécquer, el de los Iznaga, el de Cantero, el de Borrell. En sus patios señoriales entra el Sol a descansar.

De los palacios salimos hacia los callejones. El de Galdós es típico. Piedras, paredes laceradas a los flancos, al fondo las negruzcas tejas, y, triscando, igual que en Castilla, cabras. El grupo de viajeros se detiene un minuto. Sin saber por qué lo hace, a uno se le sale esta pregunta:

—¿En qué fecha trajeron este pueblo de España?

Porque Trinidad, igual que un bodeguero astur de esos que pululan por Cuba, es también una inmigrante. La trajeron completa, sin que faltara una piedra. Sólo dejaron allá a los pobladores.

EVOCACIÓN DE PUERTO RICO*

EL DISTINGUIDO INTELLECTUAL DOMINICANO JUAN BOSCH, CON FINA PENETRACIÓN INTERPRETATIVA, RECOGE EN ESTA BREVE RESEÑA LAS EMOCIONES QUE ANEGAN AL VIAJERO DE DEPURADA SENSIBILIDAD CUANDO SE OFRECE A SUS OJOS EL ESPECTÁCULO DE NUESTRA CIUDAD CAPITAL Y DE NUESTRA ISLA DESDE LA EMBARCACIÓN QUE A ELLA LE TRAE.

Leyendo *Isla de Puerto Rico*, de María Zambrano, me tiendo, golosamente, a recordar. De todas las tierras que se vieron ninguna deja tan llenos los sentidos como las islas; y de entre ellas, el recuerdo de Puerto Rico se va precisando hasta que la pequeña y amada Borinquen se queda sola, como una virgen nacida del mar y el Sol y hecha expresamente para animar la soledad.

Cuando el buque en que el viajero abandona la isla enfila hacia el Atlántico, y se ve el Morro cubriendo la capital, diminuta y blanca, y detrás, como pintadas al descuido, unas pencas de palmeras que se empeñan en pulir más el cielo transparente, y se siente, al fin, esa vaga tristeza que anuncia, en el inicio de la salida, las próximas nostalgias, aquel que haya vivido en Puerto Rico lo bastante para aprender a querer la tierra y sus hombres, piensa vagamente por qué la tierna isla del Cordero no se destina, mediante un concierto universal, a ser paraje de amantes bienhallados, *rendez-vous* mundial para las lunas de miel, rincón donde sólo vivan criaturas felices.

* *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, P. R., 21 de septiembre de 1940, pp.6-7.

Puesto a evocar, recuerdo el sol puertorriqueño, visto nada más en otra parte los domingos: recuerdo las suaves líneas de las colinas, hacia Bayamón; el cielo diáfano de San Juan, el solemne Atlántico, tan grave y tan plácido a un tiempo; la vieja Puerta que, por Santa Catalina, es una pupila discreta de la ciudad, y, cerca de ella, los robles australianos de dulces tonos, los plomizos adoquines. Y todo ello envuelto, como en una atmósfera embriagante, en el canto nocturno de los coquies.

Sí, golosamente evoco. De pronto recuerdo que en algún lugar debo tener los apuntes hechos al llegar a San Juan. Los encuentro, y torno a vivir aquellos días.

Son estos:

Vista desde la bahía, San Juan da la impresión de la ciudad de escenario. Los edificios blancos tiemblan bajo el Sol; el mar apacible se muestra como espejo; encima, pintado, fijo, veo un cielo claro. Al viajero le parece estar frente a una ciudad sin fondo. Llega uno a creer que no hay otra cosa que ese primer plano que nos va enseñando el barco. A medida que éste se mueve, la ciudad, como si estuviera pintada en un rolo descomunal, va girando lentamente.

En tierra. Hay una avenida cuajada de gente. Pululan los automóviles inquietos. Esta ciudad atronada, y veloz no es la que se ve de afuera. Aquí hay engaño. Allí parecía pintada, obra de escenógrafos, y aquí se nos presenta viva y apresurada. Las voces aturden. Las viejas calles aparecen ahora atestadas de hombres y mujeres, de carretillas, automóviles, guaguas. Por donde se tienda la vista, el mar. Allá está la bahía jocunda y llena de una extraña, sensual luz. Da la impresión de que la cuidan y la limpian. Se interponen pedazos de jardines y de muelles, y todo en el aire parece lleno de silbidos. ¿Por qué?

En la casa donde paro hay una muchacha cuya presencia me consuela, porque aquí, donde todos —y especialmente

las mujeres— andan de prisa y parecen atormentados por la idea de no llegar a tiempo, ella se ha quedado con toda la lentitud. Anda despacio y habla con dulce calma. Tiene ojos infantiles, nariz fina y boca gruesa. La boca no desentona en su menudo rostro. Sus líneas son aéreas, casi fugaces. El cuello es delgado, largo; los hombros, delicados; los brazos, armoniosos; las manos, cadenciosas. Miro y remiro a esta muchacha de trazos alargados. Se explica que no sea apresurada, porque hasta la naturaleza es voluptuosamente despaciosa en ella. A juzgar por su color bronceo y por su pelo tosco—que se levanta con bríos sobre una frente recta y pequeña, como la menor de la vieja Grecia— es lo que aquí llaman una grifa. Si no recuerdo mal, he leído en Pedreira —Insularismo— que el grifo es agresivo. Esta muchacha da idea de todo lo contrario: es acogedora y dulce como una danza o una hamaca. Canta cuando habla. De ser rubia, así con sus líneas y su actitud alada, le faltaría un viejo castillo a la espalda broncea, su presencia reclama un palmar y un mar sonoro y respetuoso a los pies.

Cataño. Antes de las visitas de rigor, quiero un poco de paz. Me cansa ver tanta gente apretujada en calles diseñadas para el paseo sin prisas. ¡A Cataño, pues! Nada, sino la ancha y quieta bahía, que llena los sentidos con su luz y con el rumor del mar en la playa. Suena como si la besan. Es un chasqueo continuo, sensual y embriagador. Las incansables palmas, meciéndose, también sensualmente. Siento que esta es tierra para el amor, para la vida dulce. Los alisios —ancianos como el mundo— susurran en la arena y recorren el limpio cielo. ¡Pero qué bello me está pareciendo Puerto Rico!

Al coger la lancha —allá ondula la ciudad, como una tela blanca y parda, batida por la brisa— me sonrío una vieja negra. Me le acerco. Me gustan sus pómulos brillantes,

su sonrisa acogedora. Al reflejo del Sol que hace ver el agua de la bahía agitada y viva, entrecierra sus ojos. Me cuenta que nació liberta.

—¡Ay! En esos tiempos no había probes, hijo; no había probes. Vino Primo de Rivera y leyó el bando desde la Intendencia. Me parece que lo estoy viendo: así, a esta mano —y la vieja negra bate la zurda— un cañón, otro cañón aquí y la plaza llena de toda clase de gente.

Ahora ella vuelve el rostro hacia la ciudad, que viene a nuestro encuentro. Yo sé que no ve nada, es decir, nada ahí delante: está viendo lo que recuerda, y sus ojos miran hacia dentro de sí misma.

—Sí, hijo: toa clase de gente. Llegaron los negros con sus bombas, y to era ir y venir las mujeres y los muchachos cuando en eso, Primo de Rivera que sale, el cañón que suena, y lee el bando. Ese era hombre, hijo, porque los otros... Bueno, que todos venían de la España y ninguno se atrevía a leer el bando. ¡Ay, mi hijo! No quieras saber cómo se alborotó la capital ese día. Ahí mismo empezaron los negros a bailar, a cantar “Sí, José, sí José...”.

Bailando se pasaron la noche entera. Y antonce, ¿sabe?, toas las señoronas de San Juan, las muchachas blancas, con su orgullo y sus manos bonitas, cocinando, porque la servidumbre se echó afuera y dejaron los fogones prendíos. Y nadie volvió al trabajo. ¡Uy! ¡Qué tiempo regalao ese, hijo!

Trepo hacia el corazón de la ciudad dando el brazo a la vieja. Va complacida. Camino, con la cabeza llena de la descripción que me hiciera, y llego a la plaza que debe llamarse de Colón, a juzgar por lo que sugiere un feo muñeco que está al cabo de una columna, con algo así como una bandera en una mano e implementos de navegación a los pies.

Un escorzo de calle me sabe a muralla añeja. Trepo más.

—San Cristóbal —explica un soldado.

Miro hacia el mar distante. Resuena, subiendo y bajando con regularidad, y se oye como una bomba gigante que en la lejanía baten los negros esclavos. Raro que no apunte un galeón en el horizonte.

Hasta ahí mis apuntes. Vino después la prisa. Me tomó San Juan para sí, servido por los Belaval, los Font Saldaña, los Geigel Polanco. Leyendo ahora a María Zambrano siento no haber prolongado aquellos apuntes. Sólo conservo los otros, los que se alojan en el corazón y montan guardia perenne, celosos del dulce y amado recuerdo de la isla, pequeña, tierna, inolvidable.

Como el canto del coquí en la campiña puertorriqueña, ese recuerdo embriaga y da reposo en este mundo tan duro.

POLÍTICA Y AMOR EN EL SIGLO XIX*

Aunque antes de la Revolución Francesa, en Inglaterra, en Francia y en Italia los problemas políticos y los del amor andaban revueltos, hasta darse el caso de que muchos hombres gobernaron gracias a la sola virtud de ser hermosos y de que muchas mujeres manejaron desde la alcoba del monarca los reinos, no fue en realidad sino el siglo XIX, con su exaltación de la dignidad humana y de los sentimientos, el que dio categoría de primera línea a la intervención de la mujer en los problemas políticos.

La Gran Revolución, estallido formidable, niveló de golpe a todas las criaturas. Hombres, mujeres, niños, sabios, generales, monarcas, poetas: en el triunfo y en la muerte, todo ser humano fue igual a los demás para la Revolución. La belleza o el talento eran meros atributos para conquistar el favor del Pueblo o para perderlo. Lo mismo si se llamaba Dantón, Saint-Just que Madame Roland, la guillotina atendía cortésmente a todos.

Pero la reacción, en el sentido de elevar a los astros la dignidad de la vida, no tardó en aparecer. Así, años después de aquella furiosa igualdad, hubo hombres que parecieron a los demás encarnaciones de los dioses, hijos predilectos del destino y seres intocables. Jamás un ser humano despertó la

* *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, P. R., 5 de octubre de 1940, p.20.

admiración, la loca admiración que siguió sus pasos, como el joven vencedor de Italia y futuro amo de Europa, el corso Napolioni Buonaparte.

A los veintisiete años, el general de la República, que había llevado sus tropas de triunfo en triunfo hasta las llanuras de Capua, era mirado por los franceses como la encarnación de un dios. Su nombre iba de labio en labio despertando ilusiones increíbles. Las mujeres enloquecían por una mirada suya. Pero el joven vencedor era calculador y frío. Todavía no había perdido la fina figura meridional. Delgado, con el resplandor del genio en los ojos, de cabello más claro que castaño, largo hasta casi los hombros, parecía un efebo. Tenía más figura de artista que de militar. Acaso no había dejado de ser aun el soñador que, tres años antes, aplacaba su hambre en una buhardilla parisién, escribiendo novelas.

Pero, calculador y frío como era, en París había una mujer, tres o cuatro años mayor que él, ante quien Napoleón quiso rendir sus laureles. Era Madame Récamier, cuya belleza respetó la Revolución, por mucho que en sus salones se conspiró ostensiblemente.

Julie Bernard, lionesa, llegó a París en la peor época de la Revolución. Rubia, fina, armada de un tacto natural que le permitía desenvolverse, con la ligereza de la brisa, por ente los escollos peligrosísimos de aquellos días, supo coquetear con todos los poderosos del momento, y mantenerlos a sus pies sin que ellos logran tocar siquiera uno de aquellos rizos de oro que todavía llenan de admiración, en el cuadro de David, a los que contemplan en la célebre tela la figura delicada de la excepcional mujer.

Poco después de la llegada a París Julie Bernard contrajo matrimonio con el banquero Récamier, casi un anciano. Pronto reunió en sus salones a todas las figuras notables de la capital del mundo. Muchas veces, hombres que preparaban, acaso para

horas después, la muerte de un rival, sonrieron a estos en las veladas de Madame Récamier. Como una luz fulgente a la cual van mariposas de mil clases distintas, Madame Récamier reunía en su torno a los más enconados enemigos. Todos la admiraban y la pretendieron. Ella coqueteó con todos y a ninguno prefirió.

Recién llegado de Italia, Napoleón se sintió, también, hechizado por la atrayente mujer. La visitó, la galanteó. En el magno banquete con que se celebró su vuelta triunfal, el joven vencedor apartó un lugar especial para Madame Récamier, pero ella no fue al banquete. Desde el inicio de la brillante carrera napoleónica, la Récamier se hizo su enemiga y en sus salones se combatió tanto al Cónsul, que éste, indignado, la expulsó de París.

¿Se debió esta actitud de la bella mujer a influencia de Madame Staël, su gran amiga, o se debió a reacciones femeninas que los hombres son incapaces de apreciar? Allí donde todos admiraban al joven general, ¿no se sentiría Madame Récamier atraída también, y, fiel como fue siempre a su marido, prefirió mostrarse enemiga irreductible del nuevo César?

Excepto tal vez por María Waleska, Napoleón jamás fue amado por una mujer. Josefina le engañaba con dandies, con tenientes, con moscardones sin brillo y sin gloria; María Luisa llegó incluso a odiar al hijo del Águila, que lo era también suyo. El gran corso fue un gran solitario. Admirado y mimado por hombres de coraje, su corazón conoció el hielo del amor no correspondido.

Acaso unido a Madame Récamier otro hubiera sido el destino de Napoleón. Ella tenía todas las condiciones necesarias para ser una verdadera soberana de Europa. A tal extremo sabía ligar hombres, intereses e ideas, que en ocasiones Napoleón se llenó de ira, porque, según sus palabras, “el Gabinete se reunía en los salones de Madame Récamier”.

Nunca perdonó Napoleón la altivez de la lionesa. Cuando, años más tarde, el banquero Récamier fue a solicitar ayuda del Emperador para restaurar, con negocios oficiales, su perdida fortuna, Bonaparte le negó su ayuda. El anciano banquero murió en la ruina. Después de su muerte, vieja ya, Julie Récamier tuvo el único amante que se le conoció, y éste también fue un irreductible enemigo de Napoleón. Se trataba de Chateaubriand. Cuando los dos amantes se cambiaron las primeras caricias, el odiado y poderoso enemigo era ya un recuerdo, en su modesta tumba de Santa Elena.

Siglo de política y de amor fue el XIX. Para un hombre como el Emperador de los franceses, señor de la guerra y de la paz, una mujer, indefensa, delicada hasta no poder valerse, pero que contaba con su belleza y su talento, fue un enemigo tan terrible como Nelson.

Ninguna vida resume tan justamente esas dos fuerzas predominantes del siglo como la de otro favorito de la Gloria, el caraqueño Simón Bolívar. Amado por incontables mujeres, iba haciendo salir repúblicas del vientre mismo de la tierra. Estadista, militar, genio político, a la hora triste de la muerte, él, que pensaba en los pueblos nacidos de su mano, pensaba también en las mujeres amadas. Soñaba con grandeza que acaso su muerte sirviera para unir a los colombianos, y la sola sospecha de tan anhelado suceso alegraba su corazón, cansado de sufrir. Pero pensaba también en Fanny du Villara, su antigua novia parisina.

A la hora de rendir cuentas a la historia, el hombre símbolo de su época resumía en una frase y en una carta patética las fuerzas del espíritu predominante: poder y amor, política y mujer.

¡Qué mezquinos tiempos los que vivimos comparados con aquellos!

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abreu, Ramón Matías 173, 176, 177
Abud, Antonio 17
Adela, Doña 39-41
Agramonte 481
Aguilera, Francisco V. 480, 481
Allen, Robert S. 79, 83, 85, 87
Allende [Salvador] 179, 180
Alpízar, Ernesto 68
Álvarez, Pipí 13, 14
Amiama Tió, Luis 108, 132
Anita [Decamps] 448
Arias Sánchez, Toribio 168
Aristóteles [Filósofo] 419
Arvelo Delgado, Tulio Hostilio 80
Avelino, Andrés 401, 402
Aybar, Andrejulio 399

B

Báez, Buenaventura 261, 360
Báez, Mauricio 224
Báez, Valentín 261, 262, 263
Balaguer, Joaquín 108, 113, 117,
121, 123, 124, 128, 129, 132-134,
137-149, 153, 154, 157, 161,
162, 165, 167, 168, 175, 347,
357, 358, 365, 366
Barrientos 23
Bartolomé [de Las Casas], Fray 59
Batista, Fulgencio 83, 503-508
Batista, Virgilio 11
Batista Piña, Mercedes 11

Batista Piña, Rosa 14
Beethoven [Ludwig Van] 454
Belaval [Emilio S.] 527
Bello, Andrés 476, 516
Bengoa, Vicente 315
Benítez Rexach, Félix (Don Fillo)
415, 416
Benott, Eduardo 479
Bernard, Julie (Véase Madame de
Récamier)
Berroa (Policía) 176
Betancourt, Rómulo 231, 233, 235,
236, 381, 382
Bidó Medina, José Joaquín 216
Blanco Fombona, Horacio 399-401
Bolívar, Simón 199, 451, 452, 454,
497, 516, 520, 532
Bonaparte, Napoleón 9, 530-532
Bonilla Atilas, José A. 79, 80, 81,
82, 83, 84, 85, 86, 87
Bordas, Diego 79, 81, 82
Bosch, Juan 9, 12, 15, 34, 75, 77,
79, 80, 83, 85, 87, 89, 90, 92, 101,
111-115, 117, 118, 120, 121,
124-126, 130, 132-137, 140, 141,
146, 147, 149, 151, 152, 154, 155,
157, 159-161, 165, 167, 172, 173,
178, 179, 224, 265, 304, 314, 317,
345, 349, 350, 358, 363, 367, 389,
393, 399-402, 427, 428, 523
Bosch [Quidiello de], Carmen 122,
229, 241, 242

- Botello, Norge 316
 Bronzino [Agnolo] 500
 Buonaparte, Napolioni (Véase Bonaparte, Napoleón)
 Busch, George 253, 287-289
 Bustamante, Alexander 231, 236
- C**
- Caamaño Deñó, Francisco 141-146
 Caamaño Grullón, Claudio 159, 160
 Cabral, Manuel 389-393, 399
 Cabral, [Mario Farmín] 440
 Cabral, Severo 86
 Cáceres [Ramón] 30-32
 Cadet, Lidio 315, 316
 Caín 73
 Calvar [Manuel de Jesús] 481
 Cantave, León 271-274, 278
 Carlitos 45
 Carter, Jimmy 185, 195-198, 251, 252, 299, 300, 339
 Casals, Pablo 27
 Casals Victoria, Pedro Manuel 262
 Castellón, Francisco 204
 Castillo, Ramón 349, 350, 481
 Castro, Fidel 83, 86, 229, 277, 288, 299, 301
 Catón 477
 Céspedes, Carlos Manuel de 476, 477, 481
 Céspedes, Pedro 478
 Chamorro, Fruto 204
 Chateaubriand [François René] 532
 Cheché 447, 448
 Clarizio, Emmanuele 109
 Colasa, Doña 447
 Colón [Cristóbal] 287, 361
 Cordero Michel, Emilio 223, 225
 Corot [Jean Baptiste Camille] 500
 Cortázar [Julio] 199
 Christophe [Henri] 451
- D**
- Dalmasís (los) 51
 Damocles 425
 Dantón [Georges] 529
 Darío [Rubén] 199
 David [Jacques-Louis] 500
- De Camps, Hatuey 332
 De Gaulle, Charles 213
 De la Cruz, Rosa Julia 215-217
 De los Santos Amarante, Manuel Antonio 173
 De Peña Valdez, Julio 350
 Del Castillo, Cristino 176
 Del Orbe, Gabriel 24
 Del Rosario Ceballos, Luis A. 79, 82, 83
 Delacroix [Eugène] 500
 Despradel, Guido 59, 61
 Despradel, Luis 45
 Díaz, Modesto 482
 Díaz Quintero, Francisco 479
 Díaz viuda de Henríquez, Gracita 122
 Domínguez Guerra, Miguel Ángel 79-81
 Du Quesnay, Antonio 263
 Du Villara, Fanny 532
 Duarte, Juan Pablo 86, 129, 351, 352, 373
 Duarte, Napoleón 195
 Ducoudray, Hermanos 81
 Duvalier, François 275-278
- E**
- Echavarría Lazala, Pedro (Pepé) 21, 22-25
 Echeverría Álvarez, Luis 169, 171, 172
 Eisenhower, [Dwight David] Ike 197, 249, 250, 276
 Espaillat, Antonio 18
 Espaillat, Dulce de 10, 11, 14
 Espaillat, Homero 10, 11, 14
 Espaillat, Julito 59, 61
 Estrada Palma [Tomás] 511
 Estuardo, María 501
- F**
- Facio, Gonzalo 79
 Fadul, José R. 315
 Felicitó 448
 Felipito [Cosma] 447
 Fernández Naranjo, Caonabo 315
 Fernando VII 201

- Ferreras Manuel, Ramón Alberto
79, 83
- Fiallo, Fabio 242
- Fiallo, Viriato A. 86
- Figueres, José 231, 233
- Filísola, Vicente 201
- Folsom 263
- Font Saldaña 527
- Ford, Gerald 197, 251
- Foster Dulles [John] 250
- Franco, Francisco 212, 213
- Franco, Príamo 26
- Franjul, Miguel 113, 115, 117, 121,
125, 127, 131, 135, 137, 141,
147, 151, 153
- Freire, Hermanos 68
- G**
- Gaínza, Gabino 201
- Gallicurci, Amelia (Amelita) 22, 23
- García Castro, Gregorio 168
- García Márquez [Gabriel] 199
- García, Vicente 481-483
- García-Godoy, Federico (Don Fico)
10, 35-37
- García-Godoy, Héctor 278
- Gierek, Edward 257-260
- Ginebra de Lovatón, Zaida 122
- Giusti 28
- Godoy, Enrique 10
- Gogol [Nikolai] 412
- Gómez, Guarionex 10, 11, 14
- Gómez, Luis 13, 14
- Gómez, Máximo 344, 451-453,
482, 483, 495-497, 516
- Gómez, Sira de 14
- Gómez Toro, Panchito 497
- Gómez-Wanguemert, Luis 224,
225, 229
- Gomulka, Wladyslaw 257-259
- González 165
- Gorki [Máximo] 411
- Gowrie 420, 421
- Goya [Francisco] 500
- Goyo, Don 48
- Grant, Ulises S. 261
- Grau de San Martín, Ramón 511,
512-516
- Guillén [Nicolás] 199
- Guillermo de Alemania 14
- Gutiérrez, Euclides 138, 315
- Guzmán, Antonio 183-186, 188,
189, 191, 192, 208-210, 216,
261, 262, 264, 265, 305, 330
- H**
- Haig, [Alexander M.] 196, 289
- Henríquez, Enrique 399
- Henríquez, Rafael Américo 399
- Hernández Colomé, Ramón 176
- Hernández, Pascasio 327
- Hernando, Cellé 59, 61
- Herrera, César 167, 168
- Herrera, Rafael 327, 328
- Hervy (o Henry), Raymond (o
Raymal) 143
- Hitler [Adolf] 254, 258
- Ho Chi Minh 249, 250
- Holmes, Sherlock 15
- Hostos, Eugenio María de 421,
451-454, 476-480, 482, 483,
508, 516
- Hostos, Bayoán L. de 480
- I**
- Ibsen [Henrik] 412
- Iglesias, Ingeniero 82
- Imbert, Manuel 82
- Incháustegui, Héctor 399
- Isaacs, Alick 280, 281
- Iznaga Borrell, Alejo María del
Carmen 520
- J**
- Jerez, Máximo 204
- Jesús de Galilea 10, 383
- Jesús del Sol 478
- Jimenes, Juan Isidro 26, 497
- Jimenes, Moreno 401, 402
- Jiménez, Amable 14
- Jiménez, Nelia de 14
- Jiménez, Ramón Emilio 154, 159,
160, 161
- Joaquín, Don 44
- Johnson, Lyndon B. 197, 198, 229,
231, 236, 237, 239-241, 250

- Johnson Mejía 83
 Jorge Blanco, Salvador 313, 330,
 351, 352, 354, 357, 358
 Josefina [Beauharnais] 531
 Joubert, José A. 121
 Juan Pablo II 243
 Juárez, Benito 171, 199
- K**
 Kennedy, John F. 197, 232, 233,
 250, 251, 272, 275-278
 Khomeini [Ruhollah] 285
 Kissinger, Henry 251
- L**
 Lalane José [Eberto] 141, 145, 146
 León y Thevenin, Alejandrino de 61
 Lepervanche, René de 413
 Letelier, Orlando 245
 Líder, Gregorio Antonio 155, 162,
 165
 Lilís [Heureaux, Ulises] 31
 Lincoln, Abraham 195
 Lindenmann, Jean 280, 281
 Llovet [Juan José] 411, 412
 Long, Luther (Fritz) 241, 274
 López Mateos, Adolfo 89, 90
 López Rivera, Ramón 155, 162
 Lora, Augusto 135, 136
 Luna, Atila 86
 Luna, Marcos Antonio 22
 Luperón, Gregorio 359, 360, 482,
 516
- M**
 Maceo [Antonio] 71, 452, 481,
 516
 Machado [Gerardo] 72
 Madero [Francisco] 89
 Mahoma 285
 Majluta, Jacobo 343, 344, 347
 Mañón, Darío 26
 Manuel, Ramón 83
 Marcano (Los) 482
 María Luisa [De Habsburgo-Lorena
 o María Luisa de Austria] 531
 Mariné, Jaime 503, 508
 Marinello, Juan 491-494
- Mármol 481
 Marmolejos, Nélsida 317
 Martí, José 71, 134, 199, 289, 299,
 451, 452, 491, 492, 497, 508,
 512, 516
 Martin, John Bartlow 227-229,
 231-234, 236, 237, 239-242,
 272, 274
 Martínez, Julio César 79, 83, 84
 Marvine, Arch'D 262, 263
 Mateo Valdez, Fermín 176, 177
 Matos, Robert 83
 Mauroy, Pierre 253, 256
 Mazara, Ulises 176, 177
 McDonald, Wesley L. 339
 Mejía, Gustavo Adolfo 383
 Mella, Julio Antonio 68, 71-73
 Mella, Ramón 68, 71
 Melo de Cardona, Ligia Amada 316
 Memling, Hans 500
 Mena Blonda, Manuel 82
 Menéndez, Florencio 71-73
 Mercedes, Cacata 51, 52, 60
 Mercedes, Diómedes 138
 Miolán, Ángel 108
 Mir, Pedro 80, 199, 221
 Miranda [Francisco de] 516
 Miterrand, François 253, 254, 256
 Molina 381
 Molina Ureña, José R. 85, 86, 112
 Monavia, Charles 387
 Morales, Divino [Luis de Morales]
 500
 Morazán 451, 516
 Morelos [José María] 200
 Mota, Luigi 52
 Mubarak, Hosni 286
 Muñoz Marín, Luis 231-234, 236
- N**
 Nelson [Almirante Horacio] 532
 Nerthley Underwood, Enma 387
 Neruda, Pablo 181, 199, 494
 Nivar Seijas, Neit 173, 175
 Nixon [Richard M.] 197, 250, 251,
 297
 Nolasco, Félix María 415
 Núñez, Cristóbal 61

O

Orlich, Francisco 231
 Ornes Coiscou, Horacio 108
 Otero Silva, Miguel 381
 Ovalle, Diloné 317

P

Panchita [Sánchez] 446-448
 Parente, Armando 28
 Pedreira, Antonio S. 454, 476, 525
 Peguero, Belisario 235
 Peguero [Miguel Ángel] hijo 14
 Peña Gómez, José Francisco 113,
 117, 122, 133, 135, 136, 138,
 146, 160, 165
 Peña Jáquez, Toribio 148, 160
 Pereyra Ariza, Héctor 157
 Pérez Vargas [Alfredo] 141, 145,
 146
 Pershing, General [John J.] 24
 Pétiou [Alexandre] 516
 Pichardo, Jesús Antonio 138
 Pichardo, Juan 317
 Pichardo, Nicolás 233
 Pimentel Soto, Luis Ramón 175-177
 Pimpín 14
 Piña, Arturo 15
 Piña, Julia 15
 Piro 447, 448
 Platón [Filósofo] 15
 Polanco Brito, Hugo Eduardo 359
 Polanco, Gaspar 359, 360
 Polanco, Geigel 527
 Pressoir, Charles F. 387, 388
 Primo de Rivera, José Antonio 213,
 526

Q

Quesada, Manuel 478
 Quijote 11

R

Ramos, Leoncio 383
 Ravenet, Domingo 499-501
 Read Vittini, Mario 108
 Reagan, Ronald 195 196, 198,
 251-254, 291-293, 297, 299,
 301, 340, 342

Récamier, Banquero [Jacques-Rose]
 530, 532
 Récamier, Madame de (Julie) 530-532
 Reid Cabral, Donald 86, 106
 Renault, Dennis 196, 197
 Requena, Andrés Francisco 411,
 412, 413
 Reynolds, Joshua 500, 501
 Ribera [José] 500
 Rivera Aquino, Agustín 173
 Rivera, Rius 482
 Rocinante 11, 18
 Rodín [Augusto] 501
 Rodríguez, Andrés 59, 61
 Rodríguez, Demetrio 14
 Rodríguez, Juan María 14, 15
 Rodríguez, Querito 10, 11, 14
 Rodríguez, Saturno 317
 Rodríguez Demorizi, Emilio 57, 262
 Roland, Madame [Marie-Jeanne
 Phlippon] 529
 Romain [Rolland] 454
 Romero Barceló, Carlos 183-186
 Romero, Oscar Arnulfo 197
 Roosevelt, Franklin Delano 249,
 251
 Ros, Padre 9, 11
 Rosario, Antonio 112
 Rotondaro 381
 Rulfo [Juan] 199
 Ryan 478, 481

S

Sadat, Anwar El 283-286
 Saint-Just [Antoine] 529
 Salcedo, Pepillo 359
 Salgari [Emilio] 52
 San Martín [José de] 199, 452
 Sánchez [Francisco del Rosario] 129
 Sánchez Andújar, Luis 383
 Sánchez, Carlos María 43
 Sánchez, Chéncho 25
 Sánchez, Juan José 10
 Sánchez, Morito 25-28
 Sánchez Guzmán, Mario 59, 61,
 325
 Sancho Panza 15
 Sanguilli 481

- Santander [Francisco de Paula] 516
 Sanzio, Rafael 500
 Sarmiento [Domingo Faustino] 478
 Sarto, Andrea del 500
 Scott, Paul 79, 83, 85, 87
 Sepúlveda, Julio César 155, 162, 165
 Sicard, Goyo 59, 61
 Sicart, Gregorio 325
 Sigel, Frank 261-263
 Sócrates [Filósofo] 15
 Somoza (Los) 69
 Somoza, Luis 276
 Somoza, Tachito 276
 Soñé Genao y de la Rosa, Guarín
 10, 11
 Soto, Miguel 223-225, 229
 Sprong 501
 Staël, Madame 531
 Stevenson, Adlai 232
 Suárez, Carmelo 317
 Suárez Vásquez, R. 427
 Suberví, Fello 344
 Sucre [Antonio José] 71, 452, 516
 Suro, Rubén 347
- T**
 Tamayo [Cacique] 381
 Tatem Mejía [Antonio Jaime] 85
 Tintoretto [Jacopo Comin] 500
 Tobita 59
 Torres, Julio 143
 Toussaint [Louverture] 451
 Trujillo [Rafael Leonidas] 30- 33,
 65, 66, 68, 69, 99, 106, 231, 289,
 366, 431-433, 435, 439, 440
 Truman, Harry S. 249, 250, 255
- U**
 Ubaldo, Don 48
- V**
 Valdez, Luis 14, 399
 Vallejo [César] 199
 Vanderbilt, Cornelius 203, 206
 Varona, Bernabé 478, 481
 Vásquez [Horacio] 30
 Velázquez [Diego] 500
 Velázquez Mainardi, Miguel Ángel
 79, 85, 86
 Vélez Santana, Marcelino 216
 Victoria (Los) 31
 Vigil, Padre 476
 Vigil Díaz [Otilio] 9, 13, 17-19
 Villeda Morales, Ramón 231
- W**
 Waleska, María 531
 Walker, William 203-206, 269
 Wessin y Wessin, Elías 86, 106
 Wheeler, John J. 204
- Y**
 Ydígoras Fuentes, Manuel 276
- Z**
 Zambrano, María 523, 527
 Zapata [Emiliano] 89
 Zia ul-Haq, Mohamed 289
 Zoilo, Don [García] 49, 52, 53
 Zorrilla [Rafael Augusto] 401,
 402
 Zurbarán [Francisco de] 500, 501

EL TOMO XXXIII [OBRA PERIODÍSTICA (REPÚBLICA
DOMINICANA Y PUERTO RICO)], DE LAS *OBRAS COMPLETAS*
DE JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE
DOS MIL DOCE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF,
S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.